

BRADBURY / ASIMOV / LEIBER

STURGEON / ANDERSON / BLISH

LO MEJOR DE "FANTASY & SCIENCE FICTION"

SUPER  
FICTION



Lectulandia

Estas extraordinarias novelas cortas fueron escritas especialmente para los números monográficos de *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*. Acompaña a cada una la biografía del autor escrita por un colega, así como una bibliografía de sus obras editadas en forma de libro. Un excelente modo de celebrar las Bodas de Plata de la principal revista de ciencia ficción.

Aunque los seis autores de esta obra han sido galardonados repetidas veces, cabe destacar que la aportación de Fritz Leiber incluida en este volumen mereció en 1970 el Premio Hugo, y el relato de Poul Anderson fue Premio Nebula 1971 y Premio Hugo 1972.

**Lectulandia**

AA. VV.

**Lo mejor de Fantasy & Science  
Fiction**

**Super Ficción - 4**

ePub r1.2

Ariblack 10.08.14

Título original: *The best from Fantasy and Science Fiction*

Theodore Sturgeon, 1962

Ray Bradbury, 1963

Isaac Asimov, 1966

Fritz Lieber, 1969

Poul Anderson, 1971

James Blish, 1972

Edward L. Ferman, 1976

Traducción: J. M. Aroca

Diseño de portada: T. C. Gilsanz

Editor digital: Ariblack

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mi padre, Joseph W. Ferman.

## Introducción

La presente recopilación incluye los seis primeros números monográficos de la revista «*Fantasy & Science Fiction*». Cada uno de ellos rinde homenaje a un importante escritor de ciencia-ficción: Theodore Sturgeon (septiembre de 1962), Ray Bradbury (mayo de 1963), Isaac Asimov (octubre de 1966), Fritz Leiber (julio de 1969), Poul Anderson (abril de 1971) y James Blish (abril de 1972).

Dichos números especiales fueron idea de Joe Ferman, por aquel entonces redactor jefe de «*The Magazine of Fantasy & Science Fiction*», quien elaboraba continuamente (y sigue haciéndolo, por fortuna) nuevos proyectos para renovar el interés de la revista y acrecentar el capítulo de ventas, siempre imprevisible. El formato establecido para el primer ejemplar, dedicado a Sturgeon (con pocas variaciones desde entonces), fue una importante obra inédita de cada escritor acompañado de una semblanza biográfica y crítica, y de su bibliografía (esta última ha sido limitada a los libros y puesta al día para este volumen).

En términos de ventas inmediatas, los números monográficos resultaron bastante bien, aunque ha sido más notable la continua demanda de ellos a través de los años. Hemos trabajado activamente sirviendo ejemplares atrasados, y éstos son los que han desaparecido de nuestros estantes con mayor rapidez. A excepción de los dos más recientes, están agotados y resultan difíciles de encontrar.

Su éxito probablemente obedece a varias razones. En primer lugar, los autores mismos: seis de los escritores de ciencia-ficción más populares y respetados, todos ellos con gran número de seguidores. En segundo término, el material que acompañaba a los relatos fue bien acogido desde los primeros números por lectores ávidos de datos acerca de la ciencia-ficción y sus autores (cuando se escribía muy poco sobre ellos), y en años más recientes por un creciente número de estudiantes, profesores y críticos a quienes interesa la nueva respetabilidad académica y literaria de la ciencia-ficción. Finalmente, y como hecho principal, tenemos que los números especiales incluían algunos relatos extraordinarios.

Por eso los presentamos aquí, recogidos por primera vez en forma de libro. Es la manera más adecuada, en nuestra opinión, de celebrar el vigésimo quinto aniversario de «*The Magazine of Fantasy & Science Fiction*».

EDWARD L. FERMAN

# Quando hay interés, cuando hay amor

*Theodore Sturgeon*

Estaba hermoso en la cama de ella.

Quando hay interés, cuando hay amor, cuando se atesora a alguien, puede contemplarse al amado dormido como se contempla todo, cualquier otra cosa: su risa, sus labios fruncidos, una mirada incluso ausente; una zancada, el sol enredado en un mechón de pelo; una bufonada o un gesto: incluso la inmovilidad, incluso el sueño.

Ella se inclinó un poco más, conteniendo el aliento, y contempló sus pestañas. A veces las pestañas son recias, abarquilladas, rubias; todo eso eran aquéllas, y satinadas por añadidura. Miradas muy de cerca... allí donde se curvan, vive la luz en diminutas y apretadas cimitarras.

Todo tan bueno, tan intensamente bueno, que ella se permitió deliciosamente a sí misma dudar de su realidad. Dentro de unos instantes se permitiría a sí misma creer que era real, que era cierto, que estaba ahí, que había ocurrido al fin. Todas las cosas que la vida le había dado hasta entonces, todo lo que había deseado, lo había obtenido con sólo pedirlo. Cualquier deleite, orgullo, placer, incluso gloria en la nueva posesión de un regalo, un privilegio, objeto o experiencia: un anillo, un sombrero, un juguete, un viaje a Trinidad; sin embargo, todo ello se le había presentado siempre (hasta ahora) sobre la bandeja llamada vaya, naturalmente, con la cual le eran servidas aquellas cosas. Aunque, ¿acaso no las había deseado? Pero lo de ahora... él, ahora... el mayor de todos sus deseos de siempre; en toda su vida, lo primero que trascendía el propio deseo y se convertía a sabiendas en necesidad: lo tenía al fin, por mucho, mucho tiempo (cuánto, ahora), lo tenía de verdad y por entero para siempre, por siempre y sin nada de vaya, naturalmente. Él era su milagro personal, él en esta cama ahora, apasionado y amándola a ella. Él era la razón y la recompensa por todo: su familia y sus antepasados, conocidos por tan pocos y sufridos por tantos, y en realidad, toda la historia del género humano había conducido a ello, y todo cuanto ella misma había hecho y experimentado; y amarle, y perderle, y verle como muerto y devolverle a la vida: todo era para este momento y porque el momento tenía que llegar, él y esa cúspide, ese calor en esas sábanas, ese ahora de ella. Él era todo vida y toda la belleza de la vida, hermoso en la cama de ella; y ahora ella podía estar segura, podía creerlo, creer...

—Lo creo —suspiró ella—. Lo creo.

—¿Qué es lo que crees? —le preguntó él. No se había movido.

—¡Diantre! Creí que dormías.

—Bueno, sí. Pero noté que alguien estaba mirando.

—Mirando, no —dijo ella suavemente—. Contemplando.

Ella contemplaba todavía las pestañas, y no las vio agitarse, pero entre ellas asomaba ahora una rendija brillante del aluminio gris y frío de sus sorprendentes ojos. Dentro de unos instantes él la miraría —sólo eso—, dentro de un momento sus ojos se encontrarían y sería como si nada nuevo hubiese ocurrido (ya que sería el mismo proyectil metálico que la había traspasado la primera vez) y también como si todo, todo, estuviera ocurriendo de nuevo. Dentro de ella, la pasión hirvió como una bola de fuego incandescente, tan enorme, tan bella...

... y como la cosa más terrible de la tierra, sin pausa, el resplandor cambió, variando desde los matices de todas las clases de amor hasta todas las tonalidades del terror y los colores del cataclismo.

Ella gritó el nombre de él...

Y los ojos grises se abrieron de par en par asustados por los temores de ella y asombrados, y se incorporó riendo, y la mueca de sus rientes labios se transformó sin pausa en la pálida contorsión de la agonía, y los labios se separaron uno de otro, excesivamente, mientras los blancos dientes chocaban y mientras entre ellos él gritaba su dolor. Cayó de costado y doblado sobre sí mismo, gimiendo, jadeando fatigosamente... gimiendo, jadeando, arrastrado lejos de ella, incluso de ella, inalcanzable incluso para ella.

Ella gritó. Ella gritó. Ella...

Una biografía de los Wyke es difícil de obtener. Esto ha sido cierto durante cuatro generaciones, y más cierto a cada una de ellas, pues cuanto más crecían las propiedades de los Wyke menos visible se hacía la familia Wyke, ya que tal fue la última voluntad del capitán Gamaliel Wyke cuando hubo escuchado la voz de su conciencia. Como era un hombre prudente, esto no ocurrió hasta que se hubo retirado de lo que eufemísticamente llamaban comercio de melazas. Su barco —más tarde su flota— había transportado a Europa excelente ron de Nueva Inglaterra, hecho con las melazas traídas de las Indias Occidentales a Nueva Inglaterra. Evidentemente, la travesía hacia el oeste requería una carga remuneradora para cerrar con un tercer lado aquel provechoso triángulo. ¿Y qué mejor carga para las Indias Occidentales sino los africanos, para recolectar la caña y trabajar en los molinos que producían las melazas?

Definitivamente rico y retirado, durante algún tiempo se limitó a vivir entre sus iguales, llevando su casaca de paño fino y su nívea ropa blanca de opulento hacendado, sin más adorno personal que un macizo anillo de oro y unas pequeñas hebillas cuadradas de oro en sus rodillas. Sus conversaciones versaban sobre negocios de melazas, a menudo; raras veces sobre el ron, y nunca sobre los esclavos. Vivía con una esposa atemorizada y un hijo silencioso, hasta que ella murió y algo —



quizá la soledad— restableció la conexión entre su cerebro y sus viejos y sagaces ojos, y le hizo mirar a su alrededor. Empezó a disgustarle la hipocresía humana, y fue lo bastante sincero como para sentir disgusto también de sí mismo, y esto fue algo nuevo para el capitán; no podía olvidarlo, pero tampoco soportarlo, conque dejó al muchacho con la servidumbre y, llevándose un solo criado, se retiró al desierto a bucear en su alma.

El desierto era el Viñedo de Martha; durante todo un crudo invierno el anciano se acuclilló al fuego cuando el mal tiempo no le permitía salir y, embozado en cuatro grandes chales grises, paseó por las playas cuando lucía el sol, con su telescopio de latón debajo del brazo y sus inflexibles y sagaces pensamientos batallando duramente con sus convicciones. Al terminar la primavera regresó a Wiscassett, su áspero carácter y su laconismo incrementados casi hasta la mudez. Liquidó (según la descripción de un desconcertado contemporáneo) «todo lo que era ostentación», y se llevó a su hijo, como acoquinado y obediente discípulo, al Viñedo; allí, con acompañamiento de fragorosas rompientes y chirriantes gaviotas, el muchacho recibió una educación comparada con la cual, todas las enseñanzas recibidas por los Wyke durante cuatro generaciones iban a ser simples suplementos.

Pues, en su retiro a las tormentas y la soledad del yo interior y del Viñedo, Gamaliel Wyke había hecho las paces con el Decálogo, nada menos.

Nunca había puesto en tela de juicio los Diez Mandamientos, ni los había desobedecido a sabiendas. Como otros muchos antes que él, atribuía el calamitoso estado del mundo y el pecado de sus habitantes a su negativa a observar aquellas Normas. Pero en sus mandatos, concluyó al final devotamente, Dios había subestimado la estupidez del género humano. De modo que Gamaliel Wyke decidió enmendar el Decálogo por sí mismo, añadiendo «... ni ser causa...» a cada Mandamiento, sencillamente para que resultará más fácil regirse por ellos:

- «... ni ser causa de que el nombre de Dios sea tomado en vano.
- »... ni ser causa de que se cometan robos.
- »... ni ser causa de deshonra para tu padre y tu madre.
- »... ni ser causa de la comisión de adulterio.
- »... ni ser causa de que se cometa asesinato».

Pero la revelación se produjo cuando llegó al final. Vio con súbita claridad que toda la insensatez del género humano: voracidad, lujuria, guerras, deshonra, procedían del desprecio casi absoluto de la humanidad hacia este mandamiento y su enmienda: «No codiciarás... ni serás causa de codicia».

Se le ocurrió entonces que despertar codicia en otro era un pecado tan mortal como matarle o ser causa de su asesinato. Sin embargo, en todo el mundo se alzan

imperios, se ostentan grandes yates y castillos y jardines colgantes, mausoleos y trusts y títulos universitarios, con el propósito de despertar la envidia o la codicia de los menos dotados... o ejerciendo tal efecto al margen de otra motivación.

Ahora bien, un hombre tan rico como Gamaliel Wyke podía resolver el problema, por lo que a él concernía, a la manera de san Francisco; pero era capaz de renunciar al Decálogo y sus enmiendas, a todas las Escrituras y a su nudoso brazo derecho antes que desprenderse a su congénita y arraigada adquisividad yanqui (aunque esto no lo confesaba, ni siquiera a sí mismo). Y otra solución habría sido coger sus riquezas y enterrarlas en la arena del Viñedo de Martha, para evitar que causaran codicia. Sólo el pensarlo le producía sensación de ahogo, como si tuviera las fosas nasales obturadas con arena; el dinero era para él una cosa viva y no debía ser enterrado.

Y llegó a esta conclusión definitiva: Amasa tu dinero, disfrútalo, pero no dejes que nadie lo sepa. El desear la esposa de un vecino, o el asno de un vecino, o cualquier otra cosa, concluyó, suponía conocer la existencia de tales bienes. Ningún vecino podía desear algo suyo si no podía darle un nombre.

Por eso Gamaliel pesó con la fuerza de la gravedad y con el peso del granito en la mente y en el alma de su hijo Walter, y Walter engendró a Jedehiah, y Jedehiah engendró a Caifás (quien murió) y Samuel, y Samuel engendró a Zebulón (quien murió) y Sylva; así que tal vez el verdadero comienzo de la historia del muchacho que se convirtió en su propia madre ha de buscarse en el capitán Gamaliel Wyke y en su revelación, azotada por la arena, profunda como el mar, dura como la roca.

... cayó de costado sobre la cama y se dobló sobre sí mismo, gimiendo, jadeando fatigosamente, gimiendo, jadeando, arrastrado lejos de ella, incluso de ella, inalcanzable incluso para ella.

Ella gritó. Ella gritó. Se incorporó y se apartó de él y corrió desnuda hacia la sala de estar, descolgó el teléfono de marfil:

—¡Keogh! —gritó—. ¡Por el amor de Dios, Keogh!

... y regresó al dormitorio donde él yacía con la boca abierta de la que brotaba un ronco y horrible uh uh, mientras ella se retorció las manos. Trató de coger una de las suyas y la encontró tensa de agonía e inconsciente. Ella le llamó, le llamó y luego volvió a gritar.

El zumbador sonó con imperdonable discreción.

—¡Keogh! —gritó ella, y el cortés zumbador sonó de nuevo... La cerradura, ah, maldita cerradura... cogió su salto de cama y llevándolo en la mano corrió a través del gabinete y la sala de estar y el salón y el vestíbulo y abrió la puerta de par en par. Tiró de Keogh sin darle tiempo a volverse, metió un brazo por una manga de la prenda y gritó:

—Keogh, por favor, por favor, Keogh, ¿qué le pasa? —y voló hacia el dormitorio, obligando a Keogh a acelerar el paso para no quedarse atrás.

Entonces Keogh, presidente del consejo de administración de siete grandes corporaciones, consejero de una docena más, director general de una modesta empresa familiar que durante más de un siglo se había especializado en la tenencia de acciones de compañías subsidiarias, se acercó a la cama y fijó su fría mirada azul en la figura que agonizaba allí.

Meneó la cabeza.

—No has llamado al hombre adecuado —dijo secamente, y corrió hacia la sala de estar, empujando a un lado a la muchacha con un gesto mecánico. Descolgó y dijo—: Envíame a Rathburn aquí. Ahora. ¿Dónde está Weber? ¿No lo sabes? Bueno, localízale y envíale aquí... No me importa. Alquila un avión. Compra un avión.

Colgó y regresó al dormitorio. Se acercó a la muchacha por detrás y suavemente cubrió con el salto de cama su otro hombro, y sin dejar de hablarle en tono cariñoso dio la vuelta en torno a ella y le ató el cinturón.

—¿Qué ha pasado?

—Nada... Él estaba...

—Vamos, muchacha, sal de aquí. Rathburn está a punto de llegar, y he mandado llamar a Weber. Si hay un médico mejor que Rathburn sólo puede ser Weber, conquetrás que dejar el asunto en manos de ellos. ¡Vamos!

—No me separaré de él.

—¡Vamos! —repitió Keogh con autoridad; luego murmuró, mirando hacia el lecho por encima del hombro de la muchacha—: Él lo desea, ¿no te das cuenta? No quiere que le veas así. ¿No es cierto? —inquirió.

El rostro vuelto a un lado y medio hundido en la almohada brilló sudoroso; un calambre atenazó los músculos de la boca, del lado que ellos podían ver. La cabeza asintió rígidamente; fue como un estremecimiento.

—Y... cierra... bien... la puerta... —logró susurrar.

—Vamos —dijo Keogh, y repitió—: Vamos.

Tiró de ella hacia la salida del dormitorio; ella dio un traspiés. Miró hacia atrás con una expresión anhelante en el rostro hasta que Keogh, sujetándola con las dos manos, dio un puntapié a la puerta y ésta se cerró. La cama desapareció de su vista. Keogh se apoyó de espaldas contra la puerta como si la aldaba no fuera suficiente para mantenerla cerrada.

—¿Qué le ocurre? ¿Qué le ocurre?

—No lo sé —dijo Keogh.

—Lo sabes, lo sabes. Siempre lo sabes todo... ¿Por qué no dejas que me quede con él?

—Él no lo desea.

Ella profirió un grito inarticulado.

—Tal vez él también preferiría gritar —susurró Keogh.

Ella luchó... Era fuerte; ágil y fuerte. Quiso apartar a Keogh de la puerta, pero no lo consiguió, de modo que al fin no le quedó sino llorar.

Keogh la sostuvo en sus brazos de nuevo, como no hacía desde que ella era una niña y se sentaba en su regazo. La sostuvo en sus brazos y miró sin ver la impasible y gloriosa mañana, desdibujada a través de la nube de los cabellos de la muchacha. Y deseó detener é la mañana, el sol y el tiempo, pero...

... pero sólo hay una cosa cierta sobre la mente humana, y es que actúa, se mueve, trabaja incesantemente mientras hay vida. La acción, el movimiento y el trabajo difieren de los de un corazón o de una célula epitelial en que estos últimos tienen funciones, y en cualquier circunstancia realizan sus funciones. En vez de una función, la mente tiene un deber, el de convertir a un mono desnudo en un ser humano... Sin embargo, como para demostrar cuán trivial es la diferencia que existe entre la mente y el músculo, la mente ha de moverse hasta cierto punto, cambiar siempre hasta cierto punto, mientras hay vida, como una apestosa glándula sudorípara...

Sosteniendo a la muchacha, Keogh pensó en Keogh.

La biografía de Keogh es algo más difícil de obtener que la de los Wyke, y no es a pesar de media vida transcurrida a la sombra del dinero, sino precisamente a causa de ello. Keogh era un Wyke en todo, menos en la sangre y en la casta. Los Wyke le poseían a él, y a todo lo que él poseía, que no era poco.

Sin duda fue niño alguna vez, y joven; podía recordarlo si se lo proponía, pero no se molestaba en hacerlo. La vida empezó para él cuando la summa cum laude, la graduación en negocios y en leyes y (tan joven) el año y medio con Hinnegan y Bache, y luego la increíble oportunidad en el Banco Internacional; cuando se le exigió lo imposible en el asunto Zurich-Plenum y su afortunada gestión, y la distancia que aumentó entre él y sus socios año tras año, mientras para él la luz crecía y crecía, lo mismo que las dimensiones de su trabajo, hasta que al fin fue admitido con los Wyke, y le fue permitido comprobar que los Wyke eran Zurich y Plenum, y el Banco Internacional, y Hinnegan y Bache; eran en realidad su Facultad de Derecho y su escuela y mucho, muchísimo más. Y por fin, hacía dieciséis años... no, dieciocho años, exactamente, llegó a ser el Director General, y las distancias se habían convertido en abismos entre él y el resto del mundo, mientras la luz, su propia y enorme iluminación personal, le revelaba casi a él solo un complejo financiero-industrial sin precedente en su país, y virtualmente único en el mundo.

El comienzo, el otro comienzo, fue cuando el viejo Sam Wyke le llamó de repente aquella mañana, cuando (aunque Director General, con muchos presidentes de consejos de administración), era todavía el hombre más joven de aquella inaccesible oficina.

—Keogh —le dijo el viejo Sam—, te presento a mi niña. Sácala a pasear, dale

todo lo que quiera, y regresa a las seis.

Luego había besado a la niña en la coronilla de su sombrero de paja de color oscuro, se había dirigido a la puerta y se había vuelto antes de llegar a ella, para ladrar:

—Si ves que se pavonea o hace algún alarde de ostentación, Keogh, mano dura con ella, ¿entendido? No me importa lo que haga, pero no permitas que se enorgullezca de algo que ella posea frente a alguien que no lo tenga. Ése es mi Primer Mandamiento.

Y se había marchado, dejando que un silencioso y desconcertado movedor de montañas cruzase miradas con una tímida chiquilla de once años. Ella tenía la piel luminosa y pálida, los cabellos negro azabache, sedosos y brillantes, y las cejas pobladas y negras.

La summa cum laude, el ingreso en Hinnegan y Bache... todas aquellas cosas fueron comienzos y él sabía que lo eran. Durante algún tiempo no supo que lo de ahora lo había sido también, como asimismo ignoraba que había asistido a la versión contemporánea del «No serás... causa de codicia» del capitán Gamaliel. En aquel momento sólo pudo permanecer perplejo unos instantes; luego se excusó y se dirigió a la oficina del tesorero, donde firmó un recibo y alivió de su contenido a un modesto cofre de dinero que distaba mucho de ser modesto. Cogió su sombrero y su chaqueta y regresó a la oficina del Presidente. Sin pronunciar palabra, la niña se puso en pie y le acompañó hacia la puerta.

Almorzaron y pasaron la tarde juntos, y regresaron a las seis. Keogh le compró a la niña todo lo que ella quiso, en una de las tiendas más caras de Nueva York. La llevó únicamente a los lugares de diversión a donde ella le pidió que la llevara.

Cuando terminó todo, Keogh devolvió el fajo de billetes al modesto cofre, menos el dólar y veinte centavos que había gastado. Ya que en la tienda —la mayor juguetería del mundo— ella se había limitado a elegir una pelota de espuma de goma, que empaquetaron para ella en una caja cuadrada. La llevó cuidadosamente cogida por el cordel durante el resto de la tarde.

Adquirieran su almuerzo a un vendedor ambulante: él comió un bocadillo con lechuga, y ella comió dos, con gran fruición.

Subieron a la parte alta de la ciudad viajando en la imperial del autobús de la Quinta Avenida.

Visitaron el zoológico de Central Park y compraron una bolsa de cacahuets para la muchacha y las palomas, y una bolsa de buñuelos para la muchacha y los osos.

Luego tomaron otro autobús para regresar, y eso fue todo. Así pasaron la tarde.

Keogh recordaba bien lo que ella parecía entonces: una especie de pequeño príncipe muy limpio, con su sombrero de paja. No podía recordar de qué habían hablado, ni si realmente habían hablado mucho. Estaba dispuesto a olvidar el

episodio, o por lo menos a archivarlo en el departamento de Trivialidades varias de su cerebro cuando, una semana después, el viejo Sam le entregó un fajo de documentos y le dijo que los leyera todos y luego le formulara las preguntas que creyera necesarias. La única pregunta que se le ocurrió fue: «¿Está usted seguro de si quiere seguir adelante con esto?», pero al viejo Sam no se le podía ir con esa clase de preguntas. Conque lo pensó detenidamente y se limitó a preguntar: «¿Por qué he de ser yo?», y el viejo Sam le miró de arriba a abajo y gruñó: «Porque le has caído bien a ella. Por eso».

Y así fue cómo Keogh y la muchacha vivieron juntos durante un año en un pueblo algodonero del Sur. Keogh trabajaba en el almacén de la Compañía. La muchacha trabajaba en la factoría de algodón; en aquella época, en las algodonerías del Sur empleaban muchachas de doce años. Hacía el turno de la mañana y medio turno de noche, y tenía tres horas de clase por las tardes. Los sábados por la noche, hasta las diez, asistían al baile sólo para mirar. Los domingos acudían a la iglesia baptista. Su apellido, mientras estuvieron allí, fue Harris. Keogh solía preocuparse cuando la muchacha estaba lejos de su vista; un día, mientras ella cruzaba la pasarela que discurría por encima del depurador de agua de la factoría, la barandilla cedió súbitamente y la muchacha cayó al pozo. Casi antes de que su cuerpo llegase a tocar el líquido elemento, apareció un fogonero negro surgido de no se supo dónde —en realidad de lo alto de la tolva de carbón—, se lanzó al agua y sacó a la muchacha hasta la orilla del pozo, donde se había reunido una pequeña multitud. Keogh llegó corriendo del almacén mientras sacaban al fogonero y, des;pués de comprobar que la muchacha no había sufrido ningún daño, se arrodilló al lado del hombre, que tenía una pierna rota.

—Soy el señor Harris, el padre de la niña. Tendrás una recompensa por esto. ¿Cómo te llamas?

El hombre le hizo seña de que se acercara y cuando se hubo inclinado, el fogonero, aunque debía estar sufriendo, sonrió y le guiñó un ojo.

—No me debe usted nada, señor Keogh —murmuró.

Más tarde Keogh se habría enfurecido ante tal atrevimiento y habría despedido al hombre inmediatamente: aquella primera vez se sintió sorprendido y aliviado. Después las cosas fueron más fáciles para él, pues había comprendido que la chiquilla estaba rodeada de empleados especiales de los Wyke, trabajando en las posesiones de los Wyke, en una factoría de los Wyke y pagando alquiler en un inmueble de los Wyke.

El año terminó y Keogh se vio relevado de su obligación. La muchacha, apellidada ahora Kevin, con antecedentes completamente cambiados por si alguien hacía preguntas, fue enviada a completar su educación a un pensionado suizo muy distinguido, desde donde, obediente, escribía al señor y la señora Kevin, grandes

hacendados de las montañas de Pennsylvania que le contestaban con puntualidad.

Keogh volvió a su trabajo, el cual encontró en perfecto orden, con todos los documentos del año transcurrido en regla, y una suma extra, aparte de su astronómico sueldo, ingresada en una de sus cuentas corrientes: una suma que asombró incluso a Keogh. Al principio echó de menos a la muchacha, como era de esperar. Pero siguió echándola de menos todos los días durante dos años enteros, y esa anomalía no pudo explicársela ni comentarla con nadie.

Todos los Wyke, le gruñó un día el viejo Sam, hacían algo por el estilo. Sam, había sido leñador en Oregon, racionista en un teatro durante un año y medio, y luego marino en un pequeño petrolero de cabotaje.

En su fuero interno, Keogh tal vez pensaba que cuando ella regresara de Suiza volverían a pescar en un viejo bote de fondo plano, o que ella volvería a sentarse en su regazo mientras él padecía los duros bancos del cinematógrafo pueblerino. Cuando la vio a su regreso de Suiza, supo que nada de aquello volvería a ocurrir. Supo que empezaba una nueva fase; le turbaba y le disgustaba y quiso olvidarlo: podía hacerlo, era lo bastante fuerte. Y ella... Bueno, ella le echó los brazos alrededor del cuello y le besó; pero cuando le habló con su nuevo vocabulario, producto de la refinada escuela suiza, le pareció extraña y temible, como un ángel. Hasta el ángel más encantador es extraño y temible...

Entonces convivieron de nuevo durante largo tiempo, aunque sin mimos ni caricias. Él se convirtió en el señor Stark, dueño de una agencia comercial de Cleveland, y ella se hospedó con una pareja de ancianos, asistía a la Universidad y trabajaba unas horas en los archivos de la oficina de Keogh. Estaba aprendiendo los intrínquilis del negocio, su verdadera magnitud. Iba a ser suyo, y lo fue cuando estaban en Cleveland: el viejo Sam murió de repente. Asistieron al funeral, pero el lunes volvieron al trabajo. Permanecieron allí durante ocho meses más; ella tenía mucho que aprender. En otoño ingresó en una academia particular, y Keogh pasó otro año sin verla.

—¡Chitón! —le susurró Keogh a la llorosa joven. ¡Chitón!, dijo el zumbador.

—El médico...

—Ve a tomar un baño —dijo Keogh, empujándola.

Ella se volvió a medias bajo su mano, y le miró con el rostro de nuevo encendido.

—¡No!

—No puedes entrar; ya lo sabes —dijo Keogh, dirigiéndose hacia la puerta.

Ella le miró con ira, pero su labio inferior temblaba. Keogh abrió la puerta.

—En el dormitorio —dijo.

—¿Quién...?

Entonces el médico vio a la joven, con las manos crispadas y el rostro desencajado, y eso le bastó. Era un hombre alto, gris, de manos rápidas, paso rápido y

dicción cortante. Cruzó directamente el vestíbulo, el salón y las demás habitaciones y entró en el dormitorio. Cerró la puerta tras de sí. No hubo ninguna discusión, ninguna petición ni negativa; el Dr. Rathburn se había limitado a dejarles fuera, sencillamente.

—Ve a tomar un baño.

—No.

—Vamos.

La cogió de la muñeca y la condujo al cuarto de baño. Metió la mano en la ducha y abrió los grifos. Había cuatro en cada esquina; el segundo chorro empezando por arriba estaba perfumado: flor de manzano.

—Vamos.

Keogh se dirigió a la puerta. Ella permaneció donde él la había dejado, retorciéndose las manos.

—Vamos —repitió Keogh—. Una ducha te sentará bien. ¿O quieres que te duche yo mismo? Apuesto a que todavía puedo hacerlo.

Ella le miró, enfurecida; pero su indignación fue desvaneciéndose a medida que comprendía su intención. Una infrecuente chispa de malicia apareció en sus ojos y, en una perfecta imitación barriobajera, dijo:

—Intenta meterme mano, mochales, y te daré pal pelo.

Pero el esfuerzo fue demasiado para ella y estalló de nuevo en llanto. Keogh salió y cerró suavemente la puerta.

Esperaba junto al dormitorio cuando Rathburn se asomó y cerró rápidamente la puerta sobre el gemido, el jadeo.

—¿Qué tiene? —inquirió Keogh.

—Espere un momento —Rathburn se dirigió hacia el teléfono. Keogh dijo:

—Ya he enviado a por Weber.

Rathburn se detuvo en una postura casi ridícula.

—¡Vaya! —dijo—. No es mal diagnóstico para un profano. ¿Hay algo que usted no sepa hacer?

—No sé de qué me habla —replicó Keogh.

—¡Ah! Creí que lo sabía. Sí, temo que pertenece a la especialidad de Weber. ¿Qué le hizo sospechar?

Keogh se estremeció.

—En cierta ocasión vi a un peón de una fábrica recibir un golpe bajo. Y sé que a él no le han golpeado. ¿De qué se trata?

Rathburn echó una mirada a su alrededor.

—¿Dónde está ella?

Keogh señaló el cuarto de baño.

—La he mandado tomar una ducha.

—Bien —dijo el doctor. Bajó la voz—. Naturalmente, no puedo asegurar nada sin



un reconocimiento más detenido y unos análisis de labo...

—¿Qué tiene? —insistió Keogh, no en voz alta, pero con tal violencia que Rathburn retrocedió un paso.

—Podría ser un coriocarcinoma.

Keogh meneó la cabeza con aire de cansancio.

—¿Y yo he diagnosticado eso? Ni siquiera sé pronunciarlo... ¿Qué es? —Y se apresuró a añadir, como si quisiera demostrar que su ignorancia no era fingida—: Desde luego, sé lo que significa la última parte de la palabra.

—Una de las... —Rathburn tragó saliva, y probó de nuevo—: Una de las formas de cáncer más malignas. Y... —Volvió a bajar la voz—. No siempre ataca con tanta fuerza.

—¿Hasta qué punto es grave?

Rathburn hizo un gesto de impotencia.

—Muy grave, ¿eh, doctor?

—Tal vez algún día podamos... —musitó Rathburn, en tono casi inaudible.

Los dos hombres guardaron silencio unos instantes, mirándose con aire abatido. Por último, Keogh inquirió:

—¿Cuánto puede durar?

—Unas seis semanas, tal vez.

—¡Seis semanas!

—Calle —dijo Rathburn nerviosamente.

—Weber...

—Weber sabe de fisiología interna más que nadie. Pero no sé si eso servirá de algo. Es como si... bueno, como si la casa de uno fuese alcanzada por un rayo y consumida hasta los cimientos. Se pueden examinar las ruinas, y los informes meteorológicos, y saber exactamente lo que ha ocurrido. Tal vez algún día podamos... —repitió, pero lo dijo con tanta desesperanza que Keogh, a través del velo de niebla de su propio terror, sintió lástima de él y le tendió la mano casi instintivamente. Tocó la manga del doctor con una torpeza reveladora de lo desacostumbrado que estaba a aquella clase de gestos.

—¿Qué va usted a hacer?

Rathburn se volvió hacia la cerrada puerta del dormitorio.

—Lo que he hecho. —Hizo un gesto con el pulgar y el índice—. Morfina.

—¿Y eso es todo?

—Mire, yo me dedico a la medicina general. Pregúntele a Weber, ¿quiere?

Keogh comprendió que había empujado al hombre hasta el límite en busca de una migaja de esperanza; si no existía ninguna, era inútil seguir apretándole. Preguntó:

—¿Hay alguien que trabaje en ello? ¿Puede usted localizarlo?

—Lo haré, lo haré. Pero Weber sabrá decirle de memoria más de lo que yo podría

descubrir en seis me... en mucho tiempo.

Se abrió una puerta y apareció la joven, ojerosa, pero sonrosada y envuelta en una larga bata de terciopelo blanco.

—Doctor Rathburn...

—Él está durmiendo.

—Gracias a Dios. ¿Cree que...?

—No, no siente ningún dolor.

—¿Qué tiene? ¿Qué le ha pasado?

—No puedo aventurar un diagnóstico sin estar seguro... Estamos esperando al doctor Weber. Él se lo dirá.

—Pero ¿está...?

—Durmiendo, ya se lo he dicho.

—¿Puedo...? —La timidez, la cautela, pensó Keogh, no encajaban con ella—. ¿Puedo verle?

—Está dormido.

—No importa. Me estaré quieta. No... le tocaré ni diré nada. —Adelante— dijo Rathburn.

Ella abrió la puerta del dormitorio y entró impaciente y silenciosamente.

—¿No le parece que quiere convencerse de que él sigue ahí? —inquirió Rathburn.

—Exactamente —dijo Keogh.

La biografía de Guy Gibbson si que es realmente difícil de obtener. Porque no era ningún ejecutivo excepcional, de ésos que a pesar de su cauto anonimato tienen tanto poder que puede ser descubierto por quienes saben cómo buscar y dónde buscarlo y cómo deducir los detalles significativos de la masa de datos obtenidos. Y Guy Gibbson tampoco había nacido heredero de incontables millones, heredero directo de una dinastía de gigantes.

Procedía de donde procedemos la mayoría de nosotros: la clase media alta, o la clase media baja, o la clase media intermedia, o como se llamen esas enrevesadas clasificaciones de la sociedad (cuanto más se estudian, menos significado tienen). Después de todo, sólo hacía ocho semanas y media que pertenecía al imperio de los Wyke. Los datos esenciales podrían ser relativamente fáciles de obtener (fecha de nacimiento, ficha escolar), y ciertos hechos señalados (profesión del padre, nombre de soltera de la madre), así como, quizás, un par de puntos culminantes (un divorcio, tal vez, o una muerte en la familia); pero una biografía, una verdadera biografía, la que hace algo más que describir, la que explica al hombre —pocas lo hacen—, eso es harina de otro costal.

La ciencia, hay que admitirlo, puede más que «todos los caballos del rey y todos los hombres del rey», y recomponer al enanito que se cayó del muro<sup>[1]</sup>. Dadle material suficiente, y tiempo suficiente... Pero ¿no es esto un modo de decir «dadle

suficiente dinero»? Ya que el dinero puede dar no sólo los medios, sino también el móvil. De modo que si se invierte suficiente dinero en un proyecto biográfico, tal vez lo desconocido, el último vestigio de anonimato, podría ser eliminado de la historia de la vida de un hombre, aunque sea un joven don nadie (como dicen los snobs), sin importar si es poco (aunque íntimamente) conocido.

Sin duda lo más importante que le ocurrió a Guy Gibbon en su vida fue su primer encuentro con el imperio de los Wyke y, como muchas personas antes y después, no tuvo conciencia de ello. Fue cuando aún no había cumplido los veinte años, y Sammy Stein y él invadían propiedades ajenas.

Sammy era un compañero de estudios, y aquel día particular tenía un secreto; había insistido mucho en la excursión del día, pero se negó a decir por qué. Era un muchacho corpulento, bondadoso, bastante callado, cuya estrecha amistad con Guy se basaba casi exclusivamente en la atracción de los polos opuestos. Y como de las muchas clases de diversiones que compartían la más divertida era la de invadir propiedades ajenas, quiso practicarla también en aquella ocasión.

«Invadir propiedades ajenas» como diversión era algo que había empezado casi espontáneamente cuando los dos muchachos contaban doce o trece años. Vivían en una gran ciudad, rodeada (al contrario de la mayoría de las actuales) por suburbios antiguos, no nuevos. Aquellos suburbios tenían grandes fincas y mansiones — algunas, inmensas—, y el mayor placer de los muchachos consistía en escalar a través de una cerca o una valla y, muy sobrecogidos ante su propia osadía, explorar campos y bosques, parques y senderos, como guerreros indios en tierra de colonos. Habían sido capturados dos veces; en una ocasión les echaron los perros —tres boxers y dos mastines, que les hubieran destrozado si los muchachos no hubiesen sido más afortunados que rápidos—, y en otra fueron víctimas de una cariñosa anciana que llegó a empalagarles con sus emparedados de membrillo y su afecto de solterona. Pero en la saga de sus aventuras, aquellas dos capturas servían de condimento: dos fracasos contra cientos de éxitos (ya que muchos de aquellos lugares eran visitados más de una vez) eran una buena marca.

Por ello tomaron el tranvía hasta el final de la línea, y anduvieron una milla, y llegaron al recodo donde había un rótulo de Prohibido el paso muy bien pintado, aunque deteriorado por el tiempo. Se metieron en un bosquecillo silvestre, y por último llegaron hasta una pared de granito aparentemente inexpugnable.

Sammy había descubierto aquella pared la semana anterior, en una correría solitaria; quiso que Guy le acompañara para abordarla, y Guy se sintió agradecido. Quedó también profundamente impresionado por la pared en sí. Un obstáculo tan importante debía haber sido descubierto, estudiado, combatido y conquistado mucho antes. Pero al mismo tiempo que una pared alta, y larga y misteriosa, era una pared lejana, una pared discreta. Ningún sendero la flanqueaba salvo el propio camino de

acceso a la finca, que era rústico, tortuoso y conducía a un herrado portal de roble macizo sin grieta ni resquicio que permitiera atisbar el interior.

No podían abrir brecha en la pared ni escalarla... pero la cruzaron. Un viejo arce de fuera cruzaba sus ramas con un castaño de dentro, y así pasaron al otro lado como un par de ardillas.

En sus correrías habían visto fincas bien cuidadas, pero nunca habían visto un parque tan mimado, tan acicalado, tan pulido y, como dijo Sammy mientras notaba enfriársele su habitual talante emprendedor, escondidos ambos en una pérgola de mármol que dominaba acres y acres de verde césped, árboles perfectamente podados, arroyos con pequeños puentes japoneses y, en sus orillas, graciosos y diminutos jardines que parecían nacer de la roca: «... y esto tiene millas enteras».

Aquella primera vez habían correteado un poco y se habían enterado de que allí vivía alguien después de todo. Vieron un tractor a lo lejos, arrastrando una segadora sobre el césped (los propietarios lo llamaban indudablemente un calvero, pero era un césped). La máquina, rara en aquella época, segaba una faja de hierba de treinta pies de anchura «y aquello», dijo Sammy maravillado, «no era heno». Y luego habían visto la casa...

Bueno, la habían vislumbrado entre los árboles y Guy se sintió fuertemente atraído.

—La casa está allí —dijo Sammy—. Pueden vernos.

Entrevieron una especie de monumento blanco, que era la propia casa o parte de ella, con torres, torreones y almenas, un palacio de cuento de hadas en aquel paisaje de leyenda. No pudieron ver más; estaba emplazada de modo que nadie pudiera acercarse sin ser visto ni espiarla desde ningún escondrijo. Quedaron literalmente mudos ante el espectáculo y durante casi una hora guardaron silencio, limitándose a menear expresivamente la cabeza de cuando en cuando. Más adelante solían referirse a la casa como «la choza», y con el mismo espíritu llamaron luego «la vieja charca» a su descubrimiento final.

Estaba más allá de un arroyo, sobre una colina boscosa. Dos colinas más se erguían al encuentro del bosque, y formando copa entre las tres había un estanque, quizás un lago. Tenía forma de L, y a su alrededor había sombreadas caletas, grutas, abrigadas escaleras de piedra que conducían aquí a un rústico pabellón adornado con flores, allí a un oculto claro que albergaba un diminuto jardín.

Se lanzaron al agua, procurando no llamar la atención con sus chapoteos y permanecer cerca de la orilla. Exploraron dos caletas a la derecha (una cascada en miniatura y una minúscula playa de arena dorada, evidentemente artificial) y tres a la izquierda (una cuadrada, revestida de azulejos de color patinado, con una torre sumergida de cristal negro cuyos cimientos debían de estar a veinte pies de profundidad; una pequeña playa de arena blanca como la nieve; y otra donde no se

atreveron a entrar, por miedo a estropear la flota de perfectos veleros en miniatura, ninguno de ellos de más de un pie de longitud, anclados allí; pero permanecieron en el agua, mientras el frío les calaba hasta los huesos, contemplando el muelle en miniatura con pequeños carritos de mano, y calles, y faroles, y casas antiguas). Luego, cansados, hambrientos y atemorizados, se volvieron a casa.

Y Sammy reveló el secreto que se guardaba y que le había inducido a convertir aquel día en una fecha señalada: al día siguiente iba a enrolarse como voluntario para acompañar a Chennault en China.

Guy Gibbson, abrumado, hizo el único gesto que juzgó apropiado a las circunstancias: juró solemnemente que no volvería a invadir una propiedad ajena hasta que Sammy regresara.

—La muerte por coriocarcinoma —empezó el doctor Weber— es el resultado de...

—Pero él no morirá —dijo ella—. No lo permitiré.

El doctor Weber era un hombre bajito, de hombros redondos y rostro de halcón.

—No quiero ser descortés; podría hablar con eufemismos y alimentar una falsa esperanza, o bien hacer lo que usted me pidió que hiciera: explicar la situación y establecer mi diagnóstico, pero no ambas cosas a la vez.

El doctor Rathburn intervino, conciliador:

—¿Por qué no descansa un poco? Iré a verla cuando hayamos terminado aquí, y le comunicaré lo que sea preciso.

—No quiero descansar —replicó ella bruscamente—. Y no le pido que me ahorre ningún detalle, doctor Weber. Me limito a decir que no permitiré que él muera. En mi afirmación no hay nada que le impida a usted decirme la verdad.

Keogh sonrió. Weber notó aquella sonrisa y se sintió desconcertado. Entonces Keogh observó su sorpresa.

—La conozco mejor que usted —dijo, con cierto orgullo—. No es necesario que se ande con rodeos.

—Gracias, Keogh —dijo ella. Se inclinó hacia delante—: Continúe, doctor Weber.

Weber la miró. Arrancado de su trabajo a dos mil millas de distancia y conducido a un lugar desconocido para él, de un lujo que le hacía desconfiar de sus propios ojos, para conocer a una mujer de un poder tan ilimitado que le resultaba casi incomprensible... todo esto turbaba a Weber. Conmoción, pena, miedo y frustración como los de ella, los había visto antes, desde luego: ¿qué médico no los conoce? Pero cuando Keogh le dijo a ella sin rodeos que aquella enfermedad mataba en seis semanas, sin remisión, ella había vacilado, había cerrado los ojos durante largo rato y luego había dicho serenamente: «Cuéntenos todo lo que sepa de esta... esta enfermedad, doctor». Y después había añadido: «Él no va a morir. No lo permitiré».

Y lo había dicho con tanta seguridad, irguiendo la cabeza y con una voz tan firme, que Weber casi lo creyó. Y pensó que ojalá pudiera creerlo de veras. Y así descubrió que no había agotado aún su capacidad de asombro.

Hizo un esfuerzo para hablar con imparcialidad, como si fuese, no un hombre ni el médico de este paciente en particular, sino una especie de libro de consulta, y repitió:

—La muerte por carcinosarcoma es distinta a otras muertes producidas por tumores malignos. Por regla general un cáncer empieza localmente, y dispersa células en crecimiento desordenado a través del órgano donde se ha originado. La muerte puede ser consecuencia del fallo de dicho órgano: hígado, riñón, cerebro, etc. En otros casos, el cáncer aparece de súbito y prolifera por todo el cuerpo, implantando colonias en todo el organismo. Estas reciben el nombre de metástasis. En tal caso, la muerte sobreviene por colapso de varios órganos, en vez de uno solo. Desde luego, pueden ocurrir ambas cosas: la destrucción casi completa del órgano canceroso, y los efectos metastásicos al mismo tiempo. El corion, por otra parte, no representa en principio un órgano vital. Vital para la especie, quizá, pero no para el individuo. —Se permitió una seca sonrisa—. Este concepto probablemente sería desconcertante para la mayoría de la gente, hoy por hoy, mas no por ello deja de ser cierto. Ahora bien, las células sexuales tienen ciertas propiedades básicas que no poseen las demás células del organismo.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez del estado conocido como embarazo ectópico? —Dirigió la pregunta a Keogh, quien asintió—. El óvulo fecundado no logra descender hasta el útero, quedando adherido a la pared del tubo muy fino que conduce de los ovarios a la matriz. Y al principio todo marcha perfectamente, y este es el punto que deseo comprendan ustedes. Porque, si bien el útero es el único órgano verdaderamente apto para esa función, la pared del tubo no solamente aloja al óvulo fecundado, sino que lo alimenta. De hecho forma lo que nosotros llamamos una placenta secundaria, que envuelve al embrión y lo nutre. El embrión, desde luego, tiene gran capacidad de supervivencia y es capaz de desarrollarse en la placenta secundaria. Y crece... crece con rapidez. El tubo es tan fino que resultaría muy difícil pasarle una aguja de coser; por tanto no puede contener al feto y se rompe. Si el embrión no es extraído en ese momento, los tejidos exteriores se aplican a la tarea de suplir el útero y la placenta; a los seis o siete meses, si la madre sobrevive tanto tiempo, causarán verdaderos estragos en el abdomen. Así pues, volvamos al corion. Como las células enfermas son células sexuales, se multiplican desordenadamente, sin control ni forma definida. Se desarrollan en una infinita variedad de formas y amaños. Por ley estadística, cierto número de ellas (el número de células afectadas es astronómico) se asemejan a óvulos fecundados. Algunas de ellas se parecen tanto al embrión que personalmente me costaría distinguirlas. Y el organismo tampoco sabe

distinguir las: cualquier cosa que tenga un parecido, por leve que sea, con un óvulo fecundado, puede provocar la formación de una placenta adventicia. Consideremos ahora la fuente de esas células. Fisiológicamente hablando, es tejido glandular: una masa de tubos capilares y vasos sanguíneos. Todos y cada uno de ellos hacen lo posible para admitir y nutrir a aquellas imitaciones de embriones, hasta la más diminuta de ellas. Sin embargo, las delgadas paredes de los capilares se rompen fácilmente bajo semejante esfuerzo, y las imitaciones, mejor dicho, las más logradas, que son toleradas por los tejidos con más facilidad, pasan a los capilares y luego a la corriente sanguínea. Hay sólo un lugar donde puedan sobrevivir, con abundancia de oxígeno, linfa, sangre y plasma: los pulmones. Los pulmones se dedican muy pronto a la tarea de formar placentas para aquellas células y nutrir las. Pero cada zona de pulmón dedicada a gestar un falso embrión significa una zona sustraída a la tarea de oxigenar la sangre. En último término, los pulmones fallan y se produce la muerte como resultado de una carencia de oxígeno.

Rathburn intervino:

—Durante años, el coriocarcinoma fue considerado como una afección pulmonar, y el cáncer de los testículos se confundía con una metástasis.

—Pero el cáncer de pulmón... —quiso objetar Keogh.

—No se trata de cáncer de pulmón, ¿no se da cuenta? Con tiempo suficiente podría serlo, por metástasis. Pero nunca hay tiempo suficiente. Los enfermos mueren antes... —Trató de no mirar a la joven, sin conseguirlo, y dijo de todos modos—: De manera inevitable.

—¿Qué tratamiento les da usted exactamente?

Weber levantó las manos y las dejó caer. Era el mismo gesto que Rathburn hizo antes, y Keogh se dijo distraídamente que tal vez lo enseñaban en las facultades de medicina.

—Intentamos paliar el dolor. Una orquidectomía podría alargar un poco la vida del paciente, al suprimir la afluencia de células malignas a la corriente sanguínea. Pero no le salvaría. Cuando se observan los primeros síntomas ya se ha producido la metástasis; el cáncer se ha generalizado... y tal vez la muerte por insuficiencia pulmonar sea lo más clemente.

—¿Qué es una «orquidectomía»? —preguntó Keogh.

—La amputación de... ejem... la fuente —dijo Rathburn con cierto apuro.

—¡No! —gritó la joven.

Keogh le dirigió una mirada compasiva. Se sentía un poco cínico, desengañado; quizá la envidiaba por haber vivido como él nunca había podido vivir, por poseer lo que él nunca pudo tener. Era una manifestación del antiguo pecado que el viejo capitán Gamaliel había descubierto en sus perspicaces meditaciones. Desde luego amputar, si servía de ayuda. ¿Qué crees que estás protegiendo?, pensó. ¿Su virilidad?

¿Qué puede significar ahora para ti? Pero, al mirarla, descubrió algo distinto del horror y la conmoción romántica que esperaba hallar. Las pobladas cejas de la joven estaban muy juntas y en su rostro se reflejaba una intensa concentración.

—Déjenme pensar —dijo, sorprendentemente.

—Debería usted... —empezó Rathburn, pero ella le redujo al silencio con un gesto impaciente.

Los tres hombres cambiaron una mirada y guardaron silencio, como si hubieran recibido una misma orden tácita. Lo que estaban esperando, no podían suponerlo.

La joven se sentó con los ojos cerrados. Transcurrió un minuto.

—Papá solía decir —murmuró finalmente, en voz tan baja que parecía estar hablando consigo misma— que siempre hay un camino. Lo único que hay que hacer es encontrarlo.

Hubo otro largo silencio, y ella abrió los ojos. En el fondo de ellos ardía una llama que inquietó a Keogh. La joven añadió:

—Y en cierta ocasión me dijo que yo podía tener cualquier cosa que deseara, siempre que fuese algo... posible... La única manera de descubrir si una cosa es imposible consiste en intentarla.

—Eso no lo dijo Sam Wyke —dijo Keogh—. Lo dijo Keogh.

Ella se humedeció los labios y miró sucesivamente a los tres hombres, aunque parecía no verles.

—No voy a dejarle morir —dijo—. Ya lo verán.

Sammy Stein regresó dos años más tarde, de permiso y proyectando reengancharse en las Fuerzas Aéreas. En China, dijo, había encontrado un infierno, y algo de aquella maldad infernal se le había quedado dentro. Pero aún era el antiguo Sammy capaz de maravillosos planes para la invasión de propiedades ajenas; y los dos jóvenes sabían exactamente a dónde iban a ir. Pero antes el nuevo Sammy quería correr una buena juerga.

Guy, salido hacía dos años de la Universidad, trabajaba para ganarse la vida, y por naturaleza no era ni juerguista ni mujeriego, pero asintió de buena gana. Al principio, Sam parecía olvidado de «la vieja charca» y a media noche, en el baile, Guy estuvo a punto de desesperarse ante la falta de memoria de su amigo. De pronto, el propio Sam reaccionó y le recordó a Guy que en cierta ocasión le había escrito preguntándole si todo aquello había ocurrido realmente. Guy había olvidado la carta a su vez; pasaron unos momentos estupendos evocando «¿recuerdas cuando...?», e hicieron planes para salir de excursión al día siguiente, llevándose el almuerzo. Y saldrían temprano.

Luego se liaron con algunas chicas, y bebieron mucho, y de madrugada Guy se encontró sentado en una acera mirando cómo Sammy metía a una muchacha en un taxi.

—¡Eh! —gritó—. ¿Qué hay de lo que tú sabes, de la vieja charca?



—Puedes contar conmigo —dijo Sammy, y rió inmoderadamente. La muchacha le tiraba del brazo; Sammy se desprendió de ella y se volvió hacia Guy.

—Oye —dijo, tratando de guiñar un ojo—, si esto sale bien (y saldrá bien), no podremos empezar demasiado temprano. Te diré lo que haremos. Tú irás directamente allí y me reuniré contigo junto a aquel cartel que dice Prohibido el Paso. Digamos a las once. Si a esa hora no he llegado, es que me habré muerto o algo por el estilo. —Se volvió hacia el coche—. ¿Vas a matarme, cariño?

Y la muchacha replicó:

—Lo haré si no subes ahora mismo a este taxi.

—¿Comprendes lo que quiero decir? —continuó Sammy con exagerada seriedad de borracho—. Me estoy jugando la vida.

Desapareció en el interior del taxi, y Guy no volvió a verle durante aquel permiso.

Fue difícil de encajar, especialmente porque en ningún momento estuvo seguro de que Sammy no fuese a presentarse. Guy llegó con diez minutos de retraso, después de hacer un esfuerzo sobrehumano para ser puntual. Tenía acidez de estómago a causa del exceso de bebida, le dolían las articulaciones y los ojos por falta de sueño. Sabía que posiblemente Sammy no habría llegado aún o no se presentaría; pero también era posible que hubiese llegado antes y hubiera entrado en la finca sin esperarle. Guy aguardó una hora y algunos minutos más, hasta que la pequeña carretera quedó desierta de tráfico y de ruidos de tráfico. Luego se adentró solo en el bosque, pasó junto al rótulo de Prohibido el Paso y llegó a la pared. Tropezó con ciertas dificultades para franquearla, incomodado por la bolsa de provisiones. Quedó complacido, desde luego, al redescubrir el césped increíblemente perfecto y los acicalados senderos que discurrían limpiamente a través de las arboledas. Sin embargo, aquel placer era una simple confirmación de su recuerdo y nada más. Le habían estropeado el día.

Guy alcanzó el lago casi a la una de la tarde, acalorado y cansado, con un hambre devoradora y un desagradable nerviosismo. Ambas sensaciones le afectaban el estómago; se sentó en la orilla y omió. Devoró la comida que había traído para Sammy y para él, provisiones heterogéneas descuidadamente metidas en una bolsa de papel a primeras horas de la mañana. La torta estaba rancia, pero se la comió de todos modos. El zumo de naranja estaba caliente y había empezado a fermentar. Tozudamente, decidió nadar, puesto que había ido para hacerlo.

Escogió la playa con la arena dorada. Debajo de un espeso bosquecillo de juníperos encontró un banco y una mesa de piedra. Se desnudó allí, cruzó la playa y se metió en el agua.

Pensaba darse un simple chapuzón, para poder decir que lo había hecho. Pero a su izquierda asomaba la caleta rectangular con la torre sumergida; y recordaba el puerto con los veleros de juguete. Nadó diagonalmente a través del pie de la L del lago y vio

unas embarcaciones: esta vez no eran veleros anclados, sino balandros de competición que salían de una caleta, cruzaban la bocana y penetraban de nuevo en ella; debían de estar montados sobre algún tipo de rueda submarina o cadena sinfín, y se mecían a impulsos de la brisa. Guy tuvo ganas de acercarse, pero decidió ser prudente y dio media vuelta.

Nadó hacia la izquierda cerca de la playa rocosa, y se puso a contornearla. Acercándose más (el agua parecía aquí sin fondo), rodeó el espigón y se encontró cara a cara (literalmente, se tocaron) con una muchacha.

Era joven —casi de su misma edad—, y la primera impresión de Guy fue la de unos ojos de expresión demasiado compleja, unos dientes blancos con caninos puntiagudos, completamente distintos de la regularidad de teclas de piano que se consideraba hermosa en aquella época, y una amplia melena de bellos cabellos oscuros flotando alrededor de sus hombros. Guy abrió la boca, asombrado, pero al hacerlo se olvidó de sacarla del agua, de modo que se halló desconectado de las impresiones exteriores por una sensación de asfixia; luego se notó firmemente sujeto por el brazo izquierdo y se halló al lado de la roca.

—Gracias —dijo Guy roncamente, mientras ella retrocedía un trecho nadando—. Supongo que no debería estar aquí —añadió absurdamente.

—Supongo que yo tampoco. Pero pensé que vivías aquí. Creí que eras un fauno.

—Me alegro de oírte decir eso. Acerca de ti, me refiero. Yo 1 que soy es un intruso, hombre.

—No soy un hombre.

—Sólo era un modo de hablar —dijo Guy.

Ella le miraba fijamente y de pronto dijo, muy seria:

—Tienes los ojos más bonitos que he visto nunca. Parecen hechos de aluminio. Y tus cabellos son ondulados.

A Guy no se le ocurrió nada que decir, aunque lo intentó; lo único que le salió fue:

—Es temprano, ¿verdad?

Y de pronto ambos se echaron a reír. Ella era tan rara, tan distinta... Hablaba de un modo grave, sin énfasis y sin matiz alguno, como acostumbrada a manifestarse siempre sin rodeos.

—También tienes unos labios encantadores —dijo ella—. Están de color azul pálido. Será mejor que salgas del agua.

—¡No puedo!

Ella lo pensó unos instantes, alejándose de él y regresando luego a poca distancia.

—¿Dónde están tus cosas?

Guy señaló al otro lado del lago que había rodeado.

—Espérame allí —dijo ella, y súbitamente se le acercó, tan cerca, que hundió la

barbilla en el agua y le miró derecho a los ojos—. Quiero que me esperes —le conminó.

—Sí, lo haré —prometió Guy, y empezó a nadar hacia la orilla opuesta.

Ella se colgó de una roca, contemplándole.

El esfuerzo realizado al nadar le calentó, y disminuyeron los escalofríos y el vago malestar que los acompañaba. Luego sintió una punzada de dolor en el estómago y encogió las rodillas para combatirlo. Cuando trató de extenderlas de nuevo, el dolor se intensificó. Volvió a doblar las rodillas, y esta vez el dolor no cedió, por lo que no se le ocurrió extenderlas de nuevo; al contrario, las encogió todavía más, pero el dolor fue en aumento. Entonces le faltó el aire, sacó la cabeza del agua y quiso flotar de espaldas, pero con las rodillas encogidas todo le salía mal. Inhaló al fin por necesidad, y se proyectó hacia arriba en busca de aire hasta que la presión en sus oídos le dijo que estaba nadando hacia abajo. La nebrura cayó sobre él y Guy se dejó envolver por ella durante un terrible instante, y luego le envolvió la luz, y tragó una bocanada de aire y una de agua, y volvió de nuevo la oscuridad; esta vez se quedó con él...

Todavía hermoso en la cama de ella, aunque amodorrado por la morfina y sumido en inquieto sueño, yacía allí con unos monstruos agitándose en sus venas...

En voz baja, en un rincón del dormitorio, ella hablaba con Keogh:

—No me comprendes. No me comprendiste ayer cuando grité ante la idea de aquella... aquella operación. Keogh, yo le amo, pero yo soy yo. El hecho de que le ame no significa que haya dejado de pensar. Amarle a él significa que soy más igual a mí misma que nunca, no menos. Significa que puedo hacer cualquier cosa que haya hecho antes, sólo que más y mejor. Por eso me enamoré de él. ¿Has estado enamorado alguna vez, Keogh?

Keogh contempló su melena y el trazo firme de sus cejas, y dijo:

—No he pensado demasiado en ello.

—«Siempre hay un camino. Lo único que hay que hacer es encontrarlo» —citó ella—. Keogh, he aceptado lo que dijo el doctor Rathburn. Ayer, después de despedirnos, fui a la biblioteca y escudriñé algunos libros... Rathburn y Weber están en lo cierto. Y he pensado... tal como lo hubiera hecho papá, tratando de barajar todas las condiciones, buscando un nuevo camino. Él no morirá, Keogh; no voy a dejarle morir.

—Dijiste que lo habías aceptado...

—Sí, en parte. En su mayor parte, si lo prefieres. Todos morimos poco a poco, continuamente, y no nos importa porque la mayoría de las partes muertas son reemplazadas. El... él perderá más partes, con más rapidez, pero... cuando todo haya pasado, volverá a ser él mismo.

Lo dijo con soberbia confianza, y consiguió que la idea no pareciera pueril.

—Algo estás tramando —afirmó Keogh. Tal como les había dicho a los médicos, la conocía muy bien.

—Todas esas... esas cosas en su sangre —dijo ella quedamente—. La lucha en que están empeñadas... tratando de sobrevivir. ¿Has pensado en ese aspecto de la cuestión, Keogh? Quieren vivir. Desean terriblemente seguir viviendo.

—No se me había ocurrido.

—Su cuerpo también desea que vivan. Las acoge dondequiera que se alojen. El doctor Weber lo dijo.

—Algo estás tramando —repitió Keogh—, y sea lo que sea no creo que me guste.

—No quiero que te guste —dijo ella en el mismo tono de voz extrañamente tranquilo. Keogh le lanzó una rápida mirada y vio de nuevo la llama que ardía en sus ojos. Tuvo que desviar los suyos. Ella continuó—: Quiero que lo odies. Quiero que lo combatas. Tienes la inteligencia más maravillosa que he conocido, Keogh, y quiero que pienses todos los argumentos posibles contra ello. Para cada argumento yo encontraré una respuesta, y entonces sabremos lo que tenemos que hacer.

—Será mejor que te expliques —dijo Keogh de mala gana.

—Esta mañana me he peleado con el doctor Weber —dijo ella de súbito.

—¿Esta ma... cuándo? —Keogh consultó su reloj; aún era temprano.

—Alrededor de las tres, tal vez las cuatro, en su habitación. Fui allí y le desperté.

—¡Oye! ¡No puedes hacerle eso a Weber!

—Lo hice. De todos modos, se ha ido.

Keogh se puso en pie, con las mejillas enrojecidas por la cólera, cosa muy rara en él. Respiró hondo y volvió a sentarse.

—Será mejor que me lo cuentes todo.

—En la biblioteca —dijo ella— hay un libro sobre genética, y menciona algunos experimentos llevados a cabo con cobayos. Las hembras fueron fecundadas sin semen, con algún tipo de solución salina o alcalina.

—Recuerdo algo acerca de ello.

Keogh estaba acostumbrado a su modo de plantear algo importante dando un rodeo. Construía los temas de conversación, no como un contratista a sueldo, sino como un arquitecto. A veces tomaba partes de la argumentación ajena y las incorporaba a la suya. Cuando hacía eso, era material que necesitaba y que utilizaría. Keogh guardó silencio.

—Los cobayos dieron a luz varias crías. Lo interesante es que todas ellas eran idénticas a la madre y entre sí. Hasta la configuración de los capilares en el globo ocular era tan similar que un experto podía engañarse al ver sus fotografías. Uno de los experimentadores habló de «un parecido increíble». Tenían que ser idénticas, porque todo lo habían heredado de la madre. Desperté al doctor Weber para hablarle de eso.

—Y él te dijo que había leído el libro.

—Lo había escrito él —contestó ella con sencillez—. Y entonces le dije que si podía hacer aquello con un cobayo, podría hacerlo con... —señaló con la cabeza su amplio lecho— con él.

Luego calló, mientras Keogh luchaba con la idea y descubría que se había pegado a su cerebro y no podía sacudírsela. La examinó en su fuero interno y la rechazó con un estremecimiento; intentó olvidarla de nuevo y fracasó; luego, poco a poco, empezó a familiarizarse con ella y a darle vueltas.

—Tomamos uno de esos... de esas cosas semejantes a óvulos fecundados... lo hacemos crecer...

—No lo hacemos crecer. Eso que parece un óvulo fecundado desea desesperadamente crecer. Y no uno de ellos, Keogh. Tenemos millares. Tendremos centenares más a cada hora que pase.

—¡Dios mío!

—Se me ocurrió cuando el doctor Rathburn sugirió la operación. Se me ocurrió de repente un milagro. Si se ama lo suficiente —dijo ella, mirando al hombre dormido—, pueden ocurrir milagros. Pero hay que estar dispuesta a ayudar a que ocurran.

Miró a Keogh directamente, con una intensidad que le hizo removerse en su asiento.

—Yo puedo tener cualquier cosa que desee... con tal de que sea posible. Sólo nos falta hacerlo posible. Por eso acudí al doctor Weber esta mañana, para preguntárselo.

—Él dijo que no era posible.

—Lo dijo al principio. Al cabo de media hora dijo que las probabilidades en contra eran del orden del millón o del billón... Pero ¿te das cuenta?, al decir eso admitía que era posible.

—¿Qué hiciste entonces?

—Le desafié a intentarlo.

—¿Y por eso se marchó?

—Sí.

—Estás loca —dijo Keogh sin poder evitarlo. Ella no pareció tomárselo en cuenta. Permaneció sentada, impassible, esperando.

—Mira —añadió Keogh, finalmente—. Weber dijo que esas... ejem... cosas anormales parecían óvulos fecundados. Nunca dijo que lo fueran. Pudo haber dicho... Bueno, lo diré yo por él: no son óvulos fecundados.

—Pero él dijo que algunas de ellas, especialmente las que alcanzan los pulmones, eran parecidas a óvulos. La diferencia real puede ser tan mínima como para considerarla insignificante.

—No es posible. No puede ser.

—Weber dijo eso. Y yo le pregunté si lo había intentado alguna vez.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Es imposible, pero sólo para seguir con esta absurda discusión, admitamos que obtienes algo capaz de crecer. No lo obtendrás, desde luego, pero si lo hicieras, ¿cómo mantendrías su crecimiento? Tendría que ser alimentado, tendría que ser mantenido a una determinada temperatura crítica. Una determinada cantidad de ácido o de álcali lo mataría... Una cosa así no se planta en un jardín.

—Se han tomado ya óvulos de una vaca, se han implantado e otra y se han obtenido terneros. Hay un hombre en Australia que planea criar de ese modo ganado selecto con vacas normales.

—Has estudiado el asunto a fondo.

—Ah, eso no es todo. Hay un tal doctor Carrel de Nueva Jersey que ha sido capaz de cultivar durante meses (él asegura que podría hacerlo indefinidamente) células de pollo en una solución nutritiva, en un recipiente de temperatura controlada de su laboratorio. ¡Y crece, Keogh! Crece tanto, que tiene que recortarlo de cuando en cuando.

—Esto es absurdo. Es... una locura —gruñó Keogh—. ¿Qué cree que obtendrías si llegaras a desarrollar uno de esos monstruos?

—Desarrollaremos millares de ellos —dijo ella sin perder la calma—. Y uno de ellos será... él.

Se adelantó de súbito, y su tono de voz, monótono hasta entonces, se hizo más agresivo, con una agresividad que se reflejó también en su rostro y que impresionó a Keogh:

—Será su carne, su propia substancia renacida. Sus cabellos, Keogh. Sus huellas dactilares. Sus... ojos. Su... su yo.

—No puedo... —Keogh se sacudió como un perro mojado, pero aquello no remedió nada; seguía todo allí: él, ella, la cama, el durmiente, y esa idea espantosa, inconcebiblemente horrible.

Ella sonrió entonces, alargó la mano y le tocó. Increíblemente, fue como una sonrisa maternal, cálida y reconfortante, como el contacto protector de una madre cariñosa; su voz estaba llena de afecto.

—Keogh, si no ha de dar resultado, no lo dará, hagamos lo que hagamos. Entonces, habrás tenido razón. Yo creo que dará resultado. Es lo que deseo. ¿No quieres concederme lo que deseo?

Keogh tuvo que sonreír, y ella le devolvió la sonrisa.

—Eres un diablillo —dijo Keogh con énfasis—. Te gusta dominarme, ¿verdad? ¿Por qué quieres que me oponga a tu idea?

—No es que lo quiera —dijo ella—, pero si te opones se te ocurrirán problemas que a nadie más podrían ocurrírsele, y una vez que hayamos pensado en ellos

conseguiremos resolverlos, ¿comprendes? Lucharé contigo, Keogh —añadió, borrando la ternura de su voz y hablando en tono de convencida e invencible seguridad—. Lucharé contigo, me enfrentaré a todos los obstáculos, compraré y venderé y mataré si es preciso, pero voy a devolverle la vida. ¿Sabes una cosa, Keogh?

—¿Qué?

Ella movió la mano en un gesto que le incluía a él, a la habitación, al castillo y los terrenos y todos los demás castillos y terrenos; los títulos, los barcos y los trenes, las factorías y los mercados, las montañas y las minas y los bancos y los millares y millares de personas que, en conjunto, formaban el imperio de los Wyke.

—Siempre supe que esto existía —dijo—, y he llegado a entender que era mío. Pero a veces me preguntaba para qué existía todo esto. Ahora lo sé. Ahora ya lo sé.

Una boca sobre su boca, un peso sobre su estómago. Se sentía fofo y mareado, blando como mantequilla recalentada. A su alrededor la luz era verde, y todas las formas borrosas.

La boca sobre su boca, el peso sobre su estómago, una bocanada de aire, bienvenido pero demasiado caliente, demasiado húmedo. Lo necesitaba desesperadamente pero no le gustó, y pudo reunir sus energías para almacenarlo en sus pulmones y expulsarlo; pero su debilidad acusó tanto aquel esfuerzo que el aire emergió en un leve suspiro burbujeante.

La boca sobre su boca otra vez, y el peso sobre su estómago, y otra bocanada de aire. Trató de volver la cabeza, pero alguien le sujetaba la nariz. Expulsó el aire necesario e insatisfactorio y lo reemplazó por una pequeña bocanada que inhaló él mismo. Le hizo toser; era demasiado exquisito, demasiado puro, demasiado bueno. Tosió como se tose al aspirar sobre un barril de salmuera. El aire bueno lastimaba sus pulmones.

Notó que su cabeza y sus hombros estaban siendo levantados, y por ello supo que había permanecido de espaldas sobre una piedra, o sobre algo plano y duro, y ahora descansaba en algo blando y firme al mismo tiempo. El aire bueno entró y salió, sus toses se hicieron más espaciadas, hasta que cayó en un semidesmayo. El rostro inclinado sobre el suyo estaba demasiado cerca para poder enfocararlo, o quizás había perdido la capacidad de enfoque; de cualquier modo, no le importaba. Fijó una mirada soñolienta en los borrosos rasgos de aquel rostro y oyó el sonido de la voz...

... la voz canturreaba sin palabras, consoladora, y a falta de palabras creaba nuevas expresiones de alegría y deleite que no precisaban palabras. Finalmente oyó palabras, medio salmodiadas, medio susurradas; y él no pudo captarlas, no conseguía entenderlas y luego... y luego creyó oír: «Cómo es posible un milagro así, todo esto y además los ojos...». Luego preguntaba: «Eres la forma del no-tú: dime, ¿estás tú ahí?».

Él abrió los ojos de par en par y por fin vio claramente el rostro de ella y los cabellos oscuros, y los ojos verdes: de un profundo verde-mar. Sus enmarañados cabellos húmedos la coronaban como enredaderas, y el techo de hojas muy cerca de su cabeza parecía formar parte de ella y de los verdes ojos, y proyectaba luz verde sobre la rubia transparencia de sus mejillas. Él no conoció, de momento, lo que era. Ella le había dicho (¿cuántos años hacía?): «Pensé que eras un fauno...». Pero, de momento, a ella no la relacionaba con ninguna de sus experiencias.

De repente tuvo conciencia de un dolor opresivo, un retortijón que crecía, a punto de estallar en la parte superior de su abdomen. Algún grueso alambre se había anudado dentro de él, y sabiendo que necesitaba enderezarlo hizo un esfuerzo furioso y obstinado. La explosión llegó, pero fue la náusea, no la agonía. Volvió convulsivamente la cabeza, se incorporó y lo dejó salir.

Demasiado compungido para darse cuenta de lo que hacía, vio como el vómito caía sobre la rodilla de la muchacha, y se deslizaba por el pliegue, entre muslo y pantorrilla, de la pierna que ella tenía doblada debajo de su cuerpo, y los cuajarones quedaron allí mientras el líquido caía al suelo. Y ella...

Ella se sentó, sostuvo su cabeza, le meció en sus brazos, le apaciguó y le habló y dijo que aquello le hacía bien; él se sintió mejor entonces. La debilidad empezó a ceder; entonces se apartó de ella, se sentó, sacudió la cabeza y aspiró profundamente.

—¡Uf! —exclamó.

—Muchacho —dijo ella, al unísono con él.

Él se apoyó en sus piernas y sobre sus rodillas se secó las lágrimas provocadas por la náusea.

—¡Muchacho, muchacho! —repitió ella.

Al fin la miró.

La miró, y nunca olvidaría lo que vio exactamente tal como lo vio. La luz del sol, filtrándose entre el ramaje, la revestía con un halo de luz. Se inclinó hacia él, con una mano apoyada en el suelo, un débil apoyo para el brazo recto y tenso. Su peso proyectaba hacia arriba el hombro de aquel lado y su cabeza se inclinaba hacia él como vencida por el peso de su oscura melena. Producía una impresión de delicadeza, como si ella fuera frágil, cosa que él sabía era falsa. Su otra mano descansaba abierta sobre una rodilla, con la palma vuelta hacia arriba y los dedos no relajados del todo, como si sostuvieran algo; y en realidad lo hacían, ya que una mancha de sol, oro convertido en coral sobre su carne, descansaba en su palma. Ella la tocaba sin darse cuenta, y su mano revelaba aquella rara sensibilidad que una mano cerrada no puede comunicar ni recibir. Mientras viviera lo recordaría todo, hasta el menor detalle, hasta el dedo gordo del pie al final de la otra pierna. Y ella estaba sonriendo, y sus enigmáticos ojos le adoraban.

Guy Gibbon conoció el momento más importante de su vida al mismo tiempo que



transcurría (una experiencia inefable) y supo que era el momento de decir algo inolvidable, ya que cualquier cosa que dijera ahora lo sería.

Se estremeció, y luego le devolvió la sonrisa.

—Oh... muchacho —suspiró.

Y otra vez rieron juntos hasta que, intrigado, él se interrumpió preguntó:

—¿Dónde estoy?

Ella no contestó, por lo que él cerró los ojos y trató de recordar. Entre pinos... desnudo... nadando. ¡Sí, nadando! Y luego el lago, y había encontrado... Abrió los ojos, miró a la muchacha y le dijo: «tú». Luego el regreso, sintiendo el frío, su intestino demasiado lleno de comida y zumo caliente y torta agria por añadidura, y... «me has salvado la vida».

—Alguien tenía que hacerlo. Estabas muerto.

—Ojalá lo estuviera.

—¡No! —gritó ella—. ¡No vuelvas a decir eso nunca más!

Y él se dio cuenta de que lo decía completamente en serio.

—Quiero decir, por mi estupidez. Comí mucho tasajo, y un trozo de tarta que creo estaba agria. Estaba acalorado y cansado, y luego me metí en el agua como un mentecato, conque me estuvo bien empleado...

—Ya sabes lo que te he dicho —le interrumpió ella bruscamente—. No vuelvas a decirlo. ¿No has oído hablar de la antigua tradición del campo de batalla? Cuando un hombre salva la vida a otro, aquella vida pasa a ser suya para disponer de ella a su antojo.

—¿Qué quieres hacer tú con la mía?

—Eso depende —dijo ella pensativamente—. Tú debes ofrecérmela. No puedo limitarme a cogerla.

Entonces se arrodilló y se sentó sobre sus talones, arrastrando agujas de pino con las manos sobre el suelo de piedra. Incluyó la cabeza y sus cabellos le velaron el rostro como una cortina. Él pensó que le miraba a través de ella, pero no estaba seguro.

La idea le pareció tan enorme que sofocó su voz y la convirtió en un susurro:

—¿Tú me quieres?

—¡Ah, sí! —dijo ella, susurrando también.

Cuando él se acercó más y le recogió los cabellos hacia atrás para comprobar si le estaba mirando, vio sus ojos cerrados y llenos de lágrimas. Alargó una mano cariñosa, pero antes de que pudiera y tocarla ella se incorporó de un salto y corrió hacia la espesura. Si esbelto cuerpo dorado la cruzó de un salto, sin ruido alguno, y pareció flotar un segundo al otro lado; luego desapareció. Él asomó la cabeza por entre las hojas y la vio sumergirse en el agua verde Vaciló y luego notó una vaharada ocre de su propio vómito. El agua parecía limpia y la arena dorada era lo que

necesitaba para frotarse con ella. Salió de la enramada, se encaminó a la orilla y se bañó.

Después de su primer chapuzón irguió la cabeza y miró a su alrededor, buscando a la muchacha, pero ésta había desaparecido.

Nadó despacio hasta la pequeña playa y, arrodillándose, frotó su cuerpo con la menuda arena. Se sumergió en el agua para limpiarse la arena de su cuerpo, y luego, sin dejar de esperarla a ella, se bañó de nuevo. Pero no la vio más.

Se sentó en la arena bajo los últimos rayos del sol para secarse paseando la mirada por el lago. Su corazón dio un salto cuando vio algo blanco que se movía, pero tuvo una decepción al comprobar que era sólo la rueda de barcos de juguete pasando por la bocana de la caleta.

Salió afuera. Ahora descubría la especie de glorieta detrás de la cual se había desnudado y se dejó caer sobre un banco.

En aquel lugar, peces tropicales nadaban en agua de mar lejos de cualquier costa, y flotas de embarcaciones diminutas y perfectas navegaban sin nadie que las gobernara y vigilara; estatuas de valor incalculable se alzaban en claros de césped cuidadosamente recortado y oculto en lo profundo del bosque, y... aún no lo había visto todo. ¿Qué otros prodigios encerraría aquel lugar encantado?

Había estado enfermo. Frunció la nariz. Casi... ahogado. Desmayado al menos por algún tiempo, desde luego. Ella no podía ser real. ¿No había observado un tinte verdoso en su carne, o era sólo la luz? Quien hubiera edificado un lugar como aquél, concebido un refugio así, podía inventar algún tipo de máquina para hipnotizar a uno, como en un cuento fantástico.

Se removió, inquieto. Tal vez estaban vigilándole, incluso ahora. Empezó a vestirse apresuradamente.

Seguro que ella no era real. Tal vez nada de lo ocurrido era real. Había tropezado con aquella otra intrusa al otro lado del lago, y eso fue real, pero luego, cuando estuvo a punto de ahogarse, había soñado lo demás.

Sólo que... Se tocó la boca. Había soñado que alguien le insuflaba su propia respiración. Lo había oído mencionar en alguna parte pero, desde luego, tales procedimientos no se enseñaban aquel año en la Asociación de Jóvenes Cristianos.

Tú no eres la forma del no-tu. ¿Estás tú ahí?

¿Qué significaba eso?

Terminó de vestirse, aturdido. Murmuró: «¿Por qué diablos me comería aquella maldita tarta?». Se preguntó qué le iba a contar Sammy. Si ella no era real, Sammy no lo entendería; y si era real, el único comentario de Sammy sería: «¿Quieres decir que estuviste allí con ella y sólo se te ocurrió vomitar?». No... no se lo contaría a Sammy. Ni a nadie.

Y se quedaría soltero toda su vida.

Muchacho, qué principio. Primero ella te salva la vida y luego no sabes qué decir y luego, mira lo que hiciste. Pero, de todos modos, ella no era real.

Se preguntó cuál sería su nombre, aunque no fuera real. Muchas personas no usan sus nombres verdaderos.

Salió de la glorieta, cruzó la silenciosa alfombra de agujas de pino que se extendía detrás de ella, y lanzó una exclamación. No fue una palabra, ni él había tratado de formarla al gritar.

Ella estaba allí esperándole. Llevaba un sencillo vestido marrón y tacones bajos y una cartera de cuero marrón, y había trenzado sus cabellos en forma de corona. También parecía como si hubiera desconectado algún mando interno para que su piel no brillara. Parecía preparada para desaparecer, no en el aire, sino entre una multitud: cualquier multitud, dondequiera que la encontrase. En una multitud él habría pasado a su lado sin fijarse en ella, desde luego, salvo por sus ojos. Ella se acercó a él rápidamente, le puso una mano en la mejilla y le miró riendo. Él vio de nuevo la blancura de aquellos colmillos, tan afilados...

—¡Te estás ruborizando! —dijo ella.

A ningún ruboroso le ha remediado jamás esa clase de observación. Él preguntó:

—¿Qué camino vas a tomar?

Ella le miró a los ojos, luego juntó sus largas manos sobre la correa de su cartera y bajó la mirada hacia ellas.

—El que tomes tú —murmuró.

Ésta fue solamente una de las cosas que ella le dijo, poco a poco, y que ganaron significado para él a medida que transcurría el tiempo. La llevó a la ciudad y a cenar, y luego a la dirección del West Side que ella le dio, y permanecieron despiertos toda la noche, hablando. Seis semanas después estaban casados.

—¿Cómo podía oponerme? —le dijo Weber al doctor Rathburn.

Ambos contemplaban el pequeño ejército de obreros que hormigueaba alrededor del gigantesco hórreo de piedra alzado a un cuarto de milla del castillo. Éste, dicho sea de paso, no se veía desde aquel lugar, siendo desconocida su existencia para los hombres. El trabajo había empezado a las tres de la tarde del día anterior y había continuado toda la noche. Nada de lo que el doctor Weber había exigido dejó de serle concedido, e incluso se encontraba allí o instalado ya.

—Lo sé —dijo Rathburn, haciéndose cargo.

—Y no sólo no podía oponerme —dijo Weber—. ¿Por qué razón iba a hacerlo? Todos tenemos proyectos, ambiciones. Ese Keogh sabe hacer bien las cosas. Lo primero que solucionó fueron mis propios proyectos. Me dio carta blanca, por así decirlo. Así, derepente, todo lo que uno deseaba hacer o ser o tener le es entregado o prometido, sin que haya engaño en las promesas.

—¡Ah, no! Ellos no necesitan engañar a nadie... ¿Quiere usted adelantar un

diagnóstico?

—¿Se refiere al joven? —miró a Rathburn—. No, no ha querido decir eso... Me está preguntando si puedo desarrollar uno de esos sucedáneos de feto. Sería un tonto si arriesgara una opinión definitiva, y éste no es trabajo para un tonto. Lo único que puede decirles es que lo intentaré... y que ni siquiera habría soñado hacer lo a no ser por ella y su descabellada idea. Salí de aquí a las cuatro de la mañana con algunos frotis de garganta, y a las nueve tenía media docena de ellos aislados en una solución nutritiva. Plasma sanguíneo de buey, lo que tenía más a mano. Y obtuve mitosis. Se dividieron, y al cabo de pocas horas pude ver a dos de ellos ahuecándose para formar la gástrula. Eso fue una prueba suficiente para continuar, y así se lo dije a ellos por teléfono. Y cuando llegué aquí —añadió con un gesto de la mano hacia el inmenso hórreo— hallé un laboratorio suficiente para el centro médico de una ciudad, ya construido en sus cuatro quintas partes. ¿Oponerme? —repitió, acordándose de la pregunta del doctor Rathburn—. ¿Cómo podía oponerme? ¿Por qué habría de hacerlo? Y esa muchacha. Es una fuerza, como la gravedad. Puede ejercer tanta presión, y quiero decir personalmente, que sin duda sería capaz de conseguir cualquier cosa que se propusiera, aunque fuese el mundo entero. ¡Deje eso en la puerta nordeste! —gritó, dirigiéndose a un capataz—. Voy a mostrarle dónde debe ponerlo.

Se volvió hacia Rathburn; sus ojos expresaban excitación y entusiasmo.

—Debo irme.

—Si necesita ayuda —dijo el doctor Rathburn—, no tiene más que decirlo.

—Eso es lo más estupendo —dijo el doctor Weber—. Aquí todos dicen lo mismo, y les sale del corazón.

Se encaminó con paso ligero hacia el hórreo, y Rathburn dio media vuelta en dirección al castillo.

Un mes después de su última aventura como invasor de propiedades ajenas, Guy Gibbon regresaba a su casa, al término de su jornada de trabajo, cuando un hombre que le esperaba en la esquina bajó su periódico y, mientras lo doblaba, dijo:

—¿Gibbon?

—Él mismo —dijo Guy, con cierta desconfianza.

El hombre le miró de arriba abajo, rápidamente, pero daba tal impresión de eficacia y experiencia que a Guy no le habría sorprendido enterarse de que el hombre no sólo había catalogado sus ropas y su procedencia, su nivel de ingresos y sus hábitos personales, sino hasta su estado de salud y su tipo sanguíneo.

—Mi nombre es Keogh —dijo el hombre—. ¿Significa algo para usted?

—No.

—¿No ha mencionado Sylva mi nombre?

—¡Sylva! No, no lo hizo.

—Vámonos a tomar una copa. Quiero hablar con usted.

El examen, por lo visto, había satisfecho a aquel hombre: Guy se preguntó quién podía ser.

—De acuerdo —dijo—. No tengo costumbre de beber, pero bueno.

Encontraron un bar cercano, con reservados al fondo. Keogh encargó un whisky con soda y Guy, tras pensarlo un poco, pidió cerveza. Luego dijo:

—¿La conoce usted?

—Desde hace muchos años. ¿Y usted?

—¿Qué? Bueno, desde luego. Vamos a casarnos. —Contempló pensativamente su cerveza y añadió, con evidente desazón—: De todos modos, ¿quién es usted, señor Keogh?

—Digamos que actúo in loco parentis —dijo Keogh. Esperó respuesta, y, en vista de que no llegaba, añadió—: Una especie de tutor.

—Ella nunca me dijo nada de un tutor.

—Lo comprendo. ¿Qué le ha contado acerca de sí misma?

La desazón de Guy descendió hasta un nivel de timidez, de desconfianza e incluso de temor... lo cual no alteró la firmeza de sus palabras ni le impidió pronunciarlas.

—No le conozco a usted, señor Keogh. No creo que deba contestar a ninguna pregunta acerca de Sylva, ni de mí, ni de nada.

Miró al hombre a los ojos. Keogh estudió pensativamente el rostro del joven, y luego sonrió. Era un gesto al que no estaba acostumbrado y por lo visto le resultaba un poco penoso, pero en esta ocasión la sonrisa era sincera.

—¡Bien! —ladró, y se puso en pie—. Vamos.

Salió del reservado y Guy le siguió más desconcertado que nunca. Se encaminaron a la cabina del teléfono, en una esquina del local. Keogh metió una moneda en la ranura, marcó un número y esperó, con los ojos clavados en Guy. Luego Guy oyó la parte de la conversación a cargo de Keogh:

—Estoy aquí con Guy Gibbon.

Guy se dio cuenta de que Keogh se identificaba con sólo la voz.

—... Desde luego que estoy enterado. Es una pregunta absurda, niña. ...Porque es asunto mío. Tú eres asunto mío. ...¿Impedirlo? No trato de impedir nada. Pero tengo que saberlo, eso es todo. ...De acuerdo, de acuerdo. ... Él está aquí. No quiere hablar de ti ni de nada, lo cual está bien. Sí, muy bien. ¿Quieres hacer el favor de decirle que se muestre más comunicativo?

Y entregó el receptor a un desconcertado Guy, que dijo con voz trémula, mientras contemplaba el impasible rostro de Keogh:

—¿Sí? Hola.

La voz de Sylva le inundó, trocando aquella experiencia compli tamente inesperada en algo distinto y estupendo.

—Guy, querido.

—Sylva...

—Todo va bien. Supongo que debí decírtelo antes. Este momento tenía que llegar de todos modos. Guy, puedes decirle a Keogh todo lo que quieras. Cualquier cosa que te pregunte.

—¿Por qué, cariño? ¿Quién es él?

Siguió una pausa, luego una extraña risita.

—El te lo explicará mejor que yo. ¿Quieres que nos casemo Guy?

—¡Desde luego!

—Entonces, no te preocupes. Nadie puede cambiar eso, nadie sino tú. Y oye, Guy: viviré en cualquier parte y tal como tú desees vivir. Ésa es la única verdad y toda la verdad. ¿Me crees?

—Siempre te creo.

—De acuerdo entonces. Eso es lo que haremos. Ahora, habla con Keogh. Dile todo lo que quiera saber. Necesita saberlo de todos modos. Te amo, Guy.

—Yo también —dijo Guy, contemplando el rostro de Keogh—. De acuerdo, entonces —añadió al ver que ella no decía nada más—. Adiós.

Y colgó.

Keogh y él conversaron largamente.

—Está sufriendo —le susurró ella al doctor Rathburn.

—Lo sé. —Rathburn sacudió la cabeza comprensivamente—. Per la tolerancia del organismo a la morfina tiene un límite.

—Sólo un poco más...

—Muy poco —dijo Rathburn tristemente.

Se acercó a su maletín y sacó la jeringuilla. Sylva besó tiernamente al durmiente y salió de la habitación. Keogh la estaba esperando. Dijo:

—Esto tiene que terminar, muchacha.

—¿Por qué? —inquirió ella con desafío.

—Salgamos de aquí.

Sylva conocía a Keogh desde hacía tanto tiempo y tan bien, que estaba segura de que no reservaba sorpresas para ella. Pero aquella voz, aquella mirada, eran algo nuevo en Keogh. Éste sostuvo la puerta, cediéndole el paso, y luego volvió a adelantarse a ella silenciosamente.

Salieron del castillo y se adentraron por un sendero que discurría entre espesos matorrales y bordeaba la colina que dominaba el hórreo. La zona de aparcamiento, que en otro tiempo había sido una gran era, estaba llena de automóviles. Una ambulancia blanca se acercaba, y otra descargaba en la plataforma que daba al nordeste. Un grupo electrógeno ronroneaba en alguna parte detrás del edificio, y una gruesa columna de humo se alzaba por el lado de la nueva cámara de calderas. Sylva

y Keogh contemplaron con interés el edificio, pero no hicieron ningún comentario. El sendero, después de rodear la cresta de la colina, descendía hacia el lago. Llegaron a un pequeño claro del bosque en el que se erguía una Diana de casi tres metros, la cazadora Diana, casta y de pies alados, tan maravillosamente perfecta que no parecía de mármol, ni tenía el aspecto de un objeto frío y estático.

—Siempre me ha parecido —dijo Keogh— que nadie podía mentir estando cerca de ella.

Sylva alzó la mirada hacia la Diana.

—Ni siquiera a sí mismo —añadió Keogh, y se dejó caer sobre un banco de mármol.

—Suéltalo ya —dijo Sylva.

—Quieres lograr que Guy Gibbson viva otra vez. Es una idea descabellada y una idea grandiosa también. Pero muchas cosas que eran más descabelladas, y algunas más grandiosas, ahora son moneda corriente. No voy a discutir lo descabellada ni lo grandiosa que es.

—¿Qué, entonces?

—Durante las últimas veinticuatro horas he intentado alejarme un poco de todo esto, por así decirlo, para verlo con cierta perspectiva. Sylva, has olvidado una cosa.

—Bien —dijo ella—. ¡Sí, muy bien! Sabía que tú te darías cuenta antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Para que tú pudieras encontrar una solución? —meneó lentamente la cabeza—. Esta vez no. Reúne todo el valor de los Wyke, muchacha, y hazte a la idea de abandonar.

—Continúa.

—Se trata sencillamente de lo siguiente. No creo que consigas tu copia en papel carbón, pero cabe la posibilidad. He hablado con Weber, y he descubierto que no es tan pesimista como yo. Pero, aunque la consigas, lo único que obtendrás será un recipiente, sin nada con que llenarlo. Mira, muchacha, un hombre no es sólo la sangre y los huesos y las células corporales.

Keogh hizo una pausa, hasta que ella dijo:

—Continúa, Keogh.

—¿Amas a ese hombre? —preguntó él.

—¡Keogh! —exclamó Sylva, entre asombrada y divertida.

—¿Qué es lo que amas? —gritó Keogh—. ¿Ese pelo alborotado? ¿Los músculos, la piel? ¿Sus atributos viriles? ¿Los ojos, la voz?

—Todo —dijo ella tranquilamente.

—¿Todo? ¿Y eso qué significa? —inquirió Keogh, implacable—. Porque si ese todo es lo que he dicho, podrás tener lo que deseas y toda la ayuda que haga falta. No sé gran cosa acerca del amor pero te diré esto: si eso es todo, al diablo con ello.

—Bueno, desde luego hay algo más.

—¡Ah! ¿Y dónde lo encontraras, muchacha? Un hombre es la pie y el hueso de que está formado, más lo que hay en su cerebro, más lo que hay en su corazón. Tú quieres reproducir a Guy Gibbson pero no lo conseguirás duplicando su físico. Si quieres duplicar a hombre entero, tienes que hacerle vivir otra vez su misma vida Y eso no puedes hacerlo.

—¿Por qué no?

—Voy a decírtelo —dijo Keogh, furioso—. Ante todo, tienes que descubrir quién es él.

—¡Yo sé quién es él!

Keogh escupió bruscamente sobre el verde musgo junto al banco Era un gesto impropio de él y realmente sorprendente.

—No sabes ni palabra de él, y yo todavía menos. Le tuve acorralado durante más de dos horas, tratando de descubrir quién era Es un muchacho más, sencillamente. Nada notable en la escuela nada notable en deportes, los mismos gustos y sentimientos que otros seis millones de jóvenes como él. ¿Por qué tuvo que ser él Sylva? ¿Por qué él? ¿Qué pudiste ver en un individuo como ése para creer que valía la pena casarte con él?

—No... no sabía que le odiabas.

—¡Ah, diantre! Muchacha, yo no le odio. Nunca he dicho eso No puedo... ni siquiera puedo encontrar un motivo para odiarle.

—Tú no le conoces del mismo modo que le conozco yo.

—En eso estamos de acuerdo. No le conozco ni podría conocerle del mismo modo que tú. Porque tú confundes el sentir con el conocer. Si quieres ver a Guy Gibbson otra vez, o una reproducción aproximada, tendría que vivir con arreglo a un guión desde el día que naciera. Sería necesario duplicar todas las experiencias que ese muchacho haya tenido en el curso de su vida.

—De acuerdo —dijo Sylva tranquilamente.

Keogh la miró, aturdido. Dijo:

—Y para hacer eso, tendríamos que escribir el guión. Y para escribirlo, tendríamos que reunir el material necesario. ¿Qué pretendes hacer? ¿Crear una Fundación o algo por el estilo, dedicada a descubrir todos y cada uno de los momentos que ha vivido ese... ese insignificante joven? ¿Sabes cuánto costaría eso, cuántas personas se necesitarían?

—Es una buena idea —dijo ella.

—Y supongamos que consigues una biografía en forma de guión. Veinte años de una vida, día a día, hora a hora; tendrías que arreglártelas para que el niño, desde el instante de nacer, estuviera rodeado de personas encargadas de poner en práctica el guión... para impedir que le ocurriera algo que no figurase en el guión, evitando al



mismo tiempo que él llegara a enterarse.

—¡Eso es! ¡Eso es! —exclamó Sylva.

Keogh se puso en pie de un salto y blasfemó en voz baja. Luego dijo:

—¡No estoy planeando esto, lunática enamorada! ¡Estoy formulando objeciones!

—¿Hay algo más? —inquirió ella con avidez—. Piensa, Keogh, piensa... ¿Cómo vamos a empezar? ¿Qué haremos en primer lugar? Rápido, Keogh.

Keogh la miró, anonadado, y por último se dejó caer de nuevo sobre el banco y empezó a reír débilmente. Ella se sentó a su lado y le cogió una mano, con los ojos brillantes. Al cabo de unos instantes Keogh se tranquilizó y se volvió hacia ella. Contempló el brillo de aquellos ojos por un momento, y después su cerebro empezó a funcionar de nuevo... en otro asunto de los Wyke...

—La principal fuente de información sobre quién es y lo que ha hecho —dijo finalmente— no estará con nosotros mucho tiempo... Será mejor que Rathburn suprima la morfina. Le necesitamos en condiciones de pensar.

—De acuerdo —dijo ella—. De acuerdo.

Cuando el dolor se hacía demasiado intenso para permitirle recordar, le inyectaban un poco de morfina. Durante algunos días encontraron un equilibrio entre los recuerdos y la agonía, pero luego la agonía venció. Entonces seccionaron su médula espinal para que no pudiera sentirla. Contrataron a mucha gente: psiquiatras, taquígrafos, incluso un historiador profesional.

En el reconstruido hórreo, Weber ensayó con animales, con vacas incluso, y con primates: lo intentó todo. Obtuvo algunos resultados, aunque no demasiado buenos. Ensayó también con seres humanos. No pudo vencer el obstáculo de las defensas orgánicas: el útero no toleraba un feto ajeno, del mismo modo que una mano rechaza el injerto del dedo de otra mano.

Probó soluciones nutritivas. Probó muchísimas. Finalmente descubrió una eficaz: plasma sanguíneo de mujeres embarazadas.

Colocó los mejores cuasi-óvulos entre pliegos de gamuza esterilizada. Inventó máquinas automáticas para gotear el plasma a un ritmo arterial, hacerlo circular en una proporción venosa y mantenerlo a la temperatura del cuerpo.

Un día murieron cincuenta de ellos, debido al cloroformo utilizado en uno de los adhesivos. Cuando la luz pareció perjudicarles, Weber inventó contenedores de bakelita. Cuando la fotografía normal resultó ineficaz, diseñó un nuevo tipo de película sensible al calor, la primera película infrarroja.

A los sesenta días los fetos viables mostraban el ojo embrionario, la espina dorsal, los brotes de los brazos y un corazón que latía. Todos y cada uno de ellos consumían, directamente o en baño, más de un galón de plasma diario, y en un momento dado llegaron a ser ciento setenta y cuatro mil. Luego empezaron a morir: algunos por malformación; otros eran químicamente desequilibrados, y muchos por motivos

demasiado complicados incluso para Weber y su estado mayor.

Cuando hubo hecho cuanto pudo, cuando lo único que podía hacer era esperar, le quedaron veintitrés fetos de siete meses que crecían normalmente. Guy Gibbson había muerto hacía ya bastante tiempo, y su viuda se presentó a Weber, le entregó con gesto de cansancio un fajo de documentos y de informes, le apremió para que los leyera y le rogó que la avisara cuando hubiera terminado.

Weber los leyó y visitó a Sylva. Se negó en redondo a lo que ella pedía.

Sylva recurrió a Keogh, el cual se negó a secundarla en aquella idea. Ella le hizo cambiar de opinión, y Keogh convenció a Weber.

En el hórreo de piedra se reanudó la actividad, con nuevas construcciones y nuevas máquinas. El tanque de congelación tenía cuatro pies de anchura por seis de longitud en su parte interior, y estaba rodeado de serpentines e instrumentos. Introdujeron a Sylva en él.

Para entonces, los fetos tenían ocho meses y medio de vida. Quedaban cuatro.

Uno de ellos llegó a término.

NOTA DEL AUTOR: Al lector y especialmente al lector que haya cumplido hace poco los veinte años, séame permitido preguntarle: ¿Has experimentado alguna vez la sensación de que te estaban empujando en una dirección determinada? ¿Alguna vez has querido hacer algo y has visto acumularse obstáculos en tu camino hasta el punto de obligarte a renunciar, mientras por otra parte obtenías con facilidad algo que deseabas? ¿Has tenido la impresión de que personas desconocidas sabían quién eras? ¿Has conocido a una muchacha que haya sido para ti como una revelación, y a la que parecías gustarle... y que haya sido separada misteriosamente de tu vida, como si no figurase en el guión?

Bueno, todos nosotros hemos conocido esas sensaciones. Pero si has leído lo que antecede, admitirás que es algo más complicado que una simple historia. Parece una analogía, ¿no es cierto? Quiero decir que no ha de existir necesariamente un castillo, ni la vieja charca, y que los nombres han sido cambiados para proteger al inocente... autor.

Porque hoy podría ser casi la época en que ella despierte, envejecida sólo un par de años durante su frío sueño de dos décadas. Y cuando ella se encuentre contigo, será lo más grandioso que hayas experimentado desde la última vez.

# Theodore Sturgeon

por Judith Merrill

Es un hombre que tiene estilo.

La misma calidad de «voz» o de «presencia» que nos obliga a leer el más desigualmente construido de los relatos de Sturgeon, marca su personalidad con una fascinación no menos inconfundible (aunque difícil de definir).

Es un hombre de intereses variados y opiniones arraigadas, de múltiples habilidades e interminables paradojas. Snob y vulgar, atleta y esteta, místico y mecánico, es desprendido y alegre, humilde y arrogante, afectado y profundamente cortés: un nudista decadente, un hombre de elegante naturalidad, de sencillez estudiada, de desenvoltura cortés y de espontaneidad artificial.

Los desconocidos siempre se fijan en él; los niños reaccionan con inmediata y duradera confianza. Los que le conocen, o le aprecian o le aborrecen. Nadie puede permanecer indiferente... y no hay dos personas que opinen igual acerca de él.

Y es que nunca se presenta dos veces de la misma manera. Tal vez no haya en ello intención de engañar (creo que nunca, salvando engorros naturales como, por ejemplo, los cobradores de facturas, los funcionarios del Fisco y determinados editores); normalmente no lo pretende. Sus cambios de rostro, de postura o de estilo según quien sea el oyente van de lo sutil a lo sensacional, pero cada actitud es tan auténtica como la anterior. Se trata de una nueva combinación de sus contradicciones internas, sencillamente.

La belleza es un estado mental compuesto de armonía y/o contraste con el entorno de la cosa bella, me escribió en cierta ocasión. El entorno no tiene que ser concreto, pero tiene mucho que ver con los reflejos del espectador.

Es uno de los ingredientes básicos del estilo de Sturgeon. En su obra, la elección del lenguaje, el ritmo de la prosa (o el poético), a veces incluso la sintaxis, derivan de la situación o del personaje: una continua variación de la estructura discursiva es uno de los elementos que marcan su estilo literario. En su persona, la variabilidad de la apariencia procede análogamente por aproximación a la «armonía y/o contraste».

«Sturgeon vive su propia biografía», solía decir un amigo mutuo en sus momentos de máxima frustración por culpa del eternamente sincero poseur. Y aunque dudo que Ted se haya molestado mucho en meditar sobre la imagen que algún día pueda quedar de él en los escritos de un erudito, lo cierto es que no deja de revisarla continuamente. Sencillamente, es incapaz de consentir que la escenografía tan

laboriosamente construida sea alterada por la grosera y absurda mano del acontecer real; nunca duda acerca del camino a seguir cuando la lógica o el interés personal difieren de las necesidades artísticas del momento.

Hay algunas cosas en Ted que son (relativamente) invariables: atributos que sólo cambian, como en todos nosotros, con el paso del tiempo y la edad. Su aspecto físico es una de ellas.

De estatura algo superior a la media (1,77 m, quizás), es de constitución delgada, pero muy proporcionada (su primera ambición fue ser acróbata de circo). No puede decirse que sea convencionalmente guapo, pero la perilla que adoptó hace años (antes de que estuvieran de moda) es el detalle que convierte su semblante casi fáunico en una máscara levemente satánica.

Es una persona cordial, y los únicos formulismos a los que obedece son los establecidos por él mismo: normas de conducta ideadas para facilitar sus movimientos, mejor dicho, sus placeres. En el trabajo —en cualquier clase de trabajo— es impacientemente, rígidamente funcional. Es (casi) obsesivamente limpio, apasionado por la pulcritud y el deseo de agradar. (Obsérvese el «casi», en Ted nada es de una pieza. Suele decir: «La definición de perversión es cualquier cosa que se realice con exclusión de todo lo demás... incluida la posición normal»).

Le gusta la buena comida, la buena bebida, la buena conversación, la buena música, el buen ambiente, la buena ropa, los buenos modales. Aborrece la suciedad, el sudor, las voces estridentes, los trajes mal cortados, el comportamiento zafio. (Creo que entre lo más importante a que uno puede aspirar figura el vivir con elegancia. Sólo conozco mi propia definición de la elegancia, que excluye el odiar a un hombre por su piel negra, mearse en las alfombras del prójimo, ir desnudo si ello molesta a los demás, acostarse con las esposas de otros hombres, no respetar la intimidad, y algunas otras cosas sin importar si son deliciosas, incómodas o divertidas...).

Adquiere conocimientos con empeño de coleccionista: que yo recuerde ahora, y en grados que van desde la competencia hasta la pericia, es chófer, guitarrista, técnico en reparaciones de radio (y electrónica general), cocinero, conductor de máquinas excavadoras, mecánico de automóviles y constructor de lo que sea con alambre, perchas, cepillos de dientes y botellas vacías. También canta pasablemente, y habla con una dicción poco usual y meticulosamente clara... y con una chispa que es, casi siempre, amistosa y cordial.

En mi primera lista de paradojas he incluido la de «nudista decadente<sup>[2]</sup>». Después mencionaba que su casi-obsesión por la limpieza y la pulcritud tenía una excepción. La excepción es el trabajo. Lo más evidente en el estilo de Sturgeon es su facilidad, pero se trata de una facilidad adquirida mediante un duro esfuerzo.

Un editor malhumorado porque Ted no le había entregado una novela en la fecha prometida, me dijo en cierta ocasión: «Dice que le quedan tres días de trabajar en

ella. Le creo; sé que puede escribir una novela en tres días. Pero ¿cuándo serán esos tres días?».

El editor casi tenía razón, pero al mismo tiempo se equivocaba. He visto a Sturgeon sentado delante de su máquina de escribir (en un desván, o en un sótano, o en un cuchitril al lado del garaje, despeinado, rodeado de cuartillas, enervado por el café, y sudando) durante horas interminables, sin dormir y casi sin comer, produciendo una ininterrumpida corriente de (borrador, copia final) palabras, hora tras hora. (Aunque creo que la producción máxima de tres días, descabezando algún sueño y comiendo emparedados, no llegó a las dos terceras partes de una novela). Pero escribir a máquina es solamente una parte del trabajo.

«Nadie puede hacer dos cosas al mismo tiempo», dice Ted con burla. «Yo no pienso nunca mientras escribo». En efecto; lo de pensar se hace antes, entre falsas salidas y frente al resplandor del folio blanco y virgen en el rodillo de la máquina de escribir. (Ted ha expresado esto de un modo un poco distinto en *El perfecto anfitrión*): Uno quiere escribir una historia y se sienta delante de la máquina, espera hasta que le llega determinada sensación, espera unos segundos más sólo para estar completamente seguro de saber exactamente lo que quiere hacer, respira a fondo... y se levanta para ir a preparar un cazo de café.

Esto puede durar varios días, hasta que uno se queda sin café y no puede comprar más si no lo paga al contado, y el único modo de poder hacerlo es terminar un relato y venderlo; o hasta que se cansa uno de andar de un lado a otro y se sienta y escribe un cuento increíble sólo para ver cómo sale y aplicar lo que se haya aprendido al hacerlo.

Ninguno de ambos procedimientos explica por qué Ted pierde peso en el proceso. El suda como todo el mundo, pero lo hace en privado. Cuando ha sudado lo suficiente, surge de la máquina la fluida y elegante prosa que cualquiera puede identificar como la de Sturgeon.

La frase clave de esa cita es «para ver cómo sale y aplicar lo aprendido». En una introducción enormemente halagadora a un libro mío de relatos cortos, Ted se adelantó a negar toda responsabilidad suya en mis actividades como escritora. Cuando supo que estaba escribiendo este artículo, me recordó severamente aquellas líneas. Puesto que se me prohíbe manifestar mi gratitud en público pese a mi intención de hacerlo, quizá pueda salir del paso atribuyéndome previamente algún mérito:

Fui yo quien le hizo comprender a Sturgeon lo mucho que él sabía de escribir; lo hice al escucharle, y a través de algunas preguntas ocasionales, mientras él procuraba enseñarme todo lo que sabía acerca de escribir. (Temo que nuestra evidente diferencia de categoría sea cuestión de talento, más que de oficio).

No bromeo. Cuando Ted decidió que yo debía escribir y escribiría ciencia-ficción,

él aún andaba recuperándose de la doble impresión sufrida con su primera y prolongada incursión en el manejo de los «trastes de escribir» y el fracaso de su primer matrimonio. Tenía una pésima opinión de sí mismo. (Sus mejores relatos de entonces eran tragedias... o sátiras contra su propio yo: *Maturity*, *Thunder and roces*, *It wasn't Syzgy*, *The sky was full of ships*. Hubo incluso uno, menos memorable, «llamado». *That Low*). Y la triste canción que machacaba era: «Quiero ser apreciado o admirado por algo que yo haga... no por lo que soy». Y otras veces: «Yo no soy un escritor. Tú lo eres; Phil<sup>[3]</sup> también lo es. Yo no. Un escritor es el que tiene vocación de escribir. El único motivo de que yo desee escribir es porque me sirve de justificación para dejar de hacer las demás cosas que no hago».

Al mismo tiempo, exploraba su mente en busca de cosas que pudieran resultar útiles para una escritora novel (no quiero decir que Sturgeon tratase de influirme en contra de mi voluntad. En aquella época yo apenas hablaba de otra cosa... aunque para mí era una esperanza irrealizable. Yo sabía que tenía condiciones literarias; dominaba el trabajo de biblioteca; podía escribir un artículo soportable, o incluso un cuento por encargo para una revista barata. Pero ser Un Escritor era algo muy distinto, que requería Talento e Imaginación...).

Lo primero que hizo Ted fue regalarme un libro.

Había visto algunos poemas míos en una revista (ingenuos, juveniles y, desde luego, en verso libre). Le gustó uno de ellos, según dijo, y pocos días después se presentó con el Diccionario completo de la rima y Manual del arte poético de Clement Wood, con esta dedicatoria:

*A Judy, para que mañana  
sea una buena artesana.*

Amablemente, me sugirió que empezara practicando con alguna de las formas de versificación francesa más fáciles. Lo hice, y decidí pasar a empresas mayores. Escribí un soneto; al menos, eso creía yo. Tenía el número correcto de versos y las rimas en los lugares correctos, y el período era yámbico. Se lo envié a Ted, y me contestó con una crítica de cinco páginas, verso por verso. Elogió algunos de mis versos; pero empezaba con una especie de explicación de primer curso, diciendo que un soneto nunca se compone en tetrametros. Cada verso ha de tener siempre diez sílabas, no ocho. Decía, entre otras cosas:

Conserva puro y fiel tu puesto por la forma. No la violes nunca, ni en la más leve mutación del valor silábico. Nuestro idioma, con todos sus defectos, es uno de los más expresivos que existen (a Joseph Conrad le pareció tan perfecto que prefirió escribir en inglés pese a ser de origen polaco. Cuando lo utilices, no olvides ese magnífico ejemplo). Tenemos una gramática muy flexible. Los verbos pueden ir en

cualquier lugar de la frase. Cada palabra suscita varias ideas afines. La variedad etimológica del inglés le aporta matices de significado y posibilidades de elección entre sonidos que no tienen equivalente en otras lenguas...

Encuentro pocos fallos en tu puntuación, pero podría serte útil el adoptar mi punto de vista sobre ella; es decir, que la puntuación es inflexión impresa. Para mí, «Ella me ama...» suena distinto a «¡Ella me ama!» y a «Ella me ama». Hay una diferencia de expresión entre una coma, un punto y coma, y dos puntos.

Si dominas la forma, serás tan sensible a la música de las palabras que tus rimas y tu verso libre hallarán el ritmo de un modo natural, y en tu prosa tus personajes melódicos hablarán, cuando sus pensamientos canten, de un modo musical...

A modo de excusa, afirmé que sólo dos cosas podía enseñarme acerca del modo de escribir un relato, y que una de ellas no se le había ocurrido a él, sino que se la había dicho Will Jenkins. Se trataba del mecanismo básico para producir un argumento:

Se empieza con un personaje, dotado de una personalidad de trazos fuertes, incluso dominantes. Se le coloca en una situación que niegue de algún modo un rasgo vital. Se observa cómo resuelve el problema el personaje.

No creo haber escrito nunca una historia bien acogida por el público que haya surgido de cualquier otra manera.

El segundo consejo era suyo: procura visualizar todo cuanto escribes. No escribas una sola palabra hasta que hayas imaginado toda la escena: la habitación, o los exteriores; los personajes, incluidos los secundarios; los colores y formas, el tiempo, las ropas, los muebles, todo. Luego describe sólo aquello que se relacione con la acción; o no describas nada sino las acciones de tus personajes. Éstos se comportarán de acuerdo con tu planteamiento, y el lector podrá reconstruir la escena completa con los fragmentos que le hayas dado. No importa que esta escena sea distinta de la tuya; en el marco de referencia del lector tendrá el mismo significado que la tuya tuvo para ti.

Este consejo es de los más asombrosos de la preceptiva literaria... simplemente porque nunca lo he hallado en otra parte.

Ted me escribió la carta con la primera cita que he utilizado aquí sobre el carácter de la belleza. En su contexto, se refería a la capacidad de crear belleza. Y otra carta recoge un tema al que Ted ha dedicado muchas horas: La imaginación es algo comparable al manejo del idioma o al modo de beber coñac: puede hacerse bien o mal, pecando por exceso o por defecto.

Sería imposible detallar una a una las cosas que me enseñó, o las ayudas que me prestó. Dudo que pudiera recordarlo todo ahora. En general lo asimilé tan bien que ya no lo distingo como algo aprendido de Ted. He hablado de las que recuerdo mejor, pero añadiré un par de detalles, por dos motivos fundamentales.

El primero es que Ted aprendió algo muy importante para él mientras intentaba enseñarme a mí, y creo que ello marcó un viraje decisivo partiendo de lo más hondo de su depresión. Creo que fue el día que leía el original de *Las manos de Bianca* (del cual había enviado copias a Inglaterra, para aspirar al premio Argosy de novela corta). No me gustó el relato. Es más, me desagradó el esfuerzo de Ted por imitar la obra de Ray Bradbury. En aquella época sólo había leído un relato de Bradbury que me hubiese gustado. (Después he leído otros anteriores y muchos posteriores, los cuales admiro muchísimo. Pero lo que estoy contando ocurría en 1947; la mayoría de lo escrito por Bradbury hasta entonces encajaba en el estilo de «Weird Tales», que pocas veces ha sido santo de mi devoción). Sea como fuere, fui algo severa en mi crítica. Para defenderse, quizá, Ted me explicó que aquel relato databa de hacía muchos años, y que me lo había mostrado porque acababa de rehacerlo en parte: se trataba de algunos párrafos de prosa poética que describían una crisis emocional, aunque no en verso, a fin de no romper el ritmo de la narración.

Mientras señalaba esto (que, como él había supuesto, yo no supe descubrir) se interrumpió, asombrado, y dijo que acababa de darse cuenta de lo mucho que sabía sobre el arte de escribir: que en él era precisamente un arte, y no sólo un talento.

Tal afirmación se vio muy pronto confirmada, pues dicho relato ganó el primer premio de mil dólares.

Nunca volví a oír la frase «por lo que haga y no por lo que soy».

Mi otro motivo para relatar mis primeras lecciones como escritora es que, según creo, ponen de manifiesto algunos aspectos de la personalidad de Sturgeon que no he visto expuestos en ninguno de los incontables panegíricos, prólogos, notas editoriales y biografías que he leído.

Confesaré ahora que este artículo ha sido mi trabajo más difícil al margen de mis obras de ficción. No quiero contar las veces que lo he empezado ni la cantidad de cuartillas emborronadas que han ido a parar al cesto de los papeles. Empecé planteándome un artículo biográfico, digamos, con algunos toques personales. (Ya saben: «Yo estuve presente cuando...»). Cuanto más lo intentaba, más me daba cuenta de que yo no era probablemente la persona indicada para escribir de modo imparcial, objetivo o realmente informativo sobre de Ted Sturgeon. («Probablemente», porque otros le conocen, como persona y escritor, al menos tan bien como yo; algunos se han beneficiado también de su asombrosa capacidad para aconsejar, apoyar, instruir y estimular a escritores noveles. Pero...). Creo que mi posición es única, debido a que soy no sólo una amiga, admiradora, colega y exalumna; soy también, en cierto sentido, un invento del propio Ted.

La primera historia publicada por Judith Merrill se intitulaba *Lo que sólo una madre...* (había escrito trabajos por encargo, bajo otros nombres). Gracias a ese relato, y aun antes de ser publicado, conseguí un empleo en la Editorial Bantam



Books que condujo directamente a mi primera antología. Indirectamente, el mismo relato tuvo mucho que ver en la aceptación de mi primera novela por Doubleday, a base de un borrador resumido y sin terminar. Fue Sturgeon quien me hizo confiar en mí misma y, en definitiva, me desafió a escribir la historia. Además, proporcionó el planteamiento y el protagonista principal, aunque sin darse cuenta de ello. Lo único que me restó hacer fue escribirlo. Luego, el mismo Ted me presentó a su agente, y fue en la oficina de éste donde lo leyeron quienes más tarde me ayudarían a conseguir encargos y contratos. Todo esto fue hasta cierto punto casual. Pero mi carrera literaria fue creada por designio de Sturgeon.

Cuando aún me faltaba valor para lanzarme a «escribir en serio», ya había decidido ser una escritora independiente (de artículos y «cuentos por encargo»). Por varios motivos que no hacen al caso, necesitaba un seudónimo. Recurrí a Ted, entre otros, para que me aconsejara. Sugirió el nombre de pila de mi hija, Merrill. Me negué en redondo; no tenía ninguna intención de cambiar mi apellido judío por uno tan llamativamente anglosajón.

Ted reaccionó con desacostumbrada cólera y nos separamos enfadados. Tres días más tarde recibí una carta de explicación que incluía un soneto titulado En el nacimiento de Judith Merrill.

Dos versos del poema se le habían ocurrido mientras estábamos hablando (¡en una heladería!). Desde ese instante todos mis argumentos quedaban rebatidos. Ted se marchó a casa a terminar tu relato que estaba escribiendo: un trabajo que le habían encargado con la promesa de un cheque cuando estuviera terminado, en unos momentos en que andaba muy necesitado de dinero. Pero el poema no dejó de tomar forma, y finalmente:

Recordé algo que habías dicho acerca de tu nombre hebreo acudí a la enciclopedia... Allí estaba, reproducido también en caracteres griegos y hebreos, y significa Judía. No significa otra cosa sino Judía...

Convencido de que eso me haría cambiar de opinión, dedicó todo el día siguiente al soneto. La carta continúa:

Es un soneto a la italiana, lo cual significa que su forma es sumamente rígida y compleja. El esquema de la rima es ABBA ABBA, CDE, CDE. Observa que no hay pareado final como en los sonetos de Shakespeare y de Wordsworth. La idea es presentada en los dos cuartetos y resuelta en los tercetos finales. He preferido construir esto a comer, lo cual es demostrable...

Bueno, ¿qué habrían hecho ustedes? ¿Permitir que un prejuicio irracional se interpusiera en el camino de ese bautismo obligado? Así nació mi *nom de plume*.

Es un hombre lleno de contradicciones íntimas; es un vidente ciego, un razonador ilógico, un pedante lírico, un egocéntrico generoso. Pero representa cada una de esas facetas con estilo.

Una anécdota más, a propósito del desafío final con que me envió a casa para que escribiera mi obra:

Yo salía del apartamento que él compartía entonces con L. Jerome Stanton. Ted acababa de recibir la gran noticia sobre Las manos de Bianca y derramaba su satisfacción sobre todos, inclu yéndome a mí. Me acompañó hasta la puerta y me dijo que me fuese a casa y escribiera un relato mejor que el suyo. Me pareció una burla. Se interrumpió a media explicación (sincera) y dijo súbitamente, señalando la pared del vestíbulo:

—¡Mira!

Lo hice, y me volví a mirarle, interrogante.

—¡Mira! ¡No ves!

—¿Qué debo ver?

—Un hombrecillo verde, subiendo por la pared...

Negué con la cabeza y sonreí débilmente.

—Sigue mirando. ¡Mira! ¿Lo ves? ¡Allí! Lleva una larga caperuza verde muy erguida hacia arriba, y sube dando pequeños saltos. No vi ningún hombre verde, y así se lo dije.

—Es más —añadí—, si hubiera uno, para subir tendría que arrastrar los pies y su caperuza colgaría hacia abajo...

—¡Exacto! —exclamó, en tono de triunfo—. ¿Te das cuenta? Y(escribo fantasía. Tú escribes ciencia-ficción.

Conque eso hice... y, eventualmente, he conseguido que se me encargue un artículo sobre Sturgeon. Como ya he dicho, en este caso no puedo evitar el ser parcial; y después de escribir lo que me ha parecido más importante no ha quedado lugar para estadísticas. De todos modos, éstas ya han sido realizadas por otros más eruditos que yo; en la medida de mis posibilidades, he procurado reflejar la personalidad de un ser humano excepcional y admirable. Pero resulta duro escribir acerca de un hombre con cuyo estilo no se puede competir.

## Bibliografía

Recopilada por Sam Moskowitz

*Without sorcery (Relatos)*, Prime Press, 1948, 355 pp.

*The dreaming jewels (Novela)*, Greenberg Publishers, Nueva York 1950, 217 pp.

*E pluribus unicorn (Relatos)*, Abelard Press, Nueva York 1953, 275 páginas.

*More than human (Novela)*, Farrar, Strauss & Young, Nueva York 1953, 233 pp.

*A way home (Relatos)*, Funk and Wagnalls, 1955, 333 pp. *Caviar (Relatos)*,

*Ballantine Books, Nueva York 1955, 168 pp.*

*I, libertine (Novela, publicada bajo el seudónimo de Frederick R.*

*Ewing), Ballantine Books, Nueva York 1956, 151 pp.*

*A touch of strange (Relatos), Doubleday, Nueva York 1958, 262 pp. The cosmic rape (Novela corta), Dell, Nueva York 1958, 160 pp. Aliens 4 (Relatos), Avon Publications, Nueva York 1959, 224 pp. Beyond (Relatos), Avon Book Division, The Hearst Corp., Nueva York 1960, 157 pp.*

*Venus plus X (Novela), Pyramid Books, 1960, 160 pp.*

*Voyage to the bottom of the sea (Adaptación del guión cinematográfico), Pyramid Books, Nueva York 1961; 159 pp.*

*Some of your blood (Novela), Ballantine Books, Nueva York 1961, 143 pp.*

*Sturgeon in orbit (Relatos), Pyramid Books, Nueva York 1964, 159 pp. The joyous invasions (Relatos), Victor Gollancz Ltd., Londres 1965, 208 pp.*

*Starshine (Relatos), Pyramid Books, Nueva York 1966, 174 pp. Sturgeon is alive and well (Relatos), G. P. Putnam's Sons, Nueva York 1971, 221 pp.*

*The worlds of Theodore Sturgeon (Relatos), Ace Books, Nueva York, 286 pp.*

*Sturgeon's west (en colaboración con Don Ward; relatos del Oeste), Doubleday, Nueva York 1973, 186 pp.*

# Al abismo de Chicago

*Ray Bradbury*

Bajo un pálido cielo de abril, con un leve viento que disipaba el recuerdo invernal, el anciano entró en el parque casi vacío a mediodía. Sus lentos pies estaban envueltos en vendas manchadas de nicotina, y tenía los cabellos enmarañados, largos y grises, lo mismo que su barba, rodeando una boca que parecía temblar continuamente llena de revelaciones.

El anciano miró hacia atrás como si hubiera perdido más cosas de las que podía empezar a recordar allí, en el montón de ruinas, ante la desdentada silueta de la ciudad. Al no encontrar nada, siguió arrastrando los pies hasta que localizó un banco ocupado por una mujer solitaria. La contempló, asintió con la cabeza, se sentó al otro extremo del banco y no volvió a mirarla.

Permaneció con los ojos cerrados y la boca ocupada durante tres minutos, moviendo la cabeza como si su nariz estuviera escribiendo una palabra en el aire. Hecho esto, abrió la boca para pronunciar la palabra con voz clara y aguda:

—Café.

La mujer dio un respingo e irguió el cuerpo.

Los nudosos dedos del anciano voltearon en pantomima sobre su regazo, sin mirar.

—¡Gira el abrelatas! ¡Envase rojo brillante de letras amarillas! Aire comprimido. ¡Puff! Envasado al vacío. ¡Ssst! ¡Como una serpiente!

La mujer volvió la cabeza como si la hubiesen golpeado, para ontemplar con horrorizada fascinación la lengua en movimiento del anciano.

—Qué perfume, qué aroma, qué olor. ¡Exquisitos, oscuros, maravillosos granos brasileños, recién molidos!

La mujer se puso en pie de un salto, tambaleándose como si acabase de recibir un tiro, y se agarró al respaldo del banco. El anciano abrió los ojos de par en par.

—¡No! Yo...

Pero ella echó a correr, y desapareció.

El anciano suspiró y reanudó su deambular por el parque hasta encontrar un banco donde estaba sentado un joven completamente absorto en la tarea de envolver hierba seca en un pequeño rectángulo de papel fino. Sus delgados dedos moldearon la hierba tierna• mente, en un rito casi sagrado, temblando mientras enrollaba el tubo; luego lo colocó entre sus labios e, hipnóticamente, lo encendió. Se reclinó hacia atrás, bizqueando de placer, comulgando con el fétido aire que invadía su boca y sus

pulmones. El anciano con• templó el humo exhalado disolviéndose en el viento de mediodía, y dijo:

—Chesterfield.

El joven se cogió las rodillas con fuerza.

—Raleighs —dijo el anciano—. Lucky Strike.

El joven le miró fijamente.

—Kent. Kools. Marlboro —dijo el anciano, sin mirar al joven Asíse llamaban. Paquetes blancos, rojo, ámbar, verde hierba, azul celeste, dorado, con la tirilla roja en la parte superior para quita el crujiente celofán, y la etiqueta azul del impuesto del Gobierno...

—¡Cállese! —dijo el joven.

—Se compraban en las droguerías, en los quioscos de refrescos, en las estaciones del Metro...

—¡Cállese!

—Calma —dijo el anciano—. Ese humo me ha hecho pensar...

—¡No piense! —El joven hizo un gesto tan violento que su cigarrillo liado a mano cayó deshecho sobre sus piernas—. ¡Mire lo que ha conseguido!

—Lo siento. Era un día tan agradable y amistoso...

—¡Yo no soy amigo de nadie!

—Todos somos amigos ahora; si no ¿para qué vivimos?

—¿Amigos? —refunfuñó el joven, sacudiéndose del regazo la hierba y el papel—. Tal vez hubieran «amigos» en los años setenta, pero ahora...

—Mil novecientos setenta. Tú debías ser un niño entonces. Toda vía se encontraban caramelos Butterfingers envueltos en papel de color amarillo canario. Baby Ruths, Clark Bars en papel naranja; Milky Ways... tómese un universo de estrellas, cometas, meteoros Qué bonito...

—Nunca fue bonito. —El joven se puso en pie súbitamente—. ¿Qué le pasa a usted?

—Recuerdo las limas y los limones, eso es lo que me pasa. ¿Te acuerdas de las naranjas?

—¡Maldita sea! Naranjas, un cuerno. ¿Me está llamando embustero? ¿Quiere ponerme enfermo? ¿Está usted chiflado? ¿No conoce la ley? ¿No sabe que puedo denunciarle?

—Lo sé, lo sé —dijo el anciano, encogiéndose de hombros—. El tiempo que hace me ha engañado. Me ha hecho comparar...

—Comparar rumores. Es como dicen ellos, la Policía, los Agentes Especiales. Ellos lo dicen. Son rumores, maldito agitador. Usted...

Cogió al anciano por las solapas, que se desgarraron, por lo que hubo de agarrarle otra vez, gritándole a la cara:

—Le voy a romper la crisma... Hace mucho tiempo que no le parto la cara a nadie...

Empujó al anciano. Del empujón pasó a las bofetadas, y de las bofetadas a los puñetazos: una verdadera lluvia de golpes cayó sobre el anciano, que la soportaba como alguien sorprendido por una terrible tormenta. Con sólo los dedos intentaba protegerse de los puños que magullaban sus mejillas, sus hombros, su frente, su barbilla, mientras el joven gritaba cigarrillos, gemía caramelos, aullaba tabacos, chillaba golosinas, y cuando el anciano cayó le atacó a puntapiés. De pronto, el joven dejó de golpearle y empezó a llorar. Al oír aquel ruido, el anciano, caído en el suelo, retorciéndose de dolor, apartó sus dedos de su boca lastimada y abrió los ojos para mirar con asombro a su agresor. El joven sollozaba.

—Por favor... —suplicó el anciano.

Los sollozos del joven se hicieron más ruidosos, y le brotaron lágrimas de los ojos.

—No llores —dijo el anciano—. No estaremos siempre hambrientos. Reconstruiremos las ciudades. Oye, no quise hacerte llorar, sólo quería que pensaras a dónde vamos, lo que estamos haciendo, lo que hemos hecho... No me pegabas a mí. Querías golpear otra cosa, pero yo estaba más a mano. Mira, no me has hecho nada. Estoy bien.

El joven dejó de llorar y bajó los ojos para mirar al anciano, quien forzó una sonrisa bañada en sangre.

—Usted... no puede andar por el mundo —dijo el joven— molestando a la gente. ¡Voy a buscar a alguien para que le ajuste las cuentas!

—¡Espera! —El anciano hizo un esfuerzo por incorporarse—. ¡No!

Pero el joven, dando voces, echó a correr hacia la salida del parque.

Semiincorporado, el anciano se tentó los huesos, encontró uno de sus dientes caído entre la gravilla, lleno de sangre, y lo cogió tristemente.

—Estúpido —dijo una voz.

El anciano miró a su alrededor y hacia arriba.

Un hombre delgado, de unos cuarenta años, se apoyaba en un árbol cercano, con una expresión de cansancio y de curiosidad en su alargado rostro.

—Estúpido —repitió.

El anciano le miró con aire asombrado.

—¿Ha estado usted ahí todo el tiempo, y no ha hecho nada?

—¿Qué debía hacer? ¿Luchar con un tonto para salvar a otro? No. —El desconocido le ayudó a levantarse y sacudió el polvo de sus ropas—. Sólo peleo cuando vale la pena hacerlo. Vamos, le llevaré a mi casa.

El anciano volvió a mirarle con asombro.

—¿Por qué?

—Ese muchacho regresará con la policía de un momento a otro. No quiero que le encierren; es usted un producto muy valioso. Había oído hablar de usted y le buscaba desde hace varios días. Y he tenido que encontrarle representando uno de sus famosos números... ¿Qué le dijo al muchacho para que se enfadase tanto?

—Le hablé de naranjas y de limones, de caramelos y cigarrillos. Estaba a punto de recordarle con todo detalle los juguetes de cuerda, las pipas de brezo y los cepillos de cerda cuando hizo caer el cielo sobre mí.

—Casi no se lo reprocho. A mí mismo me están entrando ganas. ¡Vámonos ya, oigo una sirena!

Y salieron rápidamente del parque.

Bebió primero el vino hecho en casa, porque resultaba más fácil. La comida tendría que esperar hasta que su hambre venciera al dolor en su boca lastimada. Sorbió, asintiendo con la cabeza.

—Excelente, muchas gracias. Excelente.

El desconocido que le había sacado rápidamente del parque estaba sentado frente a él en la endeble mesa del comedor, mientras la esposa del desconocido colocaba unos platos rajados y desconchados sobre el raído mantel.

—La paliza —dijo el marido, finalmente—. ¿Cómo ocurrió? Al oír esto, la esposa casi dejó caer un plato.

—Tranquilízate —dijo el marido—. Nadie nos ha seguido. Adelante, viejo. Cuéntanos por qué se comportaba usted como un santo aspirante al martirio. Es usted famoso, ¿no lo sabía? Todo el mundo ha oído hablar de usted. A muchos les gustaría conocerle. Pero yo deseo conocer en primer lugar las razones de su conducta. ¿Bien?

Pero el anciano estaba absorto en la contemplación del plato desconchado que tenía ante sí. ¡Veintiséis! ¡No: veintiocho guisantes! Contó la suma increíble, se inclinó sobre tan insólitas legumbres como un hombre que reza se inclina sobre las cuentas de su rosario. Veintiocho gloriosos guisantes verdes, y unas cuantas hilachas de fideos medio rancios anunciando que hoy las cosas iban mejor. Pero debajo del montoncito de pasta, el plato rajado demostraba que las cosas habían ido peor desde hacía muchos años. El anciano se quedó como suspendido sobre el plato, semejante a un enorme e inexplicable pajarraco caído por azar en aquel frío apartamento. Sus samaritanos anfitriones le contemplaron hasta que finalmente dijo:

—Estos veintiocho guisantes me recuerdan una película que vi cuando era niño. Un cómico... ¿Entienden ustedes esa palabra? Un hombre que hacía reír se encontraba con un loco en un asilo nocturno, y...

El marido y la esposa rieron en voz baja.

—No, no es ése todavía el chiste, lo siento —se disculpó el anciano—. El loco invitaba al cómico a sentarse ante una mesa vacía, sin cuchillos, ni tenedores, ni comida. «La cena está servida», anunciaba. Temiendo ser asesinado, el cómico le

seguía la corriente. «¡Excelente!», exclamaba, fingiendo masticar la verdura, el filete y el postre, aunque no mordía nada. «¡Estupendo! ¡Maravilloso!», y tragaba aire. Ahora pueden reír.

Pero el marido y la esposa, completamente inmóviles, se quedaron mirando los platos y su mísero contenido.

El anciano meneó la cabeza y continuó:

—El cómico, creyendo convencer al loco, exclamaba: «¡Y estos melocotones regados con coñac! ¡Soberbios!». «¿Melocotones?», gritó el loco, sacando un revólver. «¡Yo no he servido melocotones! ¡Está usted loco!». Y mataba al cómico por la espalda.

Durante el silencio que siguió, el anciano, cogió el primer guisante y lo sopesó amorosamente en la punta de su tenedor de estaño. Estaba a punto de llevárselo a la boca cuando...

Resonó una imperiosa llamada en la puerta.

—¡Policía especial! —gritó una voz.

En silencio, pero temblando, la esposa ocultó el plato extraordinario.

El marido se levantó con serenidad para conducir al anciano hacia una pared, en la cual se abrió un entrepaño. El anciano pasó al otro lado, el entrepaño volvió a cerrarse y el anciano permaneció oculto allí, a oscuras, mientras al otro lado, invisible, se abría la puerta del apartamento. Se oyeron murmullos de voces excitadas. El anciano podía imaginar al Agente Especial con su uniforme azul oscuro, con el revólver en el puño, entrando para no ver sino los escasos muebles, las paredes desnudas, el resonante suelo de linóleo, las ventanas con hojas de cartón sustituyendo a los cristales: toda una delgada y grasienta película de civilización dejada sobre la playa vacía cuando se retiró la marea de la guerra.

—Estoy buscando a un viejo —dijo la cansada voz de la autoridad al otro lado de la pared. Qué extraño, pensó el anciano, incluso la ley suena cansada ahora—. Usa ropas remendadas... —Pero ahora todo el mundo llevaba ropas remendadas—. Sucio. De unos ochenta años de edad...

Pero ¿acaso no va todo el mundo sucio? ¿No somos todos viejos?, se gritó el anciano en su fuero interno.

—Si le entregan, la recompensa son raciones para una semana —dijo la voz del policía—, más diez latas de verduras y cinco latas de sopa como gratificación especial.

Envases de hojalata con sus etiquetas de brillantes colores, pensó el anciano. Las latas aparecieron como meteoros deslizándose sobre sus párpados en la oscuridad. ¡Una atractiva recompensa! No DIEZ MIL DOLARES, ni VEINTE MIL DOLARES, no, no, sino... cinco maravillosas latas de sopa auténtica, no de sucedáneo, y diez, cuéntalas, diez hermosas y brillantes latas de verduras exóticas tales como



habichuelas verdes y maíz tierno... ¡Piensa en ello! ¡Piensa!

Siguió un largo silencio, durante el cual el anciano creyó oír leves murmullos de estómagos revolviéndose intranquilos, amodorrados pero capaces de evocar cenas más opíparas que los residuos de la antigua ilusión convertida en pesadilla durante el largo crepúsculo que había seguido al D. A.: Día del Aniquilamiento.

—Sopa, verduras —repitió la voz del policía—. ¡Quince hermosas latas!

La puerta se cerró de golpe.

Las pesadas botas resonaron a través del destartado inmueble, y se oyeron nuevas llamadas a las tapaderas de ataúd de las puertas, para volver a otros Lázaros a la vida hablándoles en voz alta de latas brillantes y sopas auténticas. Finalmente, los golpes cesaron y resonó un último portazo.

El entrepaño volvió a abrirse. Marido y mujer evitaban mirar al anciano cuando salió. Él sabía por qué, e hizo gesto de tocarles el brazo.

—Hasta yo mismo —dijo, suspirando—. Hasta yo estuve a punto de entregarme para reclamar la recompensa, para comer la sopa... Pero ellos continuaban sin mirarle.

—¿Por qué? —inquirió—. ¿Por qué no me han entregado? ¿Por qué?

El marido, como si hubiera recordado algo de pronto, hizo una seña a su esposa. Ella se dirigió hacia la puerta, vaciló; su marido asintió con la cabeza, impaciente, y ella salió, silenciosa como soplo sobre una telaraña. La oyeron deslizarse a lo largo del vestíbulo, llamando suavemente a las puertas, las cuales se abrían a susurros y murmullos.

—¿Qué está haciendo? ¿Qué se propone hacer usted? —preguntó el anciano.

—Ya lo verá. Siéntese y termine de cenar —dijo el marido—. Dígame por qué es usted tan loco que ha llegado a enloquecernos a nosotros hasta el punto de ir a buscarle y traerle aquí.

—¿Por qué soy tan loco? —El anciano se sentó y se puso a masticar lentamente, tomando uno a uno los guisantes del plato que le había sido devuelto—. Sí, soy un loco. ¿Cómo empezó mi locura? Hace años contemplé el mundo en ruinas, las dictaduras, los estados y naciones esquiladas, y me dije: «¿Qué puedo hacer yo, un débil anciano? ¿Qué? ¿Reparar el desastre? ¡Bah!». Pero una noche, medio dormido, un antiguo disco de fonógrafo resonó en mi cabeza.

Dos hermanas, llamadas Duncan, famosas cuando yo era un niño, cantaban una canción llamada RECORDANDO. «Recordar es lo único que hago, querido, conque inténtalo y recuerda tú conmigo». Repetí la canción y no era una canción, sino un sistema de vida. ¿Qué podía ofrecer a un mundo que empezaba a olvidar? ¡Mi memoria! ¿Para qué iba a servir eso? Para ofrecer un nivel de comparación; decirles a los jóvenes lo que fue en otro tiempo, poner en evidencia nuestras pérdidas. Descubrí que, cuanto más recordaba, más lograba recordar. Según con quién me sentaba,

recordaba las flores de imitación, los teléfonos, las neveras, las chicharras (¿ha hecho usted sonar alguna vez una chicharra?), los dedales, y los clips de bicicleta; no las bicicletas, no, sino los clips de bicicleta... ¿Verdad que resulta curioso? En cierta ocasión un hombre me pidió que recordara los instrumentos de a bordo de un Cadillac. Los recordé y se los descubrí detalladamente. Mientras me escuchaba, unas gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas. ¿Lágrimas de felicidad... o de tristeza? No puedo saberlo. Sólo puedo recordar. No hago literatura, no; nunca he tenido memoria para las comedias o los poemas. Son algo que se pierde, que muere. En realidad, no soy más que un evocador de lo vulgar, que al fin y al cabo es algo que también forma parte de la civilización. Lo único que ofrezco realmente son los restos y cacharros cromados de tercera mano de una civilización que acabó por correr hacia el precipicio. Pero, de un modo u otro, la civilización debe ponerse de nuevo en marcha. Los que sepan ofrecer delicada poesía, que la recuerden, que la ofrezcan. Los que sepan tejer y fabricar hermosas redes, que las tejan, que las fabriquen. Mi talento es menos importante que el de ellos, y tal vez desdeñable en el largo trecho a recorrer hacia la antigua cumbre. Pero yo debo soñar que vale la pena. Porque, insignificantes o no, las cosas que la gente recuerde son las que tratará de recuperar. En consecuencia, me dedico a ulcerar sus deseos medio muertos con el ácido de mis recuerdos. Tal vez así se decidan a reconstruir la ciudad, el Estado y luego el mundo. Hagamos que un hombre desee el vino, otro un cómodo sillón; un tercero querrá un planeador con alas para remontarse sobre los vientos de marzo y construirá pterodáctilos electrónicos de mayor tamaño para dominar vientos todavía más fuertes, con un mayor número de pasajeros. Algún tonto deseará tener un árbol de Navidad, y un listo sabrá buscarlo. Juntemos todos esos deseos, y yo estaré allí para inducir a esos hombres a realizarlos. Sí, en otro tiempo hubiera gritado: «¡Sólo lo mejor de lo mejor, sólo la calidad verdadera!». Pero las rosas pueden florecer sobre el estiércol. Lo vulgar debe existir para que pueda florecer lo más excelente. Yo seré el más vulgar que exista y combatiré a todos los que dicen déjalo correr, húndete, revuélcate en el polvo, deja que las razas cubran el sepulcro donde estás enterrado vivo. Protestaré contra las tribus de hombres-mono vagabundos, contra los hombres-oveja que mastican la hierba de los campos despreciados por los lobos feudales que se hacen fuertes en las cumbres de los escasos rascacielos restantes y acaparan los alimentos olvidados. Mataré a esos villanos con un abrelatas y un sacacorchos. Los pondré en fuga con fantasmas de Buick, Kissel-Kar y Moon, les azotaré con látigos de regaliz hasta que griten pidiendo misericordia. ¿Si será posible conseguirlo? Ha de intentarse.

Con las últimas palabras, el anciano revolvió el último guisante en su boca, mientras su samaritano anfitrión se limitaba a mirarle con expresión de amable asombro. En toda la casa la gente se removía, se abrían y cerraban puertas, y los

rumores crecían en intensidad por los corredores. El desconocido dijo:

—¿Y usted me pregunta por qué no le hemos entregado? ¿Oye esos rumores al otro lado de la puerta?

—Parece como si todos los habitantes del inmueble...

—Todos. Viejo loco, ¿recuerda los cinematógrafos? Mejor aún, ¿los cinematógrafos al aire libre donde se podía entrar en automóvil?

El anciano sonrió.

—¿Los recuerda usted?

—Casi.

—Mire, si va a seguir siendo un loco, si quiere correr riesgos, hágalo ahora y de una sola vez, ante un auditorio numeroso. ¿Por qué desperdiciar su aliento con una persona, o con dos o incluso tres, si...?

El marido abrió la puerta e hizo un gesto con la cabeza hacia fuera. En silencio, uno a uno o por parejas, entraban los habitantes del inmueble. Entraban en aquella habitación como si fuese una sinagoga, o una iglesia, o ese otro tipo de templo llamado cinematógrafo, o el tipo de cinematógrafo llamado cine al aire libre. Y la tarde iba cayendo; el sol se hundía en el horizonte y muy pronto, en las primeras horas de la noche, al caer la oscuridad, la habitación quedaría envuelta en sombras y una sola luz iluminaría al anciano y éste hablaría y ellos escucharían y se cogerían de la mano y sería como en los viejos tiempos en las salas a oscuras, o en el interior de los coches, y sería sólo un recuerdo: palabras por palomitas, y palabras por goma de mascar, y refrescos, y bombones; pero las palabras, de todos modos, las palabras...

Y mientras la gente entraba y se sentaba en el suelo, y el anciano les contemplaba, negándose a creer que hubieran acudido sin conocerle siquiera, el marido dijo:

—¿No es mucho mejor esto que correr un riesgo al aire libre?

—Sí. Es extraño... Odio el dolor, odio ser golpeado y perseguido. Pero mi lengua se mueve. Debo escuchar lo que dice. Pero esto es mejor.

—Bien. —El marido metió un billete rojo en la palma de la mano del anciano—. Cuando esto haya terminado, dentro de una hora, aquí hay un billete de un amigo mío que trabaja en Transportes. Un tren cruza el país cada semana. Cada semana consigo un billete para algún idiota al que deseo ayudar. Esta semana le toca a usted.

El anciano leyó el punto de destino en el doblado papel rojo:

—ABISMO DE CHICAGO. —Y añadió—: ¿Todavía está allí el Abismo?

—El año que viene, por estas fechas, el lago Michigan puede irrumpir a través de la última corteza y formar un nuevo lago en el pozo donde en otro tiempo estuvo la ciudad. Hay vida de todas clases en los bordes del cráter, y una vez al mes sale hacia el oeste un tren secundario. Cuando llegue allí, siga viaje y olvide que nos ha conocido. Le daré una pequeña lista de personas como nosotros. Cuando haya pasado algún tiempo, procure localizarlas: viven en lugares desérticos. Pero, por el amor de

Dios, quédese al aire libre, solo, durante un año y tómese unas vacaciones. Mantenga cerrada su maravillosa boca. —El marido le entregó una tarjeta amarilla—. Éste es un dentista amigo mío. Dígale que le haga una dentadura nueva que sólo se abra a las horas de comer.

Al oír esto, algunos de los presentes se echaron a reír, y el anciano también rió silenciosamente. Los vecinos, docenas de ellos, habían acabado de entrar y era tarde. Marido y esposa cerraron la puerta y se quedaron de pie junto a ella, y se volvieron para presenciar la última ocasión especial en que el anciano podría abrir su boca.

El anciano se puso en pie.

Su auditorio permaneció inmóvil y silencioso.

El tren entró a medianoche, oxidado y ruidoso, en una estación súbitamente llena de nieve. Bajo la cruel ventisca, gentes mal lavadas subieron a los anticuados vagones empujando al anciano por el pasillo hasta un compartimiento vacío que en otro tiempo había sido un lavabo. El suelo no tardó en quedar convertido en un lecho rodante sobre el cual dieciséis personas se retorcían y daban vueltas en la oscuridad, tratando de conciliar el sueño.

El tren se precipitó a través de la blancura desierta.

El anciano se repetía: «Silencio, cállate, no hables, no digas nada, quédate quieto, ¡piensa!, ¡cuidado!, ¡no te muevas!», mientras se veía mecido, traqueteado, sacudido de acá para allá. Permanecía medio recostado contra una pared. Sólo había otro pasajero de pie en aquel horrible compartimiento: a unos pies de distancia, también recostado contra la pared, estaba un muchacho de ocho años cuya palidez enfermiza cubría sus mejillas. Completamente despierto, con los ojos brillantes, parecía contemplar, contemplaba, la boca del anciano. El muchacho miraba porque no tenía más remedio. El tren pitaba, rugía, traqueteaba, aullaba y corría.

Transcurrió media hora de estruendosa carrera nocturna bajo la luna velada por la nieve, y la boca del anciano permaneció herméticamente cerrada. Otra hora, y continuó cerrada. Una hora más, y empezaron a aflojarse los músculos alrededor de sus mejillas. Otra, y sus labios se entreabrieron para desentumecerse. El muchacho permanecía despierto. El muchacho miraba, esperaba. Inmensos velos de silencio cernían el aire nocturno exterior, hendido por el avance del tren. Los viajeros, sumidos en un inconfesado terror, entumecidos por la velocidad, dormían cada uno su sueño, pero el muchacho no apartaba los ojos, y al fin el anciano se inclinó hacia delante, muy despacio.

—Eh..., muchacho. ¿Cómo te llamas?

—Joseph.

El tren traqueteaba y gruñía como un monstruo avanzando a través de una oscuridad intemporal hacia una mañana inimaginable.

—Joseph... —El anciano saboreó la palabra y se adelantó un poco más, con los

ojos risueños y brillantes. Su rostro se llenó de pálida belleza. Sus ojos se dilataron hasta que parecieron no ver. Miraban algo distante y oculto. Se aclaró la garganta, procurando no hacer ruido.

—Ejem...

El tren rugió al tomar una curva. La gente osciló de un lado a otro en sueños.

—Bueno, Joseph —susurró el anciano, alzando suavemente los dedos al aire—.

Erase una vez...

# Ray Bradbury

*por William F. Nolan*

Conocí a Ray Bradbury cuando iniciaba su ascensión hacia la fama, en julio de 1950, dos meses después de la publicación de las Crónicas Marcianas. Vivía en Venice, California, y su hija Susan aún no había cumplido los nueve meses. Ahora Susan es una mujer de veinticuatro años, casada, con tres hermanas más jóvenes, y Ray es uno de los escritores contemporáneos más famosos y populares de América, que ha merecido una reputación internacional con las Crónicas (de las cuales ha vendido más de dos millones de ejemplares) y los numerosos libros que les siguieron. Posee una casa de dos pisos, cómodamente amueblada, en Cheviot Hills, lo bastante grande para su familia y sus dos automóviles, uno de los cuales es un Jaguar Modelo E, muy apreciado por su esposa Maggie, que lo conduce con entusiasmo. Bradbury sigue sin aprender a conducir un automóvil, lo mismo que se niega rotundamente a viajar en avión... Ésas son quizá sus últimas «resistencias» frente a la era atómica en que vive. En 1955, cuando el clan Bradbury padeció una epidemia de paperas, Ray permitió que sus hijas alquilaran un aparato de TV. Una vez instalado el Monstruo, la batalla podía darse por perdida; el aparato no tardó en ser comprado. Durante muchos años, Ray luchó incluso para que no entrase el teléfono en su casa, y ahora cambia periódicamente su número de teléfono para librarse del gran número de llamadas intempestivas que le molestan en su trabajo.

«Su voz es la de un poeta consecuente que se alza contra la mecanización del género humano», declaró en cierta ocasión un crítico. Ese miedo a veces dominado por la máquina se refleja con frecuencia en sus relatos. Bradbury no desconfía de las máquinas, pero sí de los hombres que, las utilizan.

«La máquina en sí es como un guante vacío —suele decir—. Y la mano que lo llena es siempre la mano del hombre. Esta mano puede ser buena o mala». Bradbury concreta: «Hoy estamos en los límites de la Era espacial y el hombre, en su expansión sin fronteras, está a punto de conquistar nuevos mundos lejanos... pero ante debe vencer su instinto de autodestrucción. El hombre es medio idealista, medio destructor; y el verdadero y terrible peligro es que todavía puede destruirse a sí mismo antes de alcanzar las estrellas. Yo observo la mitad autodestructora del hombre, la araña ciega que ataca con su ponzoñoso oscurantismo, albergando quimeras de nubes en forma de hongo. La muerte lo resuelve todo, le susurra, sacudiendo un puñado de átomos como un collar de cuentas siniestras... Nos hallamos en la época más importante de la historia, y pronto seremos capaces de ir al

espacio en un formidable viaje de supervivencia. Hay que procurar que nada retrase este viaje, nuestra última gran conquista de regiones inexploradas».

Son palabras de un moralista de la era espacial. Bradbury ha mostrado con frecuencia, en los relatos que ha escrito, su honda preocupación por el futuro del género humano. Aldous Huxley le calificó de «uno de los hombres más visionarios que actualmente escriben en cualquier campo», y un crítico inglés añadió a esta imagen: «Bradbury ve al hombre irguiéndose como Fausto, con un poder divino en sus manos, pero consciente de su propia fragilidad mortal».

En persona, Ray dista mucho de ser un sombrío moralista; de hecho, es desarmantemente jovial, con un vivo sentido del humor, a menudo extravagante, a veces lascivo; un tipo apasionado y gran conservador, cuyos entusiasmos suelen abrumar a los espíritus timoratos. A los 53 años parece mucho más joven, incluso con sus gafas de gruesos cristales, y su personalidad brilla en cualquier salón. El calor que genera es contagioso y siempre bien acogido. Pero es también una persona muy sensible; se ofende con facilidad y se enfurece cuando cree que ha sido tratado injustamente.

Un ejemplo típico de Bradbury, «el ultrajado en acción», fue su pleito contra el famoso programa de la TV «Playhouse 90». Se difundió una obra de noventa minutos intitulada *Un sonido de tambores distintos*, que se desarrollaba en una época del futuro en la que gobernaba la Censura, y los agentes del orden incendiaban las casas de quienes desafiaban a la sociedad ocultando libros. Bradbury se enfadó cuando vio aquel programa, llamó a su abogado y presentó una demanda por plagio contra «Playhouse 90» y la cadena de TV. Aquella obra, declaró, era un simple refrito de su *Fahrenheit 451*. Después de una enconada batalla judicial, Ray consiguió vencer en última instancia y percibió una justa indemnización. «La mayoría de nosotros no nos atreveríamos ni en sueños a pleitear contra esa empresa —admitió un guionista de Hollywood—, pero Bradbury no sólo ha pleiteado, sino que ha ganado».

En *Nuevos mapas del infierno*, Kingsley Amis califica a Bradbury de «el Louis Armstrong de la ciencia-ficción», y lo explica diciendo: «Es el único autor cuyo nombre conocen incluso aquellos que no saben absolutamente nada del género literario que él cultiva».

Lo cual es verdad. Ningún otro escritor de ciencia-ficción ha alcanzado una fama tan amplia. Sus obras se han reproducido en más de un millar de antologías.

Lo que más enorgullece a Bradbury es que actualmente sus relatos son seleccionados con regularidad en libros de texto tales como *Nuevos horizontes a través de la lectura y la literatura* y *Modernas lecturas en inglés*. Algunos manuales de literatura citan sus relatos, y en los índices su nombre figura junto a los de Poe, Thurner, Hemingway, Steinbeck y Saroyan.

Ray ha superado con mucho el género en que se dio a conocer, y su obra ya no

queda comprendida bajo la etiqueta de «ciencia-ficción». De los trescientos relatos publicados, únicamente cien podrían ser incluidos legítimamente en la categoría de ciencia-ficción; otros cincuenta son fantasía pura, y el resto cuentos «normales» cuya acción transcurre en Irlanda, en Illinois o en Méjico. En estos últimos incluimos, desde luego, sus relatos policíacos, así como otros que desafían cualquier clasificación.

Bradbury nunca ha pretendido ser un autor de ciencia-ficción en el estricto sentido del término; en ello coincide con Isaac Asimov, quien afirmó: «Opino que Ray no escribe ciencia-ficción; es un escritor de social-ficción». Y, tal como lo expresó la revista Time: «Evidentemente, el duende de la fantasía en Bradbury es sólo un factor de un talento más amplio que incluye pasión, ironía y erudición».

En octubre de 1950, hablando de las Crónicas marcianas, Bradbury declaró: «Nunca me he considerado un escritor de ciencia-ficción; eso lo dicen otras personas. De hecho, intenté que Doubleday quitara de mi libro su logotipo para ciencia-ficción».

Pese a tan sinceras declaraciones, Ray admira y ha defendido siempre el género de la ciencia-ficción, y cree que proporciona a un escritor una amplia gama de posibilidades para la crítica social más seria. En tal sentido, Bradbury ha utilizado el género como una «caja de resonancia», como una especie de «escenario ideal» para sus parábolas sobre el futuro.

En un artículo de «The Nation» sobre la ciencia-ficción afirmó: «Creo que hay pocos campos literarios donde se manejen con tanta energía temas que nos afectan vitalmente a todos. Hay pocos géneros más excitantes, y ninguno más moderno ni tan lleno de conceptos continuamente renovados y renovables. Es el campo de las ideas, donde uno puede defender y combatir opciones políticas y religiosas. No hay fronteras, tabúes ni restricciones para el escritor de ciencia-ficción. Puede actuar como un moralista de la era espacial, y mostrarnos los peligros y los riesgos, y posiblemente ayudarnos a evitar errores costosos cuando alcancemos nuevos mundos...».

Bradbury ha sido atacado por su aplicación impropia de la ciencia en alguno de sus libros.

Ray replicó: «Es fácil que un sentimental se equivoque, desde la perspectiva del hombre de ciencia; desde luego, mi obra nunca servirá de manual para matemáticos. Pero me consuelo pensando que mientras el científico puede decirnos el tamaño exacto, el lugar, el pulso, la musculatura y el color del corazón, los sentimentales podemos sentirlo y conmoverlo con más rapidez».

El sentimiento ha sido siempre la clave de la obra de Bradbury. Emplea emociones primarias: amor, alegría, odio, miedo, cólera. «Descubre lo que te excita y deleita, o lo que te produce más ira, y trasládalo al papel», es un consejo para el



escritor novel. «Al fin y al cabo, lo que deseas manifestar es tu individualidad. Trabaja desde el subconsciente; almacena imágenes, impresiones, datos... y luego bucea en este fondo personal para tus relatos. Los personajes que hayas creado serán partes de ti mismo. Yo soy todos mis personajes en todos mis libros. Ellos son facetas de mi personalidad, más o menos voluntariamente deformadas. Por tanto, el secreto es: alimentar el subconsciente, llenar las reservas».

¿Quién es el Ray Bradbury real? ¿Qué clase de hombre ha llegado a ser, y en qué medio ambiente, en sus 53 años de vida?

«Nací una tarde de domingo del mes de agosto —dice Ray—, mientras mi padre y mi hermano asistían a un partido de beisbol al otro lado de la ciudad,».

La ciudad era Waukegan, Illinois; el año era 1920... y la señora Bradbury daba a luz su tercer hijo. Ray y su hermano Leonard, cuatro años mayor que él, crecieron juntos; el hermano gemelo de Leonard, Samuel, murió a la edad de dos años. En 1926 nació una hermana... pero la pequeña Elizabeth Bradbury estaba destinada también a morir de pulmonía en 1927, y así Ray Douglas Bradbury fue el último de los hijos criados por Esther Moberg Bradbury.

«Mi padre, Leonard Spaulding Bradbury, era inspector del Servicio Público de electricidad —dice Ray—. Procedía de una familia de impresores y editores de periódicos. Mi abuelo y mi bisabuelo crearon la empresa Bradbury e Hijos, y editaban dos periódicos en el norte de Illinois a la vuelta del siglo. Conque puedo afirmar que llevaba en mi sangre la afición a editar y a escribir. Pero durante mi infancia me sentí mucho más afín a una antepasada mía, Mary Bradbury, que fue condenada por brujería en Salem, en el siglo XVII».

De hecho, la superactiva imaginación del joven Ray fue estimulada por su tía Neva, que le leía los maravillosos libros de L. Frank Baum cuando tenía seis años, mientras él seguía mentalmente el camino de losas amarillas que conduce al país encantado de Oz. Su madre le leía a Poe cada noche a la luz de una vela, y no tardó en tener edad suficiente para descubrir a Tarzán de los Monos y a John Carter de Marte en la biblioteca de su tío Bion, quien poseía las obras completas de Edgar Rice Burroughs. Acababa de cumplir los nueve años.

«Me gustó Tarzán —dice Ray—, y empecé a coleccionar las historietas de Burroughs y a pegarlas en un enorme álbum de recortes. Comencé con las historietas de Buck Rogers en 1929, continué con ellas hasta 1937. Coleccionaba también las historietas de Flash Gordon, y el Príncipe Valiente era otro de mis favoritos. Tengo todavía aquellas aventuras maravillosamente dibujadas en el sótano de mi casa, cuidadosamente guardadas en un viejo baúl. Cuando deseo revivir aquella época sólo necesito levantar la tapa del baúl».

La magia entró en su vida en 1931, cuando el muchacho de once años visitó un teatro donde actuaba Blakstone, el famoso mago. Ray fue invitado a subir al

escenario, donde recibió el obsequio de un conejo vivo que el mago sacó de su sombrero de copa. Maravillado ante aquella demostración de brujería, el joven Bradbury anunció a sus padres que pronto iba a convertirse en el mejor mago del mundo.

«Nuestro hogar se llenó de cajas de dados y juegos de ilusionismo. Compré mi primera varita mágica por correo en Chicago, y me hice un bigote de papel y un sombrero de copa de cartón. Llegué a actuar en algunas reuniones de la Legión Americana... En casa, convencí a mi padre para que me ayudase en un experimento de telepatía destinado a establecer contacto con unos parientes prisioneros. Mis padres no se opusieron a mi afición: ¡la preferían a oírme tocar el violín, mi otra genialidad!».

«Lon Chaney era mi ídolo —cuenta Ray—. Traté de imitar su talento para los disfraces, vistiéndome como un murciélago con alas de terciopelo negro que recorté de una capa de gala de mi abuela, o aprovechando sacos de yute y cordeles para transformarme en un gorila». Bradbury recuerda con evidente placer que se colgaba de los árboles por la noche «para dar un susto de muerte a mis compañeros de la escuela», mientras sus cuadernos escolares se llenaban de dibujos de esqueletos y castillos cubiertos de telarañas.

El miedo a la muerte es un tema que se repite en la obra de Bradbury, y tiene sus raíces en la infancia de Ray. El admite: «Buena parte de mi juventud transcurrió en el temor a un terrible desastre que podría ocurrir el día antes de alcanzar una victoria o felicidad personal». Cuando tenía siete años, mientras jugaba a orillas del lago Michigan con un primo suyo, éste estuvo a punto de ahogarse (una experiencia que más tarde transpuso a la ficción en *El lago*). Y una noche, cuando su hermano tardó más de la cuenta en regresar de una excursión a un barranco cercano a su casa, Ray quedó convencido de que le había reclamado la muerte. (Este Incidente fue recreado vívidamente en *La noche*).

En 1932 los Bradbury se trasladaron a Arizona, y el muchacho quedó fascinado por la colección de revistas de ciencia-ficción de un vecino. Allí estaban *Amazing stories* y *Wonder stories* con sus espeluznantes cubiertas y su increíble prosa. Habían allí hormigas gigantes, monstruos de aspecto aterrador, seres escamosos de otros mundos y audaces astronautas armados con pistolas de rayos, que rescataban intrépidos a las asustadas doncellas cautivas de los alienígenas.

«En seguida quedé fascinado —reconoce Ray—. Por aquel entonces yo había empezado a plasmar mis propias fantasías sobre rollos de papel de envolver, escribiendo a lápiz... hasta que, por la Navidad de 1932, me regalaron una máquina de escribir de juguete. A partir de entonces utilicé aquella máquina, que sólo tenía letras mayúsculas, y empecé a escribir continuaciones a las historias que leía. Decidí convertirme en escritor porque no podía imaginar nada más maravilloso. ¡En

realidad, todavía no puedo imaginarlo!».

Las actuaciones de Bradbury en Illinois como mago aficionado habían revelado cierto talento para la interpretación, y aunque renunció a la idea de hacerse mago profesional, le fascinaban los locutores de radio. Empezó a frecuentar la emisora local de Arizona, KGAR, con la esperanza de ser contratado, y alardeaba ante sus compañeros de escuela de que no tardarían en oír su voz en sus aparatos de radio.

«Por fin vencí la resistencia de la KGAR —dice Ray—, y me asignaron la tarea de leer un programa infantil que se emitía los sábados por la noche». El muchacho desempeñó aquella tarea durante cuatro meses, e intentaba cambiar su voz para cada uno de los personajes. («Incluso asumí un fuerte acento alemán para los Hermanos Katzenjammer.»<sup>[4]</sup>) Cuando terminó aquel programa, Bradbury se hizo especialista en efectos sonoros y trabajó como actor secundario en otros programas. Su única frustración era el no poder escribir los guiones de todos ellos.

En 1934, cuando Ray contaba trece años, abandonó su carrera radiofónica y se trasladó con su familia a California. Al descubrir que una vecinita suya poseía «una máquina de escribir auténtica», Ray empezó a dictarle relatos a un ritmo desenfrenado.

Mientras asistía a la escuela secundaria en Los Angeles, Bradbury empezó a ver sus incipientes esfuerzos literarios impresos en el periódico escolar, «The Blue & White Daily»; dos de sus poemas fueron publicados en revistas estudiantiles. También escribió varias comedias en las cuales, como él dice, «procuré atribuirme los papeles principales. Aquellos papeles siempre estaban hechos a medida para un joven de cinco pies y diez pulgadas de estatura, un poco gordo y con gafas».

Por aquel entonces asistió a un cursillo de literatura dirigido por Jennet Johnson, y empezó a leer las obras de Hemingway y de Thomas Wolfe, que ejercería una gran influencia sobre su estilo. Renunciando al almuerzo dos veces por semana durante varios meses logró ahorrar lo suficiente para comprar su primera máquina de escribir, a los diecisiete años, y empezó a inundar de relatos los buzones del «Saturday Evening Post» y de la revista «Harper's». Relatos que le eran devueltos con toda regularidad.

En octubre de 1937, Bradbury asistió a la primera convención de Ciencia-Ficción de Los Angeles, y éste resultó ser un paso decisivo en su carrera como escritor profesional. Allí había otros hombres y mujeres jóvenes víctimas del mismo virus de la fantasía; allí halló comprensión e inmediata aceptación social. T. Bruce Yerke, que había invitado a Ray al club, le describió como «un individuo entusiasta, de pelo alborotado, que se hizo querer de todos nosotros, aunque a menudo era atacado con ceniceros y llaves por las enfurecidas víctimas de sus continuas bromas».

Forrest Ackerman, que era uno de los miembros más antiguos del club, describe al joven Bradbury como «un tipo imposible... un muchacho bullicioso, con un gran

sentido del humor, que hacía interminables imitaciones de Adolfo Hitler, W. C. Fields y Franklin Delano Roosevelt... Los callos que tenemos en las rodillas los veteranos del club nos vienen de habernos arrodillado cada noche para dar gracias a Dios por haber vencido, una vez más, la tentación de estrangularle».

El propio Ackerman animó a Ray para que presentase un relato corto de ciencia-ficción, El dilema de Hollerbochen, a la revista ciclostilada del club, «Imagination». El relato fue publicado en el número de enero de 1938, y no revelaba ningún indicio de verdadero talento de Bradbury. Lo mismo puede decirse de casi todos los demás relatos que Ray produjo febrilmente para un puñado de fanzines<sup>[5]</sup> locales.

«Durante aquel período empecé a llamar a las puertas de los profesionales, la mayoría de los cuales pertenecían al club —dice Ray—. Anhelaba desesperadamente aprender los secretos de quienes dominaban el oficio; escribía un nuevo relato casi cada semana y lo hacía circular pidiendo críticas y consejos a Hank Kuttner, Leigh Brackett, Ed Hamilton, Bob Heinlein, Ross Rocklynne, Jack Williamson y Henry Hasse, todos los cuales fueron increíblemente amables conmigo e indulgentes con aquellos horribles engendros precoces. De hecho, los mencionados autores adelgazaron bastante gracias a las carreras que se daban para escapar por la puerta trasera de sus casas cuando Bradbury llamaba súbitamente a la puerta principal con un nuevo manuscrito en la mano».

Ray acabó sus estudios secundarios en junio de 1938, e inmediatamente se colocó de vendedor de periódicos en la esquina de las calles Olympic y Norton, lo cual le proporcionaba unos ingresos semanales de diez dólares. Con esta suma y lo que consiguió sacarles a sus padres, alquiló un despacho, instaló una mesa y una silla y metió allí su máquina de escribir.

«Pasaba las horas entre las ediciones de la mañana y de la tarde aporreando aquella máquina —dice—. Trabajaba también como actor, formando parte del Pequeño Teatro de Loraine Day. Pero el escribir ocupaba la mayor parte de mi tiempo; me limitaba a llenar cuartillas con descripciones, imágenes, fragmentos de relatos, bocetos de personajes, impresiones, diálogos y escenas. Eché mucho lastre, aprendiendo mientras lo hacía, desbrozando el camino para el trabajo profesional».

En verano de 1939, para dar salida al material acumulado, Bradbury creó su propio fanzine, al que bautizó «Futura Fantasia». Allí, bajo su propio nombre y cuatro seudónimos (Guy Amory, Ron Reynolds, Anthony Corvais y Doug Rogers), llenó páginas de artículos, poemas, sátiras y media docena de cuentos. Heinlein, Kuttner, Rocklynne, Hannes Bok, Ackerman, Yerke, Hasse y Damon Knight colaboraron también en «FuFa» con pequeños trabajos. Mas, pese a los esfuerzos del editor Bradbury por encontrar subvenciones que le permitieran continuar la publicación («Las aportaciones serán recibidas cariñosamente y guardadas en un saco de terciopelo verde»), «FuFa» murió antes de que viera la luz su quinto número.

Liberándose del útero protector de la ciencia-ficción, Bradbury alcanzó una definitiva aunque precaria categoría profesional en noviembre de 1940, con *No es el calor, es el Hu...*, un relato satírico que apareció en «Script», revista de la Costa Occidental que había dado el espaldarazo a otros escritores de talento cuando aún eran desconocidos (entre ellos William Saroyan). El hecho de que la revista no pudiera pagar las colaboraciones en aquellos momentos de su azarosa existencia no enturbió lo más mínimo la inmensa dicha de Bradbury al ver por fin impreso su nombre como el de un verdadero profesional.

«Sin embargo —dice Ray—, cuando transcurrieron varios meses sin que el cartero me trajera ningún cheque, empecé a dudar de mi capacidad para conquistar un mercado rentable. Me dije a mí mismo que si no conseguía cobrar una historia antes de mi vigésimo primer cumpleaños, dejaría de pelear con molinos de viento».

Un mes antes de su vigésimo primer cumpleaños, a finales de julio, recibió un cheque de 27,50 dólares de «Super Science Stories» en pago por un relato que Ray había sacado de las páginas de «FuFa» y refrito en colaboración con Henry Hasse. Se intitulaba *Pendulum*, y apareció en el mes de noviembre bajo los nombres de ambos coautores.

«De aquel cheque me correspondían 13 dólares y 75 centavos, pero a mí me pareció un millón —cuenta Ray—. Inmediatamente me separé del grupo Pequeño Teatro; lo mío no era ser actor. ¡Yo era un escritor! Cuando terminó el año 1941 había escrito 52 historias en 52 semanas, y había vendido tres de ellas con ayuda de mi agente Julius Schwartz».

En 1942, después de vender otra media docena de historias, Ray dejó su empleo de vendedor de periódicos para dedicar todo su tiempo a escribir. Invadió las páginas de «Weird Tales». (Cuentos Fantásticos), y allí florecería su talento excepcional. En su segundo relato para aquella revista, *El viento*, publicado a comienzos de 1943, empezó a examinar sus propios temores y recuerdos infantiles para elaborar con ellos fantasías emotivamente auténticas. Y en diciembre de aquel mismo año apareció su primer relato de ciencia-ficción verdadera: *Rey de los espacios grises*, la emocionante historia de un muchacho que abandona a su familia y a sus amigos para hacerse piloto espacial. Ray Bradbury se distinguía ya como un creador sumamente original dentro del campo de la ciencia-ficción fantástica, pero su estilo todavía era inseguro.

Por falta de orientación, Bradbury producía al mismo tiempo cosas muy buenas y muy malas. La variedad de ciencia-ficción no científica que quería escribir no gustaba a los editores. En cambio, halló aceptación en los cuadernos de relatos policíacos. Los editores de ciencia-ficción le aconsejaron que se «adaptara», que procurase escribir conforme a una fórmula más estandarizada si quería vender. Cediendo a la imposición, produjo tres lamentables imitaciones de Leigh Brackett para «Planet», mientras seguía escribiendo relatos policíacos convencionales y

vulgares para las revistas del género. Sólo en «Weird Tales» su obra se manifestaba moderna y original, y maduraba como escritor con narraciones tales como La concha marina, El lago y La jarra.

Dado inútil para el servicio militar por corto de vista, Bradbury contribuyó al esfuerzo bélico durante los años cuarenta escribiendo guiones radiofónicos para el Banco de Sangre de la Cruz Roja.

«A finales de 1945 necesité quinientos dólares para un viaje a Méjico —cuenta Bradbury—. Sabía que para conseguir aquella suma tendría que acudir a las revistas que pagaban mejor. Como se me había publicado regularmente en revistas de las llamadas *populares*, temí que los editores de las revistas “de lujo” me despreciasen si utilizaba mi verdadero nombre. Conque presenté tres relatos nuevos como “William Elliott”... ¡Y en tres días seguidos recibí cheques de “Collier’s”, “Mademoiselle” y “Charm”! Lo cual me proporcionó más de lo que necesitaba para nuestro viaje. En seguida escribí a cada uno de los editores, comunicándoles mi verdadero nombre, y resultó que ninguno de ellos había oído hablar de Ray Bradbury, y no tenían inconveniente en hacerlo figurar en las narraciones que habían comprado. Aquello fue lo que me lanzó, hasta cierto punto. ¡Fue una semana gloriosa!».

Aquel mismo año apareció la famosa narración de Bradbury sobre el tema de la discriminación racial, El gran juego blanco y negro, desarrollada en la atmósfera realista de un campo de beis-bol. Publicado por «The American Mercury», el relato fue seleccionado) por Martha Foley para Los mejores cuentos norteamericanos de 1946... Así se cumplió el sueño infantil, haciendo ingresar al joven autor en el privilegiado grupo de los mejores cuentistas de América.

El matrimonio fue «el segundo paso trascendental» en la vida de Bradbury. Su noviazgo con Marguerite McClure, una licenciada de la Universidad de Los Angeles, empezó de un modo muy poco corriente.

«Maggie trabajaba en una librería —cuenta Bradbury—. Cada tarde veía entrar a un individuo que llevaba una cartera de mano, curioseaba por todas las estanterías, cogía algunos libros, los soltaba, y luego se marchaba. Cuando se echaron en falta algunos libros, Maggie estuvo segura de haber descubierto al ladrón: aquel tipo de aspecto sospechoso con la cartera de mano... ¡que era yo! Así nos conocimos. Por fortuna, los libros que faltaban fueron recuperados, y yo acabé por robar a Maggie».

Se casaron en septiembre de 1947, un mes antes de que la Arkham House publicara el primer libro de Ray, *Dark carnival*. En su despedida de soltero, Bradbury amontonó millares de páginas manuscritas, que totalizaban unos dos millones de palabras, e hizo una fogata gigantesca con ellas. («Era un material muy malo, que merecía ser quemado, y nunca he lamentado haberlo destruido»).

Una semana después del nacimiento de su primera hija, Ray escribió un cuento poético, *Switch on the night* (Hágase la noche), destinado, dice, «a enseñarle a mi

hija a no temer la oscuridad como la temía yo cuando era niño». (Esta narración fue publicada como ganadora de un premio en una colección de cuentos infantiles, en 1955).

El siguiente paso importante en la carrera ascendente de Bradbury estuvo relacionado con Marte y con una serie de cuentos poéticos, delicadamente elaborados, sobre el Planeta Rojo.

«Había estado leyendo unos maravillosos relatos de Wolfe, Steinbeck, Hemingway, Sinclair Lewis, Sherwood Anderson, Jessamyn West, Katherine Anne Porter y Eudora Welty, y se me ocurrió una idea: escribir una serie de cuentos sobre Marte, sobre sus habitantes, y la llegada de los terrícolas, y sobre la soledad y el terror en el espacio. Al paso de los años, las narraciones fueron surgiendo por sí mismas, a veces inspiradas en poemas que Maggie leía en voz alta para mí en las noches de verano —tales como Y la Luna seguirá siendo tan brillante—, a veces por ensayos literarios o largas conversaciones. En 1948 la obra adquirió forma para mí de súbito, y en 1950 era una realidad en forma de libro».

Con el éxito de Crónicas marcianas, Bradbury se convirtió en una importante figura literaria. Famosos críticos como Christopher Isherwood, Clifton Fadiman y Gilbert Highet empezaron a pregonar su talento. En Inglaterra, Angus Wilson declaró: «Para quienes se preocupan por el futuro de la novela en lengua inglesa, este libro, en mi opinión, es uno de los indicios más esperanzadores de los últimos veinte años...».

Y el venerable periódico inglés «Punch», dijo de su obra: «Tomar los elementos accesorios de la “ciencia-ficción” —las naves espaciales, los robots y las exploraciones galácticas— y crear con ellos unas narraciones tan delicadas como las canciones de Ferré o las acuarelas de Cézanne, es una hazaña de altos vuelos. Resulta difícil hablar con ponderación de esos cuentos extraordinarios».

En 1952 John Huston escribió una carta a Bradbury anunciándole que esperaba interesar a una productora en la financiación de una versión cinematográfica de las Crónicas. Y ésta fue una noticia muy excitante para Ray, dado que Huston era uno de sus «dioses personales», un director con quien había soñado trabajar. El proyecto no llegó a materializarse, pero Huston estableció contacto con Bradbury en otoño de 1953, encargándole el guión de Moby Dick.

«Quedé desconcertado —dice Ray—. De niño había intentado leer el libro, pero no pude pasar de las primeras páginas. Le dije a Huston que le comunicaría mi respuesta a la mañana siguiente... y me zambullí en Melville, leyendo toda la noche. Al amanecer supe que podría hacer el guión, y en septiembre, acompañado de Maggie, embarqué hacia Irlanda para lo que iba a ser una extraordinaria aventura».

La única experiencia cinematográfica anterior de Bradbury consistía en un relato original que había escrito aquel mismo año para la Universal, Llegó del espacio

exterior, el cual desarrolló para que le sirviera a Harry Essex para el guión. Lo de Moby Dick era una tarea mucho más complicada, y requería traducir al lenguaje cinematográfico la esencia de Melville. Lógicamente intimidado ante tal perspectiva, Bradbury no estaba preparado para enfrentarse además con la exuberante y agresiva personalidad de Huston.

«Dice que va a corromperme —escribió Bradbury desde Dublín—. Huston quiere hacerme montar a caballo, llevarme a cazar con perros, hacerme volar en un avión ultrarrápido y aficionarme a la bebida y a las mujeres».

Huston se reunió con Ray en Dublín e invitó a Bradbury a un recorrido por la campiña irlandesa en compañía de otro escritor, Peter Viertel (que se encontraba allí para trabajar en otra película).

Recordando aquella primera tarde con Huston, Ray dice: «Estábamos cruzando a campo través cuando John vio cerca de nosotros un enorme toro negro que nos miraba fijamente. Antes de que pudiéramos impedirlo, John se quitó la chaqueta y como si fuera la muleta de un torero la agitó ante los hocicos del animal, gritando: “¡Eh, toro! ¡Eh!”. ¡Dios mío! Pete y yo nos quedamos paralizados. Por último, el toro resopló, sacudió la cabeza y se alejó. ¡John se mostró muy decepcionado porque no le había embestido!».

Huston ha sido siempre un notorio bromista y Bradbury, desde luego, fue una víctima propiciatoria durante la filmación de Moby Dick.

«Estábamos a más de la mitad en la versión final del guión —cuenta Bradbury—, cuando John se presentó con un telegrama que, según él, acababa de recibir de la oficina central de la Warner.

Decía: “NO PODEMOS CONTINUAR PELÍCULA A MENOS DE QUE SE INCLUYA INMEDIATAMENTE PERSONAJE FEMENINO SEXY. Arrugué el telegrama, lo tiré al suelo y creo que incluso lo pisoteé. John no pudo contenerse. Le vi sobre el sofá, retorciéndose y riendo como un gorila”».

Sin embargo, Bradbury pudo sacarse la espina, y con creces, en otra ocasión. «John había invitado a cenar en su finca irlandesa a un grupo de lores y ladies de lo más selecto. Me atosigó diciéndome que debía presentarme correctamente ante sus invitados, y yo insistí en que no tenía traje de etiqueta. Pero él siguió insistiendo en presencia de Pete Viertel. Finalmente, cuando John hubo salido de la habitación, Pete me dijo que le acompañara al desván. “¡Vamos a darle una lección a ese cabrito!”, murmuró, y sacó una vieja falda a cuadros, unas polainas negras, un bolso con flecos y una chaqueta de smoking. “¿Entiendes? —me preguntó—. ¡Iremos de escoceses!”. Cuando llegaron los superdistinguidos huéspedes y John estaba en su elemento representando el papel de anfitrión, empecé a bajar la escalera. Desde el umbral de la puerta, con voz retumbante, Pete me anunció como Laird McBradbury. Todos los lores y ladies volvieron la cabeza hacia mí. ¡Vi que la mandíbula de John colgaba



como si fuese a caer al suelo! Fue un momento delicioso».

Ray pasó seis meses en Irlanda trabajando en el guión, haciendo y rehaciendo hasta 1200 páginas en total, que quedarían reducidas a 134. *Moby Dick*, con algunos pequeños retoques al guión por parte de Huston, fue estrenada en 1956, y aunque esta saga de la Gran Ballena Blanca no tuvo el éxito de crítica que Ray esperaba (debido, en gran parte, a la floja interpretación de Gregory Peck como capitán Achab), la recaudación de cinco millones de dólares acrecentó la reputación de Bradbury y le allanó el camino para otros trabajos como guionista.

«Me llamaron de unos grandes estudios para que rehiciera un guión sobre un tema fantástico —dice Ray—, y el productor me preguntó si me había gustado cuando terminé de leerlo. “Es muy bueno —dije—. Tiene que gustarme, porque es mío”. El tipo había cogido uno de mis relatos, le había dado la idea a otro escritor, y luego me había llamado para que hiciera la versión final, sin darse cuenta de que yo era el autor de la historia original que él se había apropiado. Terminó pagándome derechos de autor y yo salí de allí como alma que lleva el diablo. Creo que esta anécdota es típica de Hollywood».

La experiencia de Bradbury con Huston le proporcionó tema para una colección de narraciones y comedias irlandesas, además de darle oportunidad de visitar algunas de las grandes capitales del mundo: Venecia, Florencia, Milán y París. En verano de 1957 añadió Londres a la lista, pues sir Carol Reed, el director británico, le reclamó para que realizara la adaptación cinematográfica de su historia *Y la roca gritó*.

«Todavía no se ha dado la primera vuelta de manivela —dice Ray—, por que Reed no pudo resolver los problemas financieros. Tuve la misma mala suerte con las *Crónicas* en la Metro Goldwyn Mayer en 1961, después de trabajar varios meses en un guión de 158 páginas basado en el libro. Y escribí otra versión inédita en 1964. Al menos François Truffaut ha llevado mi *Fahrenheit 451* a la pantalla, aunque yo no trabajé en el guión».

Bradbury tiene siempre varios guisos literarios cociéndose, e incluso los proyectos que no llegan a materializarse le producen a menudo apreciables dividendos. (Cobró 10 000 dólares de una cadena de TV por una adaptación de *El cohete*, y otros 10 000 por una opción sobre *The Wonderful Ice Cream Suit* como película en proyecto. Ninguna de estas producciones llegó a realizarse).

Además de sus libros, poemas, cuentos, guiones para TV y cinematográficos, comedias y artículos, Bradbury «se mantiene en forma mental» dando conferencias varias veces al mes. Ha hablado ante clubs particulares, auditorios estudiantiles y congresos de escritores de costa a costa. En su «tiempo libre», pinta al óleo y administra comités. («Si existieran tres Ray Bradbury podría darles trabajo a todos ellos»).

En 1951 Bradbury cobraba ya los derechos de reimpresión de 100 relatos al año,

una cifra que se cuenta por millares, ya que su obra aparece en más de una docena de idiomas y en numerosas publicaciones internacionales tales como «Per spektev», «Europa», «Crespi», «Temps Modernes», «Nuovi», «Vitalino» y «Hjemmet».

Bradbury es un decidido defensor de Los Angeles, y nada le irrita tanto como los neoyorquinos cuando hablan lúgubrementemente de los «peligros» de vivir cerca de Hollywood. («Puedo atestiguar que cualquier escritor neoyorquino celoso de su virginidad puede vivir en Los Angeles sin asistir a ninguna orgía, sin ser arrojado a una piscina con una starlet rubia, ni comprometerse con un especulador inmobiliario de Salton Sea»).

Bradbury es un poeta en prosa en la era espacial, un hombre enamorado de la belleza de la palabra escrita; su obra refleja una pasión por la forma, el sonido y los ritmos exactos del lenguaje... y ha sido capaz de traducir esta pasión en una creación literaria de categoría superior. Después de producir más de dos docenas de libros y más de 700 obras menores (incluyendo los guiones para la televisión y las conferencias editadas), está tan ocupado como siempre, planeando una nueva producción teatral, otro libro de cuentos, una ópera basada en su Ciudad perdida de Marte, una serie para la televisión y una continuación de *Vino amargo* intitulada *El verano de despedida*.

«Durante los últimos cuarenta años he escrito todos los días de mi vida —dice—, y pienso seguir haciéndolo durante otros cuarenta. Entonces cumpliré los noventa y tres y consideraré la posibilidad de trabajar menos».

Se toma muy en serio su productividad. «El éxito es un proceso continuo. El fracaso es la inacción. El hombre que se mantiene en movimiento y trabajando no fracasa».

Ray Douglas Bradbury sigue moviéndose... y triunfando.

## Bibliografía

Recopilada por William F. Nolan

*Dark carnival (Relatos)*, Arkham House, Sauk City 1947, 313 pp. *The martian chronicles (Relatos)*, Doubleday, Nueva York 1950, 222 páginas.

*The illustrated man (Relatos)*, Doubleday, Nueva York 1951, 252 pp. *Timeless stories for today and tomorrow (Relatos de R. B. y otros, recopilados por R. B.)*, Bantam Books, 1952, 306 pp.

*The golden apples of the sun (Relatos)*, Doubleday, Nueva York 1953, 250 pp.

*Fahrenheit 451 (Novela)*, Ballantine Books, Nueva York 1953, 201 pp. *The october country (Relatos)*, Ballantine Books, Nueva York 1955, 307 pp.

*Switch on the night (Versión infantil ilustrada por Madeleine Gekiere), Pantheon 1955, 49 pp.*

*The circus of Dr. Lao and other improbable stories (Relatos recopilados por R. B.), Bantam 1956, 210 pp.*

*Dandelion wine (Novela), Doubleday, Nueva York 1957, 281 pp.*

*A medicine for melancholy (Relatos), Doubleday, Nueva York 1959, 240 pp.*

*The day it rained forever (Relatos), Rupert Hart-Davis, Londres 1959, 254 pp.*

*Something wicked this way comes (Novela), Simon and Schuster, Nueva York 1962, 317 pp.*

*R is for rocket (Relatos, versión juvenil), Doubleday, Nueva York 1962, 233 pp.*

*The anthem sprinters and other antics (Piezas teatrales), Dial Press, 1963, 159 pp.*

*The machineries of joy (Relatos), Simon and Schuster, Nueva York 1964, 255 pp.*

*The vintage Bradbury (Relatos), Vintage/Random House, 1965, 330 páginas.*

*The autumn people (Relatos en versión dibujada por A. B. Feldstein), Ballantine Books, Nueva York 1965, 189 pp.*

*Tomorrow midnight (Relatos en versión dibujada por A. B. Feldstein), Ballantine Books, Nueva York 1966, 189 pp.*

*S is for space (Relatos, versión juvenil), Doubleday, Nueva York 1966, 239 pp.*

*I sing the body electric! (Relatos), Alfred A. Knopf, Nueva York 1969, 305 pp.*

*The wonderful ice cream suit and other plays (Piezas teatrales), Bantam Books, 1972, 162 pp.*

*The Halloween tree (Relato infantil), Alfred A. Knopf, Nueva York 1972, 146 pp.*

*Para más detalles sobre la actividad literaria de R. Bradbury, véase William F. Nolan, The Ray Bradbury companion, Gale Research, The Book Tower, Detroit, Michigan.*

# La llave

*Isaac Asimov*

## 1

Karl Jennings sabía que iba a morir. Le quedaban pocas horas de vida y muchas cosas que hacer.

No había aplazamiento posible de la sentencia de muerte; no en la Luna, ni con las comunicaciones interrumpidas.

Incluso en la Tierra había bastantes lugares aislados donde, sin radio a su alcance, un hombre podía morir sin la mano de un compañero para ayudarlo, sin el corazón de un compañero para compadecerle, incluso sin los ojos de un compañero para descubrir el cadáver. Aquí en la Luna había pocos lugares donde las cosas ocurriesen de otro modo.

Los terráneos sabían que estaba en la Luna, desde luego. Formaba parte de una expedición geológica... ¡no!, expedición selenológica. Resultaba curioso cómo su mente centrada en la Tierra insistía en el «geo...».

Fatigosamente, se obligó a sí mismo a pensar sin dejar de trabajar. Aunque estaba moribundo, sentía aún aquella claridad de Ideas artificialmente impuesta. Miró ansiosamente a su alrededor. Allí no había nada que ver. Se hallaba en la oscuridad de la eterna sombra del interior septentrional de la pared del cráter, una negrura que sólo aliviaba el intermitente parpadeo de su lámpara. Mantenía aquella intermitencia, en parte porque no se atrevía a consumir su fuente de energía antes de haber terminado su tarea, y en parte porque no se atrevía a correr más que el mínimo riesgo de que fuera vista.

A su izquierda, hacia el sur a lo largo del cercano horizonte de la Luna, había un creciente de brillante luz solar blanca. Más allá del horizonte, e invisible, se hallaba el borde opuesto del cráter. El Sol no se alzaba nunca lo suficiente por encima del borde de su propio cráter para iluminar el suelo inmediatamente debajo de sus pies. Estaba a salvo de la radiación; al menos eso.

Cavaba cuidadosa pero torpemente, dificultados sus movimientos por su traje espacial. El costado le dolía de un modo espantoso, p ogresivamente.

El polvo y los fragmentos de roca no asumían la apariencia de «castillo de

cuentos de hadas» característica de aquellas partes de la superficie de la Luna expuestas alternativamente a la luz y a la oscuridad, al calor y al frío. Aquí, con el frío eterno, el lento desmenuzamiento de la pared del cráter había amontonado simplemente fina grava en una masa heterogénea. No resultaría fácil saber que alguien había estado cavando.

Tropezó en una desigualdad de la oscura superficie y dejó caer un puñado de fragmentos polvorientos. Las partículas cayeron con la lentitud característica de la Luna pero con apariencia de una cegadora velocidad, ya que no había aire que ejerciera resistencia para ralentizar el descenso y esparcirlas en una niebla de polvo.

La lámpara de Jennings brilló sin intermitencias durante unos instantes, los suficientes para que Jennings apartara con el pie una puntiaguda roca.

No disponía de mucho tiempo. Cavó más profundamente en el polvo.

Un poco más y podría introducir el Aparato en la depresión y empezar a cubrirlo. Strauss no debía encontrarlo.

¡Strauss!

El otro miembro del equipo. Compartiendo a medias el descubrimiento. Compartiendo a medias la fama.

Si lo que deseaba Strauss hubiese sido simplemente atribuirse toda la fama, Jennings se la habría cedido. El descubrimiento era más importante que cualquier reputación individual que pudiera traer consigo. Pero lo que Strauss deseaba era algo más; algo que Jennings estaba dispuesto a impedir.

Aunque le costara la vida impedirlo.

Y se estaba muriendo.

Lo habían encontrado juntos. De hecho, Strauss había encontrado la nave; o mejor dicho, los restos de la nave; o más propiamente, lo que de un modo concebible podrían haber sido los restos de algo semejante a una nave.

—Metal —dijo Strauss, mientras recogía algo mellado y casi amorfo. Sus ojos y su rostro apenas podían ser vistos a través del grueso cristal del visor, pero su voz más bien ronca sonó claramente a través del transmisor de su traje espacial.

Jennings derivó hacia él desde su propia posición a media milla de distancia.

—¡Qué raro! —dijo—. En la Luna no hay ningún metal libre.

—No debería haberlo. Pero sabes perfectamente que sólo se ha explorado el uno por ciento de la superficie de la Luna. ¿Quién sabe lo que podrá encontrarse en ella?

Jennings gruñó, asintiendo, y extendió su manopla para coger el objeto.

Por lo que hasta entonces se sabía, era cierto que en la Luna podía encontrarse casi cualquier cosa. La suya era la primera expedición selenográfica financiada privadamente que había llegado a la Luna. Con anterioridad, las expediciones habían sido organizadas por el Gobierno, con media docena de objetivos a la vista, principalmente militares. El hecho de que la Sociedad Geológica pudiera permitirse

enviar dos hombres a la Luna para realizar estrictamente estudios selenológicos era una prueba evidente de los progresos de la era espacial.

Strauss dijo:

—Parece como si en otro tiempo hubiese tenido una superficie bruñida.

—Es cierto —dijo Jennings—. Tal vez hay más por estos alrededores.

Encontraron otras tres piezas, dos de pequeño tamaño y otra de bordes dentados, con rastros de una hendidura.

—Vamos a llevarlas a la nave —dijo Strauss.

Subieron al pequeño bote deslizante y regresaron a la nave madre. Una vez a bordo se quitaron los trajes espaciales, algo que a Jennings, al menos, le producía siempre una gran satisfacción. Se rascó vigorosamente el torso y se frotó las mejillas hasta que su piel blanca enrojeció.

Strauss no incurrió en aquellas debilidades y empezó a trabajar. El rayo laser mordió el metal y los vapores se acumularon en el espectrógrafo. Acero al titanio, esencialmente, con indicios de cobalto y molibdeno.

—Es artificial, desde luego —dijo Strauss. Su ancho rostro aparecía tan hosco y tan duro como siempre. No reflejaba ninguna emoción, aunque Jennings pudo notar que su propio corazón empezaba a desbocarse.

Pudo haber sido la excitación lo que indujo a Jennings a empezar:

—Ésta es una circunstancia contra la cual debemos endurecernos como el acero...

Y cargó el acento sobre «acero» para evidenciar el juego de palabras.

Sin embargo, Strauss miró a Jennings con frío disgusto, y este último se encogió de hombros, suspirando. Nunca podría conseguirlo. ¡Nunca! Recordó en la Universidad... Bueno, no importa. El descubrimiento que habían hecho valía mucho más que cualquier juego de palabras que él pudiera construir para impresionar al impasible Strauss.

Jennings se preguntó si era posible que Strauss no hubiese captado el significado.

Sabía muy poco de Strauss, en realidad, aparte de su reputación como selenólogo. Es decir, había leído los apuntes de Strauss y suponía que Strauss había leído los suyos. Aunque sus naves podían haberse cruzado de noche en su época universitaria, no se habían conocido hasta que ambos se presentaron voluntarios para esta expedición y fueron aceptados.

Durante el viaje de una semana, Jennings había tenido conciencia, con creciente incomodidad, de la robusta figura del otro, de sus cabellos color de arena y sus ojos azules, y del modo como funcionaban los músculos sobre sus maxilares cuando comía. Jennings, de estructura mucho más delgada, ojos también azules pero cabellos más oscuros, tendía a rehuir instintivamente la pesada aureola de potencia y dominio del otro.

Jennings dijo:

—No hay noticias de ninguna nave que se haya posado nunca en esta parte de la Luna. Desde luego, ninguna se ha estrellado aquí.

—Si fuera parte de una nave —dijo Strauss—, estaría lisa y bruñida. Ésta está erosionada, y puesto que no hay atmósfera aquí, eso significa exposición al bombardeo de los micrometeoritos durante muchos años.

Entonces vio el significado. Jennings dijo, con una alegría casi salvaje:

—Es un artefacto no humano. Seres que no eran de la Tierra visitaron la Luna en otro tiempo. ¿Quién sabe cuántos años hace?

—¿Quién sabe? —asintió Strauss secamente.

—En el informe...

—Un momento —dijo Strauss en tono imperativo—. Habrá tiempo de sobra para informar, cuando tengamos algo que decir. Si era una nave, habrá más restos de ella que los que ahora tenemos.

Pero no cabía pensar en salir a buscarlos precisamente entonces. Habrían estado fuera durante varias horas, y tenían que comer y dormir. Era preferible recuperar fuerzas para poder dedicar a la tarea las horas necesarias. Los dos hombres parecieron ponerse de acuerdo sin hablar.

La Tierra estaba baja en el horizonte oriental en fase casi llena, brillante y estriada de azul. Jennings la miró mientras comían y experimentó, como le ocurría siempre, una profunda nostalgia.

—Tiene un aspecto tranquilo —dijo—, pero hay seis mil millones de personas atareadas sobre ella.

Strauss alzó la mirada desde alguna protunda vida interior exclusivamente suya y dijo:

—¡Seis mil millones de personas arruinándola!

Jennings frunció el ceño.

—Tú no serás un Ultra, ¿verdad?

Strauss dijo:

—¿De qué diablos estás hablando?

Jennings sintió que se sonrojaba. El rubor afectaba siempre a su tez clara, volviéndola sonrosada al más leve sobresalto emocional. Era algo que le resultaba sumamente molesto.

Volvió a dedicar su atención a la comida, sin decir nada más.

Desde hacía una generación, la población de la Tierra había permanecido estacionaria. Todo el mundo admitía que no podía permitirse ningún aumento. No faltaban, desde luego, los que decían que «no aumentar» no era suficiente: la población tenía que disminuir. El propio Jennings simpatizaba con ese punto de vista. El globo de la Tierra estaba esquilado por su pesada carga de humanidad.

Pero ¿cómo debía llegarse a aquella disminución? ¿Al azar, induciendo a la gente

a hacer descender todavía más el índice de natalidad, tal como ellos deseaban? Ultimamente habían surgido voces, tímidas aún, preconizando no sólo una disminución de la población, sino una disminución seleccionada: la supervivencia de los más aptos, con lo que se autodeclaraban aptos y capaces de definir el criterio de aptitud.

Jennings pensó: «Le he insultado, supongo».

Más tarde, cuando estaba casi dormido, se le ocurrió de pronto que no sabía virtualmente nada del modo de ser de Strauss. ¿Y si se propusiera salir ahora a explorar por su cuenta, a fin de poder atribuirse en exclusiva todo el mérito de...?

Alarmado, se incorporó sobre un codo, pero Strauss respiraba pesadamente, e incluso mientras Jennings escuchaba, la respiración se convirtió en un ronquido.

Pasaron los tres días siguientes dedicados a la búsqueda de más piezas. Encontraron algunas, y más que eso. Descubrieron una zona que resplandecía con la leve fosforescencia de las bacterias lunares. Tales bacterias eran bastante corrientes, pero hasta entonces, que ellos supieran, en ninguna parte se habían localizado en una concentración tan grande como para producir un resplandor visible.

Strauss dijo:

—Un ser orgánico, o sus restos, pudo caer aquí en otro tiempo. Murió, pero los microorganismos en su interior no murieron. Y al final le consumieron.

—Y tal vez proliferaron —añadió Jennings—. Ése podría ser el origen de las bacterias lunares, las cuales podrían no ser nativas, sino el resultado de una contaminación... siglos atrás.

—La proposición contraria también podría ser válida —dijo Strauss—. Dado que las bacterias son completamente distintas en aspectos muy fundamentales de cualquier forma de microorganismo terráqueo, los seres de quienes eran parásitos (suponiendo que ése fuera su origen) debieron ser fundamentalmente distintos, también. Otro indicio de origen extraterrestre.

La pista terminaba en la pared de un pequeño cráter.

—Es una excavación imposible —dijo Jennings, desalentado—. Sería mejor informar acerca de esto y pedir ayuda.

—No —dijo Strauss, con aire sombrío—. Es posible que no exista nada que requiera pedir ayuda. El cráter podría haberse formado un millón de años después de que la nave se hubiera estrellado.

—¿Desintegrándose la mayor parte de ella, quieres decir, y dejando únicamente lo que hemos encontrado?

Strauss asintió.

Jennings dijo:

—Vamos a probar, de todos modos. Podemos cavar un poco. Si trazamos una línea a través de los hallazgos que hemos realizado hasta ahora y no nos apartamos de



ella...

Strauss accedió a regañadientes y trabajó de mala gana, por lo que fue Jennings quien realizó el verdadero hallazgo. ¡Y muy importante, desde luego! Strauss había encontrado la primera pieza de metal, pero Jennings encontró el artefacto mismo.

Era un artefacto hundido a una profundidad de tres pies debajo de la forma irregular de un peñasco que había caído de modo que dejaba un hueco en su contacto con la superficie de la Luna. En aquel hueco se hallaba el artefacto, protegido durante un millón de años o más; protegido de la radiación, de los micrometeoros, de los cambios de temperatura, hasta el punto de aparecer como nuevo desde siempre.

Jennings lo bautizó inmediatamente como el Aparato. No tenía ni la más remota semejanza con ningún instrumento de los que hasta entonces había visto, pero, como dijo Jennings, ¿por qué había de tenerla?

—No hay ninguna fractura, al parecer —dijo—. Es posible que no esté roto.

—Pero pueden faltar piezas.

—Es posible —dijo Jennings—, aunque no parece tener elementos móviles. Es todo de una pieza y desde luego extrañamente irregular. —Trató de refrenar su entusiasmo, pero no lo consiguió del todo—. Esto es lo que necesitábamos. Una pieza de metal desgastado o una zona rica en bacterias son únicamente materia para deducciones y discusiones. Pero esto es algo real: un Aparato de evidente origen extraterrestre.

Ahora estaba sobre la mesa entre los dos, y ambos lo miraban con aire serio.

Jennings dijo:

—Vamos a redactar un informe preliminar.

—¡No! —exclamó Strauss bruscamente—. ¡Ni hablar!

—¿Por qué no?

—Porque si lo hacemos, esto se convertirá en un proyecto de la Sociedad. Se harán cargo de todo, y cuando hayan terminado lo único que habremos merecido será una nota de pie de página. ¡No! —Strauss cambió de tono y su voz adquirió un acento insidioso—. Vamos a averiguar todo lo que podamos acerca del Aparato antes de que lleguen las arpías.

Jennings meditó la cuestión. No podía negar que también él deseaba asegurar el reconocimiento de su mérito. Sin embargo... Dijo:

—Me gustaría correr el riesgo, Strauss. —Por primera vez había sentido el deseo de utilizar el nombre de pila de su compañero, pero logró dominarse—. Pero no tenemos derecho a esperar. Si esto es de origen extraterrestre, tiene que proceder de algún otro sistema planetario. No hay ningún lugar en el Sistema Solar, aparte de la Tierra, donde pueda desarrollarse una forma de vida avanzada.

—Eso no está demostrado, en realidad —gruñó Strauss—, pero ¿y qué si estuvieras en lo cierto?

—Significaría que los seres de la nave conocían los viajes interestelares y, en consecuencia, tendrían que estar mucho más adelantados tecnológicamente que nosotros. Quién sabe lo que el Aparato puede revelarnos sobre su avanzada tecnología. Podría ser la clave de... quién sabe qué. Podría ser el punto de partida de una inimaginable revolución científica.

—Eso es puro romanticismo. Si el Aparato es el producto de una tecnología mucho más avanzada que la nuestra, no aprenderemos nada de él. Devolvamos a Einstein a la vida y mostrémosle un microalabeador de protones: ¿qué haría con él?

—No podemos estar seguros de que no aprenderemos nada.

—En tal caso, ¿qué importa una pequeña demora? ¿Por qué no podemos asegurarnos el mérito que hemos contraído? ¿Por qué no podemos asegurarnos de que la investigación correrá a nuestro cargo, de que no nos dejarán fuera del asunto?

—Pero, Strauss —Jennings se sentía conmovido casi hasta el punto de derramar lágrimas, en su ansiedad por hacerle entender la importancia del Aparato—. ¿Y si nos estrellamos con él? ¿Y si no conseguimos llevarlo a la Tierra? No podemos correr ese riesgo. —Acarició el Aparato, casi como si estuviera enamorado de él—. Tenemos que redactar un informe ahora mismo para que envíen una nave que lo transporte. Es demasiado valioso para...

Mientras llegaba al paroxismo de su emoción, el Aparato pareció calentarse bajo su mano. Una parte de su superficie, semioculta debajo de una lengüeta de metal, despidió un brillo fosforescente.

Jennings apartó su mano en un gesto súbito, y el Aparato se oscureció. Pero fue suficiente; el momento había sido infinitamente revelador.

Dijo, casi atragantándose:

—Era como una ventana abierta en tu cráneo. He podido leer en tu mente.

—Yo he leído la tuya —dijo Strauss—, o la he contactado, o he penetrado en ella, o como quieras llamarlo.

Tocó el Aparato con gesto indiferente, pero no ocurrió nada.

—¡Eres un Ultra! —dijo Jennings furiosamente—. Cuando he tocado esto... —Y lo hizo de nuevo—. Está ocurriendo otra vez. Lo veo. ¿Estás loco? ¿Puedes creer sinceramente en la conveniencia de condenar a casi toda la raza humana a la extinción y destruir la adaptabilidad y variedad de la especie?

Su mano volvió a apartarse del Aparato; lo que le permitía vislumbrar le producía náuseas. El Aparato se oscureció de nuevo. Una vez más, Strauss lo tocó cautelosamente, sin que ocurriese nada.

Strauss dijo:

—No discutamos, por el amor de Dios... Este objeto es un medio de comunicación. Un amplificador telepático. ¿Por qué no? Cada una de las células cerebrales tiene su potencial eléctrico. Podría ser considerado como un campo

magnético detector de microintensidades...

Jennings se volvió de espaldas. No quería hablar con Strauss. Dijo:

—Haremos el informe ahora mismo. El mérito me tiene sin cuidado. Puedes atribuírtelo todo. Lo único que deseo es quedar al margen de este asunto.

Strauss permaneció unos instantes en actitud meditabunda, con el ceño fruncido. Luego dijo:

—Es algo más que un medio de comunicación. Responde a la emoción y la amplifica.

—¿De qué estás hablando?

—Se ha puesto en marcha dos veces cuando lo has tocado ahora, aunque lo habías estado manipulando todo el día sin que pasara nada. Y no pasa nada cuando lo toco yo.

—¿Y bien?

—Reaccionó cuando lo tocaste en un estado de elevada tensión emocional. Supongo que eso es lo necesario para su activación. Y cuando despotricabas acerca de los Ultras mientras lo tocabas, hace unos instantes, he sentido lo que sentías tú, por espacio de unos segundos.

—Así parece.

—Escucha: ¿cómo puedes estar tan seguro de que tienes razón? En la Tierra no hay un solo hombre con dos dedos de frente que no sepa que el planeta estaría mucho mejor con una población de mil millones en vez de seis mil millones. Si utilizáramos la automatización por completo (cosa que ahora las hordas no nos permiten hacer), probablemente podríamos tener una Tierra perfectamente eficiente y viable con, digamos, cinco millones de habitantes... Escúchame, Jennings. No te vuelvas de espaldas.

La habitual aspereza de la voz de Strauss casi se desvaneció en su esfuerzo por mostrarse convincente.

—Pero no podemos reducir la población democráticamente —continuó—. Lo sabes muy bien. No se trata del instinto sexual, porque los anticonceptivos resolvieron el problema del control de la natalidad hace muchísimo tiempo. Es una cuestión de nacionalismo. Cada uno de los grupos étnicos desea que sean los demás grupos los que empiecen a reducir su población, y yo estoy de acuerdo con ellos. Yo quiero que prevalezca mi grupo étnico, nuestro grupo étnico. Quiero que la Tierra sea heredada por los mejores, lo cual significa por hombres como nosotros. Nosotros somos los verdaderos hombres, y la horda de simios que nos rodea nos está destruyendo a todos. Ellos están condenados a morir de todos modos; ¿por qué no salvarnos a nosotros mismos?

—No —dijo Jennings enérgicamente—. Ningún grupo tiene un monopolio sobre la humanidad. Tus cinco millones de hombres-espejo, prisioneros de una humanidad

desprovista de su variedad y adaptabilidad, se morirían de aburrimiento... y les estaría bien empleado.

—Sentimentalismos absurdos, Jennings. Tú no crees eso. No haces sino repetir la opinión de los estúpidos que se llaman a sí mismos partidarios de la igualdad. Mira, este Aparato es exactamente lo que necesitamos. Aunque no pudiéramos construir ninguno más ni llegáramos a comprender cómo funciona éste, con sólo este Aparato podríamos conseguirlo. Si pudiéramos controlar o influenciar las mentes de los hombres clave, poco a poco lograríamos imponer nuestros puntos de vista en el mundo. Tenemos ya una organización. Tú lo sabes ya, si has leído en mi mente. Tiene mejores motivaciones y está mejor estructurada que cualquier otra organización de la Tierra. Los mejores cerebros del género humano engrosan nuestras filas diariamente. ¿Por qué no te unes a nosotros tú también? Este instrumento es una clave, como puedes ver, pero no una simple clave para adquirir un poco más de conocimiento. Es una clave para la solución final de los problemas de los hombres. ¡Unete a nosotros! ¡Unete a nosotros! —concluyó, con un apasionamiento que Jennings desconocía en él.

La mano de Strauss cayó sobre el Aparato, el cual parpadeó durante un par de segundos y se apagó.

Jennings sonrió sin alegría. Comprendió el significado de todo aquello. Strauss había tratado deliberadamente de ponerse en un estado emocional lo bastante intenso como para activar el Aparato, y había fracasado.

—Es inútil —dijo Jennings—; eres un individuo inhumanamente seguro de ti mismo y no puedes hacerlo funcionar.

Cogió con manos temblorosas el Aparato, que resplandeció inmediatamente.

—Entonces, hazlo funcionar tú. Podrás atribuirte el mérito de haber salvado a la humanidad.

—Ni pensarlo —dijo Jennings, respirando agitadamente a causa de su intensa emoción—. Voy a enviar el informe ahora mismo

¡No! —exclamó Strauss, cogiendo un cuchillo de la mesa—. Es suficientemente puntiagudo, suficientemente afilado.

—Será inútil todo lo que intentes —dijo Jennings—. Puedo adivinar tus planes. Con el Aparato podrás convencer a cualquiera de que nunca he existido. Y podrás hacer triunfar a los Ultras.

Strauss sonrió:

—Lees en mi mente de un modo perfecto.

—Pero no lo conseguirás —replicó Jennings—. No, mientras yo sostenga esto.

Le estaba ordenando a Strauss, con el pensamiento, que se mantuviera inmóvil.

Strauss quedó dominado. Empuñaba el cuchillo rígidamente y su brazo temblaba, pero no avanzó.

Los dos hombres sudaban copiosamente.

Strauss dijo entre sus dientes apretados:

—No podrás sostenerlo... todo el día.

La sensación era clara, aunque Jennings no estaba seguro de conocer las palabras para describirla. En términos físicos, era como retener a un resbaladizo animal de enorme fuerza que se retorciera incesantemente. Jennings tuvo que concentrarse en la sensación de inmovilidad.

No estaba familiarizado con el Aparato. No sabía utilizarlo con pericia. Era como si alguien que no hubiera visto nunca una espada empuñara una y quisiera manejarla con la habilidad de un mosquetero.

—Exactamente —dijo Strauss, conectado mentalmente con él. Y arrastró torpemente los pies, en un paso hacia delante.

Jennings sabía que no podría competir con la obstinada determinación de Strauss. Ambos lo sabían. Pero allí estaba el bote deslizante. Jennings tenía que huir con el Aparato.

Pero Jennings no tenía secretos. Strauss vio su pensamiento y trató de interponerse entre el bote deslizante y su compañero.

Jennings redobló sus esfuerzos. No inmovilidad, sino inconsciencia. «Duerme, Strauss», pensó desesperadamente. «¡Duerme!».

Las rodillas de Strauss se doblaron y sus párpados se hicieron de plomo, cerrándole los ojos.

Latiéndole desafortunadamente el corazón, Jennings se precipitó hacia adelante. Si podía golpearle con algo, arrancar el cuchillo...

Pero sus pensamientos se habían apartado de la fundamental concentración en la idea de sueño, por lo que Strauss le agarró por un tobillo y tiró hacia abajo con rabiosa fuerza.

Strauss no vaciló. Mientras Jennings se tambaleaba, la mano que empuñaba el cuchillo se levantó y cayó. Jennings sintió el agudo dolor y su mente enloqueció de miedo y desesperación.

El mismo acceso de emoción convirtió el parpadeo del Aparato en un vivísimo resplandor. Strauss aflojó su presa mientras Jennings gritaba silenciosa e incoherentemente, transmitiendo miedo y rabia desde su propio cerebro al otro.

Strauss rodó sobre sí mismo, con el rostro desencajado.

Jennings se incorporó trabajosamente y retrocedió. No se atrevió a hacer nada sino concentrarse en mantener al otro inconsciente. Cualquier tentativa de acción violenta bloquearía una parte demasiado importante de su propia fuerza mental, impidiéndole utilizarla de un modo realmente eficaz.

Retrocedió de espaldas hacia el bote deslizante. A bordo habría un traje espacial... vendas...

El bote deslizante no estaba diseñado para recorrer largas distancias. Ni Jennings se encontraba en condiciones de recorrerlas. Su costado derecho sangraba a pesar del vendaje. La sangre goteaba dentro de su combinación.

No había señales de la nave persiguiéndole, pero con toda seguridad se presentaría, tarde o temprano. Su potencia era varias veces superior a la del bote deslizante; y disponía de detectores que captarían la concentración de energía que sus reactores iónicos dejaban atrás como una estela.

Desesperadamente, Jennings intentó establecer contacto por radio con Estación Luna, pero no obtuvo ninguna respuesta y dejó de llamar. Sus señales no servirían sino para ayudar a Strauss a localizarle.

Podía tratar de dirigirse a Estación Luna, pero estaba seguro de que no habría llegado. La nave le habría localizado antes, o habría muerto, estrellando el bote. Tenía que ocultar el Aparato, dejarlo en un lugar seguro y luego dirigirse a Estación Luna.

El Aparato...

No estaba seguro de no equivocarse. Podría arruinar a la raza humana, pero era infinitamente valioso. ¿Debía destruirlo? Era el único resto de una vida inteligente no humana. Contenía los secretos de una avanzada tecnología; era un instrumento de una avanzada ciencia de la mente. Cualquiera que fuese el peligro, teniendo en cuenta el valor... el valor potencial...

No; debía ocultarlo para que pudiera ser encontrado de nuevo... pero sólo por los esclarecidos Moderados del gobierno. Nunca por los Ultras...

El bote deslizante descendió a lo largo del borde septentrional interior del cráter. Sabía dónde estaba, y el Aparato podía ser enterrado aquí. Si después no podía alcanzar Estación Luna personalmente ni por radio, al menos tendría que alejarse de allí lo más lejos posible, para que su propia persona no revelara cuál era el escondrijo. Y tendría que dejar alguna clave para que pudiera ser localizado.

Pensaba con sobrehumana claridad, le pareció. ¿Era la influencia del Aparato que estaba sujetando? ¿Estimulaba su pensamiento y le sugería el mensaje perfecto? ¿O era esto una alucinación del moribundo, y no se le ocurriría nada que tuviera sentido para alguien? Lo ignoraba, pero no tenía elección. Tenía que intentarlo.

Karl Jennings sabía que iba a morir. Le quedaban muy pocas horas de vida y muchas cosas que hacer.

## 2

H. Seton Davenport, de la Sección Americana de la Oficina de Investigación Terrestre, se frotó la cicatriz en forma de estrella de su mejilla izquierda, con aire

ausente.

—Estoy enterado, señor, de que los Ultras son peligrosos.

El jefe de la Sección, M. T. Ashley, miró a Davenport con el ceño fruncido. En sus flacas mejillas se formaron unas arrugas de desaprobación. Como había jurado de nuevo no volver a fumar, obligó a sus engarfiados dedos a cerrarse sobre una pastilla de goma de mascar: quitó el envoltorio, la arrugó y la introdujo en su boca con gesto malhumorado. Se estaba haciendo viejo y gruñón, además, y su corto bigote grisáceo raspó sus nudillos cuando los frotó contra él.

Dijo:

—No sabe usted hasta qué punto. Me pregunto si alguien lo sabe. Son pocos en número, pero fuertes entre los poderosos que, al fin y al cabo, están dispuestos a considerarse a sí mismos como la élite. Nadie sabe a ciencia cierta quiénes ni cuántos son.

—¿Ni siquiera la Oficina?

—La Oficina no puede actuar. Nosotros mismos no estamos libres de pecado, dicho sea de paso. ¿Lo está usted?

Davenport enarcó las cejas.

—Yo no soy un Ultra.

—No he dicho lo que fuese —replicó Ashley—. Le he preguntado si estaba libre de pecado. ¿Ha pensado alguna vez en lo que ha sucedido en la Tierra durante los dos últimos siglos? ¿No se le ha ocurrido nunca que un moderado descenso de la población sería beneficioso? ¿No ha tenido nunca la impresión de que sería maravilloso librarse de los analfabetos, de los incapaces, de los que carecen de sensibilidad, y dejar vivir a los demás? Yo lo he pensado, maldita sea.

—Soy culpable de haber pensado eso a veces, sí. Pero pensar algo en un plan puramente personal y especulativo es una cosa, y planearlo como un esquema de acción práctica para ser hitlerizados a través del mismo es algo muy distinto.

—La distancia que media entre el deseo y la acción no es tan grande como usted cree. Convéznase a sí mismo de que el fin es suficientemente importante, de que el peligro es suficientemente grande, y los medios le parecerán cada vez menos objetables. De todos modos, ahora que el caso de Estambul ha quedado resuelto, permítame ponerle al día sobre este asunto. En comparación con esto, lo de Estambul era insignificante. ¿Conocía al agente Ferrant?

—¿El que desapareció? Personalmente, no.

—Bien; hace dos meses fue localizada una nave encallada en la superficie de la Luna. Había estado llevando a cabo una investigación selenográfica de financiación privada. La Sociedad Geológica Ruso-Americana, patrocinadora de la expedición, dio cuenta de que la nave no transmitía ningún informe. Una búsqueda rutinaria permitió localizarla sin demasiadas dificultades a una considerable distancia del lugar

desde el cual había enviado su último informe. La nave no estaba averiada, pero su bote deslizante había desaparecido y con él un miembro de la tripulación llamado Karl Jennings. El otro hombre, James Strauss, estaba vivo pero deliraba. No mostraba ningún síntoma de daño físico, pero estaba completamente loco. Todavía lo está, y eso es importante.

—¿Por qué? —inquirió Davenport.

—Porque el equipo médico que le examinó descubrió anormalidades neuroquímicas y neuroeléctricas de naturaleza desconocida. Nunca habían visto un caso igual. No parecía de origen humano.

La sombra de una sonrisa cruzó el rostro solemne de Davenport.

—¿Sospecha usted la intervención de invasores extraterrestres?

—Tal vez —dijo el otro, sin sonreír—. Pero permítame continuar. Una búsqueda rutinaria en las inmediaciones de la nave encallada no reveló ningún rastro del bote deslizante. Luego Estación Luna informó haber recibido unas débiles señales de origen incierto. Fueron registradas como procedentes de la orilla occidental del Mare Imbrium, pero se ignoraba si eran de origen humano o no, y no se creía que hubiera alguna nave en aquella zona. Por eso no fueron atendidas. Sin embargo, pensando en el bote deslizante, la expedición de rescate se dirigió hacia Imbrium y lo localizó. Jennings estaba a bordo, muerto. Tenía una cuchillada en un costado; resulta sorprendente que viviera tanto tiempo como vivió. Entretanto, los médicos estaban cada vez más desconcertados ante la naturaleza de los balbuceos de Strauss. Establecieron contacto con la Oficina, y nuestros dos agentes en la Luna, uno de ellos era Ferrant, llegaron a la nave. Ferrant estudió las grabaciones de los balbuceos. No cabía pensar en formular preguntas, ya que no existía ni existe la posibilidad de interrogarle. Hay una muralla entre el universo y él, y es probable que sea permanente. Sin embargo, lo que dijo en sus delirios, aunque reiterativo e incoherente, adquirió cierto sentido cuando Ferrant reunió los fragmentos dispersos como si fueran piezas de un rompecabezas. Al parecer, Strauss y Jennings habían encontrado un objeto de naturaleza desconocida al que atribuyeron un origen remoto y no humano; un artefacto de alguna nave naufragada hace siglos. Al parecer, podía ser utilizado para distorsionar la mente humana.

Davenport le interrumpió:

—Y distorsionó la mente de Strauss... ¿Es eso?

—Exactamente. Strauss era un Ultra —podemos decir «era», ya que sólo técnicamente está vivo— y Jennings no quiso entregarle el objeto. Muy bien hecho. En su delirio, Strauss hablaba de utilizarlo para llevar a cabo la liquidación de los indeseables. Deseaba una población ideal y definitiva de cinco millones. Se produjo una lucha en el curso de la cual solamente Jennings, al parecer, pudo manejar el objeto en cuestión, pero Strauss tenía un cuchillo. Cuando Jennings huyó estaba



herido de muerte, pero la mente de Strauss había quedado destruida.

—¿Y dónde quedó el objeto?

—El agente Ferrant actuó rápidamente. Volvió a registrar la nave y sus alrededores. No encontró indicios de nada que no fuese una formación lunar natural o un producto evidente de la tecnología humana. Luego registró el bote deslizante y sus alrededores, sin obtener mejores resultados.

—¿No pudieron llevárselo los miembros de la —primera expedición exploradora... sin saber de qué se trataba?

—Juraron que no lo habían hecho, y no existe ningún motivo para sospechar que mintieran. Luego, el compañero de Ferrant... —¿Quién era?

—Gorbansky —dijo el jefe de la Sección.

—Le conozco. Hemos trabajado juntos.

—Lo sé. ¿Qué opina usted de él?

—Capaz y honrado.

—De acuerdo. Gorbansky encontró algo. No un artefacto exactamente, sino algo más normal y humano. Era una tarjeta blanca de tres pulgadas por cinco con algo escrito que Jennings sujetaba con su manopla derecha. Presumiblemente, lo escribió antes de morir y, presumiblemente también, representaba la clave del lugar en donde había ocultado el objeto.

—¿Qué motivo hay para creer que lo ocultó?

—Ya he dicho que no fue posible hallarlo en ninguna parte.

—¿No pudo destruirlo, como algo demasiado peligroso como para quedar intacto?

—Eso es sumamente dudoso. A juzgar por la conversación reconstruida a base de los desvaríos de Strauss, y Ferrant realizó un trabajo excelente a ese respecto, Jennings opinaba que el objeto tenía una importancia clave para la humanidad. Lo calificó de «punto de partida de una inimaginable revolución científica»: No habría destruido algo semejante. Se habría limitado a ponerlo fuera del alcance de los Ultras, tratando de informar de su existencia al gobierno. De no ser así, ¿por qué dejó una pista para que pudiera ser localizado?

Davenport sacudió la cabeza.

—Está usted argumentando en un círculo vicioso, jefe. Dice que dejó una pista porque usted cree que existe un objeto oculto, y cree que existe un objeto oculto porque Jennings dejó una pista.

—Lo admito. Todo es dudoso. ¿Significa algo el delirio de Strauss? ¿Es válida la reconstrucción de Ferrant? La pista de Jennings, ¿es realmente una pista? ¿Existe un Aparato, como lo llamó Jennings, o no existe? No sirve de nada formular tales preguntas. Tenemos que actuar bajo el supuesto de que existe tal Aparato y que debe ser encontrado.

—¿Debido a la desaparición de Ferrant?

—Exactamente.

—¿Raptado acaso por los Ultras?

—En absoluto. La tarjeta desapareció con él.

—¡Ah!... Comprendo.

—Desde hacía mucho tiempo sospechábamos que Ferrant era un Ultra secreto. No es el único bajo sospecha en la Oficina, por otra parte. Pero no podemos actuar basándonos en simples sospechas, como usted sabe, o tendríamos que remover la Oficina de arriba abajo. Ferrant se hallaba bajo vigilancia.

—¿Quién le vigilaba?

—Gorbansky, desde luego. Afortunadamente, Gorbansky filmó la tarjeta y envió la reproducción al cuartel general de Tierra, aunque admite que la consideró como un simple objeto desconcertante y la incluyó en la información enviada a la Tierra únicamente por cumplir estrictamente la rutina. Ferrant, el más inteligente de los dos, supongo, comprendió el significado del mensaje y decidió actuar. Una decisión que ha destruido su futura utilidad para los Ultras, aunque existe la posibilidad de que le necesiten en adelante. Si los Ultras controlan el Aparato...

—Tal vez Ferrant lo tiene ya.

—Recuerde que estaba bajo vigilancia. Gorbansky jura que el Aparato no ha aparecido.

—Gorbansky no logró evitar que Ferrant desapareciera con la tarjeta. Tal vez no haya logrado evitar tampoco que Ferrant se apodere del Aparato.

Ashley repiqueteó con sus dedos sobre el escritorio con un ritmo nervioso e irregular. Finalmente, dijo:

—No quiero pensar en esa posibilidad. Si encontramos a Ferrant, descubriremos cuánto daño ha podido hacer. Hasta entonces tenemos que buscar el Aparato. Si Jennings lo ocultó, debió alejarse del escondrijo. De no ser así, ¿por qué habría dejado una pista? No se quedaría cerca.

—Puede que no viviera lo suficiente para alejarse.

Ashley repiqueteó de nuevo.

—El bote deslizante mostraba señales de haber efectuado un vuelo largo y rápido para estrellarse al final. Esto concuerda con la teoría de que Jennings trataba de poner la mayor distancia posible entre él mismo y algún lugar utilizado como escondrijo.

—¿Puede usted decir de qué dirección procedía?

—Sí, aunque eso no representa ninguna ayuda. A juzgar por el estado de las toberas laterales, debió virar de bordo deliberadamente.

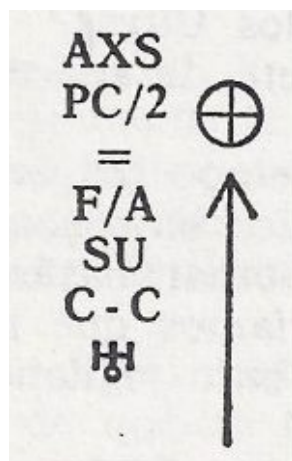
Davenport suspiró.

—Supongo que tiene usted una copia de la tarjeta.

—La tengo. Aquí está.

Empujó una tarjeta de tres pulgadas por cinco hacia Davenport. Davenport la

estudió durante unos segundos. En ella aparecía escrito:



Davenport dijo:

—No le encuentro ningún significado.

—Tampoco se lo encontré yo, al principio, ni ninguno de aquellos a quienes consulté en primer lugar. Pero piénselo. Jennings debió creer que Strauss le perseguía; podía ignorar que Strauss estaba fuera de combate, o al menos que lo estaba de modo permanente. Además, temía que le encontrara un Ultra antes de que lo hiciera un Moderado. No se atrevió a dejar una pista demasiado clara. Esto —y el jefe de la Sección dio unos golpecitos a la reproducción debe representar una pista, aparentemente opaca, pero transparente para alguien suficientemente ingenioso.

—¿Podemos estar seguros de eso? —preguntó Davenport en tono dubitativo—. Después de todo, era un hombre moribundo, asustado, que incluso pudo sufrir los efectos de ese objeto distorsionador de la mente. A lo mejor sus ideas no eran claras, ni siquiera humanas. Por ejemplo, ¿por qué no hizo un esfuerzo para llegar a Estación Luna? Trazó casi un semicírculo alejándose de ella. ¿Estaba demasiado trastornado para pensar claramente? ¿Demasiado paranoico para confiar en la Estación? Sin embargo, al principio debió tratar de llegar allí, ya que captaron sus señales. Lo que yo digo es que esta tarjeta, que parece un galimatías incoherente, es un galimatías incoherente.

Ashley meneó la cabeza solemnemente de un lado a otro, como el badajo de una campana.

—Estaba asustado, sí. Y supongo que carecía de la presencia de ánimo para intentar llegar a Estación Luna. Sólo pensaba en correr y escapar. Incluso así, esto puede no ser un galimatías incoherente, como usted acaba de decir. Encaja todo demasiado bien. Todas las anotaciones de la tarjeta tienen sentido, una a una y en conjunto.

—¿Dónde está el sentido, pues? —inquirió Davenport.

—Habría observado que hay siete signos al lado izquierdo y dos al derecho. Empecemos por el lado izquierdo. El tercer signo empezando por arriba parece el

signo aritmético «igual» a. ¿Significa algo para usted, algo en particular?

—Una ecuación algebraica.

—Eso es algo vago. ¿No se te ocurre nada más?

—No.

—Supongamos que lo considera como dos líneas paralelas...

—¿El quinto postulado de Euclides? —sugirió Davenport, a tientas.

—¡Exacto! En la Luna hay un cráter llamado Euclides... como el matemático griego.

Davenport asintió.

—Creo que empiezo a comprender. Siguiendo esa línea, F/A sería la fuerza dividida por la aceleración, o sea la definición de masa según la segunda ley del movimiento de Newton...

—Sí, y en la Luna hay también un cráter llamado Newton. —Sí, pero espere un poco. El último signo de la izquierda es el símbolo astronómico del planeta Urano, y no hay ningún cráter, ni ningún otro objeto lunar, que yo sepa, llamado Urano.

—Es verdad. Pero Urano fue descubierto por William Herschel, y la H que forma parte del símbolo astronómico es la inicial de su apellido. Y da la casualidad de que hay un cráter llamado Herschel en la Luna: tres, en realidad, dado que uno recibió ese nombre por Carolina Herschel, su hermana, y otro por John Herschel, su hijo.

Davenport meditó unos instantes, y luego dijo:

—PC/2... No me es familiar esa expresión.

—Piense en cráteres. P puede ser Ptolomeo, y C Copérnico. —¿Partido por dos? ¿Significaría eso un lugar situado a medio camino entre Ptolomeo y Copérnico?

—Me decepciona usted, Davenport —dijo Ashley sardónicamente—. Le suponía mejor enterado de la historia de la astronomía. Ptolomeo, o Ptolemaeus en latín, presentó una teoría geocéntrica del Sistema Solar, con la Tierra en el centro, en tanto que Copérnico presentó un esquema heliocéntrico con el Sol en posición central. Hubo un astrónomo que sugirió una especie de compromiso, un esquema situado entre el de Ptolomeo y el de Copérnico...

—¡Tycho Brahe! —dijo Davenport.

—Exacto; y el cráter Tycho es el más visible sobre la superficie de la Luna.

—De acuerdo. Vayamos con el resto. El C-C es un modo corriente de expresar el tipo común de enlace químico. En inglés, enlace es «bond». Y creo que hay un cráter llamado Bond.

—En efecto. Se le dio ese nombre en memoria de un astrónomo norteamericano, W. C. Bond.

—El primero de los signos AXS... Hummm. A multiplicado por S... ¡Un momento! Alfonso X. En la España medieval hubo un astrónomo real llamado Alfonso el Sabio. Alfonso X el Sabio. El cráter Alphonsus.

—Muy bien. ¿Qué es US?

—No tengo ni idea, jefe.

—Le diré una teoría. Significa Unión Soviética, el antiguo nombre de la Región Rusa. Los científicos de la Unión Soviética fueron los primeros que publicaron un mapa de la cara oculta de la Luna, y tal vez sea uno de sus cráteres. El Tsiolkovsky, por ejemplo. Así, pues, los símbolos de la parte izquierda pueden ser interpretados como correspondientes a otros tantos cráteres: Alphonsus, Tycho, Euclides, Newton, Tsiolkovsky, Bond y Herschel.

—¿Y qué me dice de los símbolos de la parte derecha?

—Eso está perfectamente claro. El círculo cuartelado es el símbolo astronómico de la Tierra. Una flecha apuntando hacia ella indica que la Tierra tiene que estar directamente encima.

—¡Ah! —dijo Davenport—. La Sinus Medii, la Bahía Central cuyo cénit ocupa perpetuamente la Tierra. Eso no es un cráter, y por ello se encuentra en la parte derecha, separado de los demás símbolos.

—En efecto —dijo Ashley—. Todos los signos tienen sentido, o puede atribuírseles un sentido, por lo que es muy probable que no se trate de un galimatías incoherente, sino que pretenda decirnos algo. Pero ¿qué? Tenemos la mención de siete cráteres y un no-cráter, pero es evidente que el Aparato debe encontrarse en un solo lugar.

—Bueno —dijo Davenport—, un cráter puede ser un lugar muy grande para explorar. Aun suponiendo que buscó la sombra para evitar la radiación solar, pueden ser docenas de millas a examinar en todo caso. Supongamos que la flecha apuntando hacia el símbolo de la Tierra define el cráter donde Jennings ocultó el Aparato, el lugar desde el cual la Tierra puede ser vista más cerca del cénit.

—Ya hemos pensado en eso, amigo. En esa zona tenemos nada menos que siete cráteres, desde el más meridional de los situados al norte del ecuador lunar, hasta el más septentrional de los situados al sur. Pero ¿cuál de los siete?

Davenport frunció el ceño. Hasta ahora no se le había ocurrido nada que no hubiera sido tenido ya en cuenta.

—Hay que registrarlos todos —dijo bruscamente.

Ashley estalló en una breve carcajada.

—Durante las semanas que han transcurrido, hemos estado haciendo exactamente eso.

—¿Y qué han encontrado?

—Nada. No hemos encontrado nada, aunque seguimos buscando.

—Entonces, uno de los símbolos no ha sido correctamente interpretado.

—¡Es evidente!

—Usted mismo dijo que había tres cráteres Herschel. Y si el símbolo US significa

Unión Soviética y, en consecuencia, la cara oculta de la Luna, puede corresponder a cualquier cráter de la otra cara: Lomonosov, Julio Verne, Joliot-Curie... cualquiera de ellos. Igualmente, el símbolo de la Tierra podría corresponder al cráter Atlas, puesto que en algunas versiones del mito se representa a Atlas con la Tierra sobre sus espaldas. La flecha podría corresponder a los montes del mismo nombre.

—No voy a discutirlo, Davenport. Pero, aunque tuviéramos la interpretación correcta para el símbolo correcto, ¿cómo la distinguiríamos de todas las interpretaciones erróneas, o de la interpretación correcta de unos símbolos equivocados? En esta tarjeta debe haber algo que permita distinguir la información verdadera de entre todas las pistas falsas. Ninguno de nosotros ha sabido reconocerlo y necesitamos una mente de refresco, Davenport. ¿Qué ve usted aquí?

—Le diré lo que podríamos hacer —dijo Davenport a regañadientes—. Podríamos consultar a alguien que... ¡Oh, Dios mío! —Se levantó a medias.

Inmediatamente, Ashley fue todo excitación controlada.

—¿Qué es lo que ha visto?

Davenport notó que sus manos temblaban. Esperó que sus labios no lo hicieran y dijo:

—Dígame, ¿ha comprobado usted los antecedentes de Jennings?

—Desde luego.

—¿Dónde realizó sus estudios?

—En la Universidad del Este.

Un estremecimiento de alegría recorrió a Davenport, pero procuró dominarse. Aquello no era suficiente.

—¿Hizo un curso de extraterrología?

—Desde luego. Es indispensable para graduarse en geología. —Exactamente. ¿Sabe usted quién enseña extraterrología en la Universidad del Este?

Ashley hizo chasquear sus dedos.

—Sí, un extravagante... ¿Cómo se llama? Sí, Wendell Urth.

—En efecto, un tipo extravagante que a su manera es un hombre brillante. Un tipo extravagante que ha actuado como asesor de la Oficina en varias ocasiones, y siempre con resultados completamente satisfactorios. Iba a sugerir que le consultásemos, y entonces me di cuenta de que esta tarjeta nos estaba diciendo que lo hiciéramos... Una flecha apuntando al símbolo de la Tierra. Un jeroglífico que no podía indicar más claramente «Acudid a Urth», trazado por un hombre había sido alumno de Urth y que le conocía, por tanto.

Ashley contempló fijamente la tarjeta.

—Sí, es posible... Pero ¿qué podría decirnos Urth acerca de la tarjeta que no hayamos visto nosotros?

—Sugiero que se lo preguntemos a él, señor.

### 3

Ashley miró a su alrededor con curiosidad, haciendo muecas mientras se volvía de un lado a otro. Tenía la sensación de encontrarse en alguna misteriosa tienda de antigüedades, oscura y peligrosa, donde podía aparecer en cualquier momento un diablo aullante.

La iluminación era escasa y abundaban las sombras. Las paredes parecían distantes y una biblioteca de microfilms las cubría desde el suelo hasta el techo. En un rincón había una lente galáctica tridimensional, y detrás de ella unos mapas estelares apenas visibles. Un mapa de la Luna en otro rincón, aunque también podía ser un mapa de Marte.

Sólo el escritorio estaba brillantemente iluminado por una potente lámpara, en el centro de la habitación. Aparecía atestado de papeles y de libros impresos, abiertos. Había también un pequeño proyector de diapositivas, y un reloj de anticuada esfera redonda que zumbaba con refrenada alegría.

Ashley había olvidado que fuera la tarde estaba agonizando y el sol había desaparecido definitivamente del cielo. Aquella habitación era un lugar de noche eterna. No se veía ninguna ventana, y aunque notaba una corriente de aire fresco, no pudo evitar una sensación de claustrofobia.

Se sorprendió a sí mismo acercándose más a Davenport, quien no parecía afectado por lo desagradable de la situación. Davenport dijo en voz baja:

—Estará aquí dentro de unos instantes, señor.

—¿Siempre es así? —preguntó Ashley.

—Siempre. Nunca sale de este lugar, que yo sepa, excepto para cruzar el campus y atender a sus clases.

—¡Caballeros! ¡Caballeros! —exclamó en aquel momento una voz de tenor—. Me alegro mucho de verles. Han sido muy amables al venir.

Un hombre de figura rechoncha surgió de otra habitación, saliendo de las sombras hasta quedar iluminado por la lámpara del escritorio.

Les miró con expresión gozosa, al tiempo que se calaba unas gafas redondas, de gruesos cristales, a fin de poder ver a través de ellas. Cuando sus dedos se apartaron de las gafas, éstas volvieron a resbalar hasta quedar precariamente colgadas de la redondeada punta de su nariz achatada.

—Soy Wendell Urth —dijo.

La rala barbilla gris, a lo Van Dyke, que adornaba su mentón gordezuelo, no lograba infundir dignidad a su rostro sonriente, que coronaba un cuerpo de forma casi elipsoidal.

—¡Caballeros! Han sido muy amables al venir —repitió Urth, mientras se dejaba caer en una butaca; sus piernas quedaron colgando, con las puntas de los zapatos a más de una pulgada de distancia del suelo—. Tal vez el señor Davenport recordará que para mí es un asunto de... ejem... cierta importancia el recibir aquí. No me gusta salir, excepto para dar un paseo, desde luego, y el paseo a través del campus es más que suficiente para mí.

Ashley parecía desconcertado mientras aguardaba de pie, y Urth le miró a su vez con creciente desconcierto. Sacó un pañuelo y limpió sus gafas, volvió a colocárselas, y dijo:

—¡Ah! Comprendo. Necesitan sillas, sí. Bueno, pónganse cómodos. Si hay algo encima de ellas, déjenlo en el suelo. Siéntense, por favor.

Davenport quitó los libros de una silla y los apiló cuidadosamente en el suelo. La empujó hacia Ashley; luego quitó un cráneo humano de otra silla y lo colocó más cuidadosamente aún sobre el escritorio de Urth. La mandíbula, atada precariamente, se desató mientras Davenport efectuaba el traslado, y el cráneo quedó allí con las quijadas abiertas.

—No importa —dijo Urth afablemente—, no les morderá. Ahora, díganme lo que les ha traído aquí, caballeros.

Davenport aguardó unos instantes para que hablara Ashley, pero en vista de que no lo hacía tomó la palabra:

—Doctor Urth, ¿recuerda a un alumno suyo llamado Jennings? ¿Karl Jennings?

La sonrisa de Urth se desvaneció momentáneamente mientras procuraba recordar. Sus ojos algo saltones parpadearon.

—No —dijo finalmente—. En este momento no le recuerdo.

—Era un graduado en geología. Asistió a sus clases de extraterrología hace algunos años. Tengo su fotografía aquí, si puede servir de ayuda...

Urth examinó la fotografía con intensa concentración, pero su expresión siguió dubitativa.

Davenport se lanzó:

—Dejó un mensaje cifrado que es la clave de un asunto muy importante. Hasta ahora no hemos conseguido interpretarlo correctamente, pero creemos que nos indicaba que acudiésemos a usted.

—¿De veras? ¡Qué interesante! ¿Y con qué objeto tienen que recurrir a mí?

—Sin duda, para que nos ayude a interpretar el mensaje. —¿Puedo verlo?

Silenciosamente, Ashley entregó a Urth la copia de la tarjeta. El extraterrologo la examinó brevemente, la hizo girar entre sus dedos y contempló durante unos segundos el dorso en blanco. Dijo:

—¿Dónde dice que recurran a mí?

Ashley pareció desconcertado, pero Davenport se le anticipó diciendo:



—La flecha apuntando hacia el símbolo de la Tierra. Parece claro.

—No cabe duda de que es una flecha apuntando hacia el símbolo del planeta Tierra. Supongo que podría significar literalmente «ir a la Tierra», si esto hubiera sido encontrado en algún otro mundo.

—Fue encontrado en la Luna, doctor Urth, y supongo que podría significar eso. Sin embargo, la referencia a usted nos pareció clara después de comprobar que Jennings había sido alumno suyo.

—¿Siguió un curso de extraterrología aquí, en la Universidad?

—En efecto.

—¿En qué año, señor Davenport?

—En el dieciocho.

—¡Ah! El enigma está resuelto.

—¿Se refiere al significado del mensaje? —inquirió Davenport.

—No, no. El mensaje no tiene ningún significado para mí. Me refiero al hecho de que no le recordara. Ahora ya le recuerdo. Era un individuo muy callado, ansioso, tímido, es decir, la clase de persona que pasa inadvertida y que nadie recordaría. Sin esto —y dio unos golpecitos al mensaje—, es posible que nunca le hubiese recordado.

—¿En qué cambia las cosas la tarjeta? —preguntó Davenport.

—La referencia a mí es un juego de palabras. Earth-Urth<sup>[6]</sup>. No es muy sutil, desde luego, pero por eso mismo es propio de Jennings. Su mayor diversión eran los juegos de palabras. Y lo único que recuerdo claramente de él son sus ocasionales tentativas para formarlos. Me gustan los juegos de palabras, me encantan, pero Jennings (sí, ahora le recuerdo perfectamente) era una calamidad en la materia. Casi siempre resultaban de una ingenuidad exasperante, como en este caso. Jennings no tenía el menor talento para los juegos de palabras, pero eran su única afición.

Ashley intervino súbitamente.

—El mensaje está enteramente formado por una especie de juego de palabras, doctor Urth. Al menos, eso creemos, y coincide con lo que usted dice.

—¡Ah! —Urth se ajustó las gafas y examinó una vez más a través de sus cristales la tarjeta y los símbolos que contenía. Frunció sus gordezuelos labios y luego dijo alegremente—: No le encuentro ningún sentido.

—En ese caso... —empezó a decir Ashley, convirtiendo sus manos en puños.

—Pero, si me cuentan ustedes todo el asunto —continuó Urth—, tal vez podría significar algo.

Davenport se apresuró a decir:

—¿Puedo hacerlo, señor? Estoy convencido de que este hombre es digno de toda confianza y puede ayudarnos.

—Adelante —murmuró Ashley—. Tal como están las cosas, no creo que pueda

perjudicarnos.

Davenport condensó la historia en frases breves y concisas, mientras Urth escuchaba atentamente, moviendo sus rechonchos dedos sobre la brillante superficie del escritorio, blanca como la leche, como si estuviera barriendo unas invisibles cenizas de cigarro. Hacia el final del relato, alzó las piernas y las cruzó debajo de su cuerpo como un amable Buda.

Cuando Davenport terminó, Urth meditó unos instantes y luego dijo:

—¿Tienen por casualidad un protocolo de la conversación reconstruida por Ferrant?

—Lo tenemos —dijo Davenport—. ¿Le gustaría oírlo? —Por favor.

Urth sacó un pequeño magnetófono de un cajón del escritorio e introdujo en él la cinta que le entregó Davenport. Escuchó la grabación con aire atento, sin hacer ningún comentario. Luego dio unos golpecitos a la reproducción del mensaje cifrado.

—¿Y esto, dicen ustedes, es la clave de todo el asunto? ¿La pista crucial?

—Creemos que sí, doctor Urth.

—Pero no es el original. Es una reproducción.

—En efecto.

—El original desapareció con ese hombre, Ferrant, y ustedes creen que está en manos de los Ultras.

—Es muy posible.

Urth sacudió la cabeza con aire preocupado.

—Todo el mundo sabe que no simpatizo con los Ultras. Les combatiría por todos los medios, conque no quiero que parezca que deseo desentenderme en este asunto, pero... ¿cómo pueden asegurar la existencia de ese objeto distorsionador de la mente? Sólo tienen ustedes los desvaríos de un psicópata y unas deducciones dudosas extraídas de la reproducción de unos misteriosos símbolos que pueden no significar absolutamente nada.

—Sí, doctor Urth, pero no podemos correr el riesgo.

—¿Hasta qué punto están seguros de que esta copia es exacta? ¿Y si el original incluye algo que falta aquí, algo que aclare el mensaje, algo sin lo cual el mensaje resultaría indescifrable?

—Estamos seguros de que la copia es exacta.

—¿Qué me dicen del dorso de la tarjeta? En el de esta reproducción no hay nada. ¿Qué me dicen del dorso del original?

—El agente que hizo la reproducción nos dijo que el dorso del original estaba en blanco.

—Los hombres pueden cometer errores.

—No tenemos ningún motivo para creer que lo cometió, y hemos de basarnos en el supuesto de que no lo cometió. Al menos, hasta que consigamos recuperar el

original.

—Entonces —dijo Urth—, me aseguran ustedes que cualquier interpretación de este mensaje debe deducirse de lo que se ve aquí.

—En efecto. Estamos virtualmente seguros de ello —dijo Davenport, sintiendo vacilar su confianza.

Urth siguió mostrando una expresión preocupada. Dijo:

—¿Por qué no dejar el aparato donde está? Si ningún grupo lo encuentra, tanto mejor. Desapruebo toda manipulación de la mente, y no me gustaría contribuir a hacerla posible.

Davenport colocó una mano apaciguadora sobre el brazo de Ashley, intuyendo que el otro estaba a punto de intervenir.

Davenport dijo:

—Permítame recordarle, doctor Urth, que el aspecto distorsionador de la mente no es todo lo que encierra el Aparato. Supongamos que una expedición terrestre a un planeta lejano y primitivo hubiera dejado allí un aparato de radio anticuado, y supongamos que la población nativa hubiera descubierto la corriente eléctrica pero desconociese la válvula termoiónica. Los nativos podrían descubrir que, si la radio estaba enchufada a una corriente, ciertos objetos de cristal se encendían y se calentaban en su interior, pero desde luego no captarían ningún sonido inteligible: sólo unos zumbidos y chasquidos, en el mejor de los casos. No obstante, si dejaban caer el aparato en una bañera llena de agua estando enchufado, una persona que se encontrara en aquella bañera podría resultar electrocutada. Los habitantes de ese hipotético planeta podrían llegar a la conclusión de que el aparato que estaban examinando había sido diseñado con el exclusivo propósito de matar gente.

—Comprendo la analogía —dijo Urth—. ¿Cree usted que la propiedad de distorsionar la mente no es más que una función accesoria del Aparato?

—Estoy convencido de ello —dijo Davenport con calor—. Si logramos descubrir su verdadera utilidad, la tecnología humana puede dar un fabuloso salto hacia adelante.

—Entonces, ¿está usted de acuerdo con Jennings, cuando dijo que «podría ser la clave de... quién sabe qué, el punto de partida de una inimaginable revolución científica»?

—¡Exactamente!

—Sin embargo, el aspecto distorsionador existe y es infinitamente peligroso. Cualquiera que sea la utilidad de la radio, lo cierto es que puede electrocutar.

—Por eso no podemos permitir que los Ultras se apoderen del Aparato.

—¿Ni tampoco el Gobierno, quizá?

—Debo subrayar que toda precaución tiene unos límites razonables. Los hombres siempre han tenido cosas peligrosas en sus manos. El primer cuchillo de pedernal en

la antigua Edad de Piedra, la primera maza de madera mucho antes, podían matar. Podían ser utilizados por los más fuertes para sojuzgar a los débiles por intimidación, y eso es también una forma de distorsionar la mente. Lo que cuenta, doctor Urth, no es el Aparato en sí, por muy peligroso que pueda ser en abstracto, sino las intenciones de los hombres que utilicen el Aparato. Los Ultras tienen la intención declarada de matar a más del 99,9 por ciento de la humanidad. El Gobierno, por muchos defectos que tengan los hombres que lo componen, no tiene esa intención.

—¿Qué haría el Gobierno?

—Un estudio científico del Aparato. Incluso el aspecto distorsionador de la mente podría resultar útil. Estudiado con fines científicos, podría revelarnos la base física de las funciones mentales. Podríamos aprender a corregir los trastornos mentales, o curar a los Ultras. En términos generales, el género humano podría aprender a desarrollar una mayor inteligencia.

—¿Cómo voy a creer que semejante idealismo sea puesto en práctica?

—Yo lo creo. Piense que arriesgamos un posible mal uso del Aparato por parte del Gobierno si nos ayuda, pero el abuso será seguro y premeditado por parte de los Ultras si no lo hace.

Urth asintió pensativamente.

—Quizá tenga usted razón. Sin embargo, he de pedirle un favor. Tengo una sobrina que está muy encariñada conmigo, creo. Y le preocupa el hecho de que me niegue rotundamente a incurrir en la barbaridad de viajar. Afirma que no quedará tranquila hasta que la haya acompañado a Europa, o a Carolina del Norte, o a algún otro lugar exótico...

Ashley se adelantó ávidamente, y antes de que Davenport pudiera evitarlo, dijo:

—Doctor Urth, si nos ayuda a encontrar el Aparato y logramos hacerlo funcionar, le aseguro que nos alegrará mucho librarle a usted de su fobia contra los viajes para que pueda ir con su sobrina a donde quiera.

Los ojos saltones de Urth se abrieron de par en par y su voluminoso cuerpo pareció encogerse. Por un instante miró a su alrededor con expresión salvaje, como si ya estuviera atrapado.

—¡No! —jadeó—. ¡Ni hablar! ¡Nunca! —Su voz se convirtió en un ronco susurro—. Permítanme explicar la naturaleza de mi recompensa. Si les ayudo a ustedes, si recuperan el Aparato y aprenden a utilizarlo, si el hecho de mi ayuda se hace público, mi sobrina caerá sobre el Gobierno como una furia. Es una mujer terriblemente testaruda y vocinglera, que promoverá suscripciones públicas y organizará manifestaciones. No se detendrá ante nada. No deben permitirle que se salga con la suya. Deben resistir ustedes a todas las presiones. Quiero continuar exactamente tal como estoy ahora. Ésa será mi recompensa necesaria y suficiente.

Ashley se sonrojó.

—Desde luego, si así lo desea.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—No lo olvide, por favor. Confío también en usted, señor Davenport.

—Se hará lo que usted desea —asintió Davenport—. Y ahora, supongo que querrá interpretar los signos.

—¿Los signos? —inquirió Urth, pareciendo concentrar su atención con dificultad en la tarjeta—. ¿Se refiere a esos símbolos, AXS, etcétera?

—Sí. ¿Qué significan?

—No lo sé. Supongo que la interpretación de ustedes es tan buena como cualquier otra.

Ashley estalló.

—¿Quiere usted decir que todo lo que ha dicho acerca de ayudarnos era puro cuento? Entonces, ¿por qué diablos ha hablado de una recompensa?

Wendell Urth pareció encogerse todavía más.

—Me gustaría ayudarles...

—Pero no sabe qué significan esos símbolos.

—No... pero sé lo que significa el mensaje.

—¿De veras? —gritó Davenport.

—Desde luego. Su significado es transparente. Empecé a sospecharlo mientras escuchaba su relato. Y quedé convencido después de oír la reconstrucción de las conversaciones entre Strauss y Jennings. También ustedes lo habrían comprendido, caballeros, si se hubiesen parado a pensar.

—Un momento —dijo Ashley, exasperado—. Usted ha dicho que no sabía lo que significaban los símbolos.

—No. He dicho que sabía lo que significaba el mensaje.

—¿Y dónde está el mensaje, sino en los símbolos? ¿Está en el papel, por el amor de Dios?

—Sí, en cierto sentido.

—¿Se refiere usted a tinta invisible o algo por el estilo?

—¡No! ¿Por qué le resulta tan difícil comprenderlo, teniendo la solución al alcance de la mano?

Davenport se inclinó hacia Ashley y le dijo, en voz baja:

—Señor, déjeme llevar este asunto, por favor.

Ashley refunfuñó, pero terminó asintiendo de mala gana:

—Adelante.

—Doctor Urth —dijo Davenport—, ¿quiere darnos su informe?

—¡Ah! Bien, de acuerdo. —El diminuto extraterrólogo se retrepó en su asiento y se secó la húmeda frente con su manga—. Analicemos el mensaje. Si aceptan que el

círculo cuartelado y la flecha significan que deben recurrir a mí, nos quedan siete símbolos. Si esos símbolos representan realmente siete cráteres, seis de ellos, al menos, tienen una finalidad meramente de diversión, dado que el Aparato no puede encontrarse en más de un lugar. No tenía partes desmontables, sino que era todo de una pieza. En consecuencia, ningún símbolo tiene un significado indiscutible. US, de acuerdo con su interpretación, significa cualquier lugar de la cara oculta de la Luna, es decir, una zona del tamaño de América del Sur. PC/2 puede significar «Tycho», como dice el señor Ashley, o puede significar «a medio camino entre Ptolomeo y Copérnico», como pensó el señor Davenport, o, si se quiere, «a medio camino entre Platón y Cassini». Similarmente, C-C significaría «Bond», o podría significar «a medio camino entre Cassini y Copérnico». F/A podría significar «Newton» o podría significar «entre Fabricio y Arquímedes». En resumen, los símbolos pueden tener tantos significados que carecen de significado. Aunque uno de ellos fuese acertado no podría ser distinguido de los demás, de modo que lo único sensato es suponer que todos los símbolos son pistas falsas. Por lo tanto, hemos de averiguar qué nos queda en el mensaje que no sea ambiguo, que resulte absolutamente claro. Sólo podemos asegurar que es un mensaje, que es una clave para descubrir un escondrijo. Esto es lo único de lo que estamos seguros, ¿no es cierto?

Davenport asintió, y luego dijo cautelosamente:

—Al menos, así nos lo parece.

—Ustedes se han referido a este mensaje como la clave de todo el asunto. Han dicho que era la pista crucial. El propio Jennings se refirió al Aparato como una clave o un punto de partida. Si combinamos este aspecto serio del asunto con la afición de Jennings a los juegos de palabras, una afición que pudo ser amplificadas por el Aparato distorsionador de la mente que transportaba... Permítanme que les cuente una historia... En la segunda mitad del siglo dieciséis vivía en Roma un jesuita alemán. Era un matemático y astrónomo eminente, y ayudó al papa Gregorio Trece a reformar el calendario en mil quinientos ochenta y dos, para lo cual realizó todos los ingentes cálculos necesarios. Aquel astrónomo admiraba a Copérnico, pero no aceptaba la noción heliocéntrica del Sistema Solar. Se apegaba a la idea más antigua de que la Tierra era el centro del Universo. En mil seiscientos cuarenta, casi cuarenta años después de la muerte de aquel matemático, otro jesuita, el astrónomo italiano Giovanni Battista Riccioli, dibujó el mapa de la Luna. Bautizó los cráteres con nombres de astrónomos del pasado, y como tampoco él aceptaba a Copérnico, bautizó los cráteres de mayor tamaño y más espectaculares con los nombres de aquellos que situaban la Tierra como centro del Universo: Ptolomeo, Hiparco, Alfonso Décimo, Tycho Brahe. El mayor de los cráteres que Riccioli pudo observar lo reservó para su predecesor, el jesuita alemán. Este cráter es realmente el segundo en tamaño de los cráteres visibles desde la Tierra. Sólo le supera el cráter Bailly,

situado en el borde derecho de la Luna y, en consecuencia, muy difícil de ver desde la Tierra. Riccioli lo desconocía, y fue bautizado con el nombre de un astrónomo que vivió un siglo después de su época y murió guillotinado durante la Revolución Francesa.

Ashley escuchaba todo aquello con visible impaciencia.

—¿Qué tiene que ver todo eso con el mensaje? —inquirió

—¿Cómo? Muchísimo —respondió Urth, con cierta sorpresa—. ¿No han dicho ustedes que este mensaje es la clave de todo el problema? ¿La pista crucial?

—Sí, desde luego.

—Bien. En tal caso... el nombre del jesuita alemán a quien acabó de aludir era Christoph Klau: se pronuncia «klow». ¿No ven el juego de palabras? Klau... Clue<sup>[7]</sup>

...

Ashley pareció deshincharse por efecto de la decepción.

—Traído por los cabellos —murmuró.

Davenport dijo, ansiosamente:

—Doctor Urth, en la Luna no hay ningún cráter llamado Klau que yo sepa.

—Desde luego que no —dijo Urth en tono excitado—. Ahí está el quid del asunto. En aquel período de la historia, en la segunda mitad del siglo dieciséis, los eruditos europeos latinizaban sus nombres. Klau lo hizo. En lugar de la «u» alemana, utilizó la letra equivalente, la «y» latina. Luego añadió un «ius», típico final de los nombres latinos, y Christoph Klau se convirtió en Cristóbal Clavius. Les supongo enterados de la existencia de un cráter gigante llamado Clavius.

—Pero... —empezó Davenport.

—No hay «pero» que valga —le interrumpió Urth—. Permítanme señalar que la palabra latina «clavis» significa «clave». ¿Ven ahora el doble y bilingüe juego de palabras? Klau-clue, Clavius-clavis-clave. A Jennings no se le habría ocurrido nunca un juego de palabras doble y bilingüe sin el Aparato. Y supongo que, después de hallarlo, su muerte debió de ser casi jubilosa. Y les dirigió a mí, porque sabía que yo recordaría su afición a los juegos de palabras, y porque sabía que también yo era aficionado a ellos. Los dos hombres de la Oficina le miraban con los ojos muy abiertos.

Urth dijo, en tono solemne:

—Les sugiero que busquen en el lado sombreado de Clavius, en el punto donde la Tierra está más cerca del cénit.

Ashley se puso en pie.

—¿Dónde está su videófono?

—En la habitación contigua.

Ashley se precipitó hacia ella. Davenport se demoró un poco.

—¿Está usted seguro, doctor Urth?

—Completamente seguro. Pero aunque me equivocase, sospecho que no tiene importancia.

—¿Qué es lo que no tiene importancia?

—Que lo encuentren o no. Ya que si los Ultras encuentran el Aparato, probablemente no serán capaces de utilizarlo.

—¿Por qué dice usted eso?

—Ustedes me preguntaron si Jennings había sido alumno mío, pero no me han hablado de Strauss, que también era geólogo. Fue alumno mío un año después de que Jennings se graduara. Le recuerdo perfectamente.

—¿Y?

—Un hombre desagradable. Muy frío. Creo que es algo típico en los Ultras. Todos son muy fríos, muy rígidos, muy seguros de sí mismos. Son incapaces de situar su propia personalidad en el lugar de otra para comprenderla, pues de lo contrario no pretenderían matar a miles de millones de seres humanos. Carecen de los sentimientos que permiten reducir el alejamiento entre los seres humanos.

—Creo que empiezo a comprenderlo.

—Estoy convencido de ello. La conversación reconstruida a base de los desvaríos de Strauss nos revela que no pudo manipular el Aparato. Le faltaba la intensidad emocional, o el tipo de emoción necesario. Imagino que les falta a todos los Ultras. Jennings, que no era un Ultra, pudo manipularlo. Quienquiera que sea capaz de utilizar el Aparato sería incapaz de una crueldad deliberada, a sangre fría, en mi opinión. Podría atacar a alguien en un acceso de terror, como Jennings atacó a Strauss, pero nunca como producto de un frío cálculo, como Strauss trató de atacar a Jennings. En resumen, creo que el Aparato puede ser activado por el amor, pero nunca por el odio, y los Ultras sólo saben odiar.

Davenport asintió.

—Espero que tenga usted razón. Pero, en tal caso... ¿por qué se mostraba usted tan suspicaz en lo que respecta a los motivos del Gobierno, si tenía ya la impresión de que el Aparato sólo podía ser manipulado por hombres animados de buenas intenciones?

Urth se encogió de hombros.

—Quería asegurarme de que eran ustedes capaces de razonar como Dios manda y de mostrarse persuasivos en un momento determinado. Al fin y al cabo, es posible que tengan que enfrentarse con mi sobrina.



## Isaac Asimov

*por L. Sprague de Camp*

En verano de 1939 conocí en la oficina de John W. Campbell a un joven delgado, bien parecido, de estatura mediana, ojos azules, cabellos castaño oscuro y poblado bigote. Campbell me dijo que era uno de sus novísimos autores, Isaac Asimov.

Como yo era algo mayor que él y escribía profesionalmente desde hacía un par de años, podía considerarme como un veterano dando la alternativa a un principiante. Aquella diferencia se desvaneció al cabo de pocos meses, porque Isaac era un escritor de pura sangre y no tardó en demostrarlo. Pronto me superó en cifra de ventas, y desde entonces no he podido alcanzarle.

La siguiente vez que vi a Isaac fue en una reunión de aficionados a la ciencia-ficción, en Nueva York. Cuando llegó el momento de presentarse a sí mismo, dijo: «Soy el peor escritor de ciencia-ficción del mundo». Durante algunos años insistió en aquella actitud de modestia. Al final se hizo tan famoso, lo mismo como autor de ciencia-ficción que como divulgador científico, que aquella actitud resultaba absurda; era como si sir Edmund Hillary se disculpara por ser un flojo escalador.

De todos modos, a medida que pasó el tiempo, mi esposa Catherine y yo llegamos a conocer mejor a Isaac, y este conocimiento nos llevó a considerarle como uno de nuestros preferidos. Nos enteramos de que era natural de la Unión Soviética. Nació cerca de Smolensko en 1920, trasladándose con su familia a los Estados Unidos tres años más tarde; sus padres tenían una confitería en Brooklyn; se licenció en química por la Universidad de Columbia y estaba haciendo su doctorado allí. Se costeaba sus estudios superiores con los ingresos de su trabajo de escritor. Millares de norteamericanos se inscriben en el Censo como «escritores», pero no consiguen ganarse la vida con la pluma aunque dediquen todo su tiempo a escribir. Y ahí teníamos a Isaac, escribiendo únicamente en su tiempo libre...

Su bigote desapareció cuando Isaac contrajo matrimonio (siempre he opinado que fue una lástima), y la guerra hitleriana volvió a reunirnos. Robert Heinlein, Isaac Asimov y yo fuimos destinados a lo que entonces era la Factoría Aeronaval y ahora es la Estación Experimental Aeronaval de los Astilleros de Filadelfia. Allí trabajamos durante tres años y medio, combatiendo al Eje con una regla de cálculo y formularios por quintuplicado. Nuestra tarea consistía en verificar piezas, accesorios y materiales para aviones.

Después de la guerra colgué el uniforme, mientras Isaac conservaba el suyo. El Ejército le retuvo un año más. Algunos no calificarían a Isaac de «soldado nato», y él

sería el primero en confesar que no ha nacido para la carrera militar. Pero, lo mismo que Edgar Allan Poe en circunstancias similares, cumplió escrupulosamente. Se licenció con graduación de cabo.

Regresó a Columbia, recibió su doctorado y obtuvo una cátedra en la Facultad de Medicina de la Universidad de Boston.

Durante algunos años trabajó en investigaciones sobre el cáncer; pero, aunque sigue siendo el «profesor Asimov», renunció gradualmente a su trabajo académico para dedicar más y más tiempo a escribir. Durante la última década, su producción de libros de vulgarización científica y de texto, además de sus relatos, ha sido tan copiosa que he desistido de mi propósito de mantenerme al corriente de ella. Si quisiera leerla toda no me quedaría tiempo para escribir absolutamente nada. Es lamentable que esto nos ocurra con uno de nuestros escritores favoritos. Debo subrayar que, si bien Isaac es hombre muy alegre en la vida privada, sus relatos suelen ser muy serios. Los autores de relatos divertidos, en cambio, suelen ser solemnemente aburridos en la vida privada.

Naturalmente, Catherine y yo hemos llegado a conocer a Isaac lo que se dice a fondo. Por ejemplo, es nuestro el mérito o el demérito de haberle presentado al demonio del ron. Hacia 1941, en nuestro piso de Nueva York, le invitamos a lo que era el primer trago para él. No fue un trago exagerado, ni mucho menos, pero a Isaac le sentó como un tiro: su rostro se congestionó y se llenó de manchas rojizas, y nos dijo que se encontraba muy mal. Después de salir de nuestra casa viajó en Metro arriba y abajo hasta que se sintió lo bastante normal como para regresar a su domicilio. No estaba embriagado, sino que padecía algún tipo de alergia. Hombre prudente, juró no volver a probar el alcohol y se ha mantenido apartado de él desde entonces. De todos modos, una personalidad tan efervescente como la suya no necesita el licor.

Como es lógico, también nos hemos formado una idea de la personalidad de Isaac. No llenaré páginas hablando de lo admirable que es Isaac como amigo; quienes le conocen ya lo saben. Hablarles de cuánto quieren los De Camp a Isaac equivaldría a repetir lo que podrían decir otras muchas personas. Por tanto, hablaré de algunas de sus cualidades menos conocidas.

Para empezar, tiene una fuerte personalidad. Algunas personas pueden ser descritas como moluscos humanos, con una concha exterior de aplomo y de confianza en sí mismas, y un contenido interior de lo más blando. Isaac es todo lo contrario. Debido a su temperamento bromista, a su simpatía y generosidad, aparenta ser presa fácil de quien desee influir en su ánimo o aprovecharse de él. De hecho, algunas personas se han aprovechado de él.

Sin embargo, ése blando exterior oculta una gran reciedumbre de carácter. Cuando decide no permitir que le empujen más allá, ni un elefante le movería.

Cuando decide que algo no le gusta, ni con súplicas, ni con sobornos ni con amenazas le inducirían a participar en ello.

Permítanme citar un par de ejemplos. En su mocedad nunca fue partidario de las riñas. Sin que sea exacto decir que presentaba la otra mejilla, solía componérselas muy bien para evitar una pelea. Tampoco era aficionado a los deportes, aunque tenía una poderosa musculatura.

Pero cuando un discípulo, tras haber intentado sin éxito provocar a Isaac a base de insultos personales, se permitió aludir a la madre de Isaac en términos despectivos, Isaac se abalanzó sobre él. Su adversario le golpeó aquí, allá y en todas partes, pero fue como si golpeará a la estatua del general Sherman en Central Park: Isaac lo agarró por la garganta y probablemente lo habría estrangulado si unos adultos no se lo hubieran quitado de las manos.

En otra ocasión, cuando él y yo trabajábamos para el Tío Sam en los astilleros de Filadelfia, estábamos bajo el mando de un oficial al que llamaré «comandante Fuller». Si algún lector ha visto la obra teatral *Mister Roberts*, reconocería en el comandante Fuller al capitán que aparece en *Mister Roberts*. A quienes no la hayan visto, una película basada en aquella obra les dará una idea bastante exacta.

Pues bien: el comandante Fuller era aficionado a hacer la vida imposible a los empleados civiles de sus laboratorios, especialmente a los de origen judío. Siempre que se cruzaba con Isaac le saludaba con un estruendoso «¡Hola, Ikey!», acompañado de una no menos estruendosa carcajada. A Isaac no le gustaba el apodo «Ikey». Cuando se cansó de oírlo, estalló:

—¡Comandante Fuller, llámeme Isaac o llámeme señor Asimov, pero no me llame Ikey!

Fuller se alejó y no volvió a molestar a Isaac.

En otra ocasión, hace unos años, le pareció que había engordado demasiado. De modo que se sometió a un régimen severo, y cuando volví a verle había adelgazado treinta libras. Y conservó su nuevo peso, además. Tiene una voluntad de hierro, cuando decide utilizarla.

Desde luego, tal carácter tiene sus desventajas. Dado que todo el mundo (a excepción de los comandantes Fuller de este país) quiere a Isaac, todo el mundo desea corregirle y mejorarle. (Durante muchos años fue uno de los personajes a mejorar en la lista de mi esposa). Eso significa que desean que Isaac haga las cosas igual que a ellos les gusta hacerlas, que tal vez sea el modo que le gusta a Isaac, o tal vez no.

Durante mucho tiempo, por ejemplo, intenté ayudarle a vencer su aversión a los viajes describiéndole los placeres de ser estafado por taxistas en París, perseguido por un hipopótamo en Uganda, y víctima de la venganza de Moctezuma en Yucatán. Hasta ahora no he conseguido nada. Y creo que la gente empeñada en cambiar a Isaac

está intentando achicar el agua del océano. Más les valdría invertir ese esfuerzo en perfeccionarse a sí mismos.

Así nos queda lo que, después de todo, es el rasgo más importante de Isaac: su excepcional inteligencia. Su cerebro nunca se da por vencido. Cuando se enfrenta a un apuro —lo mismo al escribir que en su vida íntima—, puede bromear o refunfuñar un poco, pero al final se sienta a pensar y encuentra la solución. Y como su cerebro funciona dos veces más aprisa y abarca el doble que la mayoría, tiene el doble de probabilidades de alcanzar la solución correcta.

Tomemos por ejemplo el caso de Isaac y el rifle del Ejército. Como Isaac fue educado por personas respetuosas con la ley que no poseían revólveres, nunca se familiarizó con las armas de fuego. En cierta ocasión me propuse enseñarle a disparar una pistola. Fue como pretender que un hombre alérgico a los reptiles cazase con las manos una serpiente de cascabel viva.

Sin embargo, llegó el Ejército. Todo lo que Isaac sabía de un rifle era que el proyectil sale por el pequeño agujero que está en el extremo del cañón. Le entregaron un «Garand M-1», le enseñaron su manejo y le dijeron que se tumbara en el suelo y disparara contra un blanco. Aunque estaba nevando y aunque Isaac usa gafas, no falló un solo tiro. Se había limitado a escuchar lo que le decían y a aplicar aquellas instrucciones de un modo inteligente.

Por eso, si yo estuviera a punto de ser enviado al tercer planeta de Alfa Centauro y pudiera elegir a un compañero, creo que escogería a Isaac. Sé que hay otras muchas personas mejor entrenadas o con más cualidades de Tarzán. Pero también sé que, cuando las cosas se pusieran feas, si alguien era capaz de encontrar una solución a nuestras dificultades, ese alguien sería Isaac.

Pero ¿cómo le induciría a acompañarme a Alfa Centauro, si es casi imposible arrastrarle de Boston a Filadelfia?

## Bibliografía

*Pebble in the sky*, Doubleday 1950.

*I, robot*, Gnome 1950.

*The stars, like dust...*, Doubleday 1951.

*Foundation*, Gnome 1951.

*David Starr: space ranger*, Doubleday 1952. *Foundation and empire*, Gnome 1952.

*The currents of space*, Doubleday 1952.

*Secóná foundation*, Gnome 1953.

*Lucky Starr and the pirates of the asteroids, Doubleday 1953. The caves of steel, Doubleday 1954.*

*Lucky Starr and the oceans of Venus, Doubleday 1954. The martian way and other stories, Doubleday 1955. The end of eternity, Doubleday 1955.*

*Lucky Starr and the big sun of Mercury, Doubleday 1956. The naked sun, Doubleday 1957.*

*Lucky Starr and the moons of Jupiter, Doubleday 1957. Earth is room enough, Doubleday 1957.*

*Lucky Starr and the rings of Saturn, Doubleday 1958. The death dealers, Avon 1958.*

*Nine tomorrows, Doubleday 1959.*

*The Hugo winners (Antología), Doubleday 1962. Fifty short science-fiction tales, Collier Books 1963. The rest of the robots, Doubleday 1964.*

*Fantastic voyage, Houghton-Mifflin 1966.*

*Tomorrow's children, Doubleday 1966.*

*Through a glass clearly, New English Library 1966. Asimov's mysteries, Doubleday 1968.*

*Nightfall and other stories, Doubleday 1969. The best new thing, World 1971.*

*The Hugo winners, volume two (Antología), Doubleday 1971. Where do we go from here?, Doubleday 1971. The gods themselves, Doubleday 1972.*

*The early Asimov, Doubleday 1972.*

## Nave de sombras

*Fritz Leiber (Premio Hugo 1970).*

—¡Ssssonssso! ¡Nessio! ¡Ffffeo! —bufó el gato, y mordió a Spar en alguna parte.

El cuádruple alfilerazo le hizo olvidar las náuseas de su creciente resaca, por lo que la mente de Spar flotó en la negrura de Windrush tan libre como su cuerpo. Muy lejos, hacia el Puente o la Popa, brillaban dos o tres luces de navegación, débiles y vacilantes como fuegos fatuos.

Le llegó la visión de una nave con todas las velas desplegadas, deslizándose sobre aguas azules rizadas por el viento, contra un fondo de cielo azul. Ahora esos nombres ya no le parecían obscenos. Pudo oír el silbido del viento cargado de salitre a través de obenques y estays, su redoble contra las velas tensas y los crujidos de los tres mástiles y de todo el maderamen de la nave.

¿Qué era madera? De algún lugar le llegó la respuesta: Plástico viv000000.

Y ¿qué fuerza aplastaba el agua, impidiendo que se elevase en grandes burbujas, y evitando que la nave echase a volar con la quilla más arriba que los palos, dando vueltas por el aire?

En vez de parecer borrosa y difuminada como la realidad, la visión era brillante y de contornos perfectamente nítidos. Spar no dijo nada, por no tener que escuchar: «¡Muchchcho vesss tú! ¡Vidente! ¡Visssssionario! ¡Linsssse, que eresss un linsse!».

Tanto hablar de la vista molestaba a Spar —¡malos modales de gato!—; pero luego sintió una irracional oleada de esperanza en relación con sus ojos. Decidió que aquél no era un gato-brujo escapado de sus sueños, sino un vagabundo que se habría abierto paso a través de un tubo de ventilación hasta el Mesón del Murciélago, interrumpiendo sus visiones. Había muchos animales extraviados aquellos días de miedo a las brujas y despoblación de la Nave, o por lo menos de la Bodega Tres.

El amanecer iluminó la Proa entonces, bañando de luz violácea el rincón delantero del Mesón del Murciélago. Las luces de navegación se ahogaban en un resplandor blanquecino cada vez más intenso. Al cabo de veinte segundos, Windrush quedó tan iluminada como en cualquier otro Día de Faena o cualquier otra mañana.

El gato avanzó contorneando el brazo de Spar: una mancha negra para sus ojos cegatos. Entre los dientes, que Spar no podía distinguir, sujetaba una mancha gris más pequeña. Spar la tocó. Tenía el pelaje más corto, pero estaba fría.

Como si le hubiera molestado, el gato saltó alejándose del desnudo antebrazo con fuerte impulso de sus patas traseras. Se asió hábilmente al obenque más próximo, una

tenue línea gris que se desvanecía en ambas direcciones, hacia las paredes.

Spar cambió de postura a su vez, sujetándose con los dedos de los pies a su propio obenque, no más grueso que un lápiz, y bizqueó para mirar al gato.

Éste le devolvió la mirada con ojos que eran dos manchas verdes casi confundidas entre el negro pelaje de su cabezota.

Spar le preguntó:

—¿Es tu hijo? ¿Está muerto?

El gato soltó su paquete gris, que permaneció flotando al lado de su cabeza.

—¿Hijo? ¡Uf ff! —su voz sibilante expresó aún más desprecio que antes—. ¡Esss un ratonsssito que assesssiné, sssonssso!

Los labios de Spar se fruncieron en una sonrisa.

—Me gustas, gato. Te llamaré Kim.

—¡Kim! Muy lisssto tú —escupió el gato—. Puesss yo te llamaré sssonssso. ¡O mejorr, nesssio!

Los ruidos aumentaron en Intensidad, como siempre solía ocurrir al amanecer y al mediodía. Los obenques chirriaron. Las paredes crujieron.

Spar volvió la cabeza con rapidez. Aunque la realidad era naturalmente borrosa para él, sabía distinguir cualquier movimiento con precisión infalible.

Keeper flotaba lentamente, pero derecho hacia él. Sobre su cuerpo redondo y bermejo, la cabeza era una gran bola pálida cuyo centro colorado, la nariz, distraía de las dos diminutas manchas pardas que eran sus ojillos. Uno de sus robustos brazos terminaba en un brillante reflejo de plástico retráctil, y el otro en un sombrío destello de acero. A sus espaldas quedaba el cárdeno rincón de popa del Mesón del Murciélagos, con la gran barra circular brillante que llamaban el Ruedo.

—¡Pedazo de vago! ¡Gandul! —fue el saludo de Keeper—. Todo el Día del Sueño roncando mientras yo montaba guardia. Ahora te traigo tu bolsa matinal de Niebla de Luna, a ver si te despeja.

Luego añadió, en tono sentencioso:

—¡Mala noche ha sido ésta, Spar! Hombres-lobo, vampiros y brujas sueltos por los corredores. ¡Ya me guardaría yo bien de acercarme, para no hablar de las ratas y ratones! He oído a través de los tubos que los vampiros cogieron a Girlie y a Sweetheart, las muy estúpidas... ¡Vigilancia, Spar! Ahora, sóplate tu Niebla de Luna y ponte a barrer. ¡Este sitio apesta!

Alargó la mano con el brillante plástico retráctil.

Con las despectivas palabras de Kim silbándole todavía en los oídos, Spar replicó: —Creo que no voy a beber nada esta mañana, Keeper. Gachas de maíz y un poco de Vino de Luna, o mejor agua.

—Pero ¿qué dices? —inquirió Keeper—. Me parece que no debo permitirlo. ¿No querrás que te den las convulsiones delante de los clientes? ¡Trágame, Tierra...! ¿Qué

es esto?

Al instante, Spar se abalanzó sobre la mano brillante de acero. El obenque tenso vibró bajo sus pies. Con una mano apartó un cañón grueso y frío, mientras con la otra separaba del gatillo el amorcillado dedo de su interlocutor.

—No es un gato-brujo. Es un animal extraviado nada más —explicó mientras ambos daban tumbos, rodando lentamente a través del aire.

—¡Suéltame, tarado! —estalló Keeper—. Voy a hacer que te carguen de grilletes. Se lo diré a Crown.

—Las armas de fuego son tan ilegales como los cuchillos y las agujas —replicó Spar con osadía, aunque ya empezaba a sentirse mareado y enfermo—. Tú sí que podrías verte encadenado.

Pese al tono fanfarrón de Keeper, sabía que éste le tenía miedo por su habilidad para moverse con rapidez y seguridad aun estando medio ciego.

Chocaron contra un amasijo de obenques que les hizo detenerse.

—Suéltame, he dicho —exigió Keeper, debatiéndose débilmente—. Esta pistola me la ha dado Crown, y tengo permiso del Puente para usarla.

Esto último al menos, sospechó Spar, era mentira. Keeper prosiguió:

—Además, es un arma modificada para disparar sólo bolas pesadas y elásticas. Nada que pueda perforar el casco, pero suficiente para derribar a un borracho... o para romperle el cráneo a un gatobrujo.

—No es un gato-brujo, Keeper —repitió Spar, tragando saliva para dominar las náuseas—. Sólo es un animalito perdido y muy formal, que ya ha demostrado su utilidad cazando una de las ratas que nos roban la comida. Se llama Kim. Será un buen trabajador.

La mancha distante que era Kim se alargó diferenciándose en sombras delgadas que eran las patas y el rabo; se mantenía sobre su obenque como una figura heráldica rampante.

—Ssssoy muy ssserviissial —se alabó—. Y ssssanitario. Ussso los tubosss de loss depperrdisssios. Cassso rratass y rratonsssitosss. Essspsío las brujasss y los vampirosss.

—¡Un gato que habla! —boqueó Keeper—. ¡Brujería!

—Crown tiene un perro que habla —replicó Spar con intención—. El que un animal hable no demuestra nada.

Durante todo ese rato había sujetado con fuerza el cañón de la pistola y el dedo de Keeper; mientras le abrazaba estrechamente le pareció notar que el dueño del Mesón del Murciélagos se daba por vencido. La montaña de osamenta y músculo se transformaba en una jalea espesa que podía dominarse a voluntad.

—Lo siento, Spar —murmuró, obsequioso—. He pasado muy mala noche, y Kim me ha dado un susto. Es negro como un gato-brujo. Un error disculpable de mi parte.



Le tendremos a prueba como cazador. ¡Tiene que ganarse el sustento! Ahora, toma tu bebida.

La doble bolsa flexible, tan preciosa como la Piedra Filosofal, llenó la palma de la mano de Spar. Se la llevó a los labios, pero en ese momento sus pies tropezaron involuntariamente con un obenque, y se puso a flotar a la deriva hacia el brillante Ruedo, cuya circunferencia interior podía dar cabida hasta a cuatro camareros, los días de mucho ajeteo.

Spar tropezó contra la pared interior de la barra; los obenques que la retenían cedieron elásticamente para absorber el choque. Tenía la bolsa pegada a los labios, con el tapón desenroscado, mas no la había apretado aún. Cerró los ojos y, a ciegas, reprimiendo un leve sollozo, devolvió la bolsa al contenedor de la Niebla de Luna.

Guiándose más bien por el tacto, sacó de la estufa una bolsa de gachas; al mismo tiempo hurtó una bolsa de café y se la escondió en un bolsillo interior. Por último cogió una bolsa de agua, la abrió, le introdujo cinco tabletas de sal y la cerró para agitarla con fuerza.

Keeper, que se había acercado flotando por detrás, le dijo al oído:

—Conque tú te tragas cualquier cosa... No te basta la Niebla de Luna, sino que necesitas un combinado. Debería descontártelo del sueldo. Verdad es que todos los borrachos sois unos tramposos, o acabáis siéndolo.

Cayendo de lleno en la celada, Spar explicó:

—Sólo es un poco de agua salada para endurecer mis encías.

—¡Pobre Spar! ¿Para qué quieres endurecerte las encías? ¿Acaso piensas compartir las ratas con tu nuevo amigo? ¡Procura que no te pille asándolas en mi parrilla! Debería descontarte la sal. ¡A barrer el local, Spar!

Kim había encontrado ya el pequeño tubo triturador y arrojó dentro de él la rata muerta, sujetándose al tubo con las patas delanteras y empujando la rata con el hocico. Cuando el cadáver de la rata entró en el mecanismo del tubo, se inició un movimiento de maceración que continuaría hasta que quedase triturada; sus restos serían tragados poco a poco, hacia la gran cloaca que alimentaba los Jardines de Diana.

Volviéndose hacia el rincón violeta, Keeper gritó:

—¡Y tú, a cazar ratones!

Spar se enjuagó las encías con agua salada tres veces seguidas, a conciencia, escupiéndola luego en un tubo para desperdicios. Vomitó un poco después de hacer gárgaras por primera vez. Luego, volviéndose para que Keeper no pudiera ver cómo sacaba las bolsas, apretó éstas poco a poco para engullir el café —más sabroso para él, en aquellos momentos, que la Niebla de Luna o aguardiente obtenido por destilación del Vino de Luna— y algunas gachas.

Con un gesto de excusa, ofreció las sobras a Kim, quien meneó la cabeza.

—Jusstto me comí un rratonsssito —dijo.

Spar se dirigió apresuradamente hacia el rincón verde, a estribor. Al otro lado de la escotilla se oyeron voces de beodos gritando con furiosa impaciencia:

¡Abrid!

Tomando los cabezales de dos tubos aspiradores largos, Spar empezó a barrer la atmósfera, moviéndose en espiral desde el rincón verde, como una araña que construye su tela.

Desde la barra circular, a cuyo delgado mostrador de titanio sacaba brillo con perezosos movimientos, Keeper aumentó la potencia de los dos tubos. Por reacción, el movimiento en espiral de Spar se aceleró, obligándole a poner en juego todas sus fuerzas para eludir los obenques y evitar que los tubos se enredasen en ellos.

Después, Keeper echó una ojeada a su muñeca y gritó:

—¡Spar! ¿Es posible que no te hayas enterado de la hora que es? ¡Abre ya!

Lanzó al aire un llavero. Spar logró atraparlo, aunque sólo había distinguido la última parte de su trayectoria. Tan pronto como puso rumbo a la escotilla verde, Keeper le detuvo con una voz, apuntando a un lado y a otro. Obediente, Spar recorrió los pestillos de las escotillas negra y azul antes de abrir la verde, aunque tras de aquéllas no aguardaban parroquianos. Al hacerlo se las arregló para evitar los pegajosos marcos de las escotillas y la pringosa compuerta de emergencia que había al lado de las mismas.

Tres borrachines, clientes habituales, entraron empujándose mutuamente y tropezando con los obenques en sus prisas por alcanzar la barra, mientras insultaban a Spar:

—¡Que el Cielo te ahogue!

—¡Así te trague la Tierra!

—¡Ojalá te veas sepultado en los Mares!

—Basta de palabrotas, muchachos —les reprendió Keeper—, aunque comprendo que la estupidez y la cachaza de mi ayudante acaban con la paciencia de cualquiera.

Spar devolvió las llaves. Los curdas se alinearon codo con codo alrededor de la barra, tres manchones grisáceos con las cabezas apuntando hacia el rincón azul.

Keeper se encaró con ellos.

—¡Abajo, abajo! —ordenó, indignado—. ¿Qué modales son éstos?

—¡Pero si no hay nadie!

—Sólo estamos nosotros tres.

—Da igual —replicó Keeper—. ¡Un poco de educación, por favor! Daos la vuelta, o si no, os cobraré las consumiciones al contado.

Refunfuñando en voz baja, los parroquianos dieron vuelta a sus cuerpos hasta que sus cabezas apuntaron al rincón negro.

Sin molestarse en girar a su vez, Keeper les acercó una delgada y retorcida

mancha roja con tres ramales. Cada uno de los clientes agarró un ramal y se lo enchufó en la cara.

Con su gruesa mano apoyada sobre algo brillante que era una válvula, Keeper dijo:

—Antes que nada, veamos vuestras tarjetas de crédito.

Con muchos murmullos de contrariedad, todos sacaron unos ojitos demasiado pequeños para que Spar pudiera distinguirlos bien. Keeper los estudió con gran atención antes de introducirlos en la registradora. Luego decidió:

—Seis segundos de Vino de Luna para todos. Sorbed aprisa. Y alzó la muñeca mientras accionaba con la otra mano. Uno de los bebedores pareció atragantarse, pero expulsó el líquido por la nariz y siguió chupando valientemente.

Entonces Keeper cerró la válvula.

—¡Eh! ¡Que has cortado demasiado pronto! No han pasado seis segundos —le increpó en seguida uno de los clientes.

Keeper explicó en tono melifluido:

—He repartido la ración en dos tandas, una de cuatro y otra de dos segundos. No queremos que nadie se ahogue, ¿verdad? ¿Preparados?

Los beodos tomaron ávidamente la segunda ronda y luego, mientras relamían los tubos con afán para chupar las últimas gotas, empezaron a cuchichear. Pero Spar, gracias a su excelente oído, pudo captar casi todo lo que hablaban mientras daba vueltas alrededor de ellos.

—Asqueroso Día del Sueño hemos tenido, Keeper.

—Al contrario, tío. Muy bueno para que los vampiros le chupen la sangre a cualquier borrachín.

—Yo me puse a salvo en lo de Pete, gordinflón.

—¿Lo de Pete y a salvo? La primera noticia...

—¡Mal Atomo Sucio te pille! Los vampiros se llevaron a Girlie y a Sweetheart de la mismísima jábega principal de estribor, aunque no lo creas. ¡Maldito sea el Cobalto Noventa! Windrush está quedándose muy solitaria. O, al menos, la Bodega Tres. Hay días que puedes atravesar toda una galería sin ver un alma.

—¿Cómo supiste lo de esas chicas? —dijo otro de los parroquianos—. A lo mejor se largaron a otra bodega para ver si mejoraba su suerte.

—Pues se les acabó la suerte de una vez por todas. Suzy vio cómo desaparecían.

—No fue Suzy —rectificó Keeper, actuando ahora de árbitro—. Pero sí Mable. Un final merecido para esas cerdas borrachas.

—No tienes sangre en las venas, Keeper.

—Muy cierto. Por eso los vampiros me dejan en paz. Pero, hablando en serio, muchachos, creo que los hombres-lobo y las brujas andan demasiado sueltos en la Tres. Yo pasé despierto el Día del Sueño, vigilando. Voy a enviar una protesta al

Puente.

—Estás de broma.

—No lo creas.

Keeper cabeceó solemnemente e hizo la señal de una cruz sobre su corazón. Los bebedores quedaron muy impresionados.

Spar retrocedió flotando en espiral hacia el rincón verde, sin dejar de pasar los tubos aspiradores. De paso se cruzó con la mancha negra que era Kim, mientras éste saltaba de obenque en obenque, con una carrerilla a lo largo de ellos, de vez en cuando.

Una forma rolliza, de piel muy blanca ceñida por dos franjas de azul —la braga y los sostenes— entró por la escotilla.

—Buenos días, Spar —le saludó con voz suave—. ¿Cómo te va?

—Ni bien ni mal —replicó Spar. La nube dorada de flotantes cabellos le rozó el rostro—. He decidido dejar la Niebla de Luna, Suzy.

—No seas demasiado severo contigo mismo, Spar. Ya sabes: trabajar un día, holgazanear un día, divertirse un día y dormir un día. Es el mejor sistema.

—Lo sé. Día de Faena, Día de Ocio, Día de Juerga y Día del Sueño. Diez días hacen un terranth, doce terranths hacen un sunth, doce sunths hacen un starth y así sucesivamente hasta el fin de los tiempos. Me gustaría saber qué significan todos esos nombres. —Piensas demasiado. Deberías... ¡Oh, un cachorro! ¡Qué mono!

—¡Cachchchorro, una lechchche! —silbó la cabezuda mancha negra, alejándose de ellos de un salto—. Sssssoy gato. Sssssoy Kim.

—Kim es nuestro nuevo cazador —explicó Spar—. Él también piensa mucho.

—No pierdas el tiempo con ese cegato desdentado, Suzy —gritó Keeper—, y acércate de una vez.

Antes de obedecer, con un suspiro de resignación, Suzy rozó la arrugada mejilla de Spar con las suaves yemas de sus ahusados dedos.

—Spar querido... —susurró. Cuando sus pies pasaron frente a Spar, éste oyó tintinear las esclavas que llevaba en los tobillos, recordando que eran de pequeños corazones dorados.

—¿Te has enterado de lo de Girlie y Sweetheart? —inquirió lúgubrememente uno de los bebedores—. ¿Qué se debe sentir cuando te rajan la carótida, o la vena ilíaca, o...?

—¡Cierra el pico, estúpido! —le cortó Suzy secamente—. Sírvenme un trago, Keeper.

—Tu cuenta va muy cargada, Suzy. ¿Cómo piensas pagar?

—Déjate de tonterías, Keeper, sobre todo a esta hora de la mañana. Ya que te las sabes todas, también sabrás la contestación a eso. Conque sírveme una bolsa de Vino de Luna. Tinto, por favor, y déjame un rato en paz.

—Las bolsas son para las señoras, Suzy. Te serviré arriba. Me debes mucho, pero...

Se oyó una exclamación de enojo, rápidamente amplificadas en grito de rabia. En medio de la escotilla, una figura pálida en braga y sostén —no, era algo más ancho, una especie de chaquetilla— de color rojo, se debatía fieramente a tirones y pataleos.

Al entrar con descuido, seguramente con mucha prisa, a la esbelta joven se le había enganchado la tela y parte de su persona en el marco de la escotilla.

Logró soltarse con un frenético tirón, mientras Spar flotaba hacia ella y los parroquianos gritaban comentarios burlones. Ella se precipitó hacia la barra, esquivando los obenques, con el largo cabello negro ondeando a su espalda.

¡Bong! Aterrizó con un caderazo sobre el titanio y, recogiendo la chaquetilla roja con una mano, tendió la otra por encima del Ruedo.

Spar, que había flotado tras ella, la oyó decir:

—Una bolsa doble de Niebla de Luna, Keeper, ¡pronto!

—Que tengas muy buenos días, Rixende —la saludó Keeper—. Te serviría con mucho gusto el mejor de los néctares, pero... —abrió sus rollizos brazos—. A Crown no le gusta que sus chicas vengan solas aquí, ya sabes. La última vez me ordenó estrictamente que...

—¡Tonterías! Vengo precisamente por encargo de Crown, a buscar una cosa que se dejó. Entretanto, ¡mi Niebla de Luna! ¡Doble!

Descargó un puñetazo en la barra; por reacción, ella empezó a flotar hacia arriba. Spar la ayudó a volver a su puesto, sin recibir las gracias por ello.

—Calma, señorita, calma —dijo Keeper con una sonrisa que hizo desaparecer las dos motitas pardas de sus ojos—. ¿Y si viene Crown mientras estás sorbiendo?

—¡No vendrá! —aseguró Rixende con vehemencia, aunque lanzando al mismo tiempo una rápida ojeada por encima del hombro. Spar vio una mancha negra, luego la mancha pálida que era el rostro, y otra vez la mancha negra—. Tiene una chica nueva. No me refiero a Phanette ni a Doucette. Es otra nueva que no conocíamos, que se llama Almodie o algo así. Estará ocupado con esa larguirucha toda la mañana. Y ahora, ¡saca de una vez ese doble, demonio!

—Calma, Rixie. Cada cosa a su tiempo. ¿Qué fue lo que perdió Crown?

—Una bolsita negra, como así de grande —alzó su delgada mano con los dedos casi juntos—. La perdió aquí el último Día de Juerga, o se la robaron.

—¿Has oído eso, Spar?

—No se ha encontrado ninguna bolsita negra —se apresuró a decir Spar—, pero anoche te dejaste aquí tu bolso anaranjado, Rixende. Voy a buscarlo.

Flotó hacia el interior del Ruedo.

—¡Bah! ¡Por mí, que se pierdan todos! ¡Venga ese doble! —exigió la muchacha con energía—. ¡Madre Tierra!

Hasta los beodos se quedaron con la boca abierta, escandalizados. Llevándose las manos a las sienes, Keeper suplicó:

—¡Blasfemias no, por favor! Suenan peor en labios de una mujer bonita, querida Rixende.

—¡Madre Tierra, he dicho! Y ahora déjate de remilgos, Keeper, y sírveme antes de que te arañe la cara y ponga todas tus cajas patas arriba.

—Bueno, bueno. Ahora voy. Aunque, ¿cómo piensas pagar? Crown dijo que me quitaría la licencia si le volvía a cargar tus consumiciones en su cuenta. ¿Llevas tarjeta de crédito o metálico?

—¿Acaso no tienes ojos en la cara? ¿O crees que esta chaquetilla tiene bolsillos interiores? —la abrió ampliamente, exhibiendo los pechos, y luego volvió a cubrirse—. ¡Madre Tierra! ¡Madre Tierra! ¡Madre Tierra!

Los bebedores cuchichearon entre sí, indignados. Suzy emitió un resoplido sarcástico, aburrida por la escena.

La gruesa mano de Keeper palpó la muñeca de Rixende, ceñida por una franja dorada.

—Tienes oro —susurró, con una expresión codiciosa en los ojillos.

—Bien sabes que nuestros brazaletes están soldados, lo mismo que las esclavas de los tobillos.

—¿Y esto? —la mano de Keeper señaló un brillo dorado junto al oído de ella.

—Soldado también, a través del taladro en el lóbulo de la oreja. —Pero...

—¡Mal átomo te parta, condenado! ¡Muy bien! ¡Te has salido con la tuya! Te lo daré —las últimas palabras terminaron en un aullido, más de rabia que de dolor, cuando Rixende agarró uno de sus pendientes para quitárselo de un tirón. La sangre empezó a flotar en gotas esféricas. Ella alargó el puño cerrado—. Ahora, ¡sírveme! Aquí hay oro para un doble de Niebla.

Keeper, resoplando, fingió estar atareado con la caja de Niebla de Luna, como si se diera cuenta de que había ido demasiado lejos. Los parroquianos guardaron silencio también. En cambio, Suzy intervino para decir con indiferencia:

—Y el tinto que he pedido.

Spar halló una esponja seca y capturó con habilidad las flotantes gotas de color púrpura, para luego aplicarla contra la oreja desgarrada de Rixende.

Keeper examinaba el grueso pendiente de oro, acercandoselo mucho a los ojos. Rixende se llevó la doble bolsa a los labios y la estrujó ávidamente; sus ojos se entornaron mientras sorbía con deleite. Spar guió hacia la esponja la mano libre de la muchacha, y ésta asumió automáticamente la tarea de sujetarla. Suzy suspiró con fastidio y luego, reclinando su cuerpo rollizo sobre el mostrador, metió mano a la nevera y se sirvió una bolsa doble de tinto.

Una figura larga, flexible y muy morena, que vestía una camiseta muy ceñida de

color violeta oscuro con lunares plateados, entró por la escotilla como un cohete, a una velocidad que Spar apenas habría creído posible, y sin rozar un solo obenque ni por casualidad ni a propósito. A medio camino, el recién llegado hizo media voltereta esquivando a Spar y frenó golpeando el titanio junto a Rixende con sus pies descalzos, largos y estrechos. Ejecutó una flexión tan perfecta, que la barra circular apenas osciló. Un brazo muy moreno se enroscó alrededor de la muchacha. Con la otra mano le arrebató la bolsa, y se oyó un chasquido cuando el intruso cerró el tapón.

Una voz perezosa y musical inquirió:

—¿Qué decíamos que iba a pasarte si volvíamos a pillarte bebiendo sola, muñeca?

Un pesado silencio planeó sobre el Mesón del Murciélago. Keeper se había refugiado en el lado opuesto de la barra, con una mano detrás. Spar se quedó inmóvil en un rincón, como una estatua, con la mano metida entre las cajas de Niebla y Vino de Luna. Notó que estaba bañado en sudor. Suzy empinó la bolsa de tinto, ocultando la cara.

Uno de los bebedores se vio acometido por un súbito acceso de tos; cuando logró dominarlo, jadeó en tono servil:

—¡Perdone usía! Mis respetos.

Keeper balbució:

—¡Buenos días...! Crown.

Crown tiró suavemente de la chaquetilla de Rixende, poniendo al descubierto un hombro de la muchacha.

—¡Vaya!, tienes la carne de gallina, cariño, y estás tiesa como un cadáver. ¿De qué tienes miedo? Tranquila, Rix. Relájate, y te invitaremos a un trago.

Su mano encontró la esponja, se detuvo, la palpó y halló la parte húmeda; luego se la llevó a la cara para olfatearla.

—Bueno, muchachos. Al menos hemos averiguado que ninguno de vosotros es un vampiro —comentó tranquilamente—. De lo contrario, le habríamos pillado chupando la oreja de la chica.

Rixende se apresuró a decir con voz monótona:

—No he venido a beber, te lo juro. Vine a buscar la bolsita que perdiste. Y luego me tentaron. Traté de resistir, pero Keeper se empeñó tanto que...

—Cierra el pico —dijo Crown sin alzar la voz—. Nos estábamos preguntando cómo ibas a pagar. Ahora ya lo sabemos. ¿Cómo pensabas pagar el tercer doble?, ¿eh? ¿Cortándote una mano o un pie? Anda, Keeper, enséñame la mano... ¡Enséñamela, he dicho! Así está bien. A ver lo que tienes ahí.

Crown cogió el pendiente de la mano abierta de Keeper. Sin apartar los amarillentos ojos del rostro de Keeper, sopesó la valiosa joya y luego la arrojó suavemente hacia lo alto.

Mientras la mancha dorada flotaba pausadamente en dirección a la escotilla, Keeper boqueó dos veces, para balbucir luego:

—No he sido yo, Crown, ¡palabra! No sabía que iba a lastimarse la oreja. Quise evitarlo, pero...

—Eso no nos importa —le interrumpió Crown—. Apunta el doble a nuestra cuenta.

Sin dejar de mirar fijamente a Keeper, alzó el brazo y atrapó el pendiente justo antes de que volase fuera de su alcance.

—¿Por qué hay tan poco ambiente en esta covacha? —inquirió. Luego, alargando una pierna por encima del mostrador con tanta facilidad como si hubiera sido el brazo, pellizcó una oreja de Spar entre los dedos del pie y tiró de ella, arrastrando al camarero y obligándole a volverse.

—¿Cómo te prueban las gárgaras con agua salada, pequeño? ¿Se te han endurecido las encías? Sólo hay una manera de saberlo.

Sujetó la mandíbula y los labios de Spar con el pie y le metió el dedo gordo del otro en la boca.

—Anda, pequeño. Muérdeme.

Spar mordió. Era la única solución para no vomitar. Crown soltó una risa burlona. Spar mordió con rabia. El esfuerzo sacudió su tembloroso esqueleto. Su rostro se congestionó y sus sienes latieron tumultuosamente mientras su frente quedaba bañada en sudor. Estaba seguro de que le hacía daño a Crown, pero el primer magistrado de la Bodega Tres se limitó a sonreír con ironía. Cuando Spar abrió la boca para recobrar el aliento, retiró el pie y dijo:

—Vaya, vaya... Estás hecho un tigre, pequeño. Casi hemos notado el mordisco. Toma un trago a nuestra salud.

Spar hizo una finta, apartando su boca estúpidamente abierta del fino chorro de Niebla de Luna. El líquido le tocó en un ojo, escociéndole tanto que le obligó a cerrar los puños y apretar con fuerza sus doloridas encías para no gritar.

—¿Por qué hay tan poca animación en este antro, repito? Ni un solo aplauso para el pequeño, y ahora el pequeño se habrá enfadado con nosotros. ¿No podíais dedicarle una sonrisa para darle ánimos?

Crown miró a su alrededor, encarándose con cada uno de los presentes.

—¿Qué pasa? ¿Se os ha comido la lengua el gato?

—¿Gato? Tenemos un gato. Es nuevo. Llegó anoche. Nos sirve para cazar —balbució Keeper atropelladamente—. Habla un poco. No tan bien como Hellhound, pero habla. Es muy divertido. Cazó una rata.

—¿Qué hiciste con el cadáver de la rata, Keeper?

—Lo arrojé al tubo triturador. Mejor dicho, lo hizo Spar. O el gato.

—¿Quieres decir que hicisteis desaparecer un cadáver sin dar parte? ¡Bah! No te



pongas pálido por eso, Keeper. No tiene importancia. Aunque podríamos acusarte por albergar un gato-brujo. Dijiste que había llegado anoche. Y fue una noche propicia para brujos... Vamos, no te pongas verde ahora. Sólo estábamos tomándote un poco el pelo. Tratábamos de pasar el rato. ¡Spar! —agregó—. Llama a tu gato. Haz que diga algo divertido.

Antes de que Spar pudiera llamar a Kim o decidir si debía obedecer o no, la mancha negra surgió sobre un obenque cerca de Crown, con las manchas verdes de sus ojos fijas en los amarillentos de éste.

—Conque tú eres el gracioso, ¿eh? Bien... cuéntenos un chiste. Kim pareció aumentar de tamaño. Spar se dio cuenta de que erizaba el pelo.

—Adelante, gato, demuestra que sabes tanto como dicen. Keeper, ¿no nos habrás engañado al decirnos que sabía hablar?

—¡Spar! ¡Haz que tu gato hable!

—No importa. Se habrá comido su propia lengua, también. ¿No es eso, negro?

Alargó la mano, Kim le dio un zarpazo y se largó de un salto. Crown se limitó a soltar otra de sus risotadas.

Rixende empezó a temblar sin conseguir dominarse. Crown la contempló con burlona solicitud y alargó una mano para volver la cabeza de la muchacha hacia él. Al mismo tiempo hacía pasar a la esponja cualquier gota de sangre que hubiera podido sacarle el zarpazo del gato.

—Spar juró que el gato hablaba —tartamudeó Keeper—. Yo...

—Silencio —dijo Crown.

Acercó la bolsa a los labios de Rixende y la apretó. Ella dejó de temblar y la bolsa quedó vacía. Crown le arrojó a Spar el envoltorio de plástico.

—Y ahora, ¿qué hay de mi bolsita negra, Keeper? —inquirió.

—¡Spar!

Éste se apresuró a decir, mientras se retiraba hacia un rincón:

—No hemos encontrado ninguna bolsita negra, señor Juez, pero sí la que olvidó el pasado Día de Juerga la señora Rixende.

Y regresó mostrando un objeto grande, redondo y de color anaranjado brillante, que se cerraba con unos cordones.

Crown lo cogió y lo volteó en círculo, lentamente. Como no podía ver los cordones, a Spar le pareció cosa de magia.

—Demasiado grande, y el color tampoco es el mismo. Estamos seguros de que la bolsita negra se perdió aquí, a no ser que nos la robasen. ¿Estás convirtiendo el Mesón del Murciélagos en un antro de ladrones, Keeper?

—Oye, Spar...

—Te lo preguntamos a ti, Keeper.

Apartando a Spar de un empujón, el aludido se puso a rebuscar frenéticamente,

agachado entre cajas de Niebla de Luna y Vino de Luna. Salió a relucir un gran número de pequeños objetos; Spar pudo distinguir algunos de los más voluminosos, como un ventilador portátil a pilas y una pantufla de color púrpura. Los objetos perdidos flotaban en abigarrado revoltijo alrededor de Keeper.

Éste jadeaba ya, mientras seguía revolviendo sin hallar nada más, hasta que por fin Crown intervino con voz indiferente:

—Con eso basta. De todos modos, la bolsita negra no tenía demasiada importancia para nosotros.

Keeper se incorporó. Su cara le pareció a Spar más borrosa que nunca; debía estar envuelta en un halo de transpiración. Señaló el bolso anaranjado:

—A lo mejor está ahí dentro.

Crown abrió el bolso y empezó a rebuscar dentro del mismo. Luego mudó de propósito y le dio una sacudida. Todas las cosas que contenía se echaron a flotar, moviéndose hacia arriba con velocidad uniforme, como una formación militar en desbandada. Crown les pasó revista mientras volaban frente a sus ojos.

—No. Aquí no está. —Empujó el bolso hacia Keeper y le ordenó—: Guarda las cosas de Rix y quédatelas hasta que volvamos...

Rodeando a la muchacha con el brazo sin dejar de aplicar la esponja a la oreja herida, se volvió y salió por la escotilla con poderoso impulso.

Cuando la pareja se hubo perdido de vista, hubo un suspiro general de alivio y los tres sacaron nuevos vales de crédito para otra ronda. Suzy exigió un segundo doble de tinto, que Spar se apresuró a servirle mientras Keeper se rehacía del susto, después de lo cual ordenó:

—Recoge todo eso que flota, Spar, y sobre todo lo de Rixie, para guardarlo en su bolso. ¡Vamos! ¡Muévete, gandul!

Luego puso en marcha el ventilador de mano para refrescarse y secarse el sudor.

El encargo le resultaba a Spar muy difícil de cumplir, pero Kim acudió en su ayuda lanzándose tras de los objetos demasiado pequeños para que aquél pudiera verlos. Cuando los tenía entre las manos, los identificaba fácilmente por el tacto o por el olfato. Cuando se hubo disipado su rabia impotente hacia Crown, Spar se puso a recordar los acontecimientos de la noche pasada. Sus visiones de vampiros y hombres-lobo, ¿eran sueño o realidad? A menos que el otro no estuviera de guardia como aseguraba... Deseó poseer mejor vista para alcanzar a distinguir la ilusión de la realidad y recordó el siseo burlón de Kim: «¡Visssionario! ¡Linsssse, que eresss un linsssse!». ¿Cómo sería lo de ver las cosas con claridad? ¿Parecerían más brillantes o más cercanas?

Con estas tristes reflexiones, fue guardando los objetos dispersos y luego regresó a la faena de barrer, mientras Kim reanudaba la caza de ratones. A medida que avanzaba el Día de Faena, el Mesón del Murciélago iba quedando en penumbra,

aunque de un modo tan gradual que era difícil notarlo.

Entraron algunos clientes, pero todos ellos para un trago rápido que les fue servido por un Keeper lúgubre y malhumorado. Suzy ni siquiera juzgó necesario intervenir en sus funciones como animadora.

A medida que pasaba el tiempo, Keeper iba cargándose de mala uva, tal y como Spar había imaginado que sucedería después de las humillaciones que le había infligido Crown. Quiso echar a los tres parroquianos habituales, pero éstos no dejaban de sacar más y más vales de crédito, arrugados pero de curso legal. Por más vueltas que les daba Keeper, no pudo descubrir ninguna falsificación. Para vengarse, quiso hacerles sisa en las raciones, con lo que inició una serie de altercados. Por último, se volvió hacia Spar, diciendo airado:

—Ese gato tuyo... arañó a Crown, ¿no es cierto? Hay que echarlo de aquí. Crown dijo que podía ser un gato-brujo, ¿recuerdas?

Spar no respondió. Keeper le mandó que renovase el adhesivo de las escotillas, afirmando que Rixende pudo desengancharse porque aquél se había secado. Luego se puso a picotear en los aperitivos y bebió Niebla de Luna con jugo de tomate. Cuando se cansó de esto, roció el local con un abominable perfume sintético y empezó a pasar cuentas de la recaudación. Pero también esto le aburrió en seguida y, mudando de intención, cerró la caja de golpe y contempló a Suzy con una extraña mueca.

—¡Spar! —gritó—. Hazte cargo de la barra y procura que no se emborrachen esos tipos.

Luego echó llave a la registradora y, con un significativo movimiento de cabeza dirigido a Suzy, tomó impulso hacia una de las escotillas. Ella se encogió de hombros, mirando a Spar con expresión de hastío, y siguió a Keeper.

Tan pronto como la pareja hubo desaparecido, Spar sirvió a los parroquianos un trago de ocho segundos, negándose a aceptar sus vales, y colocó delante de ellos dos contenedores de frituras y empanadillas. Los clientes le dieron las gracias con un gruñido y empezaron a tragar. La iluminación del local pasó de la claridad normal a una semioscuridad cadavérica. Se oyó un rugido distante y apagado, seguido pocos segundos más tarde por un breve crescendo de crujidos metálicos. El cambio de luz puso nervioso a Spar, quien sirvió otras dos rondas sin cobrar y luego cargó precio doble por una bolsa de Niebla de Luna a un recién llegado. Quiso probar un aperitivo, pero entonces apareció Kim, muy ufano, para enseñarle un ratón que acababa de coger. Spar consiguió dominar las náuseas a duras penas. Empezaba a temer los síntomas de la desintoxicación, y sintió que le flaqueaba la voluntad.

En aquel momento entró por la escotilla verde, sujetándose de los obenques, una figura tripuda y vestida de negro. Al poco se materializó al otro lado de la barra un rostro en el que la barba y la melena canosas apenas dejaban ver la piel, parda y curtida, subrayando sin embargo el brillo gris de la mirada.

—¡Doctor! —exclamó Spar con alegría, sintiendo que su malestar se disipaba como por ensalmo, y sin mediar otra palabra sacó de la nevera una bolsa de Niebla de Luna calidad «tres estrellas». Tan excitado estaba, que sólo acertó a empezar con un vulgar «Mala noche hemos tenido, ¿eh, doctor? Vampiros y...»

—... Y otras supersticiones estúpidas, que nacen de un sunth a otro y ya no se desvanecen jamás —le interrumpió una voz amigable, pero en tono sarcástico—. Aunque imagino que no debería privarte de tus ilusiones, Spar. Ni siquiera de las terroríficas. Eso distrae un poco tu triste vida. Además, es verdad que corre mala gente por Windrush. ¡Ahhh! ¡Este trago tan fresco rejuvenece mis amígdalas!

Entonces Spar recordó la cosa importante que se le había olvidado. Hurgando en lo más hondo de su traje de faena, y volviéndose para que los demás parroquianos no pudieran ver lo que hacía, sacó una bolsita negra plana y muy pequeña.

—Tome, doctor —susurró—. La perdió usted el último Día de Juerga. Se la he guardado.

—¡Maldita sea! Soy capaz de perder hasta mis pantalones, si alguna vez me los bajase —comentó el doctor, bajando la voz cuando Spar le hizo seña llevándose un dedo a los labios—. Supongo que empecé a mezclar la Niebla con el Vino de Luna, ¿no es cierto?

—Sí, doctor. Pero usted no la perdió. Crown o una de sus chicas debieron hurtársela o apoderarse de ella viéndola suelta a su lado. Y luego... yo la saqué del bolsillo de Crown. Eso hice, y no dije ni una sola palabra esta mañana, cuando Rixende y Crown aparecieron por aquí para reclamarla.

—Spar, hijo mío, estoy en deuda contigo —dijo el doctor—. Más de lo que puedes imaginar. Otra «tres estrellas», por favor. ¡Ahhhh! ¡Puro néctar! Spar, pídemelo lo que quieras, y si está comprendido dentro de la primera infinitud transfinita, te juro que te lo concedo.

Ante su propia sorpresa, Spar empezó a temblar... de excitación. Inclinandose sobre la barra, murmuró roncamente:

—¡Déme un par de ojos sanos, doctor! ¡Y unos buenos dientes! —añadió impulsivamente.

Al cabo de lo que le pareció un largo rato, el doctor susurró con voz soñadora y apesadumbrada:

—En los Antiguos Días, eso habría sido fácil. Ellos perfeccionaron los trasplantes oculares. Sabían regenerar los nervios craneales y devolver a un cerebro lesionado la capacidad de resolución. Y el injerto de embriones dentales era una sencilla práctica para estudiantes. Pero ahora... Sí, podría hacer lo que me pides de una manera incómoda, anticuada, mecánica, pero...

El doctor se interrumpió, encogiendo los hombros con un gesto que expresaba todas las miserias de la vida y la vanidad de todo esfuerzo.

—¡Los Antiguos Días! —se dirigió uno de los bebedores a su compañero, hablando con disimulo por la comisura de la boca—. ¡Conversaciones de brujería!

—¡Qué brujería ni qué niño muerto! —respondió el otro del mismo modo—. Lo que pasa es que el viejo matasanos ya chochea. Sueña los cuatro días, y no sólo el Día del Sueño.

El tercer bebedor se apresuró a silbar la musiquilla de un conjuro contra el mal de ojo.

Spar tironeó la manga del albornoz negro que vestía el doctor.

—¡Me lo ha jurado, doctor! ¡Quiero una vista aguda y unos dientes agudos!

El doctor apoyó conmisericordiosamente su arrugada mano sobre el antebrazo de Spar.

—Una vista aguda sólo serviría para hacerte más desgraciado, Spar —explicó amistosamente—. Créeme: lo sé. La vida es más llevadera cuando se ve todo borroso, lo mismo que las ideas son más agradables cuando las hace borrosas la Niebla o el Vino de Luna. En Windrush no falta gente que ambiciona morder con fuerza, pero tú no eres de éstos. Sírvenme otra «tres estrellas», por favor.

—Me he quitado de la Niebla desde esta mañana, doctor —comentó Spar con cierto orgullo, mientras le entregaba otra bolsa fresca.

El médico replicó, sonriendo con tristeza:

—Muchos dejan la Niebla todos los Días de Faena por la mañana, y cambian de idea cuando llega el siguiente Día de Juerga.

—¡No seré yo, doctor! Además —reanudó Spar el hilo de sus argumentos—, Keeper y Crown ven con claridad, lo mismo que Suzy y las demás chicas, y no son desgraciados.

—Voy a decirte un secreto, Spar —replicó el doctor—. Keeper y Crown y las chicas son unos cadáveres vivientes. Sí, incluso Crown, con toda su astucia y su poder. Para ellos, Windrush es el Universo.

—¿Y no es así, doctor?

Ignorando la interrupción, el doctor continuó:

—Pero tú no te conformarías con eso, Spar. Tú querrías averiguar más. Y eso te haría más desgraciado de lo que eres ahora.

—No me importa, doctor —dijo Spar, y repitió en tono acusatorio—: ¡Usted lo ha jurado!

La mirada gris casi desapareció para Spar cuando el médico frunció las cejas, pensativo. Luego dijo:

—¿Qué te parece esto otro, Spar? Sé que la Niebla de Luna trae tantos males y dolencias como alivios y alegrías. Pues bien: todos los Días de Faena por la mañana, y todos los Días de Juerga por la tarde, yo podría darte una pastillita que te produciría todos los efectos buenos de la Niebla de Luna, y ninguno de los perjudiciales. Tengo

una en esta bolsa. Prueba ahora, y te convencerás. Y todos los Días de Juerga por la noche te daré otra clase de píldora que te hará dormir tranquilamente, sin ningún género de pesadillas. Eso sería mucho mejor que unos ojos y unos dientes. Piénsalo bien.

Mientras Spar meditaba, apareció Kim, mirando al doctor con sus dos puntitos verdes.

—Missss rresssspetuosssssossss sssaludossss, sseñorrrr —silbó—. Ssssoy Kim.

—Se le corresponde, caballero —respondió el doctor—. Que no falten los ratones.

Acarició al gato, pasando suavemente los dedos por la garganta y el pelaje del pecho. Su voz volvió a hacerse soñadora:

—En los Antiguos Días, todos los gatos hablaban, y no solamente algunos fenómenos. Toda la tribu felina. Y también muchos perros... ¡ejem! Perdona, Kim. En cuanto a los delfines, ballenas y monos...

Spar le interrumpió con avidez:

—Dígame una cosa, doctor. Si sus píldoras proporcionan la felicidad sin ningún tipo de resacas, ¿por qué bebe usted Niebla de Luna, y alternándola muchas veces con el Vino de Luna?

—Porque yo... —empezó el médico, y luego se interrumpió sonriendo—. Me has atrapado, Spar. No creí que fueses capaz de pensar por tu cuenta. Bien ¡tú ganas! Ven a mi consultorio el próximo Día de Ocio... ¿Conoces el camino? Bien... Veremos lo que se puede hacer con tus ojos y tus dientes. Y ahora, dame una bolsa doble para el regreso.

Pagó con brillantes monedas, mientras se metía la gran bolsa de «tres estrellas» en una faltriquera, diciendo:

—Hasta luego, Spar. Hasta la vista, Kim.

Y se dirigió hacia la escotilla siguiendo una trayectoria en zigzag.

—Hasssta la visssta, sseñorrrrr —le despidió Kim.

Spar enarboló la bolsita negra.

Mientras el doctor volvía profiriendo una palabrota para coger lo suyo, se abrió la escotilla roja y apareció Keeper. Parecía de mejor humor que antes y silbaba la tonadilla de Me casaré con el hombre del puente mientras contemplaba con suspicacia ciertas manchas sobre el mostrador y revisaba las espitas del Vino de Luna. Tan pronto como salió el doctor, preguntó en tono desconfiado:

—¿Qué era eso que le dabas al viejo ganso?

—Su bolsa —reaccionó Spar con rapidez—. Se le había olvidado después de pagar al contado.

Sacudió una mano, dejando oír un sonido tintineante; Keeper se apoderó ávidamente del dinero y luego ordenó:

—¡A barrer, Spar!

Mientras éste flotaba hacia la escotilla roja para recoger sus aspiradores, Suzy pasó a su lado sin mirarle, avergonzada. Flotó hacia el mostrador y, muy seria, aceptó la bolsa de Niebla que le ofreció Keeper con burlona cortesía.

Spar sintió un acceso de indignación pensando en Suzy. Pero se le hacía difícil pensar en otra cosa que no fuera la inminente visita al médico. Cuando la noche del Día de Faena cayó, tan rápidamente como un cuchillo lanzado por una mano experta, apenas se dio cuenta de ello y no experimentó la acostumbrada aprensión. Keeper conectó a toda potencia el alumbrado del Mesón del Murciélago. Resplandecía de un modo deslumbrante, mientras al otro lado de las paredes translúcidas se adivinaba sólo un círculo de claridad lechosa.

El negocio se animó un poco. Suzy no tardó en largarse con el primer cliente adinerado. Keeper ordenó a Spar que atendiera a la barra mientras él cogía una hoja de papel sobre la que se había escrito y borrado docenas de veces y, poniéndola sobre una tablilla, empezaba a escribir laboriosamente, como si meditase las palabras o quizás incluso las letras una a una, humedeciendo a menudo el lápiz con la lengua. Estaba tan absorto en su ímproba tarea que, sin darse cuenta, empezó a girar sobre sí mismo mientras flotaba poco a poco hacia la escotilla negra. El papel se ensuciaba cada vez más con sus garabatos y sus tachaduras, acampanadas de saliva y sudor.

La corta noche transcurrió con más rapidez de lo que Spar se había atrevido a desear, por lo que sufrió un sobresalto ante el súbito amanecer del Día de Ocio. Casi todos los clientes se largaron a dormir la siesta.

Spar se preguntaba qué excusa iba a darle a Keeper para abandonar el Mesón del Murciélago, cuando el propio Keeper le resolvió el problema. Doblando el sucio papel y sellándolo con cinta en caliente, dijo:

—¡Eh, gandul! Coge esto y vete al Puente, donde se lo entregarás al Ejecutivo. ¡Espera!

Tomó el bolso anaranjado y tiró de los cordones para asegurarse de que estaban bien apretados.

—De paso, entrega esto en la cueva de Crown. ¡Obediencia y buenos modales, Spar! Ahora, ¡lárgate ya!

Spar metió el mensaje sellado en su único bolsillo con cremallera en buen estado. Luego flotó lentamente hacia la escotilla superior, donde estuvo a punto de chocar con Kim. Recordando lo que había dicho Keeper sobre echar al gato, cogió al animal por debajo de sus patas delanteras y se lo, metió cuidadosamente debajo del traje de faena, mientras susurraba:

—Vamos a dar un paseo, pequeño Kim.

El gato clavó las uñas en la delgada tela para sujetarse, y se quedó quieto.

Para Spar, el corredor era un tubo estrecho que terminaba en niebla por los dos

extremos, y salpicado longitudinalmente de motas verdes y rojas. Guiándose principalmente por el tacto y la memoria, avanzó tomando impulso en el cable que discurría a lo largo de la pared. Después de rodear los grandes cilindros de los pasadizos centrales, el corredor continuaba en línea recta. Los ventiladores axiales funcionaban con tanta suavidad que apenas se percibía sino una ligera corriente antes de cruzarlos, y una leve succión después de pasar.

Pronto llegó a su olfato el olor a tierra y a vegetales. Con un estremecimiento, pasó junto a un gran círculo negro que era la compuerta de carga del triturador principal de la Bodega Tres. No se cruzó con nadie... cosa extraña incluso el Día de Ocio. Luego vio verdear los Jardines de Apolo y más allá una gran pantalla negra sobre la cual flotaba, siempre hacia la dirección de popa, un pequeño círculo anaranjado que inspiraba a Spar una tristeza y un miedo inexplicables. Se preguntó cuántas serían las pantallas negras que reflejaban aquel lúgubre círculo. Eran particularmente numerosas hacia el costado de estribor, y él había visto el círculo en varias.

Al llegar a los jardines, tan cerca que Spar pudo distinguir los verdes tallos ondulantes y la silueta del jardinero que flotaba sobre ellos, el corredor se doblaba en ángulo recto hacia abajo. Con dos docenas de impulsos a lo largo del cable, Spar llegó hasta una escotilla abierta. Su memoria para las distancias recorridas y un intenso aroma de perfumes mezclados le dijeron que aquélla era la entrada a la cueva de Crown. Atisbando a través de la escotilla distinguió el motivo decorativo de espirales negras y plateadas que caracterizaba el interior del gran depósito de forma globular. Al fondo y directamente en frente de la escotilla, había otra gran pantalla negra con el inevitable disco pardo moteado de rojo en posición excéntrica.

Spar oyó debajo de su barbilla el siseo de Kim, suave pero apremiante:

—¡No te muevasssss! ¡Ssssilensssio, por tu vida!

El animal se había asomado por el cuello de la ropa; sus orejas cosquilleaban la garganta de Spar. Éste empezaba a acostumbrarse a los modales melodramáticos del gato, pero, de todos modos, la advertencia era innecesaria. Había visto media docena de cuerpos desnudos flotando por el aire, y fue tal su confusión ante tamaño espectáculo, que permaneció inmóvil y helado de vergüenza. Y no porque sus ojos fuesen capaces de distinguir ningún órgano genital; para él eran tan invisibles como las orejas. Pero sí pudo notar, aparte del pelo, las diferentes complexiones. Uno era muy moreno, y los otros cinco... ¿o eran cuatro?... de piel más blanca. Sobre todo las dos rubias, una de ellas platinada y ambas igualmente desconocidas para él. Se preguntó quién sería la nueva chica de Crown, la que llamaban Almodie. Experimentó alivio al comprobar que los cuerpos no se tocaban entre sí.

Algo metálico brilló junto a una de las rubias, y distinguió la mancha rojiza que, como él sabía, era un recipiente, con cinco tubos que partían del mismo hacia cinco



rostros distintos. Una de las chicas actuaba como «barman». A Spar le extrañó que Crown, pese a vivir en tan lujoso alojamiento, se sirviera el Vino de Luna de un modo tan plebeyo y ordinario. Por supuesto, no sabía si el contenedor era de Vino o de Niebla; podía ser incluso cerveza.

¿Acaso se proponía Crown hacerle competencia a Keeper? En tal caso, mala época y peor emplazamiento había elegido, murmuró mientras meditaba cómo deshacerse del bolso anaranjado.

—¡Vámonossss, de una vezzzzz! —apremió Kim aún más bajo.

Los dedos de Spar localizaron un clip junto a la escotilla. Con un «clic» casi imperceptible, le sujetó los cordones del bolso y luego tomó impulso para deshacer el camino.

Sin embargo, pese a todas las precauciones por no hacer ruido, el ligero «clic» provocó una respuesta inmediata procedente de la cueva de Crown... un gruñido muy profundo y prolongado.

Spar tiró del cable con más rapidez para alejarse. Cuando llegó al recodo, la curiosidad le hizo volverse.

Por la escotilla de Crown asomaba una cabeza más estrecha que la de un hombre, con orejas puntiagudas y con una cara más negra que la del mismo Crown.

Se oyó un nuevo gruñido.

Spar se sintió ridículo por haber tenido miedo de Hellhound. ¡Vaya! Más de una vez, Crown había ido al Mesón del Murciélago en compañía de su perrazo. Tal vez fuese porque Hellhound nunca había gruñido en el Mesón; hablaba, aunque su vocabulario se reducía a un centenar de monosílabos, más o menos.

Además, el perro no podía avanzar tomando impulso en el cable, pues no tenía las uñas suficientemente afiladas. Como mucho, se desplazaba en zigzag saltando de un lado a otro del pasillo para apoyarse en la pared.

Esta vez Spar tuvo un sobresalto al pasar junto a la boca del triturador principal, y lanzó una exclamación de disgusto. ¡Asustarse como un crío precisamente hoy, que iba a conseguir unos ojos nuevos!

—¿Por qué me has espantado cuando estábamos allá, Kim? —reprendió al gato.

—¡Tú no hasss visssto el monsssstruo! ¡Nesssio!

—Sólo he visto cinco personas sorbiendo Niebla de Luna, y un perro inofensivo. Esta vez, el tonto y necio has sido tú, Kim.

El gato guardó silencio y metió la cabeza, contrariado. Spar recordó que todos los gatos eran vanidosos y susceptibles. Pero ahora él tenía otras cosas en que pensar. ¿Y si alguien hurtaba el bolso anaranjado antes de que Crown reparase en él? Y si lo encontraba Crown, sabiendo que Spar era el mandadero de Keeper, ¿adivinaría que había estado fisgando? ¡Que todo esto hubiera de ocurrirle el día más importante de su vida! Su pequeña victoria verbal sobre Kim le sirvió de magro consuelo.

Por otra parte, y aunque la rubia platino era la que más le había interesado de las dos desconocidas, la otra —la que tenía el cabello dorado como el de Suzy—, aunque era mucho más blanca y esbelta le tenía preocupado. Le pareció haberla visto antes... y, sin saber por qué, algo relacionado con ella le causaba un terror indefinible.

Cuando llegó a los corredores centrales se sintió tentado de ir al consultorio del doctor antes que al Puente. Pero prefirió disponer de más tiempo para lo del médico, cumpliendo antes todos sus encargos.

Entró de mala gana en el corredor central, donde la fuerte corriente de aire le empujó a gran velocidad hasta que pudo alcanzar el cable-guía, a costa de despellejarse las manos. Maldijo la tacañería de Keeper por no proporcionarle unos guantes, al menos, ya que pedir también calcetines habría sido demasiado. Pero en seguida tuvo que prestar toda su atención para no golpearse los nudillos con los soportes que mantenían el cable a lo largo de la pared; era fácil apoyarse en ellos para tomar impulso, pero había que andar con cuidado.

Distinguió algunas figuras que como él iban y venían siguiendo el cable; otras flotaban dejándose llevar por el viento. Un borrachodaba tumbos girando sobre sí mismo y salmodiando con voz cascada, de anciano:

—¡La Escala de Jacob! ¡El Arbol de la Vida! ¡La Cucaña de Mayo!...

Pasó la compuerta que marcaba la división entre las Bodegas Tercera y Segunda sin que el guardia de servicio le diera el alto, y por poco erró el gran corredor azul que conducía hacia arriba. Una vez más se quemó las palmas de las manos al colgarse del otro cable, sacudido por la corriente de aire. Se sentía cada vez más inquieto.

—¡Sssspar, essstúpido...! —empezó Kim.

—¡Ssssh! Estamos en zona oficial, ahora —le hizo callar, satisfecho por haber hallado ese pretexto para reprender de nuevo al incordiante animalito. La verdad era que los grandes espacios abiertos de Windrush le producían un horrible pánico.

Casi demasiado pronto para su gusto, se encontró colgado de una escalera de tubo metálico inmediatamente debajo de la cubierta del Puente. Después de coronar el último escalón se quedó flotando sin saber qué hacer, esperando que alguien le dirigiese la palabra.

En el Puente había muchos bultos metálicos de formas extrañas, brillantes, y reflejos irisados que destellaban a intervalos; los más cercanos le parecieron como filas y columnas de diminutas luces que parpadeaban, rojas, verdes... de todos los colores. Y más arriba, abarcándolo todo, una inmensa cúpula de terciopelo negro salpicado de destellos blanquecinos casi imperceptibles.

Entre los objetos metálicos y los resplandores irisados flotaban unas figuras vestidas con el uniforme azul oscuro de los oficiales. De vez en cuando se hacían señas, pero nadie hablaba. Para Spar, cada uno de sus movimientos estaba cargado de una profunda importancia. Aquéllos eran los dioses de Windrush, los que tenían el

destino en sus manos, si es que tal cosa existía. Se sintió reducido a la insignificancia de un ratón, el cual podría ser aplastado sin misericordia si se atrevía a molestar.

Después de un intercambio de gestos particularmente agitado, se oyó un breve y lejano rugido, y luego una serie de chasquidos y crujidos familiares. Spar se quedó asombrado, aunque no podía ignorar que el capitán, el piloto y demás altos oficiales eran los causantes de los conocidos fenómenos diurnos.

Significaba, en efecto, el mediodía del Día de Ocio. Spar recordó sus problemas personales. Se estaba retrasando en sus diligencias. Empezó a levantar la mano cada vez que pasaba una de las figuras azules, tratando de solicitar atención. Nadie le hizo caso.

Finalmente, susurró:

—¿Kim?

El gato no respondió. Spar oyó un ronroneo, pero también podía ser un ronquido. Sacudió al gato con suavidad.

—Dime algo, Kim.

—¡Sssssh! ¡Ssssilencio! Esstoy durmiendo.

Kim sacó las uñas para acomodarse de nuevo, y volvió a emitir un ronroneo satisfecho... natural o fingido; eso no podía averiguarlo Spar. Experimentó un gran desaliento.

Los lunths iban pasando uno tras otro. Cuando mayor era su desesperación, pensando que iba a llegar tarde a su cita con el doctor, oyó una voz juvenil y agradable que decía:

—¡Hola, abuelo! ¿Qué te trae por aquí?

Spar se dio cuenta de que había seguido levantando la mano maquinalmente, con lo que consiguió captar la atención de un individuo, moreno como Crown, pero que vestía uniforme azul. Sacó la nota del bolsillo y se la entregó al oficial.

—Es para el Ejecutivo.

—Ése es mi Departamento.

Hubo un leve crujido —¿la uña rasgando el precinto?— seguido de otro más fuerte: el papel había sido desplegado. Una breve pausa, y luego:

—¿Quién es Keeper?

—El dueño del Mesón del Murciélago, señor. Yo trabajo allí. —¿Qué mesón has dicho?

—Una expendeduría de Vino de Luna. En otros tiempos le llamaban El Ruedo Feliz, según creo. En los Días Antiguos, según el doctor, se llamaba la Cantina Número Tres.

—¡Hum! ¿Qué significa todo eso, abuelo? Y, ¿cómo te llamas? Spar contempló con tristeza el rectángulo de papel lleno de manchas oscuras.

—No puedo leer, señor. Me llamo Spar.

—¡Hum! ¿Se han visto... ejem... seres sobrenaturales en el Mesón del Murciélago?

—Sólo en mis sueños, señor.

—Bien... Echaremos un vistazo. Cuando me veas por allí, finge que no me conoces. A propósito, soy el alférez Drake. ¿Quién es tu pasajero, abuelo?

—Es sólo mi gato, alférez —respondió Spar súbitamente alarmado.

—Bien. Vete por ese corredor negro.

Spar empezó a desplazarse por entre la selva de tubos hacia la dirección señalada por el brazo uniformado de azul.

—Y la próxima vez recuerda que está prohibido traer animales al Puente.

Mientras empezaba a bajar, la sensación de alivio que le había producido el comprobar que el alférez Drake parecía humano y comprensivo se confundió con el miedo a perder la cita con el médico. Estuvo a punto de equivocar el cable-guía que llevaba al corredor rojo principal. El resplandor equívoco del atardecer le confundía con su luz cadavérica. De nuevo se tropezó con el borracho, que continuaba su monólogo graznando:

—¡La Trinidad, el Copón y el Mantel!

Estaba a punto de abandonar su propósito de visitar al doctor, para regresar directamente al Mesón del Murciélago, cuando se dio cuenta de que estaba traspasando el acceso a la Bodega Cuatro y que llegaría al consultorio después del primer recodo. Se dejó flotar hasta un obenque, verificó su situación y luego empezó a tomar impulso hacia lo del médico, cuyo emplazamiento a babor venía a corresponder con el de la cueva de Crown a estribor.

Mientras seguía el cable se cruzó con dos figuras cuyo aliento pregonaba una celebración anticipada del Día de Juerga. Spar temió encontrar cerrado el consultorio. De los cercanos Jardines de Diana llegaba un vaho de plantas y tierra húmeda.

La escotilla estaba cerrada, pero cuando Spar accionó el bulbo se abrió a la tercera llamada y apareció el rostro conocido con su halo de cabello blanco y su mirada gris.

—Empezaba a creer que no vendrías, Spar.

—Lo siento, doctor. He tenido que...

—No importa. Pasa, pasa. ¡Hola, Kim! Date un garbeo por aquí si quieres.

Kim salió de su escondite y, tomando impulso en el pecho de Spar, partió para una ronda de inspección típicamente gatuna.

Y allí había mucho que inspeccionar. Incluso Spar pudo darse cuenta de ello. De todos los obenques del consultorio se habían colgado objetos en toda su longitud. Parecían burbujas grandes y pequeñas, opacas o brillantes, oscuras o translúcidas, destacándose sobre un panel de aquella luz cadavérica que tanto miedo inspiraba a Spar, aunque no lo recordó en ese instante. Enfrente había una cinta de luz aún más

intensa.

—¡Cuidado, Kim! —gritó Spar cuando el gato aterrizó sobre un obenque y se puso a saltar de un objeto a otro.

—Déjale; no pasa nada —dijo el doctor—. Ahora voy a examinarte, Spar. Mantén los ojos abiertos.

Las manos del doctor sujetaron la cabeza de Spar. Sus ojos grises y su rostro curtido se acercaron hasta confundirse en un solo manchón.

—Manténlos abiertos, he dicho. Sí, ya sé que necesitas parpadear de vez en cuando... Lo que yo suponía. Los cristalinos están disueltos. Has sufrido una complicación secundaria que se da en uno de cada diez casos de infección la rickettsia del Leteo.

—¿La fiebre Estigia, doctor?

—En efecto, aunque el vulgo confundió los ríos del Averno al darle ese nombre. Todos la hemos padecido. Todos hemos bebido las aguas del Leteo. Aunque a veces, cuando nos hacemos muy viejos, empezamos a recordar los comienzos. No pestañees.

—¡Eh, doctor! ¿Es por lo de la fiebre Estigia que no puedo recordar nada anterior al Mesón del Murciélagos?

—Podría ser. ¿Cuánto tiempo hace que estás allí?

—No lo sé, doctor. Desde siempre.

—Desde antes de que yo descubriera ese lugar, de seguro. Fue cuando cerraron La Corrala aquí; en la Bodega Cuatro. Pero de eso hace un starth.

—Pero yo soy terriblemente viejo, doctor. ¿Cómo es que no puedo recordar?

—Tú no eres viejo, Spar. Sólo que estás calvo y desdentado, podrido por la Niebla de Luna, y tus músculos se han atrofiado. S y tu cerebro se ha atrofiado también. Ahora, abre la boca.

Una de las manos del doctor sujetó la nuca de Spar; la otra tanteó las encías.

—Al menos tienes las encías fuertes. Eso facilitará mi trabajo.

Spar quiso decirle lo de las gárgaras con agua salada, pero cuando el doctor le sacó la mano de la boca fue para ordenarle:

—Ahora, ábrela todo lo que puedas.

El doctor introdujo en la boca de Spar una cosa caliente y tan gruesa como un bolso de mano.

—Ahora, muerde con todas tus fuerzas.

A Spar le pareció que mordía un tizón encendido. Quiso escupirlo, pero unas manos sobre su mandíbula y su cráneo le mantenían la boca firmemente cerrada. Pataleó involuntariamente y arañó el aire. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Estáte quieto! Respira por la nariz. No quema tanto como tú crees. Ni siquiera te levantará ampollas.

Spar hubiera querido discutir tal afirmación, pero al cabo de un momento decidió que no quemaba tanto como para cocerle el cerebro a través del velo de su paladar. Además, no quería descubrir su cobardía ante el doctor. Permaneció quieto. Parpadeó varias veces, y pudo distinguir en medio de borrosos contornos la mancha correspondiente al rostro del médico, así como los límites de la estancia, bañados por la luz fría y mortecina. Trató de sonreír, pero sus labios estaban ya distendidos más allá de su capacidad muscular. Eso también le hacía daño; empezó a darse cuenta de ello a medida que disminuía el ardor.

El doctor le contemplaba, sonriendo.

—En fin... Sólo un viejo borrachín como yo podía atreverse a emplear unas técnicas que sólo conocía por los libros. Pero te garantizo que tendrás unos dientes tan afilados, que podrás cortar un obenque con ellos. Por favor, Kim. Apártate de esa bolsa.

La mancha negra que era el gato despegó de un salto desde un objeto también negro y dos veces más largo que él. Spar emitió por la nariz un sonido que quería ser desaprobador, e hizo algunas muecas. El objeto se parecía a la bolsita negra del doctor, sólo que a escala cien veces más grande. Debía ser pesado, además, pues cuando Kim saltó, el impulso puso en tensión el obenque del que colgaba, no regresando sino lentamente —ahí estaba el detalle— a la posición inicial.

—Esa bolsa contiene mi tesoro, Spar —explicó el doctor, y cuando el aludido alzó las cejas en señal de interrogación, continuó—: No está en monedas, ni en oro, ni en joyas, no. Es como una segunda infinitud transfinita... descanso, y sueños, y pesadillas para todas las almas en mil sitios como Windrush.

Bajó la mirada hacia su muñeca.

—Ya ha pasado bastante tiempo. Abre la boca.

Spar obedeció, a costa de nuevos dolores.

El doctor extrajo la cosa que Spar había mordido, y la envolvió en un plástico retráctil y la colgó del obenque más cercano. Luego estudió de nuevo la boca de Spar.

—Me parece que estaba demasiado caliente —dijo.

Cogió una bolsa pequeña, la aplicó a los labios de Spar y apretó. La pulverización invadió la boca del paciente y todo el dolor se desvaneció al momento.

Luego metió la bolsa en la faltriquera de Spar.

—Usala si te duele otra vez.

Antes de que Spar pudiera darle las gracias, el doctor le aplicó un tubo sobre el ojo derecho.

—Mira, Spar, y dime lo que ves.

Sin poder evitarlo, éste profirió un grito y se echó hacia atrás.

—¿Qué te pasa?

—¡Me ha dado usted un sueño, doctor! —dijo Spar con voz ronca—. No se lo

dirá a nadie, ¿verdad?

—¿Qué clase de sueño? —inquirió el médico, curioso.

—No era más que un dibujo, doctor. Representaba una cabra con cola de pescado. ¡Doctor...! He podido distinguir... hasta las escamas... —su mente vacilaba—. Todos los detalles... tenían bordes afilados. Doctor, ¿es eso lo que quieren decir cuando hablan de ver claro?

—En efecto, Spar. Eso es lo bueno, pues significa que no tienes ninguna lesión en el cerebro ni en la retina. Será fácil hacerte unas gafas aprovechando un par de prismáticos viejos... es decir, si no he perdido los míos. Por eso, en sueños lo ves todo claro... ¡es natural! Pero ¿por qué no quieres que se lo cuente a nadie?

—Pensé que podían acusarme de brujería, doctor. Creí que ver las cosas así era lo que llaman clarividencia. El tubo me hizo cosquillas en el ojo.

—¡Isótopos y chaladura! Tenía que hacerlas. Ahora, veamos el otro ojo.

De nuevo Spar quiso lanzar una exclamación, pero esta vez se contuvo pese al leve cosquilleo. Vio el retrato de una joven esbelta. Spar supo que era una mujer por su forma general, aunque su aspecto le pareció de lo más extraño, al percibir gran número de... detalles desconocidos para él hasta entonces. Por ejemplo, los ojos no eran dos manchas de color. Tenían rabillos a ambos lados, que eran dos triangulitos blancos como la porcelana. Y en medio, el círculo de color violeta pálido presentaba otro círculo negro más pequeño.

El cabello era plateado, pero sin embargo ella parecía joven. Aunque era difícil juzgar tales extremos ahora que veía tantos detalles, pensó Spar. Le recordó a la rubia platino que había entrevistado en la cueva de Crown.

Llevaba un largo vestido blanco que dejaba los hombros desnudos. Su cabello, en vez de flotar libremente, colgaba hacia dichos hombros por efecto de algún truco, o de alguna fuerza desconocida, que también tiraba del vestido hacia los pies marcándole numerosos pliegues... o eso parecían.

—¿Cómo se llama, doctor? ¿Es Almodie?

—No. Es Virgo, la virgen. Puedes ver los detalles.

—Sí, doctor. Lo veo todo nítido... como el filo de un cuchillo. Y la cabra-pep, ¿qué era?

—Capricornio —respondió el doctor, apartando el tubo del ojo de Spar.

—Ya sé que Virgo y Capricornio son nombres de luths, terranths, sunths y starths, pero nunca supe que tuvieran retratos. Nunca supe que eran cosas.

—¿Eh...? ¡Claro! Tú nunca has podido ver un reloj, ni una estrella, ni mucho menos las constelaciones del Zodíaco.

Star estuvo a punto de preguntarle de qué estaba hablando, pero entonces observó que el resplandor cadavérico se había extinguido, a excepción de una ancha franja de claridad.

—Al menos, hasta donde tu memoria puede abarcar —estaba diciendo el médico—. Tendré preparados tus nuevos ojos y dientes el próximo Día de Ocio. Procura venir más pronto, si puedes. Es posible que nos veamos antes en el Mesón del Murciélago, tal vez el Día de Juerga por la noche.

—Gracias, doctor. Ahora debo irme. ¡Vamos, Kim! Los Días de Ocio por la noche suele haber mucho trabajo. Los parroquianos adelantan el Día de Juerga, a lo que parece. Salta, Kim, que te llevo.

—¿Seguro que sabrás regresar solo al Mesón del Murciélago, Spar? Antes de que llegues allí habrá oscurecido.

—Claro que podré, doctor.

Mas cuando cayó la oscuridad, como una pesada caperuza sobre su cabeza, deseó regresar para pedirle al doctor que le acompañase. Pero temió las burlas de Kim, aunque de momento el gato no decía palabra. Se impulsó hacia delante con rapidez, pese a que el débil resplandor de las luces de navegación apenas le permitía distinguir el cable-guía.

El pasillo central aún estaba peor: completamente desierto y muy mal iluminado. Ahora que sabía lo que era ver con claridad, le molestaba su visión borrosa. Empezó a sudar y a temblar, y sintió náuseas. Todo ello eran síntomas de malestar por haberse quitado de la bebida. Sus pensamientos giraban en torbellino. Se preguntó si alguna de las cosas raras que le habían pasado desde que recogió a Kim era real, o si todo habría sido un sueño. También le preocupaba el obstinado —¿o forzado?— silencio del gato. Empezó a ver unas manchitas voladoras que se desvanecían cuando procuraba contemplarlas fijamente. Recordó lo que Keeper y los parroquianos decían sobre las brujas y los vampiros.

Entonces, en vez de entrar por la escotilla verde del Mesón del Murciélago, se perdió por un pasillo lateral completamente oscuro. Creyó escuchar el gruñido del perro Hellhound, aunque también podía ser el ruido del triturador principal. Temblaba de pánico cuando por fin tropezó a oscuras con la escotilla roja del Mesón, y entró justo a tiempo de no rozar el marco adhesivo.

El lugar estaba lleno de luz y animación. Había parejas que bailaban. Tan pronto como le vio, Keeper empezó a dirigirle insultos. Spar pasó al otro lado de la barra y empezó a recibir encargos y a servirlos maquinalmente, guiándose sólo por los sonidos y el tacto, deslumbrado por la fuerte luz y notando que su resaca empeoraba más que nunca.

Al cabo de un rato las cosas fueron mejor; en cambio su nerviosismo empeoró. Sólo el trabajo incesante le permitía soportarlo, así como le mantenía sordo a los insultos de Keeper. Pero empezaba a sentirse demasiado cansado para trabajar. Mientras amanecía el Día de Juerga y la clientela cada vez más numerosa se agolpaba en torno a la barra, cogió una bolsa de Niebla de Luna y se la llevó a los labios.



Unas garras se clavaron en su pecho.

—¡Nessssio! ¡Esssclavo! ¡Sssssumisso!

A Spar poco le faltó para caer en convulsiones, pero desistió de beber. Kim salió de entre sus ropas y, después de alejarse de un salto, despectivo, se puso a dar vueltas por la barra y hablar con los bebedores, convirtiéndose pronto en el centro de todas las conversaciones. Keeper empezó a darse importancia por cuenta del gato, y dejó de servir. Spar trabajaba y trabajaba sin parar, más mareado por la abstinencia que por ninguna de las borracheras que pudiese recordar. El malestar era infinitamente más prolongado.

Suzy entró en compañía de uno de sus fletes, y le tocó la mano a Spar mientras éste servía su tinto. Eso le reconfortó.

Creó reconocer una voz que venía de abajo. Era de un parroquiano melencólico, que vestía traje de faena, desconocido para él. Pero luego le oyó hablar de nuevo y pensó que era el alférez Drake. Había varios clientes más a quienes no conocía.

El lugar estaba realmente animado. Keeper aumentó el volumen de la música. Solos o por parejas, los parroquianos daban tumbos por el aire, de un obenque a otro, en una imitación, de baile. Una chica de negro hacía contorsiones gimnásticas. Otra, de blanco, echó a flotar sobre la barra circular mientras Keeper se vengaba cargando consumiciones inexistentes en la cuenta de su amigo. Algunos bebedores intentaron formar un coro.

Spar oyó que Kim recitaba:

*Ssss soy un minino  
pissstonudo;  
ssssoy assseessino  
de loss ratoness  
y aquí ssssaludo  
a los muchachoss  
gordinflonesss.  
¡Hola, machchoss!*

Cayó la noche del Día de Juerga y la animación creció. El doctor seguía sin aparecer por allí. En cambio, se presentó Crown. Los bailarines se apartaron y todo un sector de parroquianos se movió para dejarle espacio a él, a sus chicas y a Hellhound, hasta que los recién llegados dispusieron de más de una tercera parte de la barra circular, sin que nadie se atreviera a acercárseles. Con gran sorpresa de Spar, todos pidieron café menos el perro, que al ser interrogado por Crown respondió:

—Un Bloody Mary —pero pronunciado en un tono tan profundo que más bien

pareció un gruñido, algo así como «Un Bluh-Muh».

—¡Si essso esss hablarr! —se burló Kim desde el lado opuesto de la barra. Los borrachos que le rodeaban le hicieron un coro de risitas irónicas.

Spar sirvió las bolsas de café muy caliente con las pinzas de fieltro que servían para cogerlas, y preparó el combinado pedido por Hellhound mediante una pipeta mezcladora. Estaba al límite de sus fuerzas y en aquel momento tenía miedo de lo que pudiera ocurrirle a Kim. Veía los rostros cada vez más borrosos, pero distinguía a Rixende por su pelo negro, a Phanette y Doucette por su cabello pelirrojo y su complexión delicada con raras motas rojizas; en cuanto a la rubia platino, era en efecto Almodie, aunque parecía fuera de lugar entre el feo bulto moreno vestido de púrpura y la otra silueta más pequeña y oscura, con sus orejas puntiagudas.

Spar oyó que Crown le susurraba:

—Pídele a Keeper que te enseñe el gato parlante.

Hablaba muy bajo, y Spar no habría sido capaz de oírlo a no ser por la extraña nota de excitación en su voz, que Spar no le conocía.

—Pero ¿no se pelearán? Quiero decir, él y Hellhound —respondió ella con una voz que cautivó el corazón de Spar como una red de zarcillos de plata. Le habría gustado poder contemplar su rostro a través del tubo del doctor. Sin duda se parecería a Virgo, sólo que mucho más hermosa. Aunque, por supuesto, tratándose de una chica de Crown no podía ser virgen. Sus ojos eran también de color violeta, pero él ya estaba harto de no ver más que manchas. Almodie parecía muy asustada, pero continuó:

—No lo hagas, Crown. Por favor.

Spar quedó completamente subyugado.

—Hemos venido para eso, muñeca. Y nadie ha de venir a decirnos lo que debemos hacer. Nos figurábamos que ya lo habrías aprendido. Nos gustaría darte otra lección ahora mismo, sólo que por aquí huele mucho a guardia emboscado, esta noche. ¡Keeper! Nuestra nueva muñeca quiere oír a tu gato parlante. Tráelo aquí.

Kim se acercó flotando a través de la barra, mientras Keeper se desgañitaba sin verle. El gato se apoyó en un obenque delgado y miró a Crown con impertinencia.

—¿Sssssí?

—Corta esa música, Keeper.

La música agonizó de repente. Al cabo de unos momentos, las voces fueron enmudeciendo también.

—Bien, gato. Habla.

—Sssé muchchcho mássss. Voy a cantarr! —anunció Kim, y prorrumpió en una serie de maullidos que no respondían en lo más mínimo a las ideas de Spar acerca de la música.

—Es música abstracta —susurró Almodie, maravillada—. ¿Has oído eso, Crown?

Era una séptima disminuida.

—Yo diría más bien una tercera enloquecida —comentó Phanette desde el otro lado.

Crown les hizo seña de que guardaran silencio.

Kim terminó con un sobreagudo impresionante. Paseó la mirada por su asombrado auditorio y luego se puso a lamerse un hombro.

Crown apoyó la mano izquierda en el borde del mostrador y dijo con fingida indiferencia:

—Puesto que no quieres hablar con nosotros, ¿hablarás con nuestro perro?

Kim miró fijamente a Hellhound, que estaba sorbiendo su Bloody Mary. Sus ojos se agrandaron, sus pupilas se contrajeron en dos rendijas y frunció los labios mostrando los colmillos afilados como agujas.

—¡Perrrrro assssquerrrosso! —silbó.

Hellhound saltó tomando impulso en la palma de la mano izquierda de Crown; éste le ayudó proyectándole hacia delante y hacia la izquierda, donde se hallaba Kim. Pero el gato hizo una rápida finta, encaramándose a un obenque contiguo. Las quijadas del perro se cerraron a casi medio metro del blanco y su gran bulto negro pasó de largo flotando.

Hellhound aterrizó con las cuatro patas sobre la tripa de un borracho gordinflón, haciéndole atragantarse, y aprovechó para salir disparado en sentido contrario. Kim saltaba de un obenque a otro. Esta vez volaron unos pelos cuando chasquearon de nuevo las quijadas, pero al mismo tiempo hendió el aire una garra rígidamente extendida.

Crown sujetó a Hellhound por el collar para que no volviese al ataque. Tocó al perro debajo del ojo y luego se llevó los dedos a la nariz.

—Quieto, muchacho —dijo—. No puedes ir por ahí matando músicos geniales.

Descargó el puño sobre el mostrador y agregó:

—Bien, gato. Ya has hablado con nuestro perro. ¿No tendrías una palabra para nosotros?

—Sssssí.

Kim saltó al obenque más cercano al rostro de Crown. Spar se precipitó a sujetarle, mientras Almodie trataba de retener a Crown por el brazo.

Kim bufó con violencia:

—¡Monsssstruo! ¡Aborrto del inffffierno!

Spar y Almodie llegaron demasiado tarde. De entre los dedos cerrados de Crown surgió un chorro delgado que alcanzó de lleno a Kim en sus fauces abiertas.

Al cabo de un instante que a Spar le pareció eterno, su propia mano levantada consiguió cortar el chorro. Sintió una fuerte quemadura en el dorso de la misma.

Kim pareció encogerse sobre sí mismo y luego huyó alejándose de Crown hacia

una escotilla abierta.

Crown dijo:

—Esto es matacán, un recurso tan antiguo como el fuego griego, pero bien conocido por nuestra gente. La medicina perfecta para un gato-brujo.

Spar saltó sobre Crown cogiéndole del pecho y tratando de golpearle la mandíbula. Ambos se alejaron de la barra a la mitad de la velocidad con que Spar se había abalanzado.

Crown ladeó la cabeza. Spar le hincó las encías en la garganta. Se oyó un «clic» y Spar sintió frío en la espalda. Un triángulo metálico se aplicaba a su carne, a la altura de los riñones. Spar aflojó las mandíbulas y se quedó flotando, inerte. Crown emitió una risa burlona.

Un brillo azulado en la mano de uno de los parroquianos inmovilizó a todo el mundo en el Mesón del Murciélago. Parecían más cadavéricos que nunca, bajo la lívida luz proveniente de estribor. Una voz ordenó:

—Vamos, muchachos. Desalojen el local. Vamos a clausurarlo. Amanecía el Día del Sueño. El frío triángulo se apartó de la espalda de Spar. Se oyó de nuevo el «clic» y Crown dijo: —Adiós, pequeño.

Luego se alejó en compañía de sus cuatro mujeres y de su perro. Phanette y Doucette flotaban a ambos lados de Hellhound, como si sujetaran su collar.

Spar sollozó y se puso a buscar a Kim. Al cabo de un rato, Suzy acudió en su ayuda. El Mesón del Murciélago se vaciaba con rapidez. Por último, Spar y Suzy consiguieron acorralar a Kim en un rincón, y el primero le cogió por el pecho. Las patas delanteras de Kim rodearon su muñeca, sacando las uñas. Spar sacó la bolsa que le había dado el doctor y la metió entre las quijadas de Kim; éste le clavó las uñas, pero Spar no le hizo caso y apretó con cuidado el nebulizador. Las uñas dejaron de arañarle y Kim se tranquilizó. Spar le acarició con ternura mientras Suzy le vendaba la muñeca a él.

Entonces apareció Keeper en compañía de dos parroquianos, uno de los cuales era el alférez Drake, quien dijo:

—Mi compañero y yo montaremos guardia en las escotillas de proa y de estribor.

El Mesón del Murciélago había quedado completamente desierto. Spar dijo:

—Crown tiene una navaja.

Drake asintió. Suzy tocó la mano de Spar y dijo:

—Quiero quedarme aquí esta noche, Keeper. Tengo miedo.

—Puedo ofrecerte un obenque para pasar la noche.

Drake y su compañero se alejaron lentamente hacia sus puestos de vigilancia.

Suzy apretó la mano de Spar y éste dijo con cierta desgana:

—Puedo ofrecerte el mío, si lo prefieres.

Keeper se echó a reír y, después de comprobar que los hombres del Puente se

habían alejado, susurró:

—Tendrá que ser el mío que además, a diferencia del de Spar, es de mi propiedad. Y tengo Niebla de Luna. O eso, o los pasillos. Suzy suspiró, vaciló y luego se fue con Keeper.

Spar se encogió de hombros con desaliento. ¿Esperaba acaso Suzy que se pelease con Keeper por ella? Lo triste era que Spar ya no la deseaba como antes; ahora veía en ella a una amiga nada más. Estaba enamorado de la nueva chica de Crow. Lo cual, bien mirado, era más triste aún.

Se sintió muy cansado. Ni siquiera la perspectiva de tener unos ojos nuevos al día siguiente bastó para animarle. Enganchó su tobillo a un obenque para dormir, y se ató un trapo sobre los ojos. Acarició el lomo de Kim, que aún no había vuelto a hablar, y se durmió en un instante.

Soñó con Almodie. Era como Virgo, incluso con el mismo vestido blanco. Sostenía entre sus brazos a Kim, que relucía como cuero negro recién pulido. Ella se le acercaba sonriendo pero, aunque no dejaba de avanzar, siempre les separaba la misma distancia.

Mucho más tarde —creyó— despertó sintiendo el malestar de la desintoxicación. Sudaba y estaba mareado, pero eso era lo de menos. Tenía los nervios en tensión y estaba seguro de que, de un momento a otro, todos sus músculos se retorcerían en espasmos agónicos. Su mente trabajaba de un modo tan febril que no conseguía captar sino un pensamiento de cada diez. Era como sentirse impulsado por un viento fuertísimo a lo largo de un pasillo sinuoso y pésimamente iluminado. Si rozaba la pared, todo habría concluido. Los obenques ondulaban en curvas sinuosas a su alrededor.

Kim no estaba a su lado. Se arrancó la venda de los ojos, pero sólo para hallarse tan a oscuras como antes. Era Día del Sueño por la noche. Pero el malestar cesaba y la fiebre de su cerebro disminuía. Todavía estaba tenso y le parecía ver idas y venidas de negras serpientes, pero ahora sabía que esto eran imaginaciones suyas. Incluso pudo distinguir el débil resplandor de tres luces de navegación.

Entonces vio dos bultos que se acercaban flotando hacia él. Apenas pudo entrever las manchas de los ojos, verdes los de la figura más pequeña y violetas los de la otra, enmarcados por un halo de plata. Esta última era muy blanca y flotaba alrededor de ella como un resplandor. Pero no sonreía, sino que exhibía los dientes en una mueca que Spar distinguió como un brillo blanco horizontal. Y allí estaba Kim, enseñando también los colmillos.

Súbitamente recordó a la rubia de cabello dorado que había visto actuando como camarera en la cueva de Crown, y cayó en la cuenta de que era Sweetheart, la examiga de Suzy raptada por los vampiros el anterior Día del Sueño.

Quiso gritar, pero no le salió más que un ladrido ronco, y se llevó la mano al

tobillo para soltarse del obenque.

Las figuras se desvanecieron; habían huido hacia abajo, pensó. Se encendieron unas luces, y alguien se acercó flotando para sacudir el hombro de Spar.

—¿Qué ha pasado, abuelo?

Spar farfulló algo incomprensible mientras pensaba en cómo contárselo a Drake. No quería perjudicar a Almodie ni a Kim.

—He tenido una pesadilla. Me atacaban unos vampiros —dijo.

—¿Descripción?

—Una mujer vieja y... un perro pequeño.

El otro oficial se acercó diciendo:

—La escotilla negra está abierta.

Drake dijo:

—Keeper ha declarado que siempre la dejan cerrada. Vamos allá, Fenner.

Mientras el otro se alejaba, añadió:

—¿Estás seguro de que sólo fue una pesadilla, abuelo? ¿Un perro pequeño? ¿Y una mujer vieja?

Spar respondió afirmativamente, y Drake siguió a su compañero desapareciendo por la escotilla negra.

Amaneció el Día de Faena. Spar se sentía enfermo y mareado, pero se enfrascó en su rutina habitual. Quiso hablar con Kim, pero el gato seguía tan silencioso como la tarde anterior. Keeper estaba tan antipático como siempre y le dio mucho quehacer: el lugar mostraba las huellas del Día de Juerga. Suzy se marchó en seguida, sin responder a sus preguntas acerca de Sweetheart u otros intentos de conversación. Drake y Fenner no habían regresado.

Spar barrió y Kim patrulló el local, sin dirigirse la palabra. Por la tarde se presentó Crown y estuvo hablando en voz baja con Keeper, sin que ni Spar ni Kim pudieran escuchar lo que decían. Era como si no estuviesen allí, para el caso que les hizo Crown.

Spar se interrogó sobre lo que había visto la noche anterior. Llegó a la conclusión de que realmente pudo ser una pesadilla. El haber reconocido de memoria a Sweetheart dejó de parecerle significativo. Había sido estúpido de su parte el pensar que Almodie y Kim pudieran ser vampiros, ni en sueños ni en la realidad. El doctor había dicho que los vampiros eran meras supersticiones. Pero Spar no pudo seguir pensando. Los síntomas de resaca continuaban, aunque ahora menos violentos.

Cuando amaneció el Día de Ocio, Keeper dio permiso a Spar para ausentarse, sin someterle previamente a un interrogatorio como solía. Spar quiso llevarse a Kim, pero no consiguió localizar el bulto negro. Pensó que, bien mirado, valía más ir solo.

Se dirigió derecho al consultorio del doctor. Los pasillos no estaban tan desiertos como el Día de Ocio anterior. Una vez más se cruzó con el acostumbrado borrachín,

quien soliloquiaba esta vez:

—¡Catedrales! ¡Cátedras y Cataplasmas!

La escotilla del consultorio estaba abierta, pero el doctor no se encontraba allí. Spar aguardó largo rato, molesto por la luz cadavérica. No era propio del doctor el dejar su consultorio abierto y desatendido. Y la noche anterior no se había presentado en el Mesón del Murciélago, como casi había prometido.

Por último, Spar empezó a mirar a su alrededor. Una de las primeras cosas que observó fue que faltaba la gran bolsa negra que, según el doctor, contenía todos sus tesoros.

Luego se dio cuenta de que el paquete de plástico retráctil brillante donde el médico había guardado el molde de las encías de Spar, ahora contenía algo diferente. Lo descolgó del obenque. Contenía dos objetos.

Se hizo un corte en un dedo al tocar el primero de ellos, que era de forma semicircular, medio rosado y medio brillante. Lo palpó con más cautela, sin hacer caso de las gotas de sangre que dejaba flotando por el aire, y descubrió que tenía unas depresiones irregulares en las partes sonrosadas, arriba y abajo. Entonces se lo introdujo en la boca. Sus encías encajaban con las irregularidades. Abrió la boca y luego la cerró, procurando mantener la lengua encogida. Se oyó un chasquido y un «clic».

¡Por fin tenía dientes!

Sus manos temblaban mientras palpaba el otro objeto, aunque esta vez no era efecto de la resaca.

Consistía en dos aros gruesos unidos por un puente, con otras dos varillas recias a ambos lados y dobladas en los extremos.

Sin saber muy bien lo que hacía, adaptó los aros a sus ojos, pasando los extremos de las varillas dobladas sobre sus orejas. ¡Podía ver claramente! Todo tenía contornos definidos, incluso sus manos con los dedos separados y... el coágulo de sangre en un dedo. Lanzó un grito —un prolongado alarido de sorpresa— y echó una ojeada por todo el consultorio. Docenas y docenas de objetos, todos de contornos perfectamente nítidos, al principio fueron demasiado para él. Cerró los ojos.

Cuando su temblor hubo remitido un poco y su respiración se normalizó, volvió a mirar cautelosamente y empezó a inspeccionar las cosas que colgaban de los obenques. Cada una de ellas era una maravilla, aunque de muchas no sabía para qué podían servir. Algunas, que conocía por el uso o por tener de ellas una noción borrosa, le desconcertaron al revelársele su verdadero aspecto: un peine, un cepillo, un libro con sus páginas —con su infinidad de complicados signos negros—, un reloj de pulsera con los signos de Capricornio y Virgo en su esfera, así como los de Tauro, Piscis y los demás, con finas agujas radiales moviéndose a diferentes velocidades o aparentemente inmóviles y apuntando a los distintos signos zodiacales...

Antes de darse cuenta, se había acercado al panel de donde procedía el resplandor cadavérico. Haciendo acopio de valor, se volvió para mirarlo, viéndose obligado a prorrumpir en un nuevo grito de sorpresa.

La luz lívida no era uniforme, aunque el panel ocupaba ahora casi la cuarta parte de su campo de visión. Sus dedos tocaron una especie de plástico rígido y transparente. Al otro lado —y con fundados motivos para sospechar que a muy gran distancia— destacaban en medio de la oscuridad numerosos... puntitos de luz brillante. Para él, un punto era una cosa aún más extraña que un contorno definido; sin embargo, le era forzoso dar crédito a lo que estaba viendo.

Pero en el centro, y dominando toda aquella oscuridad, había un disco muy blanco y ligeramente puntuado de zonas más o menos oscuras.

No parecía ser cosa eléctrica, y sin duda tampoco ardía como el fuego. Al cabo de un rato, se le ocurrió a Spar la extraña idea de que pudiera estar iluminado por otra fuente de luz aún más poderosa y situada detrás de Windrush.

No lograba concebir que existiera tanto espacio alrededor de Windrush. Era como pensar en una realidad más amplia, que contenía la realidad por él conocida hasta entonces.

Y, si Windrush se movía entre el disco brillante y la hipotética fuente de luz, la sombra de aquélla debería quedar recortada sobre el disco. A menos que Windrush fuese infinitamente pequeña en comparación con el mismo. Realmente, todas estas especulaciones eran demasiado fantásticas para él.

Pero ¿podía haber algo demasiado fantástico? Hombres-lobo, brujas, puntos, líneas, magnitudes y espacios inconcebibles hasta para la imaginación más desenfrenada.

La primera vez que había visto el disco blanco brillante, éste era perfectamente circular. Al mismo tiempo había escuchado los crujidos que siempre acompañaban al mediodía. Ahora el disco aparecía con uno de sus bordes un poco menguante, como si estuviera achatado. Spar se preguntó si se habría desplazado la hipotética incandescencia detrás de Windrush, o bien el disco blanco habría girado, o por el contrario Windrush giraba alrededor del disco blanco. Tales pensamientos, y especialmente el último, casi producían un vértigo insoportable.

Se dirigió hacia la escotilla abierta preguntándose si debía cerrarla al salir. Decidió no hacerlo. El pasillo fue otra sorpresa, pues se prolongaba más y más y más, hasta que las paredes parecían juntarse... y a lo largo de las mismas había flechas. Las de color rojo apuntaban a babor, de donde él venía, y las verdes a estribor, hacia donde se dirigía. Para él no habían sido nunca sino manchas de color. Mientras tomaba impulso a lo largo del cable-guía —una estacha extraordinariamente nítida— comprobó que el diámetro del corredor seguía siendo siempre el mismo, hasta llegar al pasadizo central violeta.



Le habría gustado avanzar hasta donde llegase el límite de las flechas verdes, a estribor, para verificar si existía la incandescencia supuesta por él, y también para fijarse en los detalles del extraño disco anaranjado oscuro que tanto solía inquietarle. Pero decidió que antes debería dar parte al Puente de la desaparición del doctor. Tal vez pudiera localizar a Drake. Y también tendría que informar la desaparición de los tesoros del médico, se recordó a sí mismo.

Los rostros de quienes pasaban junto a él le fascinaban. ¡Qué tumulto de narices y de orejas! Tropezó con una figura encorvada. Era una anciana cuya nariz casi le tocaba la barbilla. Estaba haciendo algo con dos varillas largas y un ovillo de hilo.

—¿Qué estás haciendo, abuela? —le preguntó.

La anciana resopló, indignada:

—Hago calceta.

Dicho esto se apartó sin dejar de refunfuñar. Spar quiso recuperar el cable-guía cuando se dio cuenta de que ya estaba junto a la entrada del puente.

Cuando llegó vio miríadas de estrellas en lo alto. Los resplandores irisados no eran sino cuadros de luces multicolores que se encendían y apagaban de modo irregular. En cuanto a los silenciosos oficiales... parecían muy viejos. Miraban y gesticulaban de un modo mecánico. Parecían flotar en un estado de sonambulismo. Spar se preguntó si ellos sabrían a dónde se dirigía Windrush... o si estaban enterados de lo que ocurría en Windrush más allá del Puente.

Un oficial joven y moreno, de cabellos rizados, flotó hacia él; hasta que le dirigió la palabra no reconoció al alférez Drake.

—Hola, abuelo. ¡Oye! ¿Sabes que pareces mucho más joven? ¿Qué es eso que llevas en la cara?

—Unos prismáticos. Me sirven para ver claro.

—Pero si los prismáticos tienen unos tubos. Vienen a ser como una especie de telescopio binocular.

Spar se encogió de hombros y refirió la desaparición del doctor y de su gran bolsa negra del tesoro.

—Pero ¿no has dicho que bebe mucho y que según él sus tesoros eran sueños? Suena como si estuviese un poco mochales. A lo mejor está bebiendo en otra parte.

—El doctor era un cliente fijo. Siempre iba al Mesón del Murciélago.

—Bien, veré lo que puedo hacer. Por cierto, me han prohibido continuar la investigación que había iniciado en lo de vuestro Mesón. Por lo visto ese Crown habló con algún tipo influyente. Los oficiales antiguos son más fáciles de convencer; no porque se dejen sobornar, sino para no complicarse la vida y escoger siempre la vía más cómoda. Fenner y yo no hallamos rastro de la vieja ni del perro pequeño, ni de mujer o animal alguno ni... de nada.

Spar le habló a Drake de cómo anteriormente Crown había intentado robarle la

bolsita negra al doctor.

—Y tú crees que todo podría estar relacionado. Bien; tal como he dicho, veré lo que puedo hacer.

Spar regresó al Mesón del Murciélago. Resultaba muy raro ver con detalle la cara de Keeper. Parecía avejentado, y la mancha colorada del centro de su rostro no era otra cosa sino una narizota roja y estriada por numerosas venas. Sus ojos pardos eran más ávidos que curiosos. Le preguntó a Spar qué se había puesto en la cara, y éste decidió que sería más prudente no revelarle a Keeper que ahora lo veía todo con absoluta claridad.

—Es un nuevo modelo de bisutería facial, Keeper. ¡Maldita Tierra!, ya que no tengo ni un pelo en la cabeza, debo adornarme con algo, ¿no crees?

—¡No blasfemes, Spar! Sólo un borrachín como tú es capaz de gastarse sus créditos en un artilugio tan ridículo.

Spar no se molestó en explicarle a Keeper que todos los créditos ganados en su Mesón del Murciélago formaban un rollo no mayor que el hueco de la mano. Tampoco le habló de su éxito en abstenerse de la bebida, ni dijo nada de sus dientes, procurando mantenerlos ocultos detrás de los labios.

No se veía a Kim por ninguna parte. Keeper se encogió de hombros.

—Se habrá largado. Ya sabes cómo son esos animales vagabundos, Spar.

Sí, pensó Spar; lo raro era que se hubiese quedado tanto tiempo en semejante lugar.

Seguía maravillándose al comprobar cómo era el Mesón del Murciélago visto con todo detalle. Era un recinto formado por dos pirámides unidas por la base cuadrada. Los dos vértices eran el rincón morado a proa, y el púrpura a popa. Los cuatro rincones de la imaginaria base eran el verde a estribor, el negro abajo, el rojo a babor y el azul arriba, designándolos en el sentido de las agujas del reloj mirando a popa.

Suzy llegó a primera hora del Día de Juerga. Spar se impresionó al comprobar su aspecto desaliñado y ver sus ojos inyectados en sangre. Pero le emocionaron sus manifestaciones de afecto, prueba de la fuerte amistad que había entre ellos. Por dos veces, aprovechando otros tantos descuidos de Keeper, le cambió la bolsa de tinto casi vacía por otra llena. Ella le dijo que sí, que había conocido a Sweetheart y que sí, que según contaba la gente, Mable había visto cómo los vampiros se llevaban a Sweetheart.

Había poca animación para ser Día de Juerga. No se presentó ningún cliente nuevo. Pese a una certidumbre instintiva que le atenazaba, Spar no desesperaba de ver entrar al doctor dando tumbos de un obenque a otro y haciendo comentarios sobre los artefactos que acababa de proporcionarle a Spar, para luego ponerse a hablar de los Antiguos Días y soltar los aforismos de su extraña filosofía.

Por la noche se presentó Crown con sus chicas, a excepción de Almodie.

Doucette dijo que se había quedado en la cueva porque tenía jaqueca. Una vez más, pidieron café para todos, aunque a Spar le pareció que venían bastante achispados.

Estudió sus rostros con disimulo. Aunque nerviosos y vivos, todos tenían en sus miradas una expresión parecida a la que había observado en la mayoría de los oficiales del Puente. El doctor los había calificado de cadáveres vivientes. Era interesante observar que lo que le habían parecido manchas en las caras de Pranette y Doucette eran en realidad pecas... grupos de motas rojizas que destacaban sobre las pálidas mejillas.

—¿Dónde está el famoso gato que habla? —preguntó Crown dirigiéndose a Spar.

Éste se encogió de hombros. Keeper intervino:

—Se ha extraviado. De lo cual me alegro; no me gusta tener aquí un felino capaz de armar trifulcas como la de anoche. Sin apartar de Spar sus ojos de iris amarillento, Crown dijo:

—Nos parece que esa trifulca ha motivado la jaqueca de Almodie esta noche. Por eso no ha querido venir. Le diremos que has echado al gato-brujo.

—Si no lo hubiera hecho Spar, lo haría yo —terció Keeper—. ¿Cree el señor juez que era un gato-brujo?

—Estamos seguros de ello. ¿Qué es ese trasto que Spar lleva pegado a la cara?

—Bisutería barata, juez, de la especie que por lo visto gusta a los borrachos.

Spar tuvo el presentimiento de que aquella conversación había sido convenida de antemano; de que había un arreglo entre Crown y Keeper. Pero se limitó a encogerse otra vez de hombros. Suzy parecía indignada, aunque guardó silencio.

Sin embargo, volvió a quedarse cuando el Mesón del Murciélago cerró sus escotillas. Esta vez Keeper no le exigió que le acompañara, sino que bostezó y se limitó a lanzarle un guiño significativo antes de desaparecer por la escotilla. Spar verificó que todo estuviese bien cerrado y apagó las luces, aunque no importaba, pues ya se percibía la claridad del amanecer. Luego se reunió con Suzy, que había ocupado el obenque donde él solía dormir.

Ella preguntó:

—No habrás echado a Kim, ¿verdad?

Spar respondió:

—No. Se ha extraviado, como dijo Keeper al principio. No sé dónde está.

Suzy sonrió y rodeó a Spar con los brazos.

—Esas cosas que llevas en los ojos son muy bonitas —murmuró. Spar dijo:

—Suzy, ¿sabías que Windrush no es el Universo? Es una nave que viaja por el espacio girando alrededor de un disco blanco que tiene manchas; un disco infinitamente más grande que la misma Windrush. ¿Lo sabías?

—Sé que a Windrush le llaman a veces La Nave. He visto ese disco... en reproducciones. Olvida esas ideas descabelladas, Spar, y toma lo que te ofrezco.

Spar lo hizo, principalmente por amistad. Se olvidó de unir su tobillo al obenque. El cuerpo de Suzy no le atraía. Estuvo todo el rato pensando en Almodie.

Cuando terminaron, Suzy se durmió. Spar se ató la venda sobre los ojos y trató de hacer lo mismo. Le molestaban los síntomas de la desintoxicación casi tanto como el último Día del Sueño. La ligera mejoría fue lo único que le disuadió de acercarse a la barra para coger una bolsa de Niebla de Luna. Luego sintió un súbito dolor en la espalda, como si tuviera un calambre, y sus síntomas empeoraron. Se dobló una o dos veces sobre sí mismo y luego, cuando el dolor amenazaba con volverse insoportable, se desmayó.

Al despertar, con fuerte dolor de cabeza, descubrió que no sólo su tobillo sino todas sus extremidades estaban atadas al obenque, las muñecas a un lado y los tobillos al opuesto. Tenía las manos y pies entumecidos y su nariz rozaba el obenque.

Notó un resplandor a través de los párpados. Entreabrió los ojos y vio a Hellhound vigilándole, con las patas traseras dobladas y apoyadas en un obenque cercano. Pudo ver claramente los poderosos colmillos del perro, dispuesto a saltar sobre su garganta al menor movimiento sospechoso.

Spar apretó las mandíbulas, notando sus afilados dientes de metal. Al menos, tenía algo mejor que las encías para replicar a un ataque cara a cara.

Más allá divisó unas espirales transparentes y negras. Comprendió que estaba en la cueva de Crown. Evidentemente, el dolor que sintió en la espalda había sido debido a una inyección de droga.

Pero Crown no le había quitado la bisutería facial, ni se había fijado en su dentadura. Para él, Spar seguía siendo el viejo ciego y desdentado.

Entre Hellhound y las espirales, vio al doctor atado a un obenque con la gran bolsa negra enganchada a su lado. Le habían puesto una mordaza. Por lo visto había intentado gritar. Spar decidió no hacerlo. Los ojos grises del doctor estaban abiertos y a Spar le pareció que le estaba mirando.

Muy poco a poco, sus dedos entumecidos buscaron el obenque por encima del nudo que sujetaba sus muñecas, y tiró con todas sus fuerzas. Las ligaduras se deslizaron por el obenque, un milímetro hacia abajo. Mientras se moviese con lentitud suficiente, Hellhound no se fijaría. Repitió su acción a intervalos.

Con más lentitud aún, volvió el rostro a la izquierda. Sólo vio que la escotilla que daba al pasillo estaba cerrada, y que más allá del perro y del doctor, entre las espirales negras, había un camarote completamente desierto y sin amueblar, con un fondo de estrellas a estribor. La escotilla que conducía a ese camarote estaba abierta, mostrando la puerta de emergencia con su distintivo de rayas negras.

Cuando se volvió hacia la derecha, siempre lentamente como precaución para no ser asaltado por el perro, que espiaba el menor signo de movimiento, había logrado bajar dos centímetros el nudo que sujetaba sus muñecas.

Lo primero que vio fue un recuadro transparente. Dentro del mismo se veían más estrellas y, en la parte superior, el disco anaranjado oscuro. Por fin podía verlo con claridad. La parte oscura era la superior, y la inferior era la de color naranja. No parecía más grande que la palma de la mano de Spar. Mientras miraba, vio un súbito destello en la parte anaranjada. Fue un brillo breve que se convirtió de pronto en un punto negro. Spar experimentó una pena indefinible, esta vez más que nunca.

Entonces vio un espectáculo horrible. Suzy estaba atada a un bastidor metálico, muy pálida, y tenía los ojos cerrados. De un lado de su cuello salía un tubo aspirador rojo que terminaba en cinco ramales. Cuatro de ellos terminaban en las rojas bocas de Crown, Rixende, Phanette y Doucette. El quinto estaba cerrado con un pequeño clip metálico, y más allá del mismo flotaba Almodie, cubriéndose los ojos con las manos.

Crown dijo en voz baja:

—La queremos toda. Quítaselo todo, Rixie.

Rixende obturó el extremo de su tubo y flotó hacia Suzy. Spar creyó que iba a quitarle las bragas azules y los sostenes, pero en vez de esto se puso a masajear una de las piernas de Suzy, apretando siempre en sentido ascendente, de los tobillos hacia la cintura, para que la sangre restante fluyera hacia el cuello.

Crown se quitó el tubo de los labios lo justo para exclamar:

—¡Ahhhh! Buena hasta la última gota.

Luego sorbió apresuradamente la sangre que se había acumulado mientras tanto y volvió a meterse el tubo en su lugar. Phanette y Doucette dejaron oír unas risitas convulsivas. Almodie atisbó por entre los dedos entreabiertos, y volvió a cerrar la mano en seguida.

Al cabo de un rato, Crown dijo:

—Ya no queda más. Phan y Doucie, echadla al triturador principal. Si os ve alguien en el pasillo, fingid que está borracha. Luego obligaremos al doctor a que nos dé una buena dosis, le daremos un trago si se lo merece, y nos beberemos a Spar.

Spar había acercado las muñecas a sus dientes. Hellhound vigilaba, incapaz de notar un movimiento tan lento. Tenía los colmillos llenos de baba, que formaba unas burbujas flotantes de color gris.

Phanette y Doucette abrieron la escotilla y pasaron a través de ella el cadáver de Suzy.

Abrazando a Rixende, Crown se volvió hacia el médico. Parecía estar de humor parlanchín.

—¿Qué, viejo? ¿No te parece bien todo esto? Como dijo un sabio, el pez grande se come al chico. Ellos lo envenenaron todo allá —hizo un gesto hacia el disco oscuro y anaranjado, que estaba a punto de desaparecer del recuadro—. Todavía pelean, pero muy pronto estarán todos muertos. Por tanto, es de justicia que la muerte impere también en este armatoste ridículamente llamado nave de supervivencia.

Recuerde que los llevamos a bordo. Cuando nos hayamos bebido la sangre de todos los habitantes de Windrush, terminaremos con la de ellos y hasta con la nuestra si es preciso.

Quiénes serían esos ellos de que hablaba Crown, pensó Spar. El nudo estaba ya junto a sus dientes. Oyó que el gran triturador empezaba a chirriar.

En el camarote vecino aparecieron Drake y Fenner, otra vez disfrazados de bebedores habituales, flotando hacia la escotilla abierta.

Pero Crown también los había visto.

—¡A por ellos, Hellhound! ¡Es una orden! —azuzó, señalando con el dedo.

El gran perro negro saltó de su obenque y cruzó la escotilla como una bala. Drake le apuntó con algo y el animal flotó inerte.

Con una risotada, Crown cogió un extremo de una svástica cuyos bordes estaban afilados como hojas de afeitar, y la arrojó contra los intrusos, haciéndola girar con fuerte efecto. Pasó volando junto a Spar y el doctor, no acertó a Drake y Fenner... y golpeó la pared de estrellas.

Hubo una intensa corriente de aire, y al instante la puerta de emergencia se cerró de golpe, condenando la escotilla. A través de la ventanilla transparente, Spar vio que Drake, Fenner y Hellhound vomitaban sangre, se inflaban y en seguida estallaban en una explosión sanguinolenta. El habitáculo de Crown estaba deformado; el casco de Windrush acababa de sufrir una nueva modificación.

A lo lejos, cada vez más diminuta, la svástica volaba hacia las estrellas.

Phanette y Doucette regresaron.

—Hemos eliminado a Suzy. Alguien se acercaba y tuvimos que darnos prisa.

El gran triturador dejó de funcionar.

De un mordisco, Spar cortó las ligaduras de sus muñecas e inmediatamente se dobló sobre sí mismo para deshacer las de sus tobillos.

Crown se lanzó hacia él, y las cuatro chicas hicieron lo mismo después de sacar unos cuchillos.

Phanette, Doucette y Rixende quedaron flotando, completamente lacias: Spar tuvo la impresión de que rebotaban en sus cráneos unas pequeñas bolas negras.

No había tiempo para soltarse los pies, por lo que se incorporó. Crown chocó contra su pecho, mientras Almodie le cortaba las ligaduras de los tobillos.

Crown y Spar dieron una voltereta alrededor del obenque. Spar intentó propinarle a Crown un rodillazo en la ingle, pero éste lo esquivó mientras ambos volaban hacia la pared del compartimiento.

Entonces se oyó el «clic» de la navaja de Crown al abrirse. Spar alcanzó la muñeca morena y la sujetó con fuerza, enviando un cabezazo a la mandíbula de Crown. Éste se volvió para esquivarlo; Spar clavó los dientes en la nuca de Crown y mordió.

La sangre regó el rostro de Spar. Escupió un bocado de sangre. Crown se estremeció y Spar le arrebató la navaja, pero su adversario ya estaba inmóvil, lacio.

Spar sacudió la cabeza para quitarse la sangre. A través de los goterones flotantes vio a Keeper y a Kim, uno al lado del otro. Almodie estaba agarrada a sus tobillos. Phanette, Doucette y Rixende flotaban.

Keeper dijo orgullosamente:

—Lo hice yo, con la pistola para defenderme de los borrachos. Las he dejado sin sentido. Ahora podemos cortarles el pescuezo, si quieres.

Spar dijo:

—Nada de eso. Basta de sangre.

Desprendiéndose de las manos de Almodie, se acercó a donde estaba el doctor, cogiendo de paso el cuchillo de Doucette, que flotaba por el aire.

Cortó las ligaduras del médico y le libró de la mordaza. Mientras tanto, Kim silbaba:

—A Keeper le pisspé loss créditossss de la cajja y loss essscondi. Entonsssesss le dijje que ssse loss habíasss quitado tú, Ssspar. Tú y Sssussy. Por esso vino. Keeper esss un sssonssso.

Keeper dijo:

—Vi el pie de Suzy que aún sobresalía del triturador. Lo reconocí por la esclava de corazones de oro. Después de eso, me sentí con fuerzas para liquidar a Crown o a quien fuese. Yo amaba a Suzy.

El doctor carraspeó y gruñó:

—¡Un poco de Niebla de Luna!

Spar halló una bolsa triple, que el doctor vació de un tirón. Luego dijo:

—Crown decía la verdad. Windrush es una nave de supervivencia, construida de plástico y procedente de la Tierra. La Tierra —hizo un gesto hacia el disco anaranjado que se eclipsaba hacia la parte superior de la ventanilla— se envenenó a sí misma con la contaminación y la guerra nuclear. Gastó oro para la guerra y plástico para la supervivencia. Más vale olvidarlo. En Windrush nos volvimos locos. Es comprensible, incluso sin la infección por la rickettsia del Leteo, o las fiebres Estigias como vosotros las llamáis. Se llegó a creer que Windrush era todo el universo. Crown me secuestró para apoderarse de mis drogas, y me dejaba vivir para que le dijera las dosis.

Spar miró a Keeper:

—Limpia esto —le ordenó—. Y lleva a Crown al triturador.

Almodie se acercó de nuevo a Spar y le rodeó la cintura con los brazos.

—Hubo una segunda nave de supervivencia: Circumluna. Cuando Windrush enloqueció, mi padre y mi madre, así como tú, fuisteis enviados aquí para investigar y hallar remedio. Pero mi padre murió y tú contrajiste las fiebres Estigias. Mi madre

murió antes de que yo fuese entregada a Crown. Fue ella quien te envió a Kim.

Kim silbó:

—Miss antepassados también llegaron a Windrusshshsh desssde Sssircumluna. Mi bissabuela me ensseñó lasss sssifrasss de Windrushshsh... Orrrbita desssde el sssentro de la Luna, dosss mil quinientassss millasss. Período, sseiss horasss; porr esso loss díass ssson tan cortoss. Un terranth es el tiempo que tarda la Tierra en passsar por una consstelasssión, y assí ssussessivamente...

El doctor dijo:

—Así pues, Spar, tú eres el único que puede recordar sin prejuicios. Tendrás que hacerte cargo de todo. Es todo tuyo, Spar. Y a Spar no le quedó más remedio que darle la razón.



## Fritz Leiber

*por Judith Merrill*

Durante más de treinta años, Fritz Leiber ha estado entreteniéndolo, inspirando, irritando, instruyendo y deleitando con fantasía y ficción especulativa a un público cada vez más numeroso. Ha recibido todos los honores y premios que pueden obtenerse en un campo que incluye todo el espectro del curioso multigénero conocido como «ciencia-ficción»: lo sobrenatural-y-macabro, fantasía extravagante y «heroica», especulación sociológica y sátira política, simbolismo psicológico y surrealismo vanguardista. Está tan bien considerado por la generación Newrock como por la Vieja Guardia de coleccionistas de «Amazings» de 1926..., y quizá todavía más por sus colegas dentro del campo («un escritor para escritores»). Sin embargo, su nombre apenas es conocido fuera del género.

Esta situación paradójica se debe en parte a lo variado de su esfera de actividad. Leiber es igualmente el Romántico y el Realista: un shakespeariano, erudito y surrealista; poeta, profeta, folletista, pacifista y libertino; pintor, escultor, encolador y pianista ocasional; en ocasiones practicante de esgrima, jugador de ajedrez, alpinista aficionado. Ha sido estudiante de filosofía (Phi Beta Kappa), actor de teatro y de cine, predicador, maestro de escuela, obrero de una fábrica, editor; ha escrito (aparte de ciencia-ficción) artículos para enciclopedias, horror lovecraftiano, ciencia popular, discursos políticos, comedias, poesía y obras críticas y eruditas; es un frecuente colaborador de las revistas editadas por aficionados, un inveterado escritor de cartas y un omnívoro lector.

Hay autores a los que se admira, autores con los que se está de acuerdo, y autores a los que se quiere. Los de las dos primeras categorías son estudiados en las escuelas, exhibidos en mesitas de tresillo y librerías, discutidos en reuniones sociales, comprados como regalos y prestados. Leiber es prestado, manoseado y leído.

Fritz es mi mejor amigo, y lo ha sido durante veinte años, pero lo cierto es que me enamoré de él media década antes de que nos conociéramos. Esto no equivale a decir que mi pasión es puramente literaria, sino sencillamente que el hombre y su obra resultan inseparables.

Cualquiera que mantenga un trato profesional con los escritores (crítico, editor, antólogo) se entera rápidamente de que el autor de los relatos más terroríficos resulta ser un hombrecillo tímido y amable; el creador de la figura de un Noble Doctor sufre probablemente de acné crónico complicado con gota; y las autoras de novelas rosa distan mucho de ser unas damas ingenuas y pudibundas como las que protagonizan

sus historias. No ocurre así con Leiber. (De hecho, si se invirtiera su personalidad-múltiple literaria, se quedaría sin ningún personaje). Lo mismo en su aspecto que en sus modales, Leiber podría representar cualquiera de las docenas de personajes que ha descrito en sus obras (y en una ocasión al menos lo hizo con notable éxito): en realidad, el «noble bárbaro» de las historias de Fafhrd and Mouser es tan parecido a una caricatura personal, que su familia le conoce por «Faf». Los ritmos de su prosa son los de su lenguaje; sus cartas y conversaciones parecen una prolongación de su último relato y el comienzo del siguiente, si no en el argumento, sí en el tema y el estilo. Escribiendo acerca de él, me resulta difícil recordar si esta frase o aquella imagen proceden de comunicaciones públicas o privadas.

Como crítico y editor, he tenido que aprender a eludir el peligro de subestimar su obra por aquel motivo, precisamente: los mejores de sus relatos son a menudo los «transparentes», que me dejan la sensación de que acabo de leer una encantadora carta de Fritz.

Que este tipo de respuesta personal —aunque menos responsable y mucho menos consciente— es compartida por millares de otros lectores, es algo que se ha puesto de manifiesto en varias ocasiones. El número de «Fantastic» de noviembre de 1959, por ejemplo: Leiber acababa de salir de una de sus periódicas temporadas de sequía, y el editor Cele Lally adquirió todo su nuevo material hasta reunir lo suficiente para llenar un número; la revista salió con un gran titular en negro a través de su portada: ¡LEIBER HA VUELTO!

O en aquella memorable ocasión mencionada anteriormente, cuando vi —y oí— una ovación de centenares de admiradores y colegas cuando Leiber ganó un premio en un baile de disfraces en el hotel donde se celebraba una convención. ¿El disfraz? Una golilla militar de cartón colocada sobre el cuello de la chaqueta vuelto hacia arriba, unas hombreras también de cartón, un brazal y una gran araña negra pintada en la frente, para convertirle en un oficial de los «Arañas» en la guerra de The big time. El único otro componente era el instinto histriónico de Leiber.

Leiber nació en Chicago la víspera de Navidad de 1910, y se sumió inmediatamente en el estudio de Shakespeare: hasta la edad de seis años, recorrió el país con la compañía teatral en la cual sus padres eran actores, «... recuerdos fragantes de pintura grasienta, de goma arábica, de gelatinas de color derritiéndose bajo el calor de los focos... Me aprendí casi todo el Hamlet a la edad de cuatro años, cuando mi padre lo estudió por primera vez...». Durante sus años escolares pasó largos inviernos en Chicago con dos tías solteras de una rigidez germánica; los veranos los pasaba con sus padres en la costa de Jersey, aprendiendo más Shakespeare, arte escénico y costumbres teatrales.

En 1932 se graduó en Filosofía en la Universidad de Chicago, e ingresó en el sacerdocio: «Tenía a mi cargo dos iglesias “misioneras” episcopalianas en Nueva

Jersey, como lector y ministro laico mientras asistía al Seminario Teológico General de Nueva York (una iglesia misionera es la que no cuenta con un presbítero residente) ... Tuve que ser bautizado y confirmado rápidamente para desempeñar aquella tarea que asumí sinceramente, creyendo que podría considerarlo como un servicio social racional más que como convicción y vocación religiosas. Un punto de vista que "Beezie". Mandeville [el Rev. Ernest W., de Middletown, N. J.] aprobó. Al cabo de cinco meses descubrí que no era así y presenté mi renuncia».

Al año siguiente regresó a Chicago para doctorarse en filosofía. Luego pasó un año con la compañía shakespeariana de su padre, y dos años interpretando pequeños papeles en Hollywood, seguidos por una breve y fracasada tentativa como escritor independiente. A continuación volvió a Chicago e ingresó en la plantilla de redactores de la Enciclopedia Americana Standard (una extraordinaria obra de consulta, algunas de cuyas singularidades son reveladas en el relato que «New Worlds» publicó el pasado año, La raíz cuadrada del cerebro).

En el verano de 1937, la época de aquel primer abortado intento de «ser un escritor», ocurrieron dos significativos acontecimientos en el mundo literario: Howard Phillips Lovecraft murió, y John W. Campbell, Jr., se convirtió en editor de «Astounding», y poco después empezó a reunir material para una nueva publicación llamada «Unknown», en la que en 1939 se publicó el primer relato de Leiber.

Su interés en la ficción había empezado en la Escuela Superior, donde la mayor parte del tiempo libre que le dejaba su educación en Socialismo Utópico, pacifismo, esgrima y ajedrez (el único tema en el cual está reconocido oficialmente como «experto») lo dedicaba a largas correspondencias literarias. Las más significativas eran las entabladas con H. P. Lovecraft (y otros miembros del círculo Lovecraft) y con su amigo Harry Fischer, de Louisville. En su correspondencia con Fischer se desarrollaron los personajes y la línea argumental de Fafhrd y el Gato Ratonero Gris, y uno de aquellos relatos vendido a «Unknown» le valió al autor un éxito inmediato entre los aficionados a la «fantasía heroica». (Curiosamente, el que Campbell compró fue el segundo de la serie, Two sought adventure. El primero, Adept's gambit, de mucha más calidad, no fue publicado hasta 1947, cuando la Arkham House editó su primera antología, Night's black agents).

Entre 1939 y 1943 publicó numerosos relatos en «Unknown», «Weird» y «Future». Entretanto, los Leiber (ahora había una esposa y un hijo varón) se trasladaron de Chicago a Los Angeles. Un año enseñando arte dramático y oratoria en la Escuela Superior Occidental fue seguido por otra (muy) breve tentativa como escritor independiente en 1942; lo suficiente para escribir las dos novelas que le situarían sólidamente en la cumbre de la ciencia-fantasía y le mantendrían allí durante su primer largo período de sequía de cinco años. Conjure wife (filmada más tarde como ¡Arde, bruja, arde!) combinaba la brujería tradicional y un medio ambiente

contemporáneo realista derivado en gran parte del año en la Occidental. Gather, darkness! iba más allá en dos direcciones, al menos, utilizando el aparato y la literatura de la brujería en yuxtaposición con la extrapolación tecnológica y la profecía política para crear una de las primeras novelas de ciencia-ficción realmente modernas.

Si no hubiera escrito nada más, Leiber seguiría siendo uno de los autores más importantes del género. Pocas son las obras que al cabo de treinta años pueden resistir una revisión a fondo. Esas dos, sí. Si hoy me enfrentara con ellas por primera vez, creo que respondería con la misma sensación de descubrimiento y de asombro que experimenté en 1943.

Las dos novelas fueron publicadas casi simultáneamente: Conjure wife, completa, en «Unknown» del mes de abril; Gather, Darkness!, en forma de serial, empezando en «Astounding» del mes de mayo. Sin embargo, cuando éstas aparecieron, Leiber había renunciado de nuevo a dedicar todo su tiempo a escribir, y había aceptado un empleo de guerra como inspector de la Compañía Aeronáutica Douglas. (Después de una larga lucha con sus creencias pacifistas: «Llegué muy lentamente a la conclusión de que las fuerzas antifascistas estaban justificadas y tenían razón en la Segunda Guerra Mundial»). En 1945 ingresó en la plantilla editorial de «Science Digest» —de nuevo en Chicago—, donde permaneció durante doce años. Su producción literaria a través de este período fue desigual en cantidad y en calidad. Únicamente en los últimos quince años se ha decidido Leiber a dedicar todo su tiempo a escribir; y únicamente ahora ha alcanzado su plenitud.

Existen buenos motivos para que ésta sea una época de reconocimiento para él. En el siglo de la televisión, un auditorio de espectadores-lectores responde cálidamente a la cualidad específicamente teatral de su obra: en todo lo que escribe hay tanto teatro como literatura. El mejor teatro, desde luego, es aquél en el cual la ilusión es más completa, donde el auditorio no necesita «dejar en suspenso la incredulidad», sino que puede limitarse a creer.

El público actual de la ciencia-ficción está mucho más sofisticado literariamente, así como científicamente, que el de los años cuarenta. Y, desde luego, la televisión ha acostumbrado al lector-espectador a la idea del personaje familiarmente convincente y el tema sostenido desarrollado en una serie de situaciones continuamente cambiantes y con frecuencia fantásticas.

Además, la ciencia-ficción y los relatos cortos están de moda: y los relatos de Leiber, más que los de cualquier otro escritor, reflejan el desarrollo de las diversas subespecies actualmente englobadas bajo la (absurdamente inadecuada) etiqueta de «ciencia-ficción», desde los orígenes del campo de la especialidad hasta su actual aceptación como una forma literaria contemporánea.

De hecho, existe un intrigante paralelismo entre el papel que Leiber ha

desempeñado dentro del campo, y la situación de la ciencia-ficción en el mundo literario en términos generales. La rígida división en compartimientos de la literatura americana en la primera mitad del siglo xx que produjo, entre otras cosas, la categoría especializada de fantasía llamada ciencia-ficción, continuó funcionando dentro del campo a medida que crecía; y aquellos escritores cuyos nombres se relacionan directamente con una u otra fase de ese crecimiento son los que han llegado a identificarse con aquella categoría en el gran mundo literario exterior: Heinlein, Asimov, Sturgeon, Bradbury, Simak, Clarke, Wyndham, Bloch; cada uno de ellos ha labrado para sí mismo un pedestal explícito e independiente claramente visible para editores, críticos y eruditos. Leiber ha sido ubicuitario, seminal, influyente, ampliamente leído... y, críticamente, virtualmente ignorado.

Conocí personalmente a Fritz en una convención de ciencia-ficción en 1949. Hubiera sido una noche memorable de todos modos: conocí a un montón de gente legendaria ya en aquel pequeño mundo, o —al igual que yo— bisoños creadores de mitos que más tarde serían colegas y amigos: Poul Anderson, Randall Garrett, Joe Winter. Terminamos todos en un restaurante decorado de un modo único y llamado «La vaca púrpura» (algo que sólo podía ocurrir, creo, en París o en el Centro-Oeste americano). Pero aquello fue más tarde. Al principio no era más que un salón de hotel muy atestado, y yo la casi desconocida autora de dos relatos publicados que no podía encontrar un solo rostro que me resultara familiar.

Estaba completamente segura de que no conocía al hombre sentado en el antepecho de la ventana, oscuramente guapo, remoto... ¿Caviloso? ¿Distraído? Nuestros ojos se encontraron, y él empezó a ponerse de pie. (Tardó un rato. Fritz mide metro noventa). Ambos sonreímos tímidamente.

—Soy Fritz Leiber —dijo él.

Yo no dije nada. (No hay que olvidar que aquél era un hombre del que estaba enamorada desde hacía seis años). Cuando recobré el aliento, dije:

—Yo soy Judith Merril.

Y él dijo:

—¿Judith Merril? ¿Se refiere a la que escribió...?

Después de aquello, lo único que recuerdo claramente es que me enfraqué en una conversación con Leiber (¡FRITZ LEIBER! ¡Que recordaba mi historia!) y que el salón estaba cada vez más atestado.

Diecinueve años más tarde, me hallaba sentada hablando con un joven y brillante escritor que acababa de nacer en la Noche de la Vaca Púrpura. Era el primer día de la Conferencia de Escritores de Ciencia-Ficción de Milford, y mencioné que Fritz Leiber acababa de llegar. «¿Fritz Leiber?», dijo, y pensé que la expresión de sus ojos era la misma que diecinueve años antes debieron reflejar los míos. «¿FRITZ LEIBER?». Más tarde, vino a decirme: «Estupendo. Incluso podría marcharme

ahora..., quiero decir que he conocido a LEIBER».

Sólo hay otro nombre de la Vieja Epoca que parece provocar la misma clase de respuesta de los Jóvenes Brillantes —Theodore Sturgeon—, y por los mismos motivos.

Los dos han sido unos escritores singularmente desiguales. Mucho de lo que han publicado había sido escrito con demasiada prisa, o estaba demasiado limitado por la estrechez del género para el cual escribían. Pero es igualmente cierto para los dos que lo mejor de lo que han escrito, en cualquier época, sigue siendo tan válido ahora como cuando fue escrito.

Leiber empezó a escribir, no se olvide, bajo la influencia del fúnebre Lovecraft: sus primeros esfuerzos iban dirigidos al mercado de lo macabro: historias de nigromancia, medianoche, asesinato y locura. Pero desde el primer momento tropezó con dificultades para vender a «Weird Tales»: los motivos son aparentes en *Smoke Ghost* (que eventualmente fue a parar a «Unknown»), y en uno de los pocos títulos que aparecieron en «Weird» (en 1942, cuando empezaba a moverse hacia dentro desde su polo negro), *The Hound*. En este último relato, uno de los personajes, fácilmente identificable con el autor, dice:

«Entretanto, ¿qué ha ocurrido dentro de cada uno de nosotros? Voy a decírtelo. Toda clase de emociones reprimidas se están acumulando. Se acumula el miedo. Se acumula el horror. Se acumula un nuevo tipo de espanto ante los misterios del universo. Se está formando un nuevo entorno psicológico, juntamente con el físico. Espera, déjame terminar. Nuestra cultura está madurando para la infección. Desde alguna parte. Es como un cultivo de un bacteriólogo cuando alcanza la temperatura y la consistencia adecuada para soportar una colonia de gérmenes. De modo similar, nuestra cultura produce súbitamente una horda de demonios. Y, como gérmenes, tienen una afinidad peculiar para nuestra cultura. Son únicos. Encajan en ella. No se encontraría el mismo tipo en ninguna otra época ni en ningún otro lugar.

»...Nuestros temores serían su pasto. Una relación anfitrión-parásito. Simbiosis sobrenatural. Algunos de nosotros —los sensibles— advertiríamos su presencia antes que otros... Le asustan y aterrorizan a uno, sí. Pero sorpresa, no. Encajarían en el entorno. Parecería como si residieran en una ciudad y olerían igual. Debido a las retorcidas emociones que serían su alimento, tus emociones y las mías. Una cuestión de dieta».

Su primer período de actividad literaria alcanzó un clímax en 1943 con la publicación de *Conjure wif e y Gather, darkness!* Aunque posteriormente ha seguido utilizando ampliamente el simbolismo y el melodrama de lo sobrenatural, aquellas dos novelas fueron las últimas obras importantes en las que dominaban las imágenes de horror convencionales; *Conjure wif e* fue la última en la que fueron utilizadas en lo que podría llamarse de un modo convencional. Su primer «período de sequía»

llegó poco después, mientras estaba trabajando en la Douglas en 1944.

En los cinco años siguientes escribió solamente un puñado de relatos, y sólo vendió tres. Durante aquella época, se sintió profundamente afectado por los acontecimientos del mundo exterior: la Segunda Guerra Mundial y su clímax holocáustico en Hiroshima; la subsiguiente atmósfera de conformismo antilibertad, la caza de brujas y los lavados de cerebro en el apogeo de Joe McCarthy; las luchas todavía impopulares de los negros americanos reclamando los derechos civiles y la plena ciudadanía; la enloquecedora explosión de la televisión y de los mass media en el Maravilloso Mundo de la Posguerra; las preverberaciones (sic) de las explosiones gemelas de la civilización occidental en el espacio exterior e interior. Leiber destilaba todas esas experiencias en su propio crisol, cultivando un conocimiento de los nuevos demonios y horrores modernos, aprendiendo nuevas imágenes, pautas y símbolos.

Dos de los tres relatos de aquella época de silencio señalaban la dirección que había tomado. Mr. Bauer and the Atoms apareció en «Weird» en 1946:

«Frank Bauer vivía en un mundo en el que todo había estallado. Olfateaba los abusos de confianza, los engaños y especialmente (puesto que era de su competencia) las exageraciones con que se aludía a todo acontecimiento que se saliera un poco de lo normal y a toda intimación de lo desconocido. Poseía el instinto del americano para reconocer las tomaduras de pelo y el desdén del alemán por lo que no podía palparse. La mención de tópicos tales como telepatía, hipnotismo u ocultismo —y su esposa se las arreglaba para mencionarlos con relativa frecuencia— le sacaba de quicio».

[Luego se enteró de lo de los átomos]:

«... Bueno, siempre habíamos creído que todo era sólido. Dinero, automóviles, minas, etcétera. Creíamos que todas esas cosas eran tan sólidas que podíamos manejarlas, hacer algo con ellas. Y ahora descubrimos que no son más que un montón de trocitos de electricidad, girando a Dios sabe qué velocidad, congelado por un instante en virtud de algún milagro».

La siguiente historia se publicó tres años después. Esto es, en parte, cómo la describió Marshall McLuhan en «The Mechanical Bride»:

«En una historia llamada La muchacha de los ojos hambrientos, de Fritz Leiber, un fotógrafo publicitario utiliza los servicios de una modelo no demasiado prometedora. Sin embargo, la modelo no tarda en ver difundida su imagen por todo el país, debido a que tiene los ojos más hambrientos del mundo. “Nada vulgar, pero incluso así le miran a uno con un hambre que es todo sexo y algo más que sexo”. Algo similar puede decirse de las piernas sobre un pedestal. Abstraídas del cuerpo que les da su significado ordinario, se convierten en “algo más que sexo”, en un reclamo metafísico, un prurito cerebral, un tormento abstracto. La muchacha de Fritz Leiber hipnotiza al país con sus ojos hambrientos...».

Resisto, con dificultad, al deseo de citar aquí el desenlace de la historia (tal como la escribió Leiber, no McLuhan). Cuando la haya encontrado y leído (o releído), piense, si puede, en la época anterior a Twiggy, Jane Fonda, Barbarella, anterior a «Playboy», Bardot y Monroe. La muchacha fue publicada en 1949, y el libro de McLuhan en 1951. Los dos se anticiparon a su época.

Cuando apareció La muchacha, Leiber estaba en el centro de un nuevo torbellino de actividad que empezó con la publicación de una revista mimeografiada llamada «New Purposes», y continuó con agrisulces relatos proféticos tales como *The moon is green*, *A pail of air* y *The nice girl with five husbands*; y (en la otra cara de una moneda súbitamente familiar) una vena de sátira que brotó con fuerza en el pastiche de Spillane, *The night he cried*, y adquirió un tono terriblemente profético en *Coming attraction*, *Poor Superman* y, finalmente, la novela de 1953, *The green millennium*. Estos tres últimos títulos forman parte de una sátira sistemática del mundo del futuro (alrededor de 1990), un mundo con vestidos «por-debajo-de-los senos» y máscaras faciales enjoradas, guardabarros de coches con púas y sexo/sadismo motorizado, lavados de cerebro televisivos, superabundancia de automatización, cultismo místico, violencia por placer, vacíos de credibilidad anchos como el océano, y la triste dignidaden-la-derrota del noble Dr. Opperly.

Cuando aparecieron, era la época de Joe McCarthy. Las revistas de ciencia-ficción se enorgullecían de ser el último reducto público popular para la protesta y el inconformismo... aunque se suponía que no había que expresarlos con demasiada claridad. No resulta sorprendente que los editores empezaran a publicar notas lastimosas acerca de las objeciones de sus lectores a determinados relatos... ni que *The green millenium* no pudiera publicarse en ninguna revista... ni que *The silence game*, un amargo relato publicado en la época en que se televisaba a toda la nación el juicio contra Oppenheimer (1954), fuera la última palabra profética de Leiber durante otros tres años.

En 1957, el campo pareció abonado para sus nuevas historias. *The big trek* y *Friends and enemies*, aparecidos en «New Purposes» por primera vez (ocho años antes) fueron publicados y, de nuevo, la demanda pareció estimular al suministro durante una temporada... esta vez muy corta. Las nuevas historias de 1957-1958 tenían dos nuevos temas, a veces combinados: viaje a través del tiempo y ambiente hip-beat (sin llegar todavía a hippy). *The big time*, el primero de los relatos de la guerra «Serpientes» contra «Arañas», ganó el premio Hugo de 1958. Pero historias como *Rump-Titty-Titty-Tum-TAH-Tee* y *A deskful of girls* provocaron más enojo que deleite entre los lectores. Y *Littel old miss MacBeth*, lo más avanzado en literatura simbólica que Leiber ha escrito, así como su primera utilización realmente eficaz de un ambiente shakespeariano, pasó casi inadvertido.

Es difícil determinar hasta qué punto influyeron en sus periódicas etapas de



sequía el desaliento económico y crítico que acompañó a cada uno de sus períodos de desarrollo literario más fértiles. Desde luego, Leiber nunca pareció dejar de producir cuando sus obras eran solicitadas; por el contrario, cada vez producía por encima de la demanda. Y cada vez intervenían otros factores. Repasando los títulos de 1957-1958, se piensa de nuevo en Poe, en Fitzgerald y los demás: *Damnation morning*, *Pipe dream*, *Tranquillity or else*, *Try and change the past*. En aquel momento Leiber estaba luchando literalmente por su vida. Su trabajo en «*Science Digest*» había terminado en 1956, cuando el alcoholismo y una intoxicación de la sangre le incapacitaron en el hospital. Durante los tres años siguientes su producción fue errática: cuando la cubierta de «*Fantastic*» gritó: «¡LEIBER HA VUELTO!», el titular tenía algo de triunfal. Era en noviembre de 1959, al final de su último período de sequía. A partir de entonces, Leiber no ha dejado de escribir.

Los ciclos de entusiasmo y de desaliento no acabaron allí. Pero cuando los relatos realmente nuevos de 1960, tales como *The inner circles* y *The secret songs*, tardaron demasiado en venderse, dejó de escribir... aquel tipo de historia, y se dedicó de lleno a las historietas de Buck Rogers. O, cuando su novela de 1964, *The wanderer*, ganó otro Hugo, pero no compensó el tiempo que había tardado en escribirla, aceptó el encargo de novelar *Tarzán y el valle del oro* (el único libro de *Tarzán* que la familia Burroughs autorizó que fuera publicado con el nombre de otro autor). Cuando *A specter is haunting Texas* tropezó con dificultades para ser editado, Leiber volvió a dedicarse a *Fafhrd y el Gato Caza-ratones*, terminando un tercer volumen para ser publicado en rústica. Y cuando *Gonna roll the bones*, un relato de horror moderno de juego-con-el-diablo (una visión peligrosa surgida directamente del período de «*Unknown*»), ganó el premio Nebula para la mejor novela corta de 1967, Leiber pasaba la mayor parte del tiempo haciendo crítica de libros.

De un modo u otro, Leiber continúa ordenando los elementos de sus numerosas «vidas», utilizando Shakespeare, sexo, ajedrez, ciencia y lo sobrenatural, política y pacifismo, alcohol, Hollywood, Academia, Iglesia, Escena, y el mundo editorial, para cultivar sus astutamente modelados demonios del mundo de hoy, usándolos de un modo nuevo cuando puede, de un modo antiguo cuando debe. Y en ambas venas los jóvenes y los viejos continúan escuchándole con placer.

## Bibliografía

Recopilada por Al Lewis

*Night's black agents (Relatos)*, Arkham House, Sauk City 1947, 237 pp. *Gather, darkness! (Novela)*, Pellegrini and Cudahy, Nueva York 1950, 240 pp.

*Conjure wife (Novela)*, Twayne Publishers, Nueva York 1953, 154 pp. *The green millenium (Novela)*, Abelard Press, Nueva York 1953, 256 páginas.

*The sinful ones (Novela)*, Universal, Nueva York 1953.

*Destiny times three (Novela)*, Galaxy Novels, núm. 8, 1956, 128 pp. *Two sought adventure (Relatos del ciclo Fafhrd and Gray Mouse)*, Gnome Press, Inc., Nueva York 1957, 186 pp.

*The big time (Novela)*, con *The mind spider (Relatos del ciclo Change War)*, Ace Books, Nueva York 1961, 129 y 127 pp.

*The silver eggheads (Novela)*, Ballantine Books, Nueva York 1961, 192 pp.

*Shadows with eyes (Relatos)*, Ballantine Books, Nueva York 1962, 128 pp.

*A pail of air (Relatos)*, Ballantine Books, Nueva York 1964, 192 pp. *The wanderer (Novela)*, Ballantine Books, Nueva York 1964, 318 pp. *Ships to the stars (Relatos)*, Ace Books, Nueva York 1964, 122 pp. *The night of the wolf (Relatos)*, Ballantine Books, Nueva York 1966, 221 pp.

*Tarzan and the Valley of Gold (Novelización autorizada del guión cinematográfico)*, Ballantine Books, Nueva York 1966, 317 pp.

*The secret songs (Relatos)*, Rupert Hart-Davis, Londres 1968, 229 pp. *The swords of Lankhmar (Novela del ciclo Fafhrd and Gray Mouse)*, Ace Books, Nueva York 1968, 224 pp.

*Swords against wizardry (Relatos)*, Ace Books, Nueva York 1968, 188 pp.

*Swords in the mist (Relatos)*, Ace Books, Nueva York 1968, 190 pp. *A specter is haunting Texas (Novela)*, Walter & Co., Nueva York 1969, 224 pp.

*Swords against death (Relatos)*, Ace Books, Nueva York 1970, 256 pp. *Swords and deviltry (Relatos)*, Ace Books, Nueva York 1970, 256 pp. *You're all alone (Novela)*, Ace Books, Nueva York 1973.

*The book of Fritz Leiber (Recopilación de relatos y artículos, por F. L.)*, DAW Books, Nueva York 1974, 176 pp.

# La reina del aire y la oscuridad

*Poul Anderson*

El último resplandor del último ocaso se prolongaría casi hasta medio invierno. Pero no habría más día, y las tierras del norte se alegrarían. Capullos abiertos, fulgor en los estramonios, flores-de-acero irguiéndose azules de las matas que cubrían todas las colinas, tímida blancura de las no-me-beses en las cañadas. Mariposas revoloteando entre ellas sobre alas iridiscentes; un gamo macho sacudió sus cuernos y gamitó. Entre horizontes, el cielo pasó del púrpura al color arena. Las dos lunas estaban en lo alto, casi llenas, brillando sobre las hojas y sobre las aguas. Las sombras que proyectaban estaban manchadas por una aurora boreal, una gran cortina de luz a través de medio cielo. Detrás de ella habían salido las primeras estrellas.

Un joven y una muchacha estaban sentados en el Túmulo de Wolund, debajo del dolmen que lo remontaba. Sus cabellos, que caían sobre sus espaldas, aparecían decolorados por el verano. Sus cuerpos, todavía morenos por aquella estación, destacaban entre la tierra, los arbustos y las ramas. Ya que sólo llevaban guirnaldas. Él tocaba una flauta de hueso y ella cantaba. Se hablan hecho amantes últimamente. Tenían alrededor de dieciséis años, pero ellos lo ignoraban, considerándose a si mismos como Outlings y, en consecuencia, indiferentes al tiempo, recordando muy poco o nada de cómo en otro tiempo hablan morado en las tierras de los hombres.

Las notas de la flauta acompañaban la voz femenina:

Inventa un hechizo, téjelo bien  
de polvo y rocío y noche y tú.

Un arroyo que discurría junto al túmulo, transportando luz de luna a un río oculto por la colina, respondió con sus rápidos. Una bandada de murciélagos pasó, negra, debajo de la aurora.

Una forma llegó brincando sobre Cloudmoor. Tenía dos brazos y dos piernas, pero las piernas eran largas y terminaban en zarpas, y estaba cubierto de plumas hasta el extremo de una cola y anchas alas. El rostro era medio humano, dominado por sus ojos. Si Ayoch hubiese sido capaz de erguirse del todo, hubiera llegado al hombro del muchacho.

La muchacha se puso en pie.

—Lleva un bulto —dijo.

Su visión no estaba hecha para el crepúsculo como la de un ser nacido en el

septentrión, pero había aprendido a utilizar todas las señales que sus sentidos le proporcionaban. Aparte del hecho de que normalmente un puk hubiera volado, había cierta pesadez en su apresuramiento.

—Y llega del sur —dijo el muchacho con visible excitación, repentina como una verde llama que cruzara la constelación Lyrth. Descendió rápidamente por la ladera del túmulo—. ¡Ohoi, Ayoch! —gritó—. ¡Soy yo, Mistherd!

—Y Sombra-de-un-Sueño —rió la muchacha, siguiéndole.

El puk se paró. Respiró más ruidosamente que la vegetación que susurraba a su alrededor. En el lugar en que se había detenido se alzó un olor a hierba aplastada.

—Saludos en el umbral del invierno —silbó—. Podéis ayudarme a llevar esto a Carheddin.

Levantó lo que portaba. Sus ojos eran fanales amarillos encima. El bulto se movió y gimió.

—¡Es un niño! —dijo Mistherd.

—Lo mismo que lo fuiste tú, hijo mío, lo mismo que lo fuiste tú. ¡Jo, jo, qué proeza! —alardeó Ayoch—. Eran muchos en el campamento de Fallow wood, armados, y además de máquinas de vigilar tenían perros grandes y feos, de guardia mientras ellos dormían. Sin embargo, me acerqué por el aire, después de haberles espiado hasta que supe que un puñado de polvo...

—¡Pobrecillo! —Sombra-de-un-Sueño cogió al niño y lo apretó contra sus menudos pechos—. Tienes mucho sueño, ¿verdad? —Ciegamente, el niño buscó un pezón. Ella sonrió a través del velo de sus cabellos—. No, soy demasiado joven, y tú eres ya demasiado mayor. Pero, cuando despiertes en Carheddin debajo de la montaña, tendrás un banquete.

—Yo, ah —dijo Ayoch muy suavemente—. Ella está fuera y ha oído y visto. Está llegando.

Se agachó, con las alas plegadas. Al cabo de unos instantes Mistherd se arrodilló, y lo mismo hizo Sombra-de-un-Sueño, aunque no soltó al niño.

La alta forma de la Reina bloqueó las lunas. Miró en silencio a los tres y a su botín. Los sonidos de la colina y del páramo dejaron de existir para ellos hasta que les pareció que podían oír sisear las luces del norte.

Finalmente, Ayoch susurró:

—¿Lo he hecho bien, Estrellamadre?

—Si has robado un niño de un campamento lleno de máquinas —dijo la hermosa voz—, es que eran gente del lejano sur que podría no soportarlo tan resignadamente como los hacendados.

—Pero ¿qué pueden hacer, Elaboradora-de-Nieve? —preguntó el puk—. ¿Cómo podrían localizarnos?

Mistherd irguió la cabeza y habló en tono de orgullo.

—Ahora, también ellos aprenderán a temernos.

—Y es un niño encantador —dijo Sombra-de-un-Sueño—. Y nosotros necesitamos más como él, ¿no es cierto, Dama Cielo?

—Tenía que ocurrir en algún crepúsculo —asintió la Reina—. Llévadle hacia abajo y cuidad de él. Por esta señal —que ella hizo—, es reclamado por los Moradores.

Su alegría se manifestó libremente. Ayoch se revolcó por el suelo hasta que encontró un árbol de hojas temblonas. Encaramándose por el tronco se colgó de una rama, semioculto por el pálido follaje. El joven y la muchacha llevaron el niño hacia Carheddin, a un paso rítmico que les permitía a él tocar la flauta y a ella cantar:

¡Wahaii, wahaii! ¡Wayala, laii!

Ala en el viento alta sobre el cielo,

con grito estridente, avanzando a través de la lluvia,  
a través del tumulto.

avanzando a través de los árboles bañados por la luz de la luna  
y las sombras cargadas de sueños debajo de ellos,  
confundiéndose con el tintinearte cabrilleo de los lagos  
en los que se ahogan los rayos de las estrellas.

Al entrar, Barbro Cullen se sintió, a través de todo su pesar y su rabia, invadida por el desaliento. En la estancia reinaba un espantoso desorden. Periódicos, cintas magnetofónicas, carretes, códigos, ficheros y papeles revueltos llenaban todas las mesas. En la mayoría de estanterías y rincones había una capa de polvo. Contra una de las paredes había un laboratorio, con microscopio y material analítico. Ella lo reconoció como compacto y eficaz, pero no era lo que uno esperaba encontrar en una oficina, y ponía en el aire un tufo químico. La alfombra estaba deshilachada, los muebles desvencijados.

¿Era ésta su oportunidad final?

Luego, Eric Sherrinford se acercó.

—Buenos días, señora Cullen —dijo.

Su tono era vigoroso, firme el apretón de su mano. Lo desaseado de su atuendo no la molestó. A ella no le preocupaba demasiado su propio aspecto, excepto en ocasiones especiales. (¿Y existirla otra para ella, a menos de que recuperase a Jimmy?). Lo que ella observaba era el aseo personal de un gato.

Sherrinford sonrió.

—Perdone mi desorden de soltero. En Beowulf tenemos..., teníamos, en cualquier caso, máquinas para eso, de modo que nunca adquirí la costumbre de limpiar, y no quiero que un asalariado desarregle mis herramientas. Me resulta más

conveniente trabajar en mi apartamento que mantener una oficina fuera de aquí. ¿No quiere sentarse?

—No, gracias. No podría —murmuró ella.

—Comprendo. Pero, si me disculpa, yo funciono mejor en una postura relajada.

Se dejó caer en una tumbona. Una larga pierna cruzó la otra rodilla. Sacó una pipa y la llenó de tabaco de una bolsa. Barbro se preguntó por qué fumaba de un modo tan anticuado. ¿No se suponía que en Beowulf disponían del equipo moderno que en Roland todavía no podían permitirse construir? Bueno, desde luego que las viejas costumbres podían sobrevivir en cualquier caso. Generalmente lo hacían en colonias, recordó haber leído. La gente se habla trasladado a las estrellas con la esperanza de conservar cosas tan anticuadas como sus idiomas maternos, su gobierno constitucional o su civilización tecnológica-racional.

Sherrinford la arrancó de la confusión provocada por su fatiga:

—Debe darme los detalles de su caso, señora Cullen. Me ha dicho simplemente que su hijo fue raptado y que el cuerpo de policía local no ha hecho nada. Por otra parte, sólo conozco unos cuantos hechos evidentes, tales como que es usted viuda más bien que divorciada; que es hija de residentes de la Tierra de Olga Ivanoff, los cuales se mantienen en estrecha telecomunicación con Christmas Landing; que ha estudiado usted una de las profesiones biológicas; que ha pasado varios años sin trabajar en su especialidad, hasta que recientemente volvió a empezar.

Barben contempló con la boca abierta el rostro de pómulos salientes, nariz aguileña, cabellos negros y ojos grises que tenía enfrente. El mechero de Sherrinford proyectó un resplandor que pareció llenar la habitación. El silencio reinaba en esta altura encima de la ciudad y el crepúsculo invernal se filtraba a través de las ventanas.

—¿Cómo diablos ha sabido eso? —se oyó exclamar a sí misma.

Sherrinford se encogió de hombros y adoptó el tono de conferenciante que le habla hecho famoso.

—Mi trabajo depende de observar los detalles y hacerlos encajar unos con otros. En más de cien años en Roland, la gente, tendiendo a arracimarse de acuerdo con sus orígenes y sus hábitos mentales, ha desarrollado acentos regionales. Usted tiene un deje del acento olgano, pero nasaliza las vocales al estilo de esta zona, aunque vive en Portolondon. Eso sugiere una infancia expuesta al lenguaje metropolitano. Me ha dicho que formaba parte de la expedición de Matsuyama y que se llevó a su hijo con usted. A ningún técnico vulgar se lo hubieran permitido; en consecuencia, tiene que ser lo bastante valiosa para haberlo conseguido. El equipo estaba realizando investigaciones ecológicas; por lo tanto, su especialidad ha de encontrarse entre las ciencias de la vida. Por el mismo motivo, hay que suponerle una experiencia previa. Pero su piel es muy fina, lo cual demuestra que no ha estado expuesta

prolongadamente a este sol. Ergo, ha pasado mucho tiempo bajo techado antes de emprender este infortunado viaje. En cuanto a la viudedad... nunca me ha mencionado un marido; pero debió de ser un hombre al que quería mucho, porque lleva aún el anillo de boda y la alianza de compromiso que él le regaló.

Barbro suspiró, aturdida. Aquellas últimas palabras habían traído ante sus ojos la figura de Tim, enorme, pelirrojo, reidor y cariñoso. Tuvo que apartar la mirada de esta otra persona y mirar hacia fuera.

—Sí —dijo finalmente—, tiene usted razón.

El apartamento ocupaba la cumbre de una colina encima de Christmas Landing. Debajo, la ciudad descendía en paredes, tejados, chimeneas arcaicas y faroles callejeros, luces fantasmagóricas de vehículos pilotados por humanos, hasta el puerto, la curva de Venture Bay, buques que se dirigían o procedían de las islas Sunward y regiones más remotas del Océano Boreal, el cual brillaba como mercurio en los arreboles del ocaso de Carlomagno. Oliver estaba ascendiendo rápidamente, un disco moteado de color naranja; más cerca del cenit que nunca podría alcanzar brillaría con el color del hielo. Alde, la mitad de grande, era una delgada lúnula cerca de Sirio, la cual se encontraba cerca del Sol, recordó Barbro, pero no podía verse el sol sin un telescopio.

—Sí —dijo Barbro, conteniendo los sollozos que habían acudido a su garganta—, mi marido murió hace cuatro años. Yo llevaba en mi seno a nuestro primer hijo cuando le mató un unicornio desbocado. Nos habíamos casado tres años antes. Nos conocimos cuando estábamos en la universidad... Las emisiones de la Escuela Central sólo pueden proporcionar una educación básica, ya sabe... Creamos nuestro propio equipo para realizar estudios ecológicos bajo contrato: ya sabe, averiguar si una zona determinada puede ser colonizada manteniendo el equilibrio de la naturaleza, qué podría cultivarse en ellas, qué dificultades se encontrarían, etcétera. Bueno, más tarde trabajé en un laboratorio piscícola de Portolondon. Pero la monotonía de aquella tarea me resultó insoportable. El profesor Matsuyama me ofreció un puesto en el equipo que estaba organizando para examinar la región de Hauch. Pensé, Dios me perdone, pensé que Jimmy... Tim quería que se llamara James, cuando los tests demostraron que sería un chico, porque era el nombre de su padre y porque «Timmy y Jimmy» sonaba bien, y... Bueno, pensé que Jimmy no correría ningún peligro acompañándome. No podía soportar la idea de separarle de mí durante meses, a su edad. Podíamos asegurarnos de que nunca saldría del campamento. Y, dentro de él, ¿qué podía ocurrirle de malo? Nunca había creído esas historias acerca de los Outling que roban niños humanos. Suponía que los padres trataban de ocultarse a sí mismos el hecho de que habían sido descuidados, permitiendo que un niño se perdiera en los bosques, o fuese atacado por una manada de fieras, o... Bueno, estaba equivocada, señor Sherrinford. Los robots de guardia se

evadieron, los perros fueron drogados, y cuando desperté Jimmy había desaparecido.

Sherrinford la miró a través del humo de su pipa. Barbro Engdahl Cullen era una robusta mujer de treinta y tantos años (años rolándicos, se recordó a sí mismo, noventa y cinco por ciento de los terrestres, que no correspondían a los años beowulfanos), ancha de hombros, de piernas largas y senos rotundos; tenía una cara ancha, la nariz recta, los ojos color de avellana, la boca de labios gruesos y expresiva; sus cabellos eran de color castaño-rojizo, recogidos debajo de las orejas, su voz un poco ronca, y llevaba un sencillo vestido de calle. Para aquietar el temblor de sus manos, él preguntó escépticamente:

—¿Cree usted ahora en los Outlings?

—No. Simplemente, no estoy tan segura como antes. —Barbro vaciló, antes de añadir—: Y hemos encontrado huellas.

—Restos de fósiles —asintió Sherrinford—. Unos cuantos artefactos de tipo neolítico. Pero aparentemente antiguos, como si los que los construyeron hubieran muerto hace siglos. La investigación intensiva no ha aportado ninguna prueba real de su supervivencia.

—¿Hasta qué punto puede ser intensiva una investigación, en un verano tormentoso y un invierno lúgubre en una zona desértica alrededor del polo Norte? —inquirió ella—. ¿Cuando somos un millón de personas en todo un planeta, la mitad de ellas concentradas en esta única ciudad?

—Y el resto concentrado en este único continente habitable —puntualizó Sherrinford.

—La Artica cubre cinco millones de kilómetros cuadrados —replicó ella—. La zona Artica propiamente dicha cubre una cuarta parte del territorio. No tenemos la base industrial para establecer estaciones monitoras satélites, construir aeronaves para explorar aquellas regiones, abrir carreteras a través de las malditas tierras oscuras e instalar bases permanentes que nos permitan conocerles y domesticarles. ¡Dios mío, generaciones de colonos solitarios contaron historias acerca de Mantogris, y la bestia no fue vista nunca por un científico hasta el año pasado!

—Sin embargo, usted sigue dudando de la existencia de los Outlings.

—Bueno, ¿qué me dice de un culto secreto entre humanos, nacido del aislamiento y la ignorancia, amadrigando en lugares desérticos, robando niños cuando pueden para...? —Barbro tragó saliva e inclinó la cabeza—. Pero se supone que el experto es usted.

—Por lo que me ha dicho por el visífono, las fuerzas de policía de Portolondon ponen en cuarentena la exactitud del informe que su grupo, creen que la mayoría de ustedes padecen histerismo, pretenden que han descuidado las debidas precauciones y que el niño se alejó y se extravió sin que ustedes logran encontrarle.

La sequedad de aquellas palabras la hizo reaccionar. Enrojeciendo, replicó:



—¿Como el hijo de cualquier colono? No. Yo no me he limitado a gritar. He consultado los archivos. Y hay demasiados casos registrados como accidente para que resulte una explicación plausible. ¿Y debemos ignorar del todo las aterradoras historias acerca de reapariciones? Pero cuando acudí a las fuerzas de policía con mis hechos, no quisieron saber nada. Sospecho que la causa no es que dispongan de muy pocos agentes. Creo que también ellos están asustados. La mayoría proceden de zonas rurales, y Portolondon se encuentra cerca del borde de lo desconocido. —Su energía se apagó— Roland no tiene ninguna fuerza central de policía —terminó, en tono de desaliento—. Usted es mi última esperanza.

El hombre expelió una bocanada de humo antes de decir, con voz más amable que hasta entonces:

—Le ruego que no confíe demasiado en mí, señora Cullen. Soy un investigador privado solitario en este mundo, sin más recursos que los míos propios, y un recién llegado, por así decirlo.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Doce años. Apenas el tiempo suficiente para familiarizarme un poco con las relativamente civilizadas regiones del litoral. Ustedes, que residen aquí desde hace un siglo o más, ¿qué es lo que saben acerca del interior de la Artica? —Sherrinford suspiró—. Aceptaré el caso, sin cobrar más de lo que debo, principalmente por la experiencia que puede reportarme —dijo—. Pero sólo si es usted mi guía y mi ayudante, por penoso que le resulte.

—¡Desde luego! No puedo resistir la idea de permanecer ociosa. Mas ¿por qué he de ser yo?

—Contratar a alguien con la suficiente capacidad resultarla prohibitivamente caro, en un planeta de pioneros en el que cada mano tiene mil tareas urgentes que realizar. Además, usted tiene un motivo. Y yo necesito eso. Yo, que nací en otro mundo completamente distinto a éste, que por su parte es completamente distinto de la Madre Tierra, me doy perfecta cuenta de nuestras limitaciones y desventajas.

La noche se cernió sobre Christmas Landing. El aire seguía siendo suave, pero los zarcillos luminosos de niebla, escurriéndose a través de las calles, tenían un aspecto frío, y más fría aún era la aurora que se estremecía entre las lunas. La mujer se acercó más al hombre en la oscurecida habitación, seguramente sin darse cuenta de que lo hacía, hasta que él pulsó el interruptor de un fluorescente. Ambos participaban del conocimiento de la soledad de Roland.

Un año-luz no es ninguna exageración en distancias galácticas. Podría recorrerse en unos 270 millones de años, empezando a mediados de la era permiana, cuando los dinosaurios pertenecían al futuro remoto, y continuando hasta nuestros días, cuando las naves espaciales cruzan distancias todavía mayores. Pero las estrellas de nuestra vecindad se encuentran a un promedio de nueve años-luz de distancia, y apenas el

uno por ciento de ellas tienen planetas habitables para el hombre, y las velocidades están limitadas a menos de la de la radiación. La contracción relativista del tiempo y la animación suspendida en ruta prestan cierta ayuda. Eso hace que los viajes parezcan cortos, pero entre tanto la historia no se detiene.

Así, los viajes de sol a sol serán siempre pocos. Los colonizadores serán aquéllos que tengan motivos sumamente especiales para marcharse. Se llevarán consigo plasma germinal para el cultivo exogenético de plantas y animales domésticos... y de niños humanos, a fin de que la población pueda crecer con la rapidez suficiente para escapar de la muerte a través del agotamiento genético. Después de todo, no pueden confiar en una posterior inmigración. Dos o tres veces por siglo, una nave puede llamar desde alguna otra colonia. (No desde la Tierra. La Tierra está sumida desde hace mucho tiempo en otra clase de preocupaciones). Su lugar de origen será un antiguo poblado. Los jóvenes no están en condiciones de construir y gobernar naves interestelares.

Su misma supervivencia, dejando aparte su eventual modernización, está en duda. Los padres fundadores han tenido que aceptar lo que pudieron obtener, en un universo no diseñado especialmente para el hombre.

Considérese, por ejemplo, Roland. Se encuentra entre los raros hallazgos afortunados, un mundo en el que los humanos pueden vivir, respirar, comer el alimento, beber el agua, andar descalzos si lo prefieren, cultivar sus cosechas, pacer sus animales, cavar sus minas, edificar sus hogares, criar a sus hijos y nietos. Vale la pena recorrer tres cuartas partes de un siglo-luz para conservar ciertos valores queridos y hundir nuevas raíces en el suelo de Roland.

Pero la estrella Carlomagno es de tipo F9, un cuarenta por ciento más brillante que el Sol, más brillante aún en los traicioneros ultravioleta y más salvaje aún en el viento de partículas cargadas que desprende. El planeta tiene una órbita excéntrica. En medio del corto pero furioso verano septentrional, que incluye el periastron, la insolación total es más del doble de la que recibe la Tierra; en lo profundo del largo invierno septentrional, es muy inferior al promedio terrestre.

La vida nativa es abundante en todas partes. Pero al carecer de maquinaria adecuada, que sólo podrían construir unos cuantos especialistas, el hombre sólo puede soportar las latitudes más altas. Una inclinación axial de diez grados, junto con la órbita, significa que la parte septentrional del continente ártico pasa medio año sin recibir la luz del sol. Alrededor del polo sur se extiende un océano vacío.

Otras diferencias con relación a la Tierra podrían parecer superficialmente más importantes. Roland tiene dos lunas, pequeñas pero cercanas, para provocar desastrosas mareas. Gira sobre sí mismo una vez cada treinta y dos horas, perjudicando sutilmente a unos organismos evolucionados a través de milenios de un ritmo más rápido. Las pautas climatológicas son también distintas a las terrestres. El

globo sólo tiene 9500 kilómetros de diámetro; su gravedad de superficie es  $0,42 \times 980 \text{ cm/seg}^2$ ; la presión del aire al nivel del mar es ligeramente superior a una atmósfera terrestre. (Ya que en realidad la Tierra es la rareza, y el hombre existe debido a que un accidente cósmico expulsó la mayor parte del gas que un cuerpo de su tamaño debería conservar, como ha hecho Venus).

Sin embargo, el Homo puede ser llamado realmente sapiens cuando practica su especialidad de no ser especializado. Sus repetidos intentos de congelarse a sí mismo en unos moldes con respuesta para todo, o una cultura, o una ideología, o como quiera que lo haya llamado, le han conducido repetidamente a la ruina. Si se le encarga la tarea pragmática de subsistir, suele desempeñarla bastante bien.

Se adapta dentro de unos límites muy amplios.

Esos límites están determinados por factores tales como su necesidad de luz solar y de convertirse, necesariamente y para siempre, en una parte de la vida que le rodea y un producto del espíritu que la alienta.

Portolondon introduce muelles, embarcaciones, maquinaria y almacenes en el golfo de Polaris. Detrás de ellos se agrupan las viviendas de sus 5000 habitantes permanentes: paredes de hormigón, contraventanas altos y picudos tejados. Lo alegre de su pintura quedaba desdibujado entre los faroles; este pueblo se encontraba más allá del Círculo Ártico.

Sin embargo, Sherrinford observó:

—Un lugar alegre, ¿eh? Llegué a Roland buscando algo como esto.

Barbro no contestó. Los días pasados en Christmas Landing, mientras él hacía sus preparativos, la habían agotado. Mirando a través de la cúpula del taxi que les llevaba a la parte baja del pueblo, supuso que él se refería a la lozanía de la vegetación a lo largo de la carretera, matices brillantes y fosforescencia de flores en los jardines, clamor de alas encima de sus cabezas. A diferencia de la flora terrestre en climas fríos, la vegetación ártica pasa todas las horas diurnas en frenético crecimiento y almacenamiento de energía.

Hasta que la fiebre del verano deja paso al suave invierno no florece ni da fruto; y los animales aletargados durante el verano abandonan sus madrigueras y las aves migratorias vuelven a casa.

La vista era encantadora, tuvo que admitirlo: más allá de los árboles, una espaciosidad trepando hacia remotas alturas, grisplateada bajo una luna, una aurora, el difuso resplandor de un sol debajo mismo del horizonte.

Hermoso como un satán cazador, pensó, e igualmente terrible. Aquella selvaticidad había robado a Jimmy. Se preguntó si al menos podría encontrar sus pequeños huesos y llevárselos a su padre.

Bruscamente se dio cuenta de que Sherrinford y ella estaban en su hotel y que él

había estado hablando del pueblo. Dado que era el siguiente en tamaño después de la capital, él debió haberlo visitado con frecuencia. Las calles aparecían atestadas y ruidosas; parpadeaban los letreros luminosos, brotaba la música de tiendas, tabernas, restaurantes, centros deportivos, salones de baile; los vehículos se tocaban unos a otros; los edificios para oficinas de varios pisos de altura se erguían como ascuas de luz. Portolondon unía un enorme traspáis al mundo exterior. Río Gloria abajo llegaban balsas de troncos, minerales, cosechas de granjas cuyos propietarios estaban logrando lentamente que la vida de Roland les sirviera, carne, marfil y pieles reunidos por los exploradores en las montañas que se erguían más allá de Troll Scarp. Por el mar llegaban cargueros que navegaban a lo largo de la costa, la flota pesquera, productos de las islas Sunward y de otros continentes situados mucho más al sur y hasta los que se aventuraban hombres audaces. En Portolondon se reía, se fanfarroneaba, se disimulaba, se robaba, se rezaba, se bebía, se soñaba, se fornicaba, se construía, se destruía, se nacía, se moría, se era feliz, desdichado, codicioso, vulgar, amante, ambicioso, humano. Ni el ardor del sol en verano ni el crepúsculo de medio año —completamente de noche en pleno invierno— pondrían freno a la mano del hombre.

Al menos, eso decía todo el mundo.

Todo el mundo, excepto aquellos que se habían establecido en las regiones oscuras. Barbro solía dar por sentado que estaban desarrollando extrañas costumbres, leyendas y supersticiones, las cuales morirían cuando todas las tierras estuvieran registradas en los mapas y controladas. Últimamente, había empezado a dudar. Tal vez las alusiones de Sherrinford acerca de un cambio en su propia actitud acarreado por su investigación preliminar eran las responsables de las dudas de Barbro.

O tal vez necesitaba algo en que pensar que no fuera en cómo Jimmy, el día antes de desaparecer, cuando ella le preguntó si quería pan de centeno o pan francés para un emparedado, le respondió con gran solemnidad (empezaba a mostrarse interesado en el alfabeto): «Quiero una rebanada de lo que nosotros llamamos el pan F».

Apenas se dio cuenta de que se apeaba del taxi, se registraba en el hotel y era acompañada a una habitación amueblada de un modo primitivo. Pero, después de deshacer su equipaje, recordó que Sherrinford había sugerido una conferencia confidencial. Cruzó el pasillo y llamó a su puerta. Sus nudillos sonaron menos ruidosos que su corazón.

Sherrinford abrió la puerta, con un dedo en los labios, y le hizo un gesto señalándole un rincón. Barbro frunció el ceño hasta que vio la imagen del jefe de Policía Dawson en el visífono. Sherrinford debió llamarle, y debía tener sus motivos para mantenerla fuera del alcance de la cámara. Encontró una silla y esperó, clavando las uñas en sus rodillas.

El detective se acercó de nuevo al visífono.

—Perdone la interrupción —dijo—. Un hombre se ha equivocado de número. Estaba borracho, al parecer.

Dawson dejó oír una risita.

—Aquí abundan mucho —dijo. Barbro recordó lo aficionado a charlar que era Dawson, el cual se atusó la barba que llevaba, como si fuera un explorador en vez de un hombre de ciudad—. No producen ningún daño, por regla general. Lo único que tienen es un exceso de voltaje, después de pasar semanas o meses enteros en las regiones del interior, y necesitan descargarlo.

—He llegado a la conclusión de que ese entorno, ajeno en un millón de aspectos al que creó el hombre, produce extraños efectos en la personalidad. —Sherrinford atacó su pipa—. Desde luego, ya sabe que mi práctica ha estado limitada a zonas urbanas y suburbanas. Las regiones aisladas rara vez necesitan investigadores privados. Ahora esa situación parece haber cambiado. Le he llamado para pedirle consejo.

—Me alegraría si pudiera ayudarle —dijo Dawson—. No he olvidado lo que hizo por nosotros en el caso del asesinato de Tahoe. —Cautelosamente—: Será mejor que explique primero su problema.

Sherrinford prendió fuego a su pipa. El humo que siguió se impuso a los aromas campestres que, incluso aquí, a un par de pavimentados kilómetros de distancia de los bosques más cercanos, se abrían paso a través de una ventana crepuscular.

—Esto es más una misión científica que una búsqueda de un deudor oculto o de un espía industrial —dijo Sherrinford—. Me encuentro ante dos posibilidades: la de que una organización, criminal, religiosa o de otro tipo se haya estado dedicando desde hace tiempo a robar niños; o la de que los Outlings del folklore sean reales.

—¿Eh? —En el rostro de Dawson, Barbro leyó tanta consternación como sorpresa—. ¡No es posible que hable usted en serio!

—¿De veras? —sonrió Sherrinford—. El valor de los informes de varias generaciones no debería ser desechado. Especialmente cuando se han ido haciendo más frecuentes y consecuentes con el paso del tiempo. No podemos ignorar las desapariciones de niños de corta edad, que ascienden a más de un centenar, sin que se haya encontrado nunca el menor rastro de ellos. Ni los hallazgos que demuestran que una especie inteligente habitó en otro tiempo en la Artica, y puede todavía merodear por el interior.

Dawson se inclinó hacia delante como si se dispusiera a salir de la pantalla.

—¿Quién le ha contratado? —preguntó—. ¿Una tal Cullen? Lo lamentamos por ella, naturalmente, pero lo que dijo no tenía sentido, y cuando se puso impertinente...

—¿Acaso no confirmaron su relato sus compañeros, reputados científicos?

—No había ningún relato que confirmar. Mire, ellos tenían el lugar rodeado de detectores y alarmas, y tenían mastines. Lo normal en una región en la que puede

presentarse un suroide hambriento o cualquier otra fiera. Nada podía haber entrado sin ser detectado.

—Nada por el suelo, pero ¿qué me dice de algo volador aterrizando en medio del campamento?

—Un hombre tripulando un helicóptero hubiera despertado a todo el mundo.

—Un ser alado podría resultar más silencioso.

—¿Un ser alado capaz de levantar a un niño de tres años? No existe.

—No existe en la literatura científica, quiere usted decir, señor Dawson. Recuerde a Mantogris; recuerde lo poco que sabemos acerca de Roland, un planeta, un mundo entero. Tales pájaros existen en Beowulf... y en Rustum, según he leído. He calculado el nivel local de densidad del aire y, sí, es marginalmente posible también aquí. El niño pudo haber sido transportado a una corta distancia antes de que los músculos de las alas se fatigaran y el animal se viera obligado a descender.

Dawson refunfuñó:

—Primero aterrizó y se dirigió a la tienda en la que dormían la madre y el niño. Luego se llevó al niño, hasta que no pudo volar más. ¿No suena eso a ave de presa? ¡Y el niño no gritó, y los perros no ladraron!

—En realidad —dijo Sherrinford—, esas inconsistencias son las características más interesantes y convincentes de todo el asunto. Tiene usted razón, resulta difícil creer que un raptor humano pudo entrar en el campamento sin ser detectado, y un animal tipo águila no hubiera operado de ese modo. Pero nada de esto tiene aplicación a un ser alado inteligente. El niño podría haber sido drogado. Desde luego, los perros mostraron síntomas de haberlo sido.

—Los perros mostraron síntomas de haberse dormido. Nada les había llamado la atención. Ni podía llamársela el niño vagando por el campamento. Por lo visto, las alarmas estaban instaladas de un modo muy chapucero, puesto que no se esperaba ningún peligro en el interior del campamento. Así que el niño pudo salir fácilmente. Lamento tener que decirlo, pero debemos suponer que el pobre rapaz murió de hambre o atacado por alguna fiera. —Dawson hizo una pausa antes de añadir—: Si dispusiéramos de más personal, podríamos haber dedicado más tiempo al asunto. Y nos ocupamos de él, desde luego. Llevamos a cabo una exploración aérea, arriesgando las vidas de los pilotos, utilizando instrumentos que hubieran localizado al niño en cualquier parte en un radio de cincuenta kilómetros. Ya sabe usted cuán sensibles son los analizadores térmicos. No encontramos absolutamente nada. Y tenemos tareas más importantes que la búsqueda de los dispersos restos de un cadáver. —Terminó bruscamente—: Si le ha contratado la señora Cullen, le aconsejo que busque un pretexto para renunciar al encargo. También será mejor para ella. Es preciso que recobre la cordura y el sentido de la realidad.

Barbro reprimió un grito mordiéndose la lengua.

—¡Oh! Ésta es simplemente la última desaparición de la serie —dijo Sherrinford—. Más cuidadosamente registrada que ninguna de las anteriores y, por ello, mucho más sugestiva. —Barbro no comprendió cómo podía hablar con tanto despego, teniendo en cuenta que Jimmy estaba perdido—. Habitualmente, la familia ofrecía un relato lacrimoso pero desprovisto de detalles de la desaparición de su niño, que tenía que haber sido robado por la Antigua Gente. A veces, años más tarde, hablaban de lo que ellos juraban tenía que haber sido el niño crecido, que había dejado de ser realmente humano, revoloteando tristemente, o atisbando a través de una ventana, o atrayendo algún perjuicio sobre ellos. Como usted dice, ni las autoridades ni los científicos han dispuesto de personal o de recursos para organizar una adecuada investigación. Como digo yo, el caso merece ser investigado. Tal vez un particular como yo pueda aportar una ayuda.

—Escuche, la mayoría de los que integramos las fuerzas de policía hemos crecido en el interior. No nos limitamos a patrullar y a contestar a las llamadas de emergencia; vamos allí con relativa frecuencia para celebrar fiestas y reuniones. Si existiera alguna banda de... sacrificadores humanos, lo sabríamos.

—Me doy cuenta de eso. Y también me doy cuenta de que la gente de la que ustedes proceden tiene una creencia profundamente arraigada en la existencia de seres no humanos con poderes sobrenaturales. En realidad, son muchos los que celebran ritos y hacen ofrendas para atraerse la buena voluntad de aquellos seres.

Dawson soltó una risita burlona.

—Sé a dónde quiere ir a parar —dijo—. Lo he oído antes, de un centenar de sensacionalistas. Los aborígenes son los Outlings. Tenía una opinión mucho mejor de usted... Seguramente ha visitado más de un museo, seguramente ha leído literatura de planetas que tienen nativos. ¿O acaso no ha aplicado nunca esa lógica suya? —Agitó un dedo—. Piense —continuó—. ¿Qué hemos descubierto, en realidad? Unas cuantas piedras labradas; unos cuantos megalitos que podrían ser artificiales; rayaduras en la roca que parecen mostrar plantas y animales, aunque no del modo que cualquier cultura humana los hubiera dibujado; rastros de fogatas y huesos rotos; otros fragmentos de hueso que podrían haber pertenecido a seres pensantes, como si pudieran haber estado en el interior de dedos o alrededor de grandes cerebros. Sin embargo, sus propietarios no tenían el aspecto de hombres. Ni de ángeles, dicho sea de paso. ¡Nada! La reconstrucción más antropeide que he visto muestra una especie de crocagator bípedo.

»Espere, déjeme terminar. Las historias acerca de los Outlings... ¡Oh! Las he oído también, muchas de ellas. Y las creía cuando era niño. Las historias cuentan que son de diferentes tipos, algunos alados, algunos no, algunos medio humanos, algunos completamente humanos a excepción quizá de que son demasiado guapos... Es una repetición de los cuentos de hadas de la antigua Tierra. ¿No es verdad? En cierta

ocasión me interesé por la materia y rebusqué en los microarchivos de la Biblioteca Heritage, y que me aspen si no encontré leyendas casi idénticas, contadas por campesinos siglos antes de los vuelos espaciales.

»Ninguna de ellas encaja con las escasas reliquias que tenemos, si es que son reliquias, ni con el hecho de que ninguna zona del tamaño de la Artica ha podido producir una docena de especies inteligentes distintas, ni... diablos, con el modo que el sentido común nos dice que se hubieran comportado los aborígenes cuando llegaron los humanos.

Sherrinford asintió.

—Sí, sí —dijo—. Yo estoy menos seguro que usted de que el sentido común de los seres no humanos sea precisamente como el nuestro. He visto demasiadas variaciones dentro del género humano. Pero admito que sus argumentos son de peso. Los escasos científicos de Roland tienen tareas más apremiantes que la de rastrear los orígenes de lo que es, como usted ha dicho, una superstición medieval revivida. —Cogió la cazoleta de su pipa con ambas manos y contempló fijamente la diminuta brasa que humeaba en ella—. Tal vez lo que más me interesa —continuó en voz baja— es el motivo de que a través de esa hondonada de siglos, a través de una barrera de civilización mecánica, sin ninguna continuidad de tradición, unos colonizadores tecnológicamente organizados y razonablemente instruidos hayan sacado de su tumba una creencia en la Antigua Gente.

—Supongo que eventualmente, si la Universidad llega a desarrollar el departamento de psicología del que tanto se habla, alguien extraerá una tesis de su pregunta.

Dawson había hablado en tono mordaz, y casi se atragantó cuando Sherrinford replicó:

—Me propongo empezar ahora mismo. En la región de Hauch, dado que allí ocurrió el último incidente. ¿Dónde puedo alquilar un vehículo?

—Uh, resultará difícil...

—Vamos, vamos. Aunque sea un novato conozco la situación. En tanta economía de escasez, pocas personas pocas personas poseen equipo propio. Pero dado que es necesario, siempre puede ser alquilado. Necesito un ómnibus todo terreno. Y necesito que me instalen en él cierto equipo que he traído conmigo, y que coloquen en la parte superior una torreta con un cañoncito controlable desde el asiento del conductor. Yo suministraré las armas. Además de los rifles y pistolas de mi propiedad, he conseguido alguna artillería del arsenal de la policía de Christmas Landing.

—¿De veras pretende usted hacer... una guerra... contra un mito?

—Digamos que adopto medidas de seguridad, lo cual no es terriblemente caro, contra una remota posibilidad. Ahora, además del ómnibus, ¿qué hay acerca de una aeronave ligera remolcada para utilizarla en vuelos de reconocimiento?



—No —Dawson habló en tono más decidido que hasta entonces—. Eso sería una llamada al desastre. Podemos trasladarle a un campamento base en un avión grande cuando el parte meteorológico sea favorable. Pero el piloto tendrá que regresar inmediatamente, antes de que las condiciones climatológicas empeoren. La meteorología está subdesarrollada en Roland; el aire es especialmente traicionero en esta época del año, y no estamos preparados para fabricar aeronaves que puedan superar todas las contingencias. —Respiró a fondo—. No tiene usted idea de la rapidez con que puede desencadarse un huracán, ni del tamaño del pedrusco que puede caer de un cielo claro... Una vez esté allí, péguese al terreno. —Vaciló—. Éste es un motivo importante de que nuestra información sobre el interior sea tan escasa y de que sus colonos estén tan aislados.

Sherrinford rió sin alegría.

—Bueno, supongo que si los detalles son los que busco, tendré que salir corriendo.

—Perderá usted mucho tiempo —dijo Dawson—. Y el dinero de su cliente. Escuche, no puedo prohibirle cazar sombras, pero...

La discusión se prolongó por espacio de casi una hora. Cuando la pantalla se apagó, Sherrinford se puso en pie, se despezó y echó a andar hacia Barbro. Ella observó de nuevo lo peculiar de su paso. Había llegado de un planeta con una cuarta parte de la atracción gravitacional de la Tierra, a otro en el que el peso era menos de la mitad del terrestre. Barbro se preguntó si volaba en sueños.

—Disculpe que la haya dejado al margen del asunto —dijo Sherrinford—. No esperaba poder hablar con él tan pronto. Era completamente sincero al decir que está muy ocupado. Pero, habiendo establecido contacto, no quería que la recordara demasiado a usted. Puede no dar importancia a mi proyecto, considerándolo como una inútil fantasía a la que no tardaré en renunciar. Pero su actitud podría haber sido muy distinta, hasta el extremo de acumular obstáculos delante de nosotros, si se hubiera dado cuenta a través de usted de lo decididos que estamos.

—¿Por qué habría de importarle? —preguntó Barbro en su amargura.

—Por miedo a las consecuencias, mucho peor porque se niega a admitirlo. Miedo a las consecuencias, más aterrador porque son insospechables. —La mirada de Sherrinford se fijó en la pantalla, y luego pasó a través de la ventana hacia la aurora que latía en glacial azul y blanco inmensamente lejos por encima de sus cabezas—. Supongo que se ha dado cuenta de que estaba hablando con un hombre asustado. A pesar de su aparente escepticismo, Dawson cree en los Outlings... ¡Oh, sí, cree en ellos!

Los pies de Mistherd volaban sobre la hierba más veloces que el viento que agitaba los tallos. A su lado, negro y deforme, avanzaba Nagrim el nicor, cuyo

enorme peso dejaba una ringla de plantas aplastadas. Detrás, capullos luminosos de un estramonio brillaban a través de los perfiles retorcidos de Morgarel el espectro.

Aquí se alzaba Cloudmoor en una rompiente de colinas y espesuras. El aire permanecía inmóvil, transportando de vez en cuando el apagado aullido de un animal en la distancia. La oscuridad era mayor que de costumbre al empezar el invierno, ya que las lunas estaban bajas y la aurora era un pálido parpadeo encima de las montañas en la orilla septentrional del mundo. Pero esto hacía que las estrellas brillaran más, y su número atestaba el cielo, y el Camino Fantasma brillaba entre ellas como si, al igual que el follaje debajo de él, estuviera pavimentado con rocío.

—¡Allí! —rugió Nagrim, que tenía sus cuatro brazos extendidos. El grupo había llegado a lo alto de una loma. Lejos brilló una chispa—. ¡Hoah, hoah! ¿Debemos saltar sobre ellos, o acercarnos lentamente?

Ni lo uno ni lo otro, cerebro de hueso. La respuesta de Morgarel se deslizó a través de sus mentes. No, a menos que nos ataquen, y no nos atacarán a menos que demos a conocer nuestra presencia. Ella nos ordenó que espiáramos sus propósitos.

—Gr-r-rum-m-m. Yo conozco sus propósitos. Cortar árboles, hundir arados en la tierra, sembrar sus malditas semillas. Si no les paramos los pies, pronto, muy pronto, serán demasiado fuertes para nosotros.

—¡No demasiado fuertes para la Reina! —protestó Mistherd.

Sin embargo, al parecer, ellos tienen nuevos poderes, le recordó Morgarel. Debemos someterles a prueba cuidadosamente.

—Entonces, ¿podemos saltar cuidadosamente sobre ellos? —preguntó Nagrim.

La pregunta provocó una sonrisa en Mistherd, haciéndole olvidar su propia intranquilidad. Palmeó la escamosa espalda.

—No hables —dijo—. Me lastimas los oídos. Ni pienses; eso lastima tu cabeza. ¡Vamos, corre!

Tranquilízate, intervino Morgarel. Hay demasiada vida en ti, nacido-humano.

Mistherd hizo una mueca al espectro, pero obedeció hasta el punto de aminorar el paso y avanzar con más cautela. Ya que viajaba en nombre de la Más Bella, para enterarse de lo que habla traído a un par de mortales hasta allí.

¿Buscaban al niño que Ayoch robó? (El niño seguía llorando y llamando a su madre, aunque cada vez menos a medida que las maravillas de Carheddin penetraban en él). Quizás. Una máquina voladora les había dejado a ellos y a su vehículo en el ahora abandonado campamento, desde el cual habían avanzado en espiral. Pero cuando ningún rastro del cachorro había aparecido dentro de una razonable distancia, no habían llamado para emprender el viaje de regreso. Y esto no era debido a que las condiciones climatológicas impidieran la propagación de las ondas, como ocurría con frecuencia. No, en vez de llamar, la pareja se había dirigido hacia las montañas de Moonhorn. Directamente hacia unos reinos no hollados hasta entonces por su raza.

De modo que ésta no era una investigación rutinaria. ¿Qué era, entonces?

Mistherd comprendió ahora por qué la que reinaba había hecho que sus hijos mortales adoptados aprendieran, o conservaran, el torpe lenguaje de sus predecesores. Él había odiado aquel ejercicio, completamente extraño a las costumbres de los Moradores. Desde luego, uno la obedecía a ella, y con el tiempo se daba cuenta de lo sensata que había sido.

De pronto, dejó a Nagrim detrás de una roca —el picor sólo sería útil en una lucha— y se arrastró de arbusto en arbusto hasta quedar a una distancia prudencial de los humanos. Un árbol de la lluvia se inclinó sobre él, hojas suaves sobre su desnuda piel, y le envolvió en oscuridad. Morgarel flotó hasta la copa de un árbol de hojas temblonas, cuya oscilación ocultarla mejor su forma insustancial. Tampoco él sería de mucha ayuda. Y eso era lo peor de la situación. Los espectros se encontraban entre aquellos que no sólo podían captar y transmitir pensamientos, sino también proyectar ilusiones. Morgarel había informado que esta vez su poder parecía rebotar en una invisible pared fría alrededor del vehículo.

Por otra parte, el varón y la hembra no habían instalado máquinas guardianes ni llevaban perros. Seguramente suponían que no iban a necesitarlos, dado que dormían en el largo vehículo en el que viajaban. Pero semejante desprecio de la fuerza de la Reina no podía ser tolerado.

El metal brillaba débilmente a la luz de su fogata. Ellos estaban sentados junto al fuego, protegiéndose contra una frialdad que Mistherd, desnudo, encontraba suave. El varón bebía humo. La hembra miraba fijamente hacia un punto indeterminado que sus ojos deslumbrados por las llamas debían ver como espesa oscuridad. La danzante claridad permitía verla muy bien. Sí, a juzgar por el relato de Ayoch, era la madre del nuevo cachorro.

Ayoch había querido venir también, pero la Maravillosa se lo prohibió. Los puks no podían mantenerse inmóviles el tiempo suficiente para aquella clase de misión.

El hombre chupó su pipa. Sus mejillas quedaron así en la sombra mientras la luz parpadeaba a través de su nariz y su entrecejo: por un instante pareció un ave de presa a punto de caer sobre su víctima.

—No, se lo repito, Barbro, no tengo ninguna teoría —estaba diciendo—. Cuando los hechos son insuficientes, teorizar es ridículo en el mejor de los casos, desorientador en el peor.

—Sin embargo, debe de tener alguna idea de lo que está haciendo —dijo ella. Era evidente que habían hablado a menudo de aquello antes de entonces. Ningún Morador podía ser tan insistente como ella ni tan paciente como él—. El equipo que ha traído... ese generador que mantiene en marcha...

—Tengo un par de hipótesis, que me han sugerido el equipo que debía traer.

—¿Por qué no me dice qué hipótesis son esas?

—Ellas mismas indican que podría ser desaconsejable en los momentos actuales. Todavía estoy palpando mi camino en el laberinto. Y aún no he tenido una oportunidad de establecer conexión entre todos los datos que poseo. De hecho, sólo estamos realmente protegidos contra una supuesta influencia telepática...

—¿Qué? —se sobresaltó ella—. Se refiere usted... a esas leyendas acerca de cómo pueden leer también las mentes...

La hembra se interrumpió, y su mirada escrutó la oscuridad más allá de los hombros del varón.

Él se inclinó hacia adelante. Su tono perdió rápidamente su sequedad para hacerse más ansioso y más suave.

—Barbro, se está destrozando a sí misma. Lo cual no será una ayuda para Jimmy si está vivo, y cuanto más dure esto más va a necesitarla. Tenemos una pesada tarea ante nosotros, y será mejor que se concentre en ella.

Ella asintió con un gesto y se mordió el labio inferior unos momentos, antes de contestar:

—Lo estoy intentando.

Él sonrió alrededor de su pipa.

—Espero que lo consiga. Nunca me ha dado la impresión de ser una mujer dispuesta a abandonar, ni una plañidera, ni amiga de compadecerse de sí misma.

Ella dejó caer una mano sobre la pistola que llevaba al cinto. Su voz cambió; surgió de su garganta como un cuchillo de la vaina.

—Cuando los encontremos, sabrán quién soy. Quiénes son los humanos.

—Deje a un lado la ira —apremió el hombre—. No podemos permitirnos esa clase de emociones. Si los Outlings son reales, como ya le he dicho que provisionalmente supongo, están luchando por sus hogares. —Después de un breve silencio, añadió—: Me gusta pensar que si los primeros exploradores hubiesen encontrado nativos vivos, los hombres no hubieran colonizado Roland. Pero ahora es demasiado tarde. No podemos volvernos atrás. Ésta es una lucha hasta el final, contra un enemigo tan astuto que incluso nos oculta el hecho de que está guerreando.

—¿Lo está haciendo? Quiero decir, acechando, raptando ocasionalmente a un niño...

—Eso es parte de mi hipótesis. Sospecho que eso no son hostigamientos, sino tácticas empleadas en una estrategia terriblemente sutil.

El fuego chisporroteó. El hombre fumó unos instantes en silencio, meditando, y finalmente continuó:

—No quise despertar sus esperanzas ni excitarla sin motivo mientras tuvo que esperarme, primero en Christmas Landing, luego en Portolondon. Más tarde tuvimos que convencernos a nosotros mismos de que Jimmy había sido llevado más lejos del campamento de lo que él podría haber andado antes de caer agotado. Sólo le estoy

diciendo lo minuciosamente que he estudiado el material disponible sobre la... Antigua Gente. Además, al principio lo hice con la intención de eliminar toda posibilidad imaginable, por absurda que fuera.

»No esperaba otro resultado que una refutación final. Pero lo examiné todo, reliquias, análisis, historias, relatos periodísticos, monografías; hablé con colonos del interior que estaban de paso en el pueblo y con algunos científicos que han demostrado cierto interés por el asunto. Asimilo las cosas rápidamente. Y tengo la pretensión de que puedo convertirme en tan experto como cualquiera..., aunque Dios sabe que en este caso hay poco en lo que ser experto. Por otra parte, yo, relativamente forastero en Roland, tal vez podría examinar el problema con distinto enfoque. Y llegué a unas cuantas conclusiones.

»Si los aborígenes se extinguieron, ¿por qué no dejaron más restos? La Artica no es tan enorme, y la vida rolándica es fértil. Tenía que haber alimentado a una población cuyos utensilios se habrían acumulado a través de milenios. He leído que en la Tierra se encontraron millares de hachas paleolíticas, más por casualidad que por arqueología.

»Muy bien. Supongamos que las reliquias y los fósiles fueron deliberadamente eliminados entre la época en que se marchó la última expedición exploradora y el momento en que llegaron las primeras naves de colonización. Hallé cierto apoyo para esta idea en los diarios de los primeros exploradores. Estaban demasiado ocupados comprobando la habitabilidad del planeta para confeccionar catálogos de los monumentos primitivos. Sin embargo, sus observaciones demuestran que vieron muchas más cosas que los que llegaron posteriormente. Supongamos que lo que nosotros hemos encontrado es, precisamente, lo que los encargados de eliminarlo pasaron por alto o no tuvieron tiempo de eliminar.

»Eso revela una mentalidad sofisticada, pensando en términos de a largo plazo, ¿no es cierto? Lo cual a su vez revela que la Antigua Gente no eran simples cazadores ni agricultores neolíticos.

—Pero nadie ha visto nunca edificios, ni máquinas, ni cosas por el estilo —objetó Barbro.

—No. Lo más probable es que los nativos no avanzaran a través de nuestro tipo de evolución metalúrgico-industrial. Yo puedo concebir otros caminos. Su civilización podría haber empezado, más bien que terminado, con ciencia y tecnología biológicas. Podrían haber desarrollado potencialidades del sistema nervioso, que Podrían ser mayores en su especie que en el hombre. Nosotros mismos tenemos hasta cierto punto esas capacidades, como usted sabe muy bien. Un zahorí, por ejemplo, capta realmente las variaciones en el campo magnético local provocadas por una meseta de agua. Sin embargo, en nosotros no abunda ese tipo de talento. De modo que nos dedicamos a otras actividades. ¿Quién necesita ser un telépata,

digamos, si se tiene un visifono? La Antigua Gente puede haber visto las cosas en otro sentido. Los utensilios de su civilización pueden haber sido, y pueden ser todavía, inidentificables para los hombres.

—Pero podían haberse identificado a sí mismos ante los hombres —dijo Barbro—. ¿Por qué no lo hicieron?

—Puedo imaginar varios motivos. Por ejemplo, podían haber tenido una desagradable experiencia con visitantes interestelares en una época anterior de su historia. La nuestra no es la única raza que posee naves espaciales. Sin embargo, ya le he dicho que no teorizo anticipándome a los hechos. Digamos simplemente que la Antigua Gente, si existe, es extraña para nosotros.

—Para un pensador riguroso como usted, ésa es una argumentación muy alambicada.

—Ya he admitido que es provisional. —Él la miró a través de un turbión de humo de la fogata—. Usted acudió a mi, Barbro, insistiendo en que su hijo había sido robado, pero sus alusiones a unos raptos por motivos religiosos eran absurdas. ¿Por qué se muestra tan reacia a admitir la realidad de no humanos?

—A pesar de que probablemente de ello depende el que Jimmy esté vivo —suspiró ella—. Lo sé. —Un estremecimiento—. Tal vez no me atrevo a admitirlo.

—Hasta ahora no he dicho nada que no se haya especulado en letra impresa —dijo él—. Una especulación desacreditada, desde luego. En un centenar de años nadie ha encontrado pruebas válidas de que los Outlings sean algo más que una superstición. Sin embargo, unas cuantas personas han declarado que es al menos posible que en las regiones inexploradas habiten nativos inteligentes.

—Lo sé —repitió ella—. Aunque no sé lo que le ha inducido a tomarse en serio esos argumentos, de la noche a la mañana.

—Bueno, cuando usted me obligó a pensar, se me ocurrió que los colonos de Roland no son agricultores medievales completamente aislados. Tienen libros, telecomunicaciones, herramientas mecánicas, vehículos a motor; y por encima de todo, tienen una educación moderna orientada científicamente. ¿Por qué habían de volverse supersticiosos? Algo debe provocarlo. —Se interrumpió—. Será mejor que no continúe. Mis ideas van más allá; pero si son correctas, es peligroso hablar de ellas en voz alta.

Los músculos del vientre de Mistherd se tensaron. Había peligro para la Bella en aquella cabeza de ave de presa. La Portadora de Guiraldas tenía que ser advertida. Estuvo a punto de ordenar a Nagrim que matara a aquella pareja. Si el nicor actuaba con la suficiente rapidez, sus armas de fuego no les servirían para nada. Pero podían haber dejado un aviso detrás de ellos... Mistherd volvió a escuchar. La conversación había cambiado de rumbo. Barbro estaba murmurando:

—¿Por qué se quedó usted en Roland?

El hombre sonrió desvaídamente.

—Bueno, la vida en Beowulf no tenía alicientes para mi. Heorot está... o estaba; esto fue hace unas décadas, no lo olvide..., Heorot estaba densamente poblado, perfectamente organizado, fastidiosamente uniforme. Eso era debido en parte a la frontera de las tierras bajas, una válvula de seguridad para dar salida a los descontentos. Pero yo carecía de la tolerancia al dióxido de carbono necesaria para vivir allí en buen estado de salud. Se estaba preparando una expedición para recorrer cierto número de mundos colonizados, especialmente aquellos que no disponían de equipo para mantener contacto por laser. Recordará usted su anunciado objetivo: buscar nuevas ideas en ciencia, arte, sociología, filosofía, todo lo que se revelara como valioso. Temo que en Roland encontraron muy pocas cosas importantes para Beowulf. Pero yo vi oportunidades para mí mismo y decidí establecerme aquí.

—¿Era usted también detective allí?

—Sí, en la policía oficial. Esta profesión es una tradición en nuestra familia. Algo de eso puede proceder de la rama cherokee de ella, si el nombre significa algo para usted. Sin embargo, descendemos también por línea colateral de uno de los primeros investigadores privados que existieron en la Tierra antes de los vuelos espaciales. Sea o no verdad, siempre le he considerado como un modelo útil. Un arquetipo, ¿comprende?

El hombre se interrumpió. Una sombra de inquietud nubló su semblante.

—Será mejor que nos acostemos —dijo—. Mañana por la mañana tenemos que recorrer una larga distancia.

Ella miró a su alrededor.

—Aquí no hay mañanas —murmuró.

Se retiraron. Mitherd se incorporó y flexionó cautelosamente sus músculos. Antes de regresar a la Hermana de Lyrth, se arriesgó a echar una ojeada a través de una ventanilla del vehículo. Había dos catres, uno al lado del otro, y los humanos yacían en ellos. Pero el hombre no había tocado a la mujer, a pesar de que ella tenía un cuerpo atractivo, y nada sugería que se dispusiera a hacerlo.

Unos seres raros, los humanos. Fríos y como de arcilla. ¿Y querían invadir el maravilloso mundo salvaje? Mitherd escupió, asqueado. No debía ocurrir. No ocurriría. La que reinaba lo había jurado.

Las tierras de William Irons eran inmensas. Pero esto se debía a que se necesitaba una baronía para mantenerle a él, a su familia y a su ganado, a base de unas cosechas nativas cuyo cultivo era aún parcialmente desconocido. Cultivaba también algunas plantas terrestres, a la luz del verano y en invernaderos. Sin embargo, aquellas plantas eran un lujo. La verdadera conquista del Artica septentrional estaba en la hierba para forraje, en la batiriza, el pericup y el glicofilón, y eventualmente, cuando el mercado se ampliara con la población y la industria, el chalcantemo para los floristas de la

ciudad y las pieles de animales criados en jaulas para los peleteros.

Eso sería en un futuro que Irons no esperaba llegar a ver. Sherrinford se preguntó si el hombre esperaba realmente que alguien lo viera.

La estancia era cálida y estaba bien iluminada. El fuego crepitaba alegremente en el hogar. La luz de los paneles fluorescentes brillaba sobre los armarios, sillas y mesas talladas a mano, sobre las cortinas de vivos colores y la vajilla de los anaqueles. El colono estaba sólidamente instalado en su alto asiento, robusto, macizo, con la barba desparramándose sobre su pecho. Su esposa y sus hijas trajeron café, cuya fragancia se unió a los restantes aromas de una cena copiosa para él, sus huéspedes y sus hijos.

Pero en el exterior, el viento ululaba, el relámpago centelleaba, el trueno rugía, la lluvia estallaba sobre el tejado y las paredes y formaba remolinos entre los guijarros del patio. Establos y cobertizos se agachaban contra la inmensidad que se extendía más allá. Los árboles gemían, y, ¿resonaba una maligna carcajada ahogando el mugido de una vaca asustada? El granizo golpeó las tejas como nudillos llamando a una puerta.

Uno podía sentir cuán lejanos estaban sus vecinos, pensó Sherrinford. Y, sin embargo, ellos eran las personas a las que uno veía con más frecuencia, con las que hacía negocios diariamente por visífono (cuando una tormenta solar no introducía el caos en voces y rostros) o personalmente, con las que celebraba reuniones, chismorreaba o intrigaba, con las que concertaba matrimonios; al final; eran las personas que le enterrarían a uno. Las luces de los pueblos teteros estaban monstruosamente lejos.

William Irons era un hombre fuerte. Pero cuando habló ahora, había miedo en su tono.

—¿Piensan ir realmente más allá de Troll Scarp?

—¿Se refiere usted a las Empalizadas Hanstein? —respondió Sherrinford, en tono más de reto que de pregunta.

—Ningún colono del interior les da otro nombre que no sea Troll Scarp —dijo Barbro.

¿Y cómo había renacido un nombre como aquél, a años-luz y a siglos de distancia de la Edad Media de la Tierra?

—Cazadores, tramperos, prospectores..., ustedes les llaman exploradores..., viajan por esas montañas —declaró Sherrinford.

—En algunas partes —dijo Irons—. Eso está permitido, por un pacto concluido entre un hombre y la Reina después de que él curase a un asno-de-las-colinas herido por un satán. Dondequiera que crece la plumablanca los hombres pueden circular, si dejan presentes en los altares de piedra a cambio de lo que toman de la tierra. A otras partes... no es prudente ir.



—Pero se ha hecho, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí! Y algunos han regresado sin novedad, o al menos eso pretenden, aunque he oído decir que a partir de entonces les acompañó la desgracia. Y algunos no regresaron; se desvanecieron. Y algunos que regresaron hablaron balbuceando de maravillas y horrores, quedando idiotizados por el resto de sus vidas. Hace muchísimo tiempo que nadie ha sido lo bastante osado para romper el pacto y traspasar los límites. —Irons miró a Barbro con una expresión casi implorante. Lo mismo hicieron su esposa y sus hijos, en completo silencio. El viento aulló más allá de las paredes y sacudió las contraventanas—. No lo haga usted.

—Tengo motivos para creer que mi hijo está allí —respondió ella.

—Si, si, nos lo ha contado usted, y yo lo siento. Tal vez pueda hacerse algo. Tal vez depositar una doble ofrenda en el Túmulo de Unvar a mediados del invierno, y un ruego escrito en el césped con un cuchillo de pedernal. Quizá devolverían al niño. —Irons suspiró—. Aunque eso es algo de lo que no hay noticia en la memoria del hombre. Y el niño podía haber corrido una suerte peor. Yo mismo les he entrevisto corriendo alocadamente a través del crepúsculo. Parecen más felices que nosotros. Para el niño, podría resultar poco beneficioso regresar a su lado.

—Como en la canción de Arvid —dijo su esposa.

Irons asintió.

—U otros, ahora que pienso en ello.

—¿Qué es esto? —preguntó Sherrinford.

Con más intensidad que antes, se sintió como un extraño. Él era hijo de ciudades y técnicas; por encima de todo, un hijo de la inteligencia escéptica. Esta familia creía. T resultó inquietante ver algo más que un ápice de su aceptación en el lento gesto de asentimiento de Barbro.

—Nosotros tenemos la misma balada en la Tierra de Olga Ivanoff —le dijo Barbro, con voz menos tranquila que las palabras—. Es una de las tradicionales que se cantan para establecer el compás de un baile en un prado. Nadie sabe quién la compuso.

—He visto una multilira en su equipaje, señora Cullen —dijo la esposa de Irons. Estaba visiblemente deseosa de acabar con el explosivo tema de una aventura en desafío a la Antigua Gente. Una canción podía ayudar—. ¿Le gustaría entretenernos un poco?

Barbro sacudió la cabeza, pálida alrededor de las fosas nasales. El mayor de los muchachos se apresuró a decir, más bien dándose importancia:

—Bueno, yo puedo hacerlo, desde luego, si a nuestros huéspedes les gusta oírlo.

—Me gustaría mucho, gracias —dijo Sherrinford, retrepándose en su asiento y atacando su pipa. Si esto no hubiera sucedido espontáneamente, él hubiera guiado la conversación hacia un desenlace similar.

En el pasado no había tenido ningún incentivo para estudiar el folklore de las regiones del interior, y pocas posibilidades de leer las escasas referencias al mismo desde que Barbro acudió a él con su problema. Pero estaba cada vez más convencido de que debía llegar a una comprensión —no un estudio antropológico, sino una sensación íntima— de la relación existente entre los hombres de la frontera de Roland y aquellos seres que les acosaban.

Todos se instalaron cómodamente para escuchar. Las tazas de café volvieron a llenarse, acompañadas ahora de una copa de brandy.

—El último verso es el estribillo. Todo el mundo tiene que cantarlo, ¿de acuerdo? —explicó el muchacho.

Era evidente que también él confiaba en apaciguar así algo de la tensión. ¿Catarsis a través de la música?, se preguntó Sherrinford, y añadió para sí mismo: No, exorcismo.

Una muchacha rasgó una guitarra. El muchacho cantó, con una melodía que se impuso al ruido de la tormenta:

El explorador Arvid;  
cabalgaba a través de las colinas  
entre los árboles de hojas temblonas  
a lo largo de los cantarines riachuelos.  
La danza se teje debajo del estramonio.

El viento nocturno susurraba a su alrededor  
con aromas de ruda y gamarza.  
Las dos lunas brillaban encima de él  
y las colinas resplandecían con el rocío.  
La danza se teje debajo del estramonio.

Y soñando en aquella mujer  
que esperaba al sol,  
se detuvo, deslumbrado por el resplandor de la estrella,  
y eso fue su perdición.  
La danza se teje debajo del estramonio.

Ya que allí debajo de un túmulo  
iluminado por una luna,  
los Outlings estaban danzando  
con un brillo cristalino y dorado.  
La danza se teje debajo del estramonio.

Los Outlings estaban danzando  
como agua, viento y fuego  
a los acordes de un arpa,  
y nunca se cansaban.  
La danza se teje debajo del estramonio.

Ella echó a andar hacia Arvid  
desde donde contemplaba la danza,  
la Reina del Aire y la Oscuridad,  
con resplandor de estrellas en su mirada.  
La danza se teje debajo del estramonio.

Con resplandor de estrellas, amor y terror  
en su mirada inmortal,  
la Reina del Aire y la Oscuridad...

—¡No! —Barbro se puso en pie de un salto. Sus puños estaban crispados y las lágrimas azotaban sus pómulos—. ¡No pueden ustedes... hablar así... de los seres que robaron a Jimmy!

Salió corriendo de la estancia y subió a la habitación que le habían destinado.

Pero ella terminó la canción por sí misma. Eso fue unas setenta horas más tarde, acampando en las alturas que los exploradores no se atrevían a hollar.

Sherrinford y ella no habían hablado mucho con la familia Irons, después de rechazar repetidos ruegos para que renunciaran a su expedición. Ni habían hablado mucho entre ellos al principio, mientras viajaban hacia el norte. Lentamente, sin embargo, Sherrinford empezó a sonsacar a Barbro acerca de su propia vida. Poco a poco, Barbro casi olvidó su pesar, recordando su hogar y sus antiguos vecinos. Esto condujo a varios descubrimientos: que él, debajo de sus modales de profesor, era un gourmet y un aficionado a la ópera y apreciaba la feminidad de Barbro; y que ella aún podía reír y encontrar belleza en la tierra salvaje que la rodeaba. Barbro se cuenta, con una sensación de culpabilidad, de que la vida contenía más esperanzas que incluso la recuperación del hijo que Tim había dado.

—Me he convencido a mí mismo de que está vivo —dijo el detective. Frunció el ceño—. Sinceramente, eso me hace lamentar haberla traído conmigo. Esperaba que nuestro viaje tendría con objetivo reunir hechos, simplemente, pero se está convirtiendo algo más. Si nos enfrentamos con seres reales que le robaron niño, pueden causar verdadero daño. Debería regresar al poblado más próximo y pedir un avión para que se la llevara a usted.

—No hará nada de eso —replicó ella—. Necesita a alguien que conozca las

condiciones de las tierras del interior, y además soy una tiradora de primera.

—Mmm... Implicaría también un considerable retraso, ¿no es cierto? Además de la distancia complementaria, no puedo enviar una señal a ningún aeropuerto antes de que las actuales interferencia solares hayan desaparecido.

A la «noche» siguiente Sherrinford sacó el resto de su equipo y lo instaló. Barbro reconoció algunos aparatos, tales como el lector térmico. Pero otros eran desconocidos para ella, copiados por encargo de Sherrinford de los avanzados instrumentos de su mundo natal. Y se negó a hablarle de ellos.

—Ya le expliqué mi sospecha de que los seres tras los cuales andamos posean facultades telepáticas —dijo, disculpándose.

Barbro abrió mucho los ojos, asombrada.

—¿Quiere usted decir que puede ser cierto que la Reina y su gente puedan leer en las mentes?

—Eso es parte del temor que rodea su leyenda, ¿no? En realidad el fenómeno no tiene nada de sobrenatural. Fue estudiado y perfectamente definido hace siglos, en la Tierra. Me atrevería a decir que los hechos están expuestos en los microarchivos científicos de Christmas Landing. Ustedes, los de Roland, no han tenido ocasión de estudiarlos, del mismo modo que no han tenido ocasión aún de estudiar la manera de construir proyectores de rayos de energía ni naves espaciales.

—Bueno, ¿cómo funciona la telepatía, entonces?

Sherrinford comprendió que Barbro deseaba que la tranquilizaran más que conocer hechos, y habló con deliberada sequedad:

—El organismo genera radiación de onda sumamente larga que en principio, puede ser modulada por el sistema nervioso. En práctica, lo débil de las señales y su bajo nivel de transmisión-información las hace elusivas, difíciles de detectar y de medir. Nuestros antepasados prehumanos desarrollaron otros sentidos más dignos de confianza, como la vista y el oído. Sus experiencias telepáticas eran marginales, en el mejor de los casos. Pero los exploradores han encontrado especies extraterrestres que habían conseguido una ventaja evolutiva desarrollando el sistema, en sus entornos particulares. Imagino que tales especies podrían incluir a una que está comparativamente poco expuesta ala luz directa del sol: que, de hecho, parece rehuirla. Podría incluso ser tan capaz en este aspecto como para captar emisiones débiles del hombre y hacer que las sensibilidades primitivas de éste resonaran a sus propias y poderosas emisiones mentales.

—Eso les serviría de mucho, ¿no es cierto? —dijo Barbro débilmente.

—He instalado una pantalla alrededor de nuestro vehículo —explicó Sherrinford—, pero sus efectos sólo alcanzan a unos cuantos metros de distancia del chasis. Más allá, un espía de ellos podría captar los pensamientos de usted y enterarse de lo que trato de hacer, si usted lo supiera. Yo tengo un subconsciente muy bien adiestrado, el

cual se encarga de que piense en francés cuando estoy fuera del vehículo. La comunicación tiene que ser estructurada para que resulte inteligente, ¿comprende?, y ésa es una estructura bastante distinta del inglés. Pero el inglés es el único idioma humano en Roland, y seguramente que la Antigua Gente lo ha aprendido.

Barbro asintió. Él le había contado su plan general, el cual era demasiado evidente para ocultarlo. El problema estribaba en establecer contacto con los alienígenas, si es que existían. Hasta entonces sólo se habían revelado a sí mismos, a escasos intervalos, a uno o a unos pocos colonos del interior al mismo tiempo. La facultad de engendrar alucinaciones podía ayudarles. Permanecerían alejados de cualquier expedición numerosa, y quizá por ello imposible de manipular, que pudiera pasar a través de su territorio. Pero dos personas, desafiando todas las prohibiciones, no deberían parecer demasiado formidables para no aproximarse a ellas. Y... éste sería el primer equipo humano que no sólo trabajaba sobre el supuesto de que los Outlings eran reales, sino que poseía los recursos de la moderna tecnología policíaca.

En aquel campamento no ocurrió nada. Sherrinford dijo que no había esperado que ocurriera. La Antigua Gente parecía proceder con mucha cautela. En sus propias tierras debían ser más osados.

Y a la noche siguiente el vehículo se había adentrado mucho más en aquellas tierras. Cuando Sherrinford paró el motor en un prado, el silencio rodó como una ola.

Se apearon. Ella preparó una comida en la lámpara incandescente mientras él recogía leña para encender una fogata. De vez en cuando echaba una ojeada a su muñeca izquierda. No llevaba reloj, sino una esfera controlada por radio que le indicaba lo que los instrumentos del vehículo podían registrar.

¿Quién necesitaba un reloj aquí? Lentas constelaciones giraban más allá de la resplandeciente aurora. La luna Alde colgaba sobre un pico nevado, convirtiéndolo en plata, aunque aquel lugar se encontraba a una respetable altura. El resto de las montañas quedaba oculto por el bosque que les rodeaba. Sus árboles eran principalmente de hojas temblonas y plumablancas, fantasmales entre sus sombras. Unos cuantos estramonios resplandecían, como arracimados y pálidos fanales, y la maleza era espesa y despedía un olor dulzón. La vista alcanzaba sorprendentemente lejos a través de la azulada neblina. En alguna parte, muy cerca, trinaba un pájaro.

—Esto es muy hermoso —dijo Sherrinford. Habían terminado de cenar pero no habían encendido aún la fogata.

—Pero extraño —respondió Barbro en voz baja—. Me pregunto si nos está realmente destinado. Si podemos esperar realmente poseerlo.

La boquilla de la pipa de Sherrinford apuntó hacia las estrellas.

—El hombre ha ido a lugares más extraños que éste.

—¿De veras? Yo... ¡Oh!, supongo que es algo que me ha quedado de mi infancia en las tierras del interior, pero cuando estoy debajo de ellas no puedo pensar en las

estrellas como en globos de gas, cuya energía ha sido medida, cuyos planetas han sido hollados por pies prosaicos. No, son pequeñas y frías y mágicas; nuestras vidas están atadas a ellas; cuando morimos, nos susurran en nuestras tumbas. —Barbro inclinó la mirada—. Sé que eso es una tontería.

En el crepúsculo, Barbro pudo ver cómo se tensaba el rostro de Sherrinford, el cual dijo:

—En absoluto. Emocionalmente, la física puede ser una tontería mayor. Y al final, después de un número suficiente de generaciones, la idea sigue al sentimiento. El hombre no es racional de corazón. Podría dejar de creer las historias de la ciencia si dejaran de coincidir con sus sentimientos.

Hizo una pausa.

—Aquella balada que no terminaron de cantar, en la casa —añadió finalmente, sin mirarla—. ¿Por qué la afectó tanto?

—No pude soportar oír cómo hablaban de ellos..., bueno, elogiándolos. O al menos eso parecía. Lo siento mucho.

—Creo que esa balada ha dado origen a otras muchas.

—Bueno, nunca se me ocurrió estudiarlas. En Roland no tenemos tiempo para dedicarlo a la antropología cultural, aunque lo más probable es que ni siquiera hayamos pensado en ella, con tantas cosas por hacer. Pero ahora que usted lo menciona, sí, resulta sorprendente el número de canciones y de leyendas que incluyen el tema de Arvid.

—¿Podría usted soportar el recitarla?

Barbro dominó el impulso de echarse a reír.

—Puedo hacer algo mejor que eso, si lo desea —dijo—. Permítame que vaya a buscar mi multilira.

Omitió el hipnótico estribillo, excepto al final. Sherrinford la contempló, erguida contra la luna y la aurora.

... La Reina del Aire y la Oscuridad  
habló suavemente bajo el cielo:

«Anímate, explorador Arvid,  
y únete a los Outlings.  
No necesitas ser humano,  
lo cual es un pesado yugo.

Él se atrevió a contestar:

«No puedo detenerme.  
Una doncella me espera, soñando  
en tierras bajo el sol.

»Y también me esperan camaradas  
y tareas que no debo rehuir,  
pues, ¿qué sería el explorador Arvid  
si descuidara su trabajo?

»De modo que descarga tus hechizos  
y tu cólera sobre mí.  
Aunque quizá puedas matarme,  
no me harás esclavo...

La Reina del Aire y la Oscuridad  
se irguió envuelta en resplandores  
de septentrional belleza,  
y él no se atrevió a mirarla.

Hasta que ella rió con sonido musical  
y le dijo en tono burlón:  
No necesito una magia  
para poner en ti una eterna tristeza.

»Te dejaré marchar  
con sólo tu recuerdo  
de la luz de la luna, la música Outling,  
la brisa nocturna, el rocío y yo.

»Y eso correrá detrás de ti,  
una sombra en el sol,  
y yacerá a tu lado  
cuando el día termine.

»En el trabajo, en el juego y en la amistad  
la pena te destrozará el corazón  
ya que pensarás en lo que eres...  
y en lo que podías haber sido.

»Trata amablemente mientras puedas  
a tu insípida y estúpida mujer.  
¡Márchate ahora, explorador Arvid,  
continúa libre para ser un hombre!».

Retozando y riendo,

los Outlings desaparecieron.  
Arvid quedó solo bajo la luz de la luna  
y lloró hasta el amanecer.  
La danza se teje debajo del estramonio.

Barbro dejó la lira a un lado. El viento agitó las hojas. Tras un largo silencio, Sherrinford dijo:

—¿Y leyendas de este tipo forman parte de la vida de todo el mundo en las tierras del interior?

—Bueno, podría decirse así —respondió Barbro—. Aunque no todas están llenas de hazañas sobrenaturales. Algunas hablan de amor o de heroísmo. Temas tradicionales.

—No creo que su tradición particular haya surgido por sí misma —dijo Sherrinford—. De hecho, creo que la mayoría de sus canciones y leyendas no fueron compuestas por seres humanos.

Con estas palabras dio por terminada la conversación. Se acostaron muy temprano.

Horas más tarde, una alarma les despertó.

El zumbido fue suave, pero les alertó inmediatamente. Dormían vestidos, preparados para cualquier emergencia. El resplandor del cielo les iluminaba a través de la tela del techo. Sherrinford saltó de su litera, se calzó las botas y colgó el revólver de su cinto.

—Quédese dentro —ordenó.

—¿Quién hay? —inquirió Barbro con voz temblorosa.

Sherrinford miró de reojo las esferas de sus instrumentos y comprobó el indicador luminoso de su muñeca.

—Tres animales —contó—. No parecen salvajes. Uno muy grande, homeotérmico, a juzgar por el infrarrojo, a cierta distancia. Otro..., hum, temperatura baja, emisión difusa e inestable, como si fuera un..., un enjambre de células coordinadas..., ¿feromonalmente? revoloteando, también a cierta distancia. Pero el tercero está prácticamente pegado a nosotros, moviéndose en la maleza; y su tipo parece humano.

Barbro, le vio temblar de ansiedad: había dejado de parecer un profesor.

—Voy a intentar capturarlo —dijo—. Cuando tengamos a alguien a quien interrogar... Manténgase preparada para permitirme volver a entrar rápidamente. Pero no se arriesgue, pase lo que pase. No suelte esto.

Y le entregó un pesado rifle de caza.

Su alta figura se dirigió hacia la puerta y la entreabrió ligeramente. Penetró una ráfaga de aire, frío, húmedo, lleno de fragancias y murmullos. La luna Oliver estaba



ahora también en lo alto, las dos con un resplandor irrealmente brillante, y la aurora bullía en blancura y azul-hielo.

Sherrinford consultó de nuevo su indicador. Debía señalar la posición de los espías, entre aquel bosque de hojas. Bruscamente, saltó fuera del vehículo, echó a correr más allá de las cenizas de la fogata y desapareció debajo de los árboles. La mano de Barbro se crispó sobre la culata de su arma.

Estalló la confusión. Dos luchadores se hicieron visibles en el prado. Sherrinford había agarrado a una figura humana más pequeña. Barbro pudo ver que el otro iba desnudo, era varón, de cabellos largos, flexible y joven. Luchaba como un demonio, al parecer utilizando los dientes, los pies y las uñas, y aullaba como un satén.

La identificación la dejó sin aliento: un Outling, robado en su niñez y criado por la Antigua Gente. ¡Querían convertir a Jimmy en una criatura como ésa!

—¡Ja!

Sherrinford dobló el brazo de su adversario detrás de su espalda y logró dominarle, obligándole a dirigirse hacia el vehículo.

De entre los árboles surgió un gigante. Él mismo podría haber sido un árbol, negro y rugoso, agitando cuatro grandes ramas nudosas; pero la tierra se estremeció y retumbó bajo sus recias patas, y su tunco alarido llenó el cielo y los cráneos.

Barbro gritó, advirtiendo a Sherrinford, el cual giró sobre sí mismo, empuñó su revólver y disparó una y otra vez. Su brazo libre seguía sujetando al joven. La monstruosa forma vaciló bajo aquellos impactos. Pero se rehizo y continuó avanzando, más lentamente, con más precaución, dando un rodeo para cortar el camino de acceso al vehículo. Sherrinford no podía moverse con la rapidez suficiente para evitarlo, a menos que soltara a su prisionero..., el cual era su único guía posible hacia Jimmy.

Barbro saltó hacia adelante.

—¡No lo haga! —gritó Sherrinford—. ¡Por el amor de Dios, quédese dentro!

El monstruo rugió y se encaminó lentamente hacia ella. Barbro apretó el gatillo. El retroceso la golpeó en el hombro. El coloso se tambaleó y cayó. Pero volvió a ponerse en pie y avanzó hacia ella. Barbro retrocedió. Disparó otra vez, y otra. El animal gruñó. Empezó a brotar sangre de sus heridas. Dio media vuelta y se alejó, rompiendo ramas, hacia la oscuridad que anidaba debajo de los árboles.

—¡Póngase a cubierto! —aulló Sherrinford—. ¡Está fuera del campo protector!

Una especie de niebla la envolvió. Al disiparse, Barbro vio la nueva figura en el lindero del prado.

—¡Jimmy! —gritó.

—¡Mamá!

El niño extendió sus brazos. La luz de la luna iluminó sus lágrimas. Barbro dejó su arma y corrió hacia él.

Sherrinford salió en su persecución. Jimmy desapareció entre la maleza. Barbro siguió corriendo. Luego, alguien la cogió y huyó con ella.

De pie delante de su cautivo, Sherrinford aumentó la intensidad del panel fluorescente hasta que la visión del exterior quedó bloqueada desde dentro del vehículo. El muchacho parpadeó bajo aquel resplandor incoloro.

—Vas a hablar —dijo el hombre. A pesar de la dureza que se reflejaba en sus facciones, su tono era tranquilo.

El muchacho se removi6 entre sus ligaduras. Tenía una magulladura en la mandíbula. Casi había recobrado la capacidad de huir mientras Sherrinford perseguía y perdía a la mujer. Al regresar, el detective le había capturado de nuevo por muy poco. No era el momento de mostrarse blando, ya que en cualquier instante podían llegar refuerzos Outlings. Sherrinford le había golpeado en la mandíbula y le había arrastrado al interior del vehículo. Allí le había atado a un asiento metálico.

El muchacho escupió:

—¿Hablar contigo, hombre disfrazado?

Pero el sudor perlaba su piel, y sus ojos tenían una expresión asustada.

—Dime un nombre por el que pueda llamarte.

—¿Para que me echés un sortilegio?

—Yo me llamo Eric. Si no me das otra elección, tendré que llamarte... mmm...

Wuddikins.

—¿Qué? —A pesar del cambio que había experimentado, el cautivo seguía siendo un adolescente humano—. Mistherd, entonces. —El acento cantarín de su inglés subrayaba su hosquedad—. Ése no es el sonido, solamente lo que significa. De todos modos, es mi nombre hablado, nada más.

—¡Ah! ¿De modo que tienes un nombre secreto que consideras que es el verdadero?

—Ella lo sabe. Yo lo ignoro. Ella sabe los nombres verdaderos de todo el mundo.

Sherrinford enarcó las cejas.

—¿Ella?

—La que reina. Que ella me perdone, pero no puedo hacer la señal reverente teniendo los brazos atados. Algunos invasores la llaman la Reina del Aire y la Oscuridad.

—Ya. —Sherrinford cogió la pipa y el tabaco. Permaneció en silencio mientras llenaba la pipa y la encendía. Finalmente dijo—: Confieso que la Antigua Gente me ha cogido por sorpresa. No esperaba tropezar con un miembro de tu banda tan formidable. Por lo que había podido averiguar, tenía la impresión de que los Outlings actuaban furtivamente sobre mi raza y la tuya a base de engaños y de alucinaciones.

Mistherd asintió con aire truculento.

—Ella creó los primeros nicors no hace mucho tiempo. No creas que ella tiene

solamente encandilamientos en su pico.

—Estoy seguro. Sin embargo, un proyectil revestido de acero tampoco funciona mal, ¿no es cierto?

Sherrinford continuó, en voz baja, como si hablara para sí mismo:

—Sigo creyendo que los, los nicors, todos vuestros engendros semihumanos, están destinados principalmente a ser vistos, no utilizados. El poder de proyectar espejismos debe ser seguramente muy limitado en alcance, así como en el número de individuos que lo poseen. En caso contrario, ella no se vería obligada a actuar con tanta lentitud y tanta astucia. Incluso en el exterior de nuestro escudo protector, Barbro, mi compañera, podía haber resistido, podía haber tenido conciencia de que lo que estaba viendo era irreal..., si hubiese estado menos trastornada, menos frenética, menos impulsada por la necesidad.

Sherrinford envolvió su cabeza en humo.

—No importa lo que yo he experimentado —continuó—. No podía haber sido igual que para ella. Creo que se limitaron a ordenarnos: «Veréis lo que más deseáis en el mundo alejándose de vosotros en el bosque». Desde luego, ella no recorrió muchos metros antes de que el nicor la capturase. No confío en descubrir su rastro; no soy un explorador de la Artica y, además, resultaría demasiado fácil tenderme una emboscada. Me quedas tú. —Torvamente—: Tú eres mi enlace con tu soberana.

—¿Crees que voy a guiarte a Starhaven o a Carheddin? No podrás obligarme a ello, hombre disfrazado.

—Quiero hacer un trato.

—Sospechaba algo por el estilo —dijo Mitherd con sorprendente malicia—. ¿Qué contaréis cuando regreséis a casa?

—Sí, eso plantea un problema, ¿verdad? Barbro Cullen y yo no somos unos colonos asustados. Somos de la ciudad. Hemos traído instrumentos de grabación. Seremos los primeros de nuestra raza en informar de un encuentro con la Antigua Gente, y ese informe será detallado y plausible. Producirá una enérgica acción.

—Por eso no temo morir —declaró Mitherd, aunque sus labios temblaban un poco—. Si permito que sigas adelante y hagas tus cosas-de-hombre a mi pueblo, no me quedará nada por lo que valga la pena vivir.

—No debes tener ningún temor inmediato —dijo Sherrinford—. Tú eres simplemente un cebo. —Se sentó y miró al muchacho a través de una visera de calma, mientras por dentro sollozaba: ¡Barbro, Barbro!—. Piensa un poco. Tu Reina no puede dejarme marchar, llevándome a mi prisionero y hablando acerca de los suyos. Tiene que evitarlo como sea. Yo podría tratar de abrirme paso luchando: este vehículo está mejor armado de lo que imaginas; pero eso no liberaría a nadie. Por lo tanto, voy a quedarme. Nuevas fuerzas de ella llegarán aquí lo antes que puedan. Supongo que no se lanzarán ciegamente contra una ametralladora, un obús, un lanza-

rayos. Parlamentarán primero, sean honradas o no sus intenciones. Así estableceré el contacto que busco.

—¿Cuál es tu plan? —murmuró Mistherd, sin lograr disimular su angustia.

—En primer lugar, esto, como una especie de invitación. —Sherrinford extendió una mano y pulsó un interruptor—. Ya está. He rebajado la intensidad del escudo protector contra la lectura de la mente y la proyección de formas. Me atrevería a decir que los caudillos, al menos, serán capaces de captarlo. Y eso les infundirá confianza.

—¿Y después?

—Después, esperaremos. ¿Quieres comer o beber algo?

Durante las horas que siguieron, Sherrinford trató de sonsacar a Mistherd, descubrir algo acerca de su vida. Pero todas las respuestas que obtuvo fueron monosílabos. Apagó casi del todo las luces interiores y se instaló para atisbar hacia fuera. Fueron unas largas horas.

Terminaron con un grito de alegría, casi un sollozo, del muchacho. Surgiendo del bosque llegaba una banda de la Antigua Gente.

Algunos de ellos despedían una claridad que no era producida por las lunas ni por las estrellas. El que iba en vanguardia cabalgaba sobre una especie de toro blanco cuyos cuernos estaban adornados con guirnaldas. Su forma era humanoide pero sobrenaturalmente bella, con los cabellos rubio platino cayendo por debajo del yelmo astado, alrededor del rostro frío y altivo. La capa se agitaba detrás de su espalda como unas alas dotadas de vida. Su cota de malla de color de escarcha producía un sonido metálico.

Detrás de él, a derecha e izquierda, cabalgaban dos que llevaban espadas resplandecientes, flamígeras y centelleantes. Encima, una grey volante reía, trinaba y se revolcaba en la brisa. Cerca de ellos se arrastraba una calígene semitransparente. Los otros que pasaban entre los árboles detrás de su caudillo resultaban más difíciles de identificar. Pero avanzaban airosamente como si les acompañara un sonido de arpas y trompetas.

—El gobernador Luighaid en persona —murmuró Mistherd en tono reverente.

Sherrinford no había hecho nunca una cosa más difícil que sentarse ante el tablero principal, acercar el dedo al interruptor del generador del escudo... y no tocarlo. Enrolló una parte de la tela del techo para permitir el paso de las voces. Una ráfaga de viento le golpeó en el rostro, cargada del perfume de las rosas en el jardín de su madre. A su espalda, en el cuerpo principal del vehículo, Mistherd se tensó contra sus ligaduras hasta que pudo ver a la tropa que llegaba.

—Llámales —dijo Sherrinford—. Pregúntales si quieren hablar conmigo.

Palabras desconocidas y de sonido musical fueron y vinieron.

—Sí —tradujo el muchacho—. El gobernador Luighaid hablará contigo. Pero puedo decirte que no te dejarán marchar. No luches contra ellos. Ríndete. Te

conviene. No sabrás lo que es estar vivo hasta que mores en Carheddin, bajo la montaña.

Los Outlings se acercaron.

Jimmy desapareció y Barbro se encontró retenida por unos fuertes brazos, contra un pecho poderoso, y sintió moverse el caballo debajo de ella. Tenía que ser un caballo, aunque en las granjas quedaban muy pocos de aquellos animales, destinados a usos especiales y conservados por afecto. Podía oír el rumor del follaje al ser hendido y el golpeteo seco de los cascos cuando el terreno era rocoso; una fragancia cálida y vigorosa la envolvía a través de la oscuridad.

El que la llevaba dijo suavemente:

—No temas, querida. Era una visión. Pero nos está esperando y pronto nos reuniremos con él.

De un modo vago, Barbro se dio cuenta de que debería sentirse aterrorizada, o desesperada, o algo por el estilo. Pero sus recuerdos yacían detrás de ella... Ni siquiera estaba segura de cómo había llegado aquí. Sólo la sostenía el conocimiento de ser amada. Calma, calma, descansa en la tranquila espera de la felicidad...

Poco después el bosque se abrió. Cruzaron una llanura en la que los peñascos se erguían grises y blancos bajo las lunas, con sus sombras cambiantes a los leves resplandores que la aurora proyectaba a través de ellos. Delante brillaba un picacho cuya cumbre estaba coronada de nubes.

Los ojos de Barbro se fijaron en la cabeza del caballo y reconocieron al animal con callada sorpresa: era Sambo, que había sido suyo cuando era una niña. Levantó la mirada hacia el hombre. Llevaba una túnica negra y una capa con capucha que casi ocultaba su rostro. Ella no podía gritar en voz alta, aquí.

—Tim —susurró.

—Sí, querida.

—Yo te enterré...

La sonrisa del hombre fue infinitamente tierna.

—¿Crees que no somos más que lo que queda de nosotros debajo tierra? ¡Pobre corazón desgarrado! La que nos ha llamado tiene poder para curarlo todo. Ahora descansa y sueña.

—Soñar —dijo ella, y por un instante luchó para sobreponerse a sí misma. Pero el esfuerzo fue débil. ¿Por qué tenía que creer en leyendas acerca de átomos y energías, y nada más para llenar una brecha de vacío..., leyendas que no podía traer a su mente..., cuando Tim y el caballo que su padre le había regalado la llevaban hacia Jimmy? ¿No había sido lo otro el sueño maligno, del que ahora estaba despertando?

Como si oyera sus pensamientos, él murmuró:

—En la región de los Outlings tienen una canción. La Canción de los Hombres:

El mundo navegaba  
hacia un viento invisible.  
La luz remolenea junto a los arcos.  
El despertar es noche.  
Pero los Moradores no tienen semejante tristeza.

—No comprendo —dijo ella.

Él asintió.

—Hay muchas cosas que tienes que comprender, querida, y no podré volver a verte hasta que hayas aprendido esas verdades. Pero, entretanto, estarás con nuestro hijo.

Barbro trató de levantar la cabeza y besarle. Él la retuvo suavemente.

—Todavía no —dijo—. No has sido recibida entre la gente de la Reina. No tenía que haber venido a buscarte, pero ella fue demasiado misericordiosa para prohibirlo. Descansa, descansa.

El tiempo voló. El caballo galopaba incansablemente, sin tropezar nunca, monte arriba. En un momento determinado Barbro entrevió una tropa que descendía y pensó que se dirigía a librar una última y fantástica batalla en el oeste contra... ¿quién? Alguien que permanecía encajado en hierro y pesar. Más tarde se preguntarla a sí misma el nombre del que la había traído a la tierra de la Antigua Verdad.

Finalmente se alzaron capiteles espléndidos entre las estrellas, las cuales son pequeñas y mágicas y cuyos susurros nos consuelan cuando estamos muertos. Entraron en un patio en el que ardían unas velas sin que su llama oscilara, susurraban los surtidores y cantaban los pájaros. El aire olía a gamarza y a rosas, ya que no todo lo que aquel hombre traía era horrible. Los Moradores esperaban rodeados de belleza para darle la bienvenida. Más allá de su grandeza, los püks corveteaban a través del ocaso; entre los árboles corrían unos chiquillos; la alegría cantaba a través de una música más solemne.

—Hemos llegado...

Súbitamente, inexplicablemente, la voz de Tim fue un graznido. Barbro no estaba segura de cómo la desmontó. Se quedó de pie delante de él y le vio tambalearse.

La invadió el miedo.

—¿Estas bien? —inquirió, cogiéndole las manos. Las encontró frías y rugosas al tacto. ¿Dónde estaba Sambo? Sus ojos investigaron debajo de la capucha. Con aquella brillante iluminación, tenía que haber visto claramente el rostro de su hombre. Pero aparecía borroso y cambiante—. ¿Qué pasa? ¡Oh! ¿Qué ha ocurrido? —sonrió. ¿Era aquélla la sonrisa que ella había amado? No recordarlo del todo.

—Yo... tengo que... marcharme —tartamudeó, en voz tan baja que Barbro apenas pudo oírle—. No ha llegado aún nuestro momento. —Se desprendió de las

manos de ella y se inclinó ante una forma con un traje talar que había aparecido a su lado. Una especie de niebla remolineó sobre las cabezas de los dos—. No me mires mientras me alejo..., fija la mirada en el suelo —suplicó—. Sería la muerte para ti. Hasta que llegue nuestro momento... ¡Allí, nuestro hijo!

Barbro miró a su alrededor. Arrodiándose, abrió sus brazos de par en par. Jimmy chocó contra ella como una sólida y caliente bala de cañón. Acarició los cabellos del niño; besó el hueco de su nuca; y sollozó y musitó palabras ininteligibles; y esto no era ningún recuerdo que se hubiera escabullido burlando su vigilancia. De vez en cuando, mientras comprobaba si el niño había sufrido algún daño —hambre, enfermedad, miedo—, sin encontrar miraba a su alrededor. Los jardines habían desaparecido. No importaba.

—Te he echado mucho de menos, mamá. Quédate.

—Te llevaré a casa, querido.

—Quédate. Aquí es muy divertido. Te lo enseñaré. Pero tienes que quedarte.

Un suspiro llegó a través del crepúsculo. Barbro se puso en pie.

Jimmy se pegó a su mano. La Reina estaba delante de ellos.

Muy alta con su túnica tejida con luces del septentrión, y su corona de estrellas y sus guirnalda de nunca-me-beses. Su figura recordaba a la Afrodita de Milos, cuyo retrato Barbro había visto a menudo en los reinos de los hombres, salvo que la Reina era más rubia y había más majestad en ella y en los ojos azul-noche. Alrededor de ella los jardines despertaron a una nueva realidad, lo mismo la corte de los Moradores y los capiteles que trepaban hacia el cielo.

—Se bienvenida —dijo la Reina, y su voz era canción para siempre.

Luchando contra su espanto, Barbro dijo:

—Madreluna, permítenos marchar a nuestro hogar.

—Eso no puede ser.

—A nuestro mundo, pequeño y amado —soñó Barbro que suplicaba—, el cual hemos construido para nosotros y para nuestros hijos.

—A días de prisión, noches de angustia, trabajos que se desmenuzan entre los dedos, amores que se convierten en podredumbre, pérdidas, pesares, y una sola seguridad: la de la nada final. No. También tú, Pies Vagabundos, te alegrarás cuando las banderas de nuestro mundo ondeen en la última de las ciudades y el hombre, sepa lo que es estar completamente vivo. Ahora marcha con aquéllos que te aleccionarán.

La Reina del Aire y la Oscuridad levantó un brazo, en un gesto de apercibimiento. Pero no llegó ninguna respuesta.

Por encima de los surtidores y las melodías se alzó un horrible estruendo. Las explosiones se hicieron ensordecedoras. Los Outlings se dispersaron, gritando, ante el monstruo de acero que ascendía por la ladera de la montaña. Los püks desaparecieron en medio de un remolino de alas asustadas. Los nicors se lanzaron contra el

inanimado invasor y fueron consumidos, hasta que su Madre les ordenó la retirada.

Barbro se arrojó al suelo, protegiendo a Jimmy con su cuerpo. Las torres oscilaron y se derrumbaron, envueltas en humo. La montaña quedó desnuda bajo las lunas heladas. Una ingente multitud corrió a buscar un refugio subterráneo. Algunos eran de sangre humana, otros grotescos como los puks, los nicors y los espectros; pero la mayoría eran delgados, escamosos, con largas colas y largos picos, ni remotamente humanos ni Outlings.

Por un instante, incluso mientras Jimmy gemía contra su pecho —quizá tanto porque el encanto se había roto como porque tenía miedo—, Barbro compadeció a la Reina que permanecía erguida y solitaria en su desnudez. Luego, también ella desapareció.

Las armas enmudecieron; el vehículo se detuvo. De su interior saltó un muchacho que gritó salvajemente:

—Sombra-de-un-Sueño, ¿dónde estás? Soy yo, Mistherd. ¡Oh, vamos, vamos!

De pronto recordó que el lenguaje que habían aprendido no era el del hombre. Repitió su llamada en aquel otro lenguaje hasta que una muchacha surgió de una espesura en la que se había ocultado. Se miraron a través del polvo, del humo y del resplandor de la luna. Ella corrió hacia él.

Una nueva voz ladró desde el vehículo:

—¡Barbro, aprisa!

Christmas Landing conoció el día: corto en aquella época del año, pero soleado, cielos azules, nubes blancas, agua coruscante, brisas salobres en las concurridas calles, y el mismo desorden en el cuarto de estar de Eric Sherrinford.

Sherrinford cruzó y descruzó las piernas, chupó furiosamente su pipa como para formar un velo delante de su rostro, y dijo:

—¿Está segura de que se ha repuesto? No debe arriesgarse a esfuerzos excesivos...

—Estoy perfectamente —respondió Barbro Cullen, aunque su tono parecía demostrar lo contrario—. Todavía cansada, sí, y reflejándolo en mi aspecto, sin duda. No se pasa por semejante experiencia sin que queden huellas que no pueden borrarse en una semana. Pero estoy de pie y animada. Y, para ser sincera, tengo que saber lo que ocurrió, lo que va a pasar, para quedar completamente tranquila y recobrar todas mis fuerzas. No he visto una sola noticia en ninguna parte.

—¿Ha hablado con otras personas del asunto?

—No. Me he limitado a decirles a mis visitantes que estaba demasiado agotada para hablar. Y no faltaba del todo a la verdad. Supuse que habría algún motivo para el silencio.

Sherrinford pareció aliviado.

—Buena chica. Ha sido a petición mía. Imagine la sensación que se producirá



cuando esto se haga público. Las autoridades están de acuerdo en que necesitan tiempo para estudiar los hechos y discutirlos en una atmósfera tranquila evitando los histerismos de los primeros momentos. —Frunció ligeramente los labios—. Además, sus nervios y los de Jimmy tendrán ocasión de templarse antes de que caiga sobre ustedes la tormenta periodística. ¿Cómo está el niño?

—Muy bien. Continúa reprochándome que no le deje ir a jugar con sus amigos en el Lugar Maravilloso. Pero, a su edad, no tardará en olvidar.

—Puede encontrarse con ellos más tarde, de todos modos.

—¿Qué? ¿Acaso no...? —Barbro se removió en su asiento—. Yo también he olvidado. Apenas recuerdo nada de nuestras últimas horas. ¿Se trajo usted algunos humanos raptados?

—No. La impresión que recibieron fue suficientemente fuerte, sin necesidad de recluirlos en una..., una institución. Mistherd, que es básicamente un joven sensible, me aseguró que se las arreglarán para sobrevivir, hasta que el problema se resuelva. —Sherrinford vaciló—. No sé cuál podrá ser la solución. Nadie puede saberlo, tal como están las cosas. Pero, evidentemente, tiene que tender a la reinserción de aquellas personas en la raza humana, o de la mayoría de ellas, especialmente las que no han alcanzado la edad adulta. Aunque es posible que no se sientan a gusto en la civilización. Tal vez sea mejor así en un sentido, dado que necesitaremos algún tipo de enlace mutuamente aceptable con los Moradores.

Su modo impersonal de tratar la cuestión les tranquilizó a los dos. Barbro se sintió con fuerzas para decir:

—Me porté como una tonta, ¿verdad? Recuerdo cómo grité y golpeé mi cabeza contra el suelo.

—¿Por qué no? —Sherrinford contempló a la mujer y a su orgullo unos instantes. Luego se puso en pie, se acercó a ella y posó una mano sobre su hombro—. La engañaron a usted apelando al más profundo de sus instintos, en un momento de horrible pesadilla. Más tarde; mientras aquel monstruo herido la transportaba, crearon la ilusión de otro ser, alguien que podía saturar sus fuerzas neuro al borde del desequilibrio. Encima de esto, mi llegada, la repentina y brutal eliminación de todas las alucinaciones, debió resultar aniquiladora. No es extraño que gritara usted de dolor. Antes de hacerlo, sin embargo, puso a salvo a Jimmy en el interior del vehículo, subió también usted y no me estorbó lo más mínimo.

—¿Qué hizo usted?

—Bueno, conducir con la mayor rapidez posible. Al cabo de varias horas, las condiciones atmosféricas me permitieron llamar a Portolondon y pedir un avión con urgencia. No es que fuera de necesidad vital. ¿Qué posibilidad tenía el enemigo de detenernos? Ni siquiera lo intentaron... Pero el rápido traslado resultó beneficioso.

—Imaginé que eso es lo que debió ocurrir —dijo Barbro—. No, me refería a

cómo nos encontró en aquella región desconocida.

Sherrinford se apartó un poco de ella.

—Mi prisionero fue mi guía. No creo que yo matara a ninguno de los Moradores que vinieron a negociar conmigo. Espero que no. El vehículo se abrió paso simplemente a través de ellos, tras un par de disparos de advertencia, y luego los dejó atrás. Acero y combustible contra carne: el desenlace no ofrecía duda. En la entrada de la caverna tuve que liquidar a unos cuantos de aquellos seres extravagantes. No me siento orgulloso de ello. —Permaneció silencioso unos instantes—. Pero usted estaba cautiva —añadió finalmente—. Y yo no podía saber lo que pretendían hacerle.

—¿Cómo consiguió que... el muchacho... cooperase?

Sherrinford se acercó a la ventana y tendió la mirada hacia el Océano Boreal.

—Desconecté el escudo protector de la mente —dijo—. Dejé que los suyos se aproximaran, en pleno esplendor de ilusión. Luego conecté el escudo, y ambos los vimos en su verdadera forma. Mientras nos dirigíamos hacia el norte, le expliqué a Mitherd cómo los de su raza y él habían sido engañados, utilizados, situados en un mundo que nunca existió. Le pregunté si deseaba seguir viviendo de aquella manera, si deseaba que su ser amado siguiera viviendo de aquella manera, hasta morir como animales domésticos: sí, corriendo en libertad limitada sobre sólidas colinas, pero devueltos siempre a la perrera del sueño. —Su pipa humeó furiosamente—. Ojalá no vuelva a ver nunca una amargura semejante. Le habían enseñado a creer que era libre.

Retornó el silencio, encima del tránsito héctico. Carlomagno se acercó más al ocaso; por el este empezaba a oscurecer.

Finalmente, Barbro preguntó:

—¿Sabe usted por qué?

—¿Por qué raptaban y criaban así a los niños? En parte porque ello figuraba en el patrón que los Moradores estaban creando; en parte para estudiar y experimentar con miembros de nuestra especie: con sus mentes, no con sus cuerpos; y en parte porque los humanos poseen facultades especiales que podían ser útiles, tales como soportar la luz del día en toda su intensidad.

—Pero ¿cuál era el objetivo final de todo eso?

Sherrinford echó a andar de un lado para otro.

—Desde luego —dijo—, las motivaciones de los aborígenes son oscuras.

»Lo único que podemos hacer es suponer cómo piensan, prescindiendo de cómo sienten. Pero nuestras ideas parecen encajar con los hechos.

»¿Por qué se ocultan del hombre? Sospecho que ellos, o más bien sus antepasados —ya que no son duendes, sino seres mortales y falibles como nosotros—, sospecho que los nativos sólo se mostraron cautelosos al principio, más cautelosos que los humanos primitivos, aunque algunos de estos últimos se mostraban también muy reacios a dejarse ver por los extranjeros. Espiando, acechando mentalmente, los

Moradores de Roland debieron captar lo suficiente para llegar a la conclusión de que el hombre era muy distinto a ellos, y muy poderoso; y que no tardarían en llegar otras naves cargadas de colonos.

»No se les ocurrió que podrían conservar sus tierras. Quizá son todavía más rabiosamente territoriales que nosotros. Decidieron luchar, a su manera. Me atrevería a decir que cuando empezamos a penetrar en su mentalidad, nuestra ciencia psicológica se verá abocada a una revolución como la que desencadenó Copérnico en el campo de la astronomía.

»Y eso no es lo único que aprenderemos —continuó, ahora con visible entusiasmo—. Tienen que haber desarrollado una ciencia propia, una ciencia no humana nacida en un planeta que no es la Tierra. Porque nos observaron tan profundamente como nunca nos hemos observado a nosotros mismos; montaron un plan contra nosotros, un plan que hubiera tardado un siglo o incluso más en quedar completado. Bueno, ¿qué más sabían? ¿Cómo mantenían su civilización sin agricultura visible, sin edificios por encima del suelo, ni minas ni nada? ¿Cómo podían crear especies completamente nuevas? ¡Un millón de preguntas, diez millones de respuestas!

—¿Podemos aprender algo de ellos? —preguntó Barbro en voz baja—. ¿O sólo podemos dominarlos como ellos temen?

Sherrinford se paró, apoyó un codo en la repisa de la chimenea, chupó pensativamente su pipa y respondió:

—Confío en que nos mostraremos más caritativos que todo eso con un enemigo derrotado. Es lo que ellos son. Intentaron conquistarnos, y fracasaron, y ahora estamos comprometidos en cierto sentido a conquistarlos, para que se reconcilien con la civilización de la máquina. Al fin y al cabo, nunca se portaron con nosotros de un modo tan atroz como nos portamos nosotros con nuestros compañeros en el pasado. Y, repito, podrían enseñarnos cosas maravillosas; y también nosotros podríamos enseñárselas a ellos, una vez hayan aprendido a ser menos intolerantes con un sistema de vida distinto.

—Supongo que podríamos proporcionarles una reserva —dijo Barbro, y no supo por qué Sherrinford replicaba tan bruscamente:

—¡Dejémosles el honor que se han ganado! Ellos lucharon para salvar el mundo que siempre habían conocido contra eso —hizo un gesto señalando la ciudad—, exactamente lo mismo que habríamos hecho nosotros en su caso. —Suspiró—. Sin embargo, supongo que si ellos hubiesen triunfado, el hombre hubiera terminado por desaparecer de Roland..., pacíficamente, incluso felizmente. Nosotros vivimos con nuestros arquetipos, pero ¿podemos vivir en ellos?

Barbro sacudió la cabeza.

—Lo siento, no comprendo.

—¿Qué? —Sherrinford la miró con aire de sorpresa. Luego se echó a reír—. Estúpido de mí. He explicado esto a tantos políticos, y científicos, y comisionados, y Dios sabe qué, estos últimos días, que olvidé que no se lo había explicado a usted. Fue una idea mía más bien vaga, mientras estábamos viajando, y no me gusta exponer ideas prematuramente. Ahora que hemos encontrado a los Outlings y les hemos visto en acción, me siento seguro.

Golpeó la cazoleta de su pipa contra la repisa.

—En una medida limitada —continuó—, yo he utilizado un arquetipo durante toda mi vida profesional. El detective racional. No ha sido una postura consciente, sino una simple imagen que se adaptaba a mi personalidad y a mi estilo profesional. Pero provoca una respuesta adecuada de la mayoría de la gente, hayan oído hablar o no del original. El fenómeno no es infrecuente. Conocemos personas que, en grado diverso, nos recuerdan a Cristo, a Buda o, en un plano menos elevado, a Hamlet o a D'Artagnan. Históricas, ficticias y míticas, tales figuras cristalizan aspectos básicos de la psique humana, y cuando nos encontramos con ellas en nuestra experiencia real, nuestra reacción se hace más profunda que la conciencia.

Su tono volvió a hacerse grave:

—El hombre crea también arquetipos que no son individuos. El Alma, la Sombra... y, al parecer, el Más Allá. El mundo de magia, de encanto, con el doble sentido que tiene el vocablo, de seres semihumanos, algunos como Ariel y algunos como Calibán, pero todos libres de fragilidades y pesares mortales: en consecuencia, tal vez, un poco crueles y bastante embaucadores; viviendo en la oscuridad y a la luz de la luna, no verdaderos dioses sino obedientes a gobernantes lo bastante enigmáticos y poderosos para serlo... Sí, nuestra Reina del Aire y la Oscuridad sabía perfectamente qué visiones debía dar a las personas solitarias, qué ilusiones debía tejer en torno a ellas de vez en cuando, qué canciones y leyendas debía implantar entre ellas. Me pregunto hasta qué punto la Reina y sus secuaces conocían los cuentos de hadas humanos, hasta qué punto aportaron su propia inventiva, y hasta qué punto los hombres lo recrearon todo, inconscientemente, a medida que la sensación de vivir en el borde del mundo penetraba en ellos.

Las sombras empezaron a invadir la habitación. El frío se hizo más intenso y los ruidos del tráfico menos audibles. Barbro preguntó en voz baja:

—Pero ¿a qué podía conducir esto?

—En muchos aspectos —respondió Sherrinford—, el colono del interior ha vuelto a los siglos del oscurantismo. Tiene pocos vecinos apenas recibe noticias de más allá de su horizonte, lucha por sobrevivir en una tierra que no comprende del todo, que cualquier noche puede dejar caer sobre él imprevisibles desastres. La civilización mecánica que le legaron sus antepasados resulta frágil aquí, en el mejor de los casos. Puede perderla, del mismo modo que las naciones perdieron Grecia y

Roma en los siglos del oscurantismo. Manipulado de un modo prolongado, intenso y astuto por el Otro Mundo, arquetípico, llegará a creer ciegamente que la magia de la Reina del Aire y la Oscuridad es superior a la energía de los motores; y primero su fe, y finalmente sus actos la seguirán a ella. ¡Oh!, no ocurriría con mucha rapidez. Idealmente, ocurriría con demasiada lentitud para ser observado, especialmente por la gente de la ciudad satisfecha de sí misma. Y cuando se dieran cuenta sería demasiado tarde.

Barbro suspiró.

—Ella me dijo que cuando sus banderas ondearan sobre la última de nuestras ciudades nos alegraríamos.

—Es posible —admitió Sherrinford—. Sin embargo, yo creo en el derecho a escoger el propio destino.

Sacudió su cuerpo, como si se desprendiera de una pesada carga. Golpeó de nuevo la cazoleta de su pipa y se despezó, músculo por músculo.

—Bueno —dijo—, todo eso no va a ocurrir.

Ella le miró directamente a los ojos.

—Gracias a usted.

El rubor inundó las flacas mejillas de Sherrinford.

—Con el tiempo, estoy seguro de que cualquier otro lo hubiera hecho... Lo que importa es lo que haremos a continuación, y ésta es una decisión demasiado importante para ser adoptada por un hombre o una generación.

Barbro se puso en pie.

—A menos de que la decisión sea personal, Eric —sugirió, sintiendo el calor en su propio rostro.

Resultó curioso ver a Sherrinford súbitamente tímido.

—Tenía la esperanza de que volveríamos a encontrarnos.

—Una esperanza que no se verá defraudada.

Ayoch estaba posado sobre el Túmulo de Wolund. Aurora brillaba tanto, despidiendo tales haces de luz, que casi ocultaba a las lunas menguantes. Los capullos de los estramonios habían caído; unos cuantos resplandecían aún alrededor de las raíces de los árboles, entre gamarzas secas que crujían bajo el pie y olían a madera quemada. El aire continuaba siendo cálido, pero en el horizonte no quedaba ya ningún resplandor.

—Adiós, buena suerte —gritó el puk.

Pero Mistherd y Sombra-de-un-Sueño no volvieron la mirada. Fue como si no se atrevieran a hacerlo. Se alejaron hasta perderse de vista, en dirección al campamento humano cuyas luces parpadeaban como estrellas nuevas allá a lo lejos, al sur.

Ayoch se demoró unos instantes. Sentía que debía ofrecer también una despedida a la que últimamente se había unido a él en aquel sueño en el dolmen. Seguramente

que nadie volvería a reunirse aquí por motivos de amor o de magia. Pero sólo pudo recordar un antiguo verso que sirviera para la ocasión.

Se irguió y trinó:

De su seno  
ascendió un capullo.  
El verano lo agostó.  
La canción ha terminado.

Luego extendió sus alas para el largo vuelo final.

## Poul Anderson

*por Gordon R. Dickson*

A finales de los años cuarenta y hasta 1951, Poul Anderson y yo vivíamos en la misma casa de huéspedes en Minneapolis del Norte. Nuestras habitaciones eran contiguas, separadas por un tabique, y yo escribía principalmente a última hora de la mañana y por la tarde. Poul, en cambio, lo hacía a última hora de la tarde y por la noche. En el preciso instante en que yo empezaba a aflojar el paso, oía su máquina de escribir, como antes la mía, poniéndose en marcha a sacudidas. Pero luego, más rápidamente de lo que lo había hecho la mía, la suya adquiría velocidad; y no tardaba en oírla teclear sin pausa mientras yo —vacío de energías y de ideas— dormitaba sobre el lecho en el cual me había tumbado.

Me despertaría algo más tarde para descubrir la noche oscura más allá de las persianas sin echar de mi cuarto; y, si la máquina de escribir de Poul sonaba todavía, me levantaría, comería algo y quizá saldría a tomar una copa. O, si su máquina de escribir estaba ahora silenciosa, iría a llamar a su puerta; y quizá saldríamos los dos. Así discurrían las cosas en aquella época.

Esto puede dar la impresión de que aquélla era una clase de vida muy atractiva y sin complicaciones. Pero si me detengo a recordarla con detalle, he de admitir que el atractivo y la falta de complicación sólo era una parte de la historia. Las vidas de los autores, como los propios autores, son invariablemente mucho más complicadas de lo que ellos, o incluso sus obras, indican. Y hay una idoneidad particular en esto. Ya que cuando, como en el caso de Poul, tenemos un autor cuya obra es mucho más compleja de lo que su superficie parece indicar, el orden de diferencias entre obra y hombre empieza a extenderse fuera del alcance de una fácil explicación. T. S. Eliot observó una vez en una introducción a una edición de los poemas de Rudyard Kipling que la mayoría de los poetas tienen que ser defendidos de acusaciones de oscuridad en su obra. Pero en el caso de Kipling, añadía, era necesario defender al hombre contra la acusación de escribir jeroglíficos. Desde luego, los poemas de Rudyard Kipling distan mucho de ser jeroglíficos, aunque una gran parte de su alegoría y significado se encuentran ocultos a menudo en las situaciones políticas del siglo XIX, sobre las cuales Kipling comentaba y criticaba. Pero la misma musicalidad de las rimas y de los ritmos que utilizaba hace que se lean con una engañosa facilidad, como si en ellos sólo importara el sonido de las palabras. De un modo similar, el arte narrativo de Poul Anderson no es ni ha sido nunca sencillo, aunque pueda parecerlo debido a su legibilidad y a su amenidad.

Volviendo a cuando vivía en aquella misma casa de huéspedes con Poul, ambos estudiábamos en la Universidad de Minnesota y Poul no tenía la intención de convertirse en un escritor profesional. Él quería licenciarse en física, cosa que consiguió con excelentes calificaciones, en junio de 1948. Sin embargo, en aquella época vendía ya muy bien lo que escribía; de modo que, después de graduarse, decidió aplazar la búsqueda de un empleo en el campo de la física y ganarse la vida escribiendo durante una temporada. Aquella «temporada», como dice ahora el propio Poul, parece haberse alargado indefinidamente, para mayor placer del resto de nosotros, desde luego. Poul, siendo Poul, hubiera escrito sin duda relatos de ciencia-ficción, de fantasía o detectivescos —así como obras históricas y científicas— por muy ocupado que le hubiese tenido un empleo regular. Pero sería esperar demasiado, incluso de él, que a partir de 1948 hubiera producido tanto como lo ha hecho sin otra ocupación que le distrajera. Su obra publicada alcanza actualmente treinta y cuatro novelas, más quince antologías de relatos cortos, tres libros científicos, y dos libros editados por él mismo. Todo esto, sin contar la obra que tiene contratada ni la legión de sus cuentos publicados.

Poul posee, como todo el mundo sabe, un raro talento para los títulos. Leerlos, cuando han escapado a la manipulación del editor, equivale a captar algo de la intensa nota de poesía que discurre a través de toda su obra. Entre las novelas: *We have fed our sea* (del verso del poema de Kipling), *The high crusade*, *Three hearts and three lions*, *Tau zero...* y entre los relatos cortos, *Sam Hall*, *Cali me loe*, *Starfog*, *Kyrie*, *No truce with kings...* son títulos que casi constituyen por sí mismos una balada o un canto fúnebre, y que al mismo tiempo revelan el firme control de la mente científicamente educada que da a la obra de Anderson su rasgo más característico.

Tal como ha dicho A. J. Budrys: «El hombre mejor calificado para analizar a los clásicos —se refiere a los clásicos de la ciencia-ficción— sería Poul Anderson. A Dios gracias, se dedica a hacerlo únicamente con el propósito de elaborar ficción adicional...».

De hecho, es una verdadera suerte. Porque los relatos de Anderson constituyen una producción valiosa y única, y sólo hay una fuente para ella en el universo conocido, el propio hombre, que ha sido valioso y único desde el principio.

Nació en Pennsylvania, de padres escandinavos, el 25 de noviembre de 1926, de ahí la ortografía de su nombre de pila. La pronunciación correcta de ese nombre se sitúa entre «pol» y «paul» para lenguas acostumbradas al inglés americano, pero Poul, de hecho, responde a todas las pronunciaciones. Era todavía un bebé cuando su padre fue trasladado a Port Arthur, Texas. Allí, la familia pasó los once años siguientes, y allí nació el hermano de Poul, John (el mismo John Anderson que más tarde dirigió la primera expedición a los montes Heritage de la Antártida).

La muerte de su padre al término de aquellos once años trasladó a la familia a



Dinamarca, donde vivían numerosos parientes y amigos de su madre. Sin embargo, la proximidad de la Segunda Guerra Mundial hizo que la señora Anderson se trasladara de nuevo a los Estados Unidos, donde trabajó una temporada en la Legación danesa en Washington. El siguiente traslado fue a una granja de Minnesota, desde la cual Poul fue a Minneapolis y a la Universidad de Minnesota, en los años cuarenta.

En aquella época existía en las Ciudades Gemelas de Minneapolis y St. Paul una organización muy libre conocida como la MFS. Antes de la guerra había sido una organización de aficionados a la ciencia-ficción llamada la Minneapolis Fantasy Society, con escritores como Cliff Simak, Carl Jacobi, Donald Wandrei, Oliver Saari y otros en su lista de miembros. Después de la guerra, aunque conservó su conexión con la ciencia-ficción en términos generales y todos sus miembros originales que seguían viviendo en la ciudad continuaban formando parte de ella, se transformó en un grupo social básicamente sin estructurar, con intereses que se extendían desde la crítica literaria hasta el béisbol, con un gran consumo de whisky y de conversación.

Yo mismo había sido miembro del grupo original antes de la guerra, cuando los diversos servicios armados nos separaron y nos enviaron a todos en direcciones distintas. Poul ingresó en la MFS después de la guerra. Uno de los criterios del grupo era entonces el de que un socio tenía que ser capaz de atender normalmente a todos sus asuntos y luego sentarse hasta medianoche o más tarde, sociabilizando. Poul no era una excepción. En la época en que ingresó en la MFS cursaba estudios superiores de física, y secundarios de química y matemáticas. Creo que ya he mencionado que se graduó con honores en 1948. El hecho de que lo consiguiera perteneciendo a la MFS da una idea de su capacidad.

Ello proporciona también una especie de índice por el cual juzgar la parte científica de su naturaleza, y esto es importante debido a que la impronta de ciencia y de poesía en la obra de Poul la convierte en única en un campo en el que nunca han escaseado la ciencia ni la poesía por separado. Ambas se manifestaban fuertemente en Poul en aquellos días. Una de las numerosas actividades de la MFS después de la guerra eran las sesiones de canto, realizadas habitualmente a altas horas de la noche en una de nuestras reuniones improvisadas. Cantábamos principalmente baladas, pero en diversos idiomas que incluían el inglés moderno, el sueco, el noruego, el alemán, el francés, el polaco, el inglés de la Edad Media y el danés antiguo, entre otros. Para muchas de las baladas no inglesas quedábamos en deuda con Poul. Y no sólo eso. También poníamos música a muchos poemas, y viceversa, y Poul realizaba además excelentes traducciones de poetas escandinavos tales como Johannes V. Jensen.

Esto se mezclaba con otro tipo de diversión que consistía en la construcción verbal de relatos de ciencia-ficción. Partiendo de una idea inicial para una historia, cada uno de los contertulios la iba modelando y desarrollando hasta que se convertía en algo que podría o no podría llegar a escribirse, pero que se mantenía ya de pie

sobre sus propias patas narrativas. En tales momentos era posible ver en las aportaciones de Poul cómo saga y canción, ciencia conocida y ciencia hipotética se complementaban mutuamente, funcionando en conjunto para transformarse en acción revestida de una coraza perfecta de posibilidad. Se necesita un raro talento para mezclar materiales tan distintos de un modo tan eficaz; pero Poul lo conseguía invariablemente cada vez que tomaba parte en el juego.

El tiempo, sin embargo, estaba desplazando el escenario detrás de todos nosotros, incluso entonces. A partir de 1950, el grupo social empezó a desintegrarse, tal como la MFS de la anteguerra se había desintegrado a causa de los acontecimientos bélicos. En 1953, Poul se casó con Karen, novelista y poetisa, y la pareja se marchó a vivir a la zona de la bahía de San Francisco, para terminar afincándose con su hija Astrid en su hogar actual de Orinda, California, sobre las montañas de la bahía, lejos de la bruma y al sol. El traslado hacia la costa occidental le sentó bien a Poul: su producción se hizo más abundante que nunca.

A partir de *Brain wave*, la mayor parte de sus obras memorables han sido escritas en aquellos parajes. Sus Premios Hugo *The longest voyage*, *No truce with kings* y el último, *The sharing of flesh* nacieron allí. Lo mismo que una infinidad de sus narraciones breves de feliz recuerdo: la clásica *The man who came carly*, todas las otras historias que he mencionado al hablar de la poesía de sus títulos, así como *The martian crown jewels*, *The sky people*, *Kings who die*, *Escape from orbit...* y entre las novelas, su excelente y precoz *The broken sword*, recientemente reeditada en rústica por *Ballantine*, en una versión revisada, así como *The star ways*, *War of wing-men*, *We claim these stars*, *Shield*, *The corridors of time*, *The star fox...* La lista se haría interminable. Existen, también, los relatos de la *Patrulla del Tiempo*; las historias acerca de Van Rijn, Falkayn y la Liga Polesotécnica; y la serie *Flandry...*, así como la serie fantástica de *F&SF*, la última de las cuales fue *Operation Changeling*. Esta última serie, dicho sea de paso, fue publicada por Doubleday en forma de novela bajo el título de *Operation Chaos*.

Con todo esto, Poul todavía encuentra tiempo para hacer otra docena de cosas. Viaja, construye embarcaciones, navega, escala montañas y le sobran horas para dedicarlas a una multitud de organizaciones. Es miembro de la Sociedad de Escritores de Misterio de América, de la que ha sido vicepresidente y secretario regional. Pertenece también al capítulo local de los *Irregulares de la Baker Street*, a la SAGA (*Swordsmen and Sorcerers Guild of America, Ltd.*); y, desde luego, a los SFWA (Escritores de Ciencia-Ficción de América), cuya Conferencia Regional de la Costa Occidental es una creación de Poul.

Y luego existe *The Society For Creative Anachronism*, en la cual ha ganado una encomienda, con el nombre de Bela de la Marca del Este, con escudo de armas azul, dos soles en un pálido sotuer de plata, una divisa diseñada por Karen, que a su vez es

miembro del Colegio de Heraldos del Reino de las Nieblas.

Entretanto, sobre los escenarios más amplios del mundo, este hombre alto, amable y de poderosa inteligencia participa activamente en la lucha por mejorar la condición de sus camaradas escritores, y en el movimiento a favor de la ecología y la conservación de la naturaleza, por el que se interesaba mucho antes de que esos problemas atrajeran la atención pública. Políticamente, es aquella figura cada vez menos frecuente; un liberal del siglo. En religión, se acusa a sí mismo de ser un devoto de la Ciencia. Y se enorgullece de su profundo sentido familiar.

«Tal como se están poniendo las cosas —dice Poul—, mi principal derecho a la fama será probablemente haber engendrado a Astrid».

Esto podría ser. Pero es necesario aceptar con cierta reserva lo que dice de sí mismo, en su calidad de escritor: «Soy un narrador de cuentos al viejo estilo».

Lo es, de hecho. Pero la conclusión que se desprende de sus palabras no es absolutamente cierta. Decir de Poul Anderson que es un simple «narrador de cuentos» no es hacerle justicia. Los que le hemos leído lo sabemos muy bien.

## Bibliografía

### 1. Novelas

- *Vault of the ages*, Winston 1952.
- *Brain wave*, Ballantine 1954.
- *The broken sword*, Abelard 1954.
- *No world of their own*, Ace 1955.
- *Planet of no return*, Ace 1956.
- *The star ways*, Avalon 1957.
- *War of the wing-men*, Ace 1958.
- *Virgin planet*, Avalon 1959.
- *Perish by the sword*, Macmillan 1959.
- *We claim these stars!*, Ace 1959.
- *The enemy stars*, Lippincott 1959.
- *The war of two worlds*, Ace 1959.
- *Murder in black letter*, Macmillan 1960.
- *The golden slave*, Avon 1960.
- *The high crusade*, Doubleday 1960.
- *Bogue sword*, Avon 1960.
- *Earthman, go honre!*, Ace 1961.
- *Three hearts and three lions*, Doubleday 1961.

- *Mayday orbit*, Ace 1961.
- *Murder bound*, Macmillan 1961.
- *Alter doomsday*, Ballantine 1962.
- *The makeshift rocket*, Ace 1962.
- *Shield*, Berk ley 1963.
- *Let the spaceman beware!*, Ace 1963.
- *Three worlds to conquer*, Pyramid 1964.
- *The corridors of time*, Doubleday 1965.
- *The star fox*, Doubleday 1965.
- *The fox, the dog and the griffin*, Doubleday 1966.
- *Ensign flandry*, Chilton 1966.
- *World without stars*, Ace 1967.
- *Satan's world*, Doubleday 1969.
- *The rebel worlds*, New American Library 1969
- *Tau zero*, Doubleday 1970.
- *A circus of hells*, New American Library 1970.
- *The byworlder*, New American Library 1971.
- *Operation Chaos*, Doubleday 1971.
- *The dancer from Atlantis*, New American Library 1971.
- *The people of the wind*, New American Library 1973.
- *There will be time*, New American Library 1973.
- *Hrolf Kraki's saga*, Ballantine 1973.
- *A midsummer tempest*, Doubleday 1973.
- *The day of their return*, New American Library 1974.
- *Star prince Charlie* (en colaboración con Gordon R. Dickson), Putnam's 1974.

## 2. Relatos

- *Earthman's burden*, Gnome Press 1957.
- *Guardians of time*, Ballantine 1960.
- *Twilight world*, Torquil 1961.
- *Strangers from earth*, Ballantine 1961.
- *Orbit unlimited*, Pyramid 1961.
- *Un-man and other novenas*, Ace 1962.
- *Time and stars*, Doubleday 1964.
- *Trader to the stars*, Doubleday 1964.
- *Agent of the terran empire*, Chilton 1965.
- *Flandry of terra*, Chilton 1965.
- *The trouble twisters*, Doubleday 1966.
- *The horn of time*, New American Library 1968.

- *Seven conquests, Macmillan 1969.*
- *Beyond the beyond, New American Library 1969.*
- *Tales of the flying mountains, Macmillan 1970.*

### 3. *Antologías*

- *West by one and by one, edición privada 1965.*
- *Nebula four, Doubleday 1969.*

# Siglo de pleno verano

*James Blish*

## 1

En todo el óleo que el mundo había proporcionado para la unción de John Martels, Doctor en Ciencias, Miembro de la Real Sociedad de Astronomía, etc., había una sola mosca: algo fallaba en su telescopio.

Martels, de treinta años de edad y soltero, era a la vez un estadístico y un beneficiario de lo que sus compatriotas ingleses llamaban amargamente la fuga de cerebros, la captación de las mejores mentes británicas por los Estados Unidos, que les ofrecían mayores ingresos, impuestos más bajos y la ausencia aparente de cualquier sistema clasista. Y él no había encontrado ningún motivo para criticarlos, ni le remordía la conciencia: sus padres habían muerto, y, en lo que a él respecta, no le debía nada al Reino Unido.

Desde luego, las ventajas de vivir en los Estados Unidos no eran tan diáfanas como le habían sido presentadas, pero él nunca había esperado otra cosa. Tomemos la aparente ausencia de un sistema clasista, por ejemplo: todo el mundo sabía que los negros, los Hispanoamericanos y los pobres en general eran objeto de una feroz discriminación, y que la oposición política de cualquier tipo al establishment se estaba haciendo cada vez más peligrosa. Pero lo que contaba en lo que a él respecta era que no se trataba del mismo género de sistema clasista.

Nacido de una familia de clase obrera en la ciudad indescritiblemente fea de Doncaster, Martels se había visto marcado desde el primer momento con un dialecto de la clase obrera de los Midlands que le excluía de círculos británicos correctos de un modo tan permanente e irrevocable como si hubiera sido un inmigrante paquistaní clandestino. Ninguna escuela «pública» había sido económicamente asequible a sus padres para ayudarle a corregir el horrible sonido de su propia voz, ni para enseñarle los idiomas clásicos que eran todavía necesarios para ingresar en Oxford o en Cambridge.

De modo que había tenido que abrirse paso a codazos a través de uno de los nuevos politécnicos de ladrillo rojo. Aunque al final obtuvo la más alta calificación posible en Astrofísica, fue con un acento tan atroz como para negarle la admisión a

cualquier lugar realmente distinguido de Inglaterra.

En los Estados Unidos, en cambio, los acentos eran considerados como puramente regionales, y la educación de un hombre no se juzgaba por las inflexiones de su voz, sino por su gramática, su vocabulario y sus conocimientos reales. Desde luego, a Martels le preocupaba la condición del negro, del hispanoamericano y del pobre; pero, dado que no era ninguna de las tres cosas, no se sentía oprimido por ello.

En cuanto a la actividad política, era algo en lo que Martels ni siquiera podía pensar; aquí era un extranjero. El solo hecho de enarbolar una pancarta, independientemente de lo que hubiera escrito en ella, podía hacerle perder su pasaporte.

La situación monetaria había funcionado casi en el mismo sentido. Aunque aquí había mucho más dinero a ganar que en Inglaterra, en lugares como Nueva York le desaparecía a uno casi más aprisa de lo que podía ganarlo; pero Martels no estaba en Nueva York. Después de una breve pero moderadamente espectacular lectoría como radio-astrónomo en Jodrell Bank, había sido contratado como Director de Investigaciones en la materia por una nueva y pujante Universidad del Medio Oeste americano, donde el dinero era más rentable... y donde, además, los negros, los hispanoamericanos y los pobres apenas eran visibles. Martels seguía preocupado por sus problemas, pero el hecho de no tenerlos a la vista tranquilizaba al menos su conciencia. El vuelo sin motor no era aquí tan bueno como lo fue en las Children Hills, pero uno no puede tenerlo todo.

Y había existido un aliciente final: la universidad de Sockette acababa de completar la construcción de un radiotelescopio de diseño radicalmente nuevo, al lado del cual sus predecesores parecían tan primitivos como la máquina óptica que Galileo le había birlado a Hans Lippershey. Su estructura hacía posible montar un plato más pequeño que el de Jodrell Bank, con un punto focal casi tan grande y una armazón tubular de un telescopio reflectante de 65 pulgadas. Se necesitaba una asombrosa cantidad de energía para hacer funcionar el aparato, pero, al menos en teoría, debía penetrar lo bastante lejos en torno al universo como para captar el equivalente a la temperatura en la nuca del propio Martels.

A primera vista, Martels había quedado tan complacido con el armatoste como un padre que acaba de comprarle a su hijo el primer tren eléctrico. Sólo imaginar los grandes acontecimientos que podrían ser registrados por aquel instrumento resultaba maravilloso. Parecía plantear un solo problema.

Hasta entonces, sólo había logrado captar la estación local de rock-and-roll.

Martels estaba completamente seguro de que en la teoría no había ningún fallo. El diseño era lo más perfecto posible. Y lo mismo podía decirse de los circuitos; los había comprobado repetida e intensivamente. De modo que sólo quedaba la posibilidad de un fallo en la construcción del telescopio, probablemente algo tan

simple como un larguero descentrado que distorsionaba el campo o la transmisión.

Bueno, había al menos una cosa a decir en favor de una universidad de ladrillo rojo: no le enseñaba a uno el griego ni mejoraba su inglés, pero insistía en que sus físicos fuesen también aceptables mecánicos antes de permitirles graduarse. Calentando el amplificador, sintonizándolo a medida que avanzaba —una maniobra que en condiciones normales habría situado el campus de Sockette en el centro de la Osa Mayor número 2, un racimo de galaxias a quinientos mil millones de años-luz de distancia—, Martels trepó a lo largo del tubo con el detector de fuerza del campo en la mano; era demasiado grande para llevarlo en un bolsillo.

Al llegar al extremó del tubo se paró a descansar unos instantes, atisbando al interior, con los pies colgando. A continuación tenía que deslizarse lentamente hacia abajo en espiral, transmitiendo a intervalos a los técnicos las lecturas de intensidad del campo.

Los politécnicos de ladrillo rojo insisten en que sus físicos sean también mecánicos, pero no les preparan para trepar a torres, chimeneas, etc., a fin de efectuar reparaciones. Martels ni siquiera llevaba casco protector. Posando un pie en lo que parecía ser un ángulo completamente seguro entre un larguero y otro, resbaló y cayó de cabeza al interior del tubo.

Ni siquiera tuvo tiempo para gritar, y mucho menos para oír los gritos de alarma de los técnicos, ya que perdió el conocimiento mucho antes de chocar contra el fondo.

En realidad, no llegó a chocar contra el fondo.

Sería posible explicar de un modo exacto y comprensible lo que le ocurrió a John Martels, pero hacerlo exigiría varias páginas de expresiones en el metalenguaje inventado por el doctor Thor Wald, un físico teórico sueco, que por desgracia no estaba destinado a nacer hasta el año 2060. Baste decir que, gracias al trabajo chapucero de un desconocido soldador, el radiotelescopio radicalmente nuevo de la universidad de Sockette tuvo realmente un alcance sin precedentes... aunque no en la dirección que sus constructores se habían propuesto, ni podían siquiera haber concebido.

## 2

—Ennoblécame con el honor de tu atención, inmortal Qvant.

Nadando hacia arriba desde la negrura, Martels trató de abrir los ojos y descubrió que no podía hacerlo. Sin embargo, un momento después comprobó que podía ver. Lo que vio era tan absolutamente extraño para él que trató de cerrar los ojos, y



descubrió que tampoco podía hacerlo. Parecía estar, de hecho, completamente paralizado; ni siquiera podía cambiar su campo de visión.

Se pregunte brevemente si la caída le había roto el cuello. Pero eso no afectaría a su control de los músculos de sus ojos... ¿O sí? Ni de sus párpados.

Además, no estaba en un hospital; de esto, al menos, podía estar seguro. Lo que resultaba visible para él era un amplio y mal iluminado vestíbulo. La escasa claridad parecía proceder de la luz del sol, aunque ésta no penetraba a raudales, ni muchísimo menos.

Experimentó la sensación de que el lugar era mohoso, pero Martels parecía haber perdido el sentido del olfato. La voz que había escuchado, así como cierto número de pequeños e inidentificables ecos, le informó de que podía oír, al menos. Trató de abrir la boca, sin conseguirlo.

Aparentemente, lo único que podía hacer era captar lo poco que resultaba visible y audible, y dar un sentido a los hechos que pudieran producirse. ¿Estaba sentado o tendido? ¿Tenía frío o calor? No, aquellos sentidos habían desaparecido también. Pero al menos no experimentaba ningún dolor..., aunque no podía saber si ello significaba que el sentido del dolor se había desvanecido también, o que estaba drogado. Tampoco tenía hambre ni sed: otro ambiguo descubrimiento.

En el suelo del vestíbulo, dentro de su cono de visión, había cierto número de extraños artefactos. El hecho de que se encontraran a diversas distancias permitió a Martels establecer que podía cambiar aún su profundidad focal. Algunos de los objetos parecían estar más deteriorados que el propio vestíbulo. En algunos casos el estado de deterioro resultaba imposible de apreciar, debido a que los objetos parecían ser esculturas o alguna otra clase de obras de arte, representando no sabía qué... si es que representaban algo, ya que el arte figurativo era algo pasado de moda para él. Otros, sin embargo, eran evidentemente máquinas; y aunque en ningún caso pudo sospechar siquiera las funciones a que estaban destinadas, conocía la corrosión cuando la veía. Aquel material estaba en desuso desde hacía mucho, muchísimo tiempo.

Pero algo seguía funcionando. Martels pudo oír unos leves y continuos zumbidos, como el sonido de una línea de 50 ciclos. Parecía proceder de alguna parte detrás de él, íntimamente cerca, como si algún barbero espectral estuviera aplicando a la parte posterior de su cráneo o a su nuca un aparato de masaje destinado a la cabeza de un mosquito.

No creía que el lugar, o al menos la cámara en la que parecía encontrarse, fuera excepcionalmente grande. Si la pared que era visible para él era un lado más bien que un extremo —lo cual no estaba en condiciones de comprobar— y los ecos recordados de la voz no le confundían la cámara no podía ser mayor que una de las galerías centrales de la Alte Pinakothek, digamos la sala de Rubens...

La comparación resultó reveladora. Se encontraba en algún tipo de museo. Un museo desatendido y absolutamente impopular, ya que el suelo tenía una espesa capa de polvo y sólo había unas cuantas huellas de pisadas —y en algunos casos ninguna— cerca de los objetos expuestos (suponiendo que lo fueran). Las huellas de pisadas, comprobó Martels sin comprender, eran todas de pies descalzos.

Entonces llegó de nuevo aquella voz, esta vez con cierto acento quejumbroso. Dijo:

—Inmortal Qvant, aconséjame, te lo ruego humildemente.

Y, con un triple shock, Martels se oyó a sí mismo replicar:

—Puedes introducirte en mi atención, tribunal.

La impresión fue triple porque, en primer lugar, Martels no había tenido la intención ni la sensación de formular la respuesta ni de pronunciarla. En segundo lugar, la voz que contestó no era ciertamente la suya; era más profunda y anormalmente estentórea, aunque casi sin resonancia. Finalmente, el idioma utilizado le era completamente desconocido, pero parecía entenderlo perfectamente.

Además, mi nombre no es ni ha sido nunca Qvant. Ni siquiera tengo una inicial intercalada.

Pero no tuvo tiempo de especular, ya que apareció a la vista, agachado de un modo que Martels encontró casi rastrero, algo vagamente definible como un ser humano. Iba desnudo y era de color moreno oscuro, con lo que Martels estimó una mezcla de herencia y de curtido profundo de la piel. La desnudez le revelaba también escrupulosamente limpio, con los brazos cortos, las piernas largas y la pelvis estrecha. Tenía el pelo muy oscuro y rizado como el de un negro, pero sus facciones eran caucásicas, a excepción del pliegue asiático de los párpados, y a Martels le recordó un bosquimano de África: una impresión reforzada por su pequeña estatura. Su expresión, al contrario de su postura, era respetuosa, casi reverente, pero no asustada.

—¿Qué quieres de mí ahora, tribunal? —inquirió la nueva voz de Martels.

—Inmortal Qvant, busco un rito para proteger de los Pájaros nuestras ceremonias de madurez. Han penetrado el antiguo, ya que este año muchos de nuestros nuevos jóvenes han perdido sus ojos por ellos, y algunos incluso sus vidas. Mis antecesores me dicen que un rito semejante era conocido en Renacimiento Tres, y es mejor que los nuestros, pero no pueden darme los detalles.

—Sí, existe —dijo la otra voz de Martels—. Y os servirá quizá de dos a cinco años. Pero, al final, los Pájaros lo penetrarán también. Al final, os veréis obligados a abandonar las ceremonias.

—¡Hacer esto sería rendir también la vida futura!

—Eso es indudablemente cierto, pero ¿sería necesariamente una gran rendición? Necesitáis a vuestros jóvenes aquí y ahora, para cazar, procrear y combatir a los

Pájaros. Tengo vedado todo conocimiento de la vida futura; pero ¿qué seguridad puedes tener de que es agradable? ¿Qué satisfacciones pueden quedar para todas esas almas apiñadas?

De algún modo indefinible, Martels supo por el tratamiento de Qvant que «Pájaros» se escribía con mayúscula; no había captado nada de esto en las palabras del peticionario, cuya expresión se había transformado ahora en otra de sumiso horror. Observó también que Qvant hablaba al presunto salvaje como alguien dirigiéndose a un igual en educación, y que el hombre desnudo hablaba del mismo modo. Pero ¿qué utilidad tenía la información? Y a propósito, ¿qué era Martels, presumiblemente un hombre reponiéndose milagrosamente de un grave accidente, en un museo enmohecido, escuchando una absurda conversación con un «tribunal» desnudo que formulaba cuestiones como un estudiante medieval dirigiéndose a santo Tomás de Aquino?

—No lo sé, inmortal Qvant —decía el peticionario—. Pero sin las ceremonias no tendremos nuevas generaciones de antecesores, y en la vida futura la memoria se desvanece rápidamente. Al final, ¿quién quedará para aconsejarnos, sino tú mismo?

—¿Quién, en realidad?

Por el leve tono de ironía de su voz, Qvant había pretendido probablemente que la pregunta fuera retórica, pero en cualquier caso Martels había agotado su paciencia. Realizando un supremo esfuerzo, logró decir:

—¿Será alguien tan amable como para decirme qué diablos está pasando aquí?

La pregunta surgió, y en su propia voz, aunque sin ninguna sensación física de hablar. Y en aquel mismo idioma desconocido, también.

Después de que los ecos se apagaron siguió un momento de completo silencio, durante el cual Martels experimentó una sensación de shock que estaba convencido de que no era suya. Luego, el peticionario profirió una exclamación de asombro y echó a correr.

Esta vez, los ojos de Martels siguieron, aunque no por su propia volición, al hombre que huía hasta que desapareció a través de un portal bajo e iluminado por la luz del sol, más allá del cual había lo que parecía ser un espeso bosque o selva. Sus cálculos acerca del tamaño y forma del vestíbulo quedaron así confirmados, y ahora supo también que se encontraba al nivel del suelo. Luego sus ojos volvieron a la aburrida contemplación de la pared de enfrente y de los descuidados y desconocidos artefactos.

—¿Quién eres tú? —dijo la voz

—Qvant.

—¿Y cómo has invadido mi cerebro?

—¿Tu cerebro?

—Éste es mi cerebro, y yo soy su legítimo ocupante: la valiosa personalidad de

un espíritu superior, embalsamado y atesorado para vida más allá de la vida. Me conservo así desde el final de Renacimiento Tres, de cuya época estás viendo el museo. Los hombres Renacimiento Cuatro me consideran como un casi-dios, y obran cuerdamente al hacerlo así. —La amenaza implícita en aquella última era inconfundible—. Repito, ¿quién eres y cómo has llegado aquí?

—Me llamo John Martels, y no tengo la menor idea de cómo he caído aquí. Y nada de lo que he visto u oído tiene el menor sentido para mí. Me hallaba a un par de segundos de una muerte segura y luego, súbitamente, me encontré aquí. Es lo único que sé.

—Te aconsejo que digas la verdad —le advirtió Qvant—. En caso contrario dispondré de ti, y entonces morirás dentro de un par de segundos... o irás a la vida futura, lo cual viene a ser lo mismo.

Martels se sintió inclinado a la cautela. A pesar del hecho de que los dos parecían compartir el mismo cerebro, era evidente que aquel ser no podía leer la mente de Martels, y tal vez pudiera obtener alguna ventaja reservándose la escasa información que poseía. Después de todo, no tenía ninguna garantía de que Qvant no «dispondría» de él de todos modos, una vez satisfecha la curiosidad del «Casi-dios». Martels dijo, con una desesperación que no era del todo fingida.

—Ignoro qué es lo que quieres saber.

—¿Cuánto tiempo has estado acechando aquí?

—No lo sé.

—¿Cuál es tu primer recuerdo?

—El de mirar fijamente esa pared.

—¿Durante cuánto tiempo? —dijo Qvant implacablemente.

—No lo sé. No creo haber contado los días. No recuerdo que ocurriera nada, hasta que tu peticionario habló.

—¿Y qué has oído de mis pensamientos durante ese tiempo?

—Nada que pudiera entender —dijo Martels mostrándose sumamente cuidadoso en no vacilar después de «nada». Por extraño que faltara encontrarse a sí mismo hablando aparentemente consigo mismo como una personalidad dual, resultaba todavía más extraño aprobar que ninguna de las psiques podía leer la mente de la otra... y, algo sumamente importante, que la suposición de Qvant en sentido contrario no debía ser rectificad.

—Eso no es sorprendente. Pero yo capto una anomalía en ti. Tienes la mente de un hombre joven, pero en torno a ella hay un aura que sugiere paradójicamente que es incluso más vieja que la mía. ¿A qué Renacimiento perteneces?

—Lo siento, pero la pregunta carece de significado para mí.

—¿En que año naciste, entonces? —dijo Qvant, con visible sorpresa.

—En mil novecientos cincuenta y cinco.

—Pero ¿en qué estilo de computación?

—¿Estilo? Tampoco entiendo eso. Nosotros lo llamamos A. D., anno Domini, después del nacimiento de Cristo. Sin que pueda asegurarse de un modo categórico, nació unos diecisiete mil años después de que la raza humana inventara la escritura.

Siguió un largo silencio. Martels se preguntó qué estaba pensando Qvant. Y al mismo tiempo se preguntó qué estaba pensando él; fuera lo que fuese, no era nada útil. Era una personalidad extraña en el cerebro de otro ser, y ese otro ser le estaba diciendo cosas absurdas. Alguien de quien era prisionero, y que también parecía ser un prisionero, aunque al mismo tiempo pretendía ser una especie de dios, y Martels había visto que le consultaban como si lo fuera.

—Comprendo —dijo Qvant súbitamente—. Sin la computadora central no puedo ser exacto, pero la precisión no parece necesaria en este caso. De acuerdo con tu sistema, el año actual es el veinticinco mil después de Cristo.

Martels no pudo encajar esta última impresión. Su mente, re-encarnada de un modo inestable, estremecida aún por la tremenda impresión de haber escapado de la muerte, bombardeada con hechos que carecían de significado, ahora bajo una nueva amenaza de muerte cuya naturaleza no podía llegar a comprender, empezó a hundirse de nuevo en el abismo.

Y, en el mismo instante, su mente fue asaltada con una fría y silenciosa ferocidad. Qvant estaba expulsándole.

Hasta entonces, nunca había soñado siquiera en la posibilidad de que un hombre fuese expulsado de su propia mente por otro ser... y ésta no era siquiera su propia mente; aquí, él era el intruso. No parecía existir ningún medio de resistir, nada a lo que pudiera aferrarse: incluso si hubiese estado habitando en su propio cerebro, no hubiera sabido mejor que cualquier otro hombre de su época en qué parte de su psique residía. Qvant lo sabía, con toda evidencia, y le estaba presionando con la implacabilidad de un proyectil dirigido; y la terrible presión era enteramente emocional, sin la menor pista semántica que pudiera ayudar a Martels a defenderse.

La deteriorada pared osciló y desapareció. Una vez más, Martels se encontró sin vista y sin oído. Por puro instinto excavó en... algo... y se agarró a ello, como una garrapata resistiéndose a ser expulsada del lomo de un chacal.

La terrible presión siguió en aumento. Al final no le quedó nada a qué agarrarse que no fuera un pensamiento, un solo pensamiento:

Yo soy yo. Yo soy yo. Yo soy yo.

Y entonces, lenta, milagrosamente, el ataque empezó a remitir. Como antes, primero volvió el sonido, los leves y ambiguos ecos del museo; y luego, la vista, la visión de la misma extensión de pared y suelo, los mismos extraños artefactos de algún lejano pasado en el futuro más lejano de Martels.

—Parece ser que no puedo librarme de ti, todavía —dijo Qvant. El tono de su voz

amplificada parecía oscilar entre la rabia y la diversión—. Muy bien, conversaremos tú y yo. Será un cambio, después de tanto tiempo de servir de oráculo a los tribuales. Pero, tarde o temprano, Martels-del-pasado, tarde o temprano te expulsaré, y entonces conocerás la cosa más importante que yo desconozco: cómo es la vida futura. Tarde o temprano, Martels..., tarde o temprano...

Martels se dio cuenta a tiempo de que las repeticiones eran el hipnótico prelude de un nuevo ataque. Excavando en lo que antes le había salvado, aquel substrato desconocido de la parte de esta mente conjunta que le pertenecía sólo a él, dijo con la misma frialdad:

—Es posible. Tú tienes mucho que enseñarme, si quieres, y yo escucharé. Y tal vez también yo pueda enseñarte algo a ti. Pero creo que también puedo hacer que te sientas sumamente incómodo, Qvant. Acabas de mostrarme dos modos distintos de conseguirlo. De manera que será mejor que cuides tus modales y grabes en tu cerebro la idea de que, sea lo que fuere lo que los tribuales ven en ti, para mí estás muy lejos de ser un dios.

Por toda respuesta, Qvant se limitó a impedir que Martels pronunciara otra palabra. Lentamente, el sol se ocultó, y las formas del vestíbulo quedaron sumidas en una oscuridad contra la cual Martels ni siquiera pudo cerrar unos ojos que no eran suyos.

### 3

Martels estaba vivo, todavía, lo cual era algo muy de agradecer, aunque distaba mucho de ser una victoria. Qvant no había podido expulsarle —todavía no—, pero Martels no tenía ningún control sobre sus ojos, salvo el mínimo de cambiar la profundidad focal; y al parecer tampoco Qvant podía cerrar los ojos, o no se molestaba en hacerlo. Siempre, excepto cuando el raro peticionario entraba en el museo, contemplaban aquella misma maldita pared y los objetos dispersos delante de ella.

Además, Qvant nunca dormía, y en consecuencia tampoco dormía Martels. Cualquiera que fuese el mecanismo que mantenía el cerebro en marcha, parecía hacer innecesario el sueño, lo cual era quizás una suerte, dado que Martels no tenía ninguna confianza en su capacidad para resistir otro de los ataques de Qvant estando inconsciente.

Éste era simplemente uno de los numerosos aspectos de su existencia conjunta que Martels no comprendía. Evidentemente, algún tipo de bomba de perfusión —aquel persistente y leve zumbido en su nuca, como una especie de zumar de oídos—

podía suministrar continuamente oxígeno y glucosa, eliminar ácido láctico, anular la fatiga. Pero Martels recordaba nebulosamente que el dormir era imprescindible: los sueños, por ejemplo, eran esenciales para limpiar la computadora analógica que era el cerebro de los programas del día anterior. Quizá la simple evolución había eliminado aquella necesidad de la raza, aunque 25 000 años parecía un tiempo prohibitivamente corto para un cambio tan importante.

Fuera cual fuese la respuesta, no podía impedir el aburrimiento, al cual Qvant parecía ser completamente inmune. Evidentemente, poseía vastos recursos interiores, acumulados durante siglos, con los cuales distraerse a sí mismo a través de los interminables días y noches; pero Martels no tenía acceso a ellos. Martels ocultaba este hecho lo mejor que podía, ya que cada vez le parecía más importante estimular la impresión de Qvant de que Martels podía captar algunos de sus pensamientos; pues a pesar de todo su poder y de su conocimiento acumulado, Qvant no parecía sospechar lo absoluto de la barrera mente-cerebro que se alzaba entre ellos.

Qvant no permitía que Martels hablara excepto cuando estaban solos, y no siempre. Su actitud era de indiferencia, o de preocupación, o de ambas cosas a la vez; y entre un peticionario y otro transcurrían meses enteros. Entre las raras apariciones de los morenos salvajes, las pocas cosas nuevas que Martels podía aprender eran principalmente negativas e inútiles.

Estaba indefenso, y a menudo se descubría a sí mismo casi deseando que esta demencial pesadilla terminara con el terrible impacto de su propia cabeza sin proteger sobre el centro del plato del radiotelescopio, como aquella cruel historia que Ambrose Bierce había escrito acerca de un incidente en el Puente de Owl Creek.

Pero ocasionalmente llegaban los peticionarios, y durante sus visitas Martels escuchaba y aprendía, un poco. Con menos frecuencia aún, Qvant tenía súbitos estallidos de locuacidad, los cuales resultaban más productivos desde el punto de vista informativo, aunque siempre decepcionantes al final. Durante uno de ellos, Martels se encontró con que le era permitido preguntar:

—¿Qué asunto era el del primer tribunal que vi..., el que deseaba un rito protector? ¿Estabas realmente dispuesto a darle alguna especie de galimatías?

—Lo estaba, y no hubiera sido un galimatías —dijo Qvant—. Hubiera sido un complejo de diagramas y danzas enteramente funcional. Regresará a buscarlo a su debido tiempo.

—Pero ¿cómo podía funcionar?

—Entre dos acontecimientos cualesquiera en el universo, topológicamente idénticos, existe una afinidad o repulsión naturales, que pueden ser expresadas en forma diagramática. La relación es dinámica, y en consecuencia debe ser representada el que se produzca atracción o repulsión depende enteramente de las acciones. Ésa es la función de las danzas.

—Pero, eso es magia..., superstición.

—Todo lo contrario —dijo Qvant—. Es ley natural, y fue practicada con éxito durante muchos siglos antes de que se formularan los principios basados en ella. Los tribuales lo comprenden muy bien, aunque no lo describirían en los mismos términos que yo. Es simplemente una parte funcional de sus vidas. ¿Crees que seguirían consultándome si descubrieran que el consejo que les doy no da resultado? Son salvajes, pero no están locos.

Y, en otra de aquellas ocasiones, Martels dijo:

—Pareces aceptar la creencia de los tribuales de que existe realmente una vida después de la muerte. ¿Por qué?

—La acepto basándome en la evidencia; los tribuales se comunican regular y eficazmente con sus antepasados inmediatos. No tengo ninguna experiencia personal en este campo, pero existe también una base teórica plausible para ella.

—¿Cuál es? —inquirió Martels.

—El mismo principio que permite que tú y yo habitemos el mismo cerebro. La personalidad es un campo electromagnético semiestable; para que permanezca integrada, requiere el aparato computador suplementario de un cerebro, así como una fuente de energía tal como un cuerpo, o esta caja en la que vivimos, para mantenerla en su estado característico de entropía negativa. Una vez el campo queda liberado por la muerte, pierde toda capacidad de calcular y, queda sujeto a las pérdidas de entropía normales. En consecuencia, lenta pero inevitablemente, se desvanece.

—Pero ¿por qué no tienes ninguna experiencia personal en ese sentido? Yo lo hubiera creído así originalmente.

—El descubrimiento —dijo Qvant, con una voz súbitamente remota— es relativamente reciente. Semejante comunicación sólo es posible a lo largo de la línea ancestral directa, y mis donantes, quienquiera que fuesen, desperdiciaron siglos enteros antes de que se conociera la simple posibilidad.

—¿Qué edad tienes ahora, exactamente? —inquirió Martels.

Pero Qvant no dijo nada más.

Sin embargo, aquella conversación permitió a Martels ahondar un poco más en el carácter de los tribuales y trazar, uniendo otros detalles dispersos, un vago cuadro histórico. Varias referencias a «Renacimiento» le habían permitido suponer que la civilización había sido destruida y reconstruida cuatro veces desde su propio período, pero había resurgido cada vez muy cambiada, y cada vez menos viable. Al parecer, Renacimiento II había sido aniquilado por una congelación a escala mundial; inevitablemente, Renacimiento III había asumido la forma de una cultura herméticamente organizada sobre una pequeña base de población.

Ahora, sin embargo, toda la tierra, a excepción de los polos, estaba en la cúspide de una fase tropical. Parte del conocimiento tecnológico de Renacimiento III se



hallaba aún aquí, en el museo en el cual Martels estaba indudablemente encarcelado, con una fracción intacta y otra fracción más bien grande no excesivamente deteriorada como para resultar irrecuperable. Pero los tribuales de Renacimiento IV no tenían ninguna aplicación para él. No sólo no lo comprendían, sino que creían que no valía la pena comprenderlo ni rescatarlo. El hecho de que obtuvieran con relativa facilidad los alimentos que precisaban para subsistir hacía innecesaria para ellos la maquinaria, y sus leyendas acerca de lo que había sido Renacimiento III contribuían a hacerles aborrecer las máquinas. Su economía de tipo primitivo les satisfacía por completo.

Pero había algo más. Su perspectiva había experimentado un cambio racial que sólo podía ser atribuido al descubrimiento de la existencia real de los fantasmas de sus antepasados. Se había convertido en mística, ritualista y, en un sentido profundo, ascética: es decir, estaban orientados hacia la muerte u orientados hacia la vida futura. Esto explicaba, también, la ambigüedad de su actitud hacia Qvant. Respetaban lo profundo de su conocimiento, de hecho se sentían abrumados por él, y ocasionalmente recurrían a él para la solución de problemas que estaban más allá de su capacidad de comprensión: tan lejos de su alcance como para hacerles superar su orgulloso individualismo, pero no cabía ni pensar siquiera en que le adorasen. Aproximándose a un ente que no tenía ninguna relación con sus antepasados, que ni una sola vez había experimentado semejante relación, y que parecía destinado a no tener nunca una vida futura propia, únicamente podían sentir lástima.

Ocasionalmente, sin duda, a unos cuantos de ellos se les ocurría que incluso la aparentemente indestructible caja-cerebro podía no ser inmune a un verdadero desastre, tal como el nacimiento de un volcán debajo del museo. Pero Qvant había estado allí, en la medida que sus propias leyendas podían atestiguar, desde siempre. Y sus propias vidas eran cortas. La muerte de Qvant no figuraba en el futuro a corto plazo, en el cual estaban acostumbrados a pensar.

La mayor parte de la conversación de Qvant, sin embargo, era mucho menos reveladora. Parecía estar casi permanentemente en una especie de estado Zen, consciente de su superioridad y al mismo tiempo despreciándola. Muchas de sus respuestas a los peticionarios consistían únicamente en una frase que no parecía tener ninguna relación con la pregunta que habían formulado. Ocasionalmente, también, contestaba con una especie de parábola que no resultaba más comprensible por el hecho de ser más larga. Por ejemplo:

—Inmortal Qvant, algunos de nuestros antepasados nos dicen ahora que debemos limpiar parte de la selva y empezar a sembrar. Otros nos dicen que debemos continuar como hasta ahora. ¿Cómo debemos resolver este conflicto?

—Cuando Qvant era un hombre, doce estudiantes se reunieron en la cima de un acantilado para escucharle. Él les preguntó qué podía decirles que ellos no oyeran de

sus propias bocas. Todos contestaron al mismo tiempo de modo que no pudo oírse una sola respuesta. Qvant dijo: «Tenéis demasiadas cabezas para un solo cuerpo», arrojó a once de ellos por el acantilado.

Humillantemente para Martels, en tales situaciones los tribuales siempre parecían comprender en seguida el significado oculto de las palabras de Qvant y se marchaban satisfechos. En aquella ocasión particular, sin embargo, Martels había logrado expresar una suposición inspirada:

—Es evidente que en esas condiciones no puede pensarse en reanimar la agricultura.

—Es evidente —admitió Qvant—. Pero ¿a qué condiciones particulares te refieres?

—A ninguna. No conozco absolutamente nada acerca de ellos. De hecho, entre las ecologías selváticas la agricultura era bastante corriente en mi época. Pero me ha parecido captar que ése era el sentido de tus palabras.

Qvant no hizo ningún comentario, pero Martels pudo percibir, aunque de un modo vago, su confusión. Otro ladrillo fantasma había sido añadido al edificio de la creencia de Qvant en el sentido de que no podía ocultar del todo sus pensamientos a Martels.

Desde luego por la naturaleza y la fraseología de la mayoría de las preguntas de Martels, Qvant había deducido inmediatamente que Martels había sido el equivalente infinitamente primitivo de un científico y, además, que lo que Martels escuchaba no era suficiente para permitirle profundizar en el acervo de conocimientos científicos del propio Qvant. A veces, Qvant parecía experimentar un placer perverso contestando a las preguntas de Martels en aquel terreno con aparente candor y al mismo tiempo en los términos más inútiles que le era posible:

—Qvant, siempre dices que nunca morirás. Salvo accidentes, desde luego. Pero seguramente que la fuente de energía para este aparato caja-cerebro debe tener una media-vida, no importa cuán larga sea, algún día el rendimiento descenderá por debajo del nivel mínimo necesario.

—La fuente no es radiactiva y no tiene media-vida. Procede del Vacío: el origen, en términos de trigonometría esférica, del espacio interior.

—No comprendo los términos. ¿O acaso quieres decir que produce una creación continua? ¿Se ha demostrado su posibilidad?

El término resultó a su vez incomprensible para Qvant, el cual se decidió a escuchar la explicación que Martels le dio de la teoría del «estado invariable» de Fred Hoyle.

—No, eso es absurdo —dijo finalmente Qvant—. La creación es al mismo tiempo única y cíclica. El origen del espacio interior se encuentra en otra parte, y sólo es explicable en términos de apareamiento general: la psicología del ondículo.

—¿El ondículo? ¿Sólo existe uno?

—Solamente uno, aunque tiene mil aspectos.

—¿Y piensa? —inquirió Martels, asombrado.

—No, no piensa. Pero tiene voluntad, y actúa consecuentemente. Si se comprende su voluntad, se es el dueño de su conducta.

—Entonces, ¿cómo actúa ese poder?

—Por meditación, inicialmente. Después, no puede perderse.

—No, yo me refería a la máquina...

Silencio.

Martels estaba aprendiendo, pero nada de lo que había aprendido parecía conducirlo a ninguna parte. Luego, un año, un peticionario formuló otra pregunta acerca de los Pájaros; y cuando más tarde, con la mayor inocencia, Martels preguntó: «¿Qué son esos Pájaros?», el impacto del odio y desesperación que la mente de Qvant proyectó en la suya le reveló en un instante que al fin había dado con algo crucial.

Sólo tenía que descubrir el modo de utilizarlo.

## 4

Tan evidente fue la profundidad de las emociones de Qvant, a las cuales se mezclaban otras inidentificables para Martels, que éste no esperaba ninguna respuesta. Pero después de una pausa no mucho más del doble de duración que de costumbre, Qvant dijo:

—Los Pájaros son la ruina de la humanidad..., de la mía y de la tuya. Y también, eventualmente, mi inesperado e indeseable huésped. ¿Crees que la evolución ha quedado interrumpida durante más de veintitrés mil años... incluso sin tener en cuenta el desastre radiactivo que precedió a Renacimiento Uno?

—No, desde luego que no, Qvant. Los tribuales son evidentemente una mezcla genética desconocida en mi época, y, naturalmente, supongo que también se habrán producido mutaciones.

—Sólo ves las superficies —dijo Qvant con acerado desdén—. Ellos muestran muchas señales de avances y cambios evolutivos que están más allá de tu capacidad de observación. Así, como ejemplo sencillo, al principio de Renacimiento Cuatro, cuando la selva ocupaba casi todo el mundo, el hombre era todavía un animal que tenía que practicar los principios de nutrición conscientemente, y los tribuales de aquella época no poseían el conocimiento. Como resultado de ello, por mucho que comieran, y entonces no había nunca escasez, ni siquiera de proteínas, morían de una enfermedad típica de las poblaciones de la selva cuyo nombre no significaría nada

para ti, pero que podría ser descrita como «desnutrición maligna».

—Esa enfermedad era perfectamente conocida en mi época, y no sólo en poblaciones de la selva. Nosotros la llamábamos marasmo, pero había montones de nombres locales: kwashiorkor, sukha...

—Ninguna de esas palabras, desde luego, ha sobrevivido. En cualquier caso, poco después se produjo una mutación en virtud de la cual la nutrición adecuada se convirtió en un instinto hereditario, como ha ocurrido siempre con los animales salvajes, y como ocurría presumiblemente cuando el hombre era un animal salvaje.

»Otro cambio, igualmente radical y quizá similar en su origen, se produjo a finales de Renacimiento Tres. Entonces se descubrió que el cerebro humano poseía un considerable poder hipnótico y de proyección, utilizable sin intervención de ningún rito prehipnótico. La teoría mostraba cómo podía hacerse esto fiablemente, pero el poder había existido quizá desde siempre en estado latente, o tal vez era el resultado de una mutación. Nadie está seguro, ni creo que la cuestión tenga ahora la menor importancia.

»En mí, esos poderes son masivos, debido a que fui criado especialmente para desarrollarlos en su grado máximo, entre otros muchos, pero su acción entre los tribuales es completamente opuesta en el sentido de que su relación con sus antecesores les hace peculiarmente susceptibles a tal hipnosis más bien que en agentes.

»También los animales han cambiado... y en especial los pájaros. Los pájaros fueron siempre minuciosos ritualistas, y en el aura de ceremonial penetrante característico de Renacimiento Cuatro, han evolucionado peligrosamente. Ahora son individuos sensibles, inteligentes, seguros de sí mismos, y poseen una elaborada cultura postprimitiva. Consideran al hombre como su rival número uno, y su objetivo principal es el de exterminarle.

»Y lo conseguirán. Su impulso principal va dirigido hacia la supervivencia en el aquí-y-ahora; los tribuales, en cambio, están demasiado interesados en la muerte en sí como objetivo para resultar antagonistas eficaces para ellos, con independencia del hecho de que su nivel intelectual sea todavía muy inferior al del hombre.

—Eso me resulta difícil de creer —dijo Martels—. Nosotros teníamos humanos en esa fase de civilización en mi época: los esquimales, los aborígenes australianos, los bosquimanos de África del Sur. Ninguno de ellos era tan agresivo como tú sugieres que son los Pájaros, pero, aunque lo hubiesen sido, no hubieran tenido ninguna posibilidad contra los intelectuales pragmáticos de la época. De hecho, cuando yo me marché estaban al borde de la extinción.

—El tribunal moderno no es ni intelectual ni pragmático —dijo Qvant desdeñosamente—. No utiliza máquinas, excepto para sencillas armas de caza; sus únicas defensas importantes son los ritos, en los cuales los Pájaros son

instintivamente expertos, y lo son más a cada día que pasa. Cuando se hagan intelectualmente expertos, el final estará a la vuelta de la esquina.

»Y será también nuestro final. Tengo detallados motivos, teóricos y técnicos, para creer que una vez que la población humana caiga por debajo de un determinado nivel, la energía que mantiene esta caja-cerebro nuestra empezará a fallar, y poco después la propia caja quedará destruida. Incluso si no ocurriera esto, los Pájaros, si ganan, como es seguro, tendrán milenios para esperar a que se destruya por sí misma, lo cual no es imposible. Entonces destrozarán el cerebro a picotazos, y seremos aniquilados los dos.

En la voz de Qvant parecía reflejarse cierta lúgubre y al mismo tiempo salvaje satisfacción ante aquella idea. Martels dijo cautelosamente:

—Pero ¿por qué? Tú no representas ninguna amenaza para ellos, que yo sepa. Incluso los tribuales te consultan muy de cuando en cuando, y nunca acerca de armas eficaces. ¿Por qué no habrían de ignorarte los Pájaros?

—Porque —dijo Qvant lentamente— son simbolistas..., y me odian y temen por encima de todos los entes del universo como a un símbolo primordial del poder humano del pasado.

—¿Cómo es posible eso?

—¿Cómo es posible que no lo hayas adivinado? —replicó Qvant—. Yo era el Supremo Autarca reinante al final de Renacimiento Tres, criado para la tarea y encargado de la conservación de todo lo que Renacimiento Tres había aprendido, pasara lo que pasara. Sin acceso a la computadora, soy incapaz de cumplir con toda esa obligación..., pero a ella le debo mi actual encarcelamiento inmortal. Y mi ruina, y la tuya, bajo los picos de los Pájaros.

—¿No puedes evitarlo? Por ejemplo, hipnotizando a los tribuales para que emprendan alguna acción positiva contra los Pájaros... ¿O acaso tu control es demasiado limitado?

—Podría ejercer un control absoluto sobre un tribunal, si lo deseara —dijo Qvant—. Y te lo demostraré con el próximo que venga para disipar todas tus dudas. Pero los tribuales que vienen a consultarme distan mucho de ser las figuras importantes en la cultura de Renacimiento Cuatro, e incluso si fueran grandes héroes y caudillos, los cuales ni siquiera existen en esta cultura, no podría cambiar la situación cultural, por muchos cambios que introdujera en el modo de pensar de unos individuos. Los tiempos son como son; y el final está próximo.

—¿Cuánto falta para ese final?

—Cinco años, quizá, como máximo.

Súbitamente, Martels se sintió asaltado por una furia personal.

—¡Me haces sentir avergonzado de mi condición de ser humano! —exclamó, obligadamente en la voz de Qvant—. ¡En mi época, la gente luchaba! ¡Y ahora, aquí

están tus tribuales, presumiblemente inteligentes y, sin embargo, negándose a utilizar las medidas más elementales para protegerse a sí mismos! ¡Y aquí estás tú, sin duda la mente humana más inteligente y con más recursos de toda la historia humana, capaz de asumir el mando y de ayudar a todas las demás, esperando pasivamente ser destrozado a picotazos por una simple bandada de pájaros!

Mientras la pasión de Martels iba en aumento, se sintió bruscamente poseído por una imagen de su temprana juventud. Había encontrado un petirrojo caído en el patio de su casa de Doncaster, arrojado del nido antes de que hubiese aprendido a volar, y estaba herido: probablemente por uno de los numerosos gatos hambrientos de la vecindad. Esperando auxiliarle, lo había recogido, pero había muerto en sus manos. Y cuando lo dejó de nuevo en el suelo, sus manos estaban llenas de diminutos gorgojos negros, como millares de motas móviles de pimienta negra. ¿Y serían los pájaros los que suplantarían al hombre? ¡Nunca, por Dios!

—No tienes ningún conocimiento acerca de lo que estás hablando —dijo Qvant con su voz más remota—. Ahora cállate.

Gracias a la decepción, Martels conoció las profundidades de su propia ignorancia mejor incluso que Qvant. Pero, al contrario de Qvant, la pasividad no estaba en su naturaleza; había luchado contra las circunstancias durante toda su vida, y no iba a cambiar ahora. Qvant era inmensamente su superior, en todos los aspectos imaginables, pero no estaba dispuesto a compartir la ruina de Qvant, y lucharía para evitarlo como había luchado en el pasado.

No lo expresó, ni lo hubiera expresado aunque Qvant le hubiese permitido seguir hablando. Lo que deseaba, principalmente, era no sólo salir del cerebro de Qvant —algo que Qvant también estaba deseando, evidentemente—, sino regresar a su siglo natal; y sólo en técnicas humanas podía esperar una posible ayuda en esa dirección. Un fallo en un radiotelescopio le había enviado aquí, y aquél había sido un instrumento humano; después del tiempo transcurrido, tenía que existir algún medio más sencillo de invertir el efecto.

Qvant se había mostrado incapaz de librarse de Martels como «una simple molestia en la época actual», y no cabía esperar que pudiera enviarle hacia atrás; e incluso si conociera el modo de hacerlo, la cosa resultaría mucho más complicada que el simple ejercicio de arrojar a Martels al triste y apagado dominio de la vida futura: un ejercicio que Qvant había querido realizar, fracasando en el intento.

No, era urgentemente necesaria más ayuda humana, y sólo podría buscarla en los tribuales. Éstos eran, sin duda, científicamente inocuos, pero ciertamente preferibles a los Pájaros; y, además, poseían recursos de los que Qvant carecía. La mayoría de aquellos recursos —tales como su contacto con sus antepasados— eran misteriosos y problemáticos, pero por la misma razón quedaban fuera del vasto campo de conocimiento de Qvant y podían ser aplicables al problema principal.

Y no eran salvajes. Martels lo había deducido ya de los escasos peticionarios que había visto. Si aquellos tribuales no eran los mejores ejemplares de los hombres de Renacimiento IV, ¿cómo serían los mejores? Resultaba esencial descubrirlo, al margen de la opinión de Qvant en la materia. Qvant no les había visto nunca en su propio entorno; todo su conocimiento de sus costumbres, conducta y capacidades procedía de testimonios, poco dignos de confianza en el mejor de los casos, de un muestreo que él mismo consideraba poco representativo, y de sus deducciones. Por otra parte, Qvant no pertenecía a este Renacimiento; podía ser congénitamente incapaz de comprenderlo.

Además, desde su perspectiva, basada en el oscuro pasado, Martels creía haber visto cosas en los peticionarios que Qvant era incapaz de ver. Sus intelectos eran todavía operativos, a un nivel que Qvant no percibía; mas para Martels podía ser altamente significativo por sí mismo. Incluso un hombre moreno que le impresionaba inicialmente como el mayor de los salvajes, revelaba en el minuto siguiente algún talento casi sobrenatural, o al menos algún fragmento de conocimiento que parecía representar el dominio de algún campo científico que los contemporáneos de Martels ni siquiera sabían que existiera. Aquello podía ser utilizado. Tenía que ser utilizado.

Pero ¿cómo? Supongamos que Martels estuviera completamente a cargo del cerebro que funcionaba bajo el nombre de Qvant; ¿cómo podía formular suficientes preguntas a los peticionarios para descubrir lo que necesitaba saber sin despertar inmediatamente sospechas? Después de todo, los peticionarios estaban acostumbrados a ser ellos quienes formularan las preguntas. E incluso si conseguía hacerlo, usurpando con éxito las funciones de Qvant, ¿qué podía decirles a los tribuales que pudiera provocar alguna acción contra los Pájaros, y cómo podía aconsejarles acerca del modo de llevarla a cabo?

En el mejor de los casos, sólo provocaría desconcierto y huida. Lo que realmente necesitaba era salir de aquí y acceder al mundo, con algún tipo de cuerpo, pero no cabía ni pensar en ello. Su única opción era procurar algún medio para cambiar de época, y esperar que la nueva época descubriera algún medio para rescatarle.

Planteado así, todo el proyecto parecía imposible estúpido. Pero ¿existía acaso otra manera de plantearlo?

Necesariamente, continuó como antes, esperando, escuchando, formulándole preguntas a Qvant cuando éste lo permitía, y obteniendo ocasionales respuestas. A veces, obtenía un hecho nuevo al que podía extraer algún sentido; pero estas ocasiones eran la excepción. Y empezó a sentir, también, que el insomnio y la privación de todos sus sentidos menos la vista y el oído erosionaban cada vez más su razón, a pesar del dudoso y precario acceso a las masivas facilidades razonadoras del cerebro de Qvant. Incluso aquellas facilidades estaban limitadas en un sentido que no podía comprender: Qvant había mencionado varias veces que había quedado privado

de una conexión con una computadora que le habría permitido funcionar mucho mejor. ¿Se hallaba la computadora en el museo, y la desconexión de Qvant se debía a una simple avería que era incapaz de reparar? ¿O residía lejos en el pasado, al final de Renacimiento III? Martels se lo preguntó a Qvant, pero éste no contestó.

Y entretanto, durante la mayor parte del tiempo, Martels tenía mirar fijamente el mismo punto de la lejana pared y escuchar los mismos ecos desprovistos de significado.

El siglo de pleno verano transcurría lentamente. Pasó un año. Los peticionarios eran cada vez más escasos. Incluso Qvant parecía sufrir algún tipo de erosión, a pesar de sus recursos interiores; en realidad estaba sumido en una especie de ensoñación sonambulística completamente distinta de su anterior estado de continua especulación interior. Martels no podía captar más que antes los pensamientos de Qvant, pero su tono había cambiado; al principio, había existido una impresión de ociosa, de hecho casi sibarítica, pero constate meditación y especulación, pero ahora lo único que llegaba era una especie de zumbido, como un sueño obtuso y reiterativo que no podía ir más allá de un punto determinado, y del cual era imposible despertar.

El propio Martels había tenido aquella clase de sueños; había llegado a reconocerlos como una señal de que estaba a punto de despertar, probablemente a una hora del día más tardía de lo que había deseado; eran el equivalente mental de un ronquido con el que uno se despertaba a sí mismo. Qvant, en cambio, parecía hundirse cada vez más profundamente en ellos, lo cual privaba al siempre despierto Martels incluso de la enigmática conversación de Qvant. Había sido una vida lánguida en todo momento, aquí en 25 000 después de Cristo. El aburrimiento incrustado ahora en ella estaba alcanzando profundidades que Martels nunca hubiera creído posibles, y parecía no haber llegado aún lo peor. No se dio cuenta de lo mucho que iba a empeorar hasta el día en que llegó un peticionario y Qvant no contestó a su pregunta, y ni siquiera pareció haberla oído.

Martels no supo aprovechar la ocasión. Había perdido del todo el hábito de pensar con rapidez. Pero cuando, quizá seis meses más tarde, apareció el siguiente peticionario —a medio camino de los cinco años que Qvant había predicho que terminarían con el triunfo de los Pájaros—, Martels estaba preparado.

—Inmortal Qvant, suplico el beneficio de tu atención.

Qvant no contestó. Siguió resonando el zumbido de su reiterativo sueño diurno, Martels susurró:

—Puedes introducirte en mi atención.

Qvant continuó sin intervenir. El tribunal se hizo visible.

—Inmortal Qvant, soy Amra, de la tribu de Owlshield. Después de muchas generaciones, el volcán situado al oeste de nuestro territorio empieza a dar señales de que está despertando de su sueño. ¿Despertará del todo? Y si lo hace, ¿qué haremos



nosotros?

Lo que Qvant pudiera saber de la geología de la zona de la cual procedía Amra era, como de costumbre, inaccesible para Martels. De todos modos, parecía algo de elemental sentido común no permanecer en la vecindad de un volcán largo tiempo dormido que estar ha mostrando nuevas señales de actividad. De modo que Martels dijo:

—La erupción se producirá a su debido tiempo. No puedo predecir cuán violento será el primer estallido, pero sería prudente cambiar de territorio con la mayor rapidez posible.

—Inmortal Qvant, es posible que no tengas noticias recientes de la situación de nuestra pobre tribu. No podemos emigrar. ¿No podrías proporcionarnos algún rito propiciatorio?

—Resulta imposible propiciar a un volcán —dijo Martels, aunque con mucha menos convicción íntima de la que en otro tiempo hubiera sentido—. También es cierto que he recibido pocas noticias de tu zona en los últimos tiempos. Explícame por qué no podéis emigrar.

Pensó que estaba empezando a captar muy bien el estilo oratorio de Qvant, y de hecho el tribunal no daba muestras de sospechar nada. Amra dijo pacientemente:

—Al norte se encuentra el territorio de la tribu de Zhar-Pitzha, a través del cual he pasado en mi camino hacia tu templo. Naturalmente, no podemos invadirlo. Al sur se encuentran el hielo eterno y los diablos de Terminus. Y al este, desde luego, están siempre y siempre los Pájaros.

Ésta, súbitamente, fue la oportunidad que Martels esperaba.

—Entonces, tribunal Amra, debéis establecer una alianza con la tribu de Zhar-Pitzha y, con las armas que os daré, declararéis la guerra a los Pájaros.

El rostro de Amra se convirtió en un poema de desesperación, pero gradualmente su expresión se endureció hasta hacerse ilegible. Dijo:

—El inmortal Qvant se complace en mofarse de nuestra desesperación. No volveremos a comparecer en su presencia.

Amra se inclinó rápidamente y desapareció del invariable campo visual. Cuando los ecos de sus pasos se apagaron del todo en el vestíbulo, Martels descubrió que Qvant —¿cuánto tiempo había estado?— había recuperado el control de la voz de la caja, con una risa fría y lejana.

Pero lo único que el ex Supremo Autarca de Renacimiento III dijo, fue:

—¿Comprendes ahora?

Si, Martels temía haber comprendido.

Sin embargo, Martels había captado algo que era nuevo, y ahora Qvant prestaba de nuevo atención —durase lo que durase— Martels podía intentar sonsacarle acerca de ello. Dijo:

—Pensé que valía la pena intentarlo. Me enseñaron a no aceptar afirmación como un hecho hasta haberla comprobado por mí mismo.

—Lo mismo que yo. Pero eso no provoca en mí ninguna simpatía, los peticionarios son mi último contacto con la raza humana, exceptuándote a ti, y tú eres peor que un anacronismo, tú eres un fósil viviente, y no permitiré que asustes a uno de ellos y le alejes de mí para siempre.

—Te agradezco el cumplido en lo que vale, y no creí que lo permitieras —dijo Martels—. Lamento de veras haberle asustado. Pero dato curiosidad acerca de algunas de las cuestiones. Por sus referencias al volcán y al «hielo eterno» deduzco que su tribu se encuentra al borde de la Antártida, en una región que nosotros llamábamos Tierra del Fuego.

—Exacto.

—Pero ¿a qué se refería al hablar de los «diablos de Terminus»?

—Hay una pequeña colonia de hombres viviendo en las montañas polo. Sur —dijo Qvant, con una especie de odio en su voz—. Son, deberían ser, supervivientes de Renacimiento Tres, aleccionados para mantener una pequeña comunidad encargada de alimentar, atender y conservar la computadora destinada a complementar mi función. Los tribuales de la región les llaman diablos porque prohíben rígidamente la entrada a todo el resto del mundo, tal como se les instruyó que hicieran. Pero, como ya te he dicho, he dejado de tener acceso a aquella computadora; y no sé si se debe a que hombres de Terminus han degenerado y han dejado que se estropeará, o si han interrumpido deliberadamente mi acceso a ella.

¡De modo que la cultura selvática y el museo en ruinas no eran el final del camino!

—¿Por qué no lo averiguas? —preguntó Martels.

—¿Cómo crees que podría hacerlo?

—Asumiendo el control del próximo peticionario, y encaminándole hacía allí para echar una ojeada.

—Imposible. En primer lugar, porque el camino me llevaría a de la región de los Pájaros. En segundo lugar, porque no puedo permitir que el cerebro permanezca inactivo durante el largo período que invertiría en el viaje; cuando regresara, si es que

regresaba, los peticionarios me habrían abandonado definitivamente.

—Tonterías —dijo Martels, en tono deliberadamente desdeñoso—. La pérdida de contacto con la computadora te incapacita considerablemente, como tú mismo me has dicho. Tu objetivo primordial sería establecer contacto con ella, si existe dicha posibilidad. Y si pudieras hacerlo, lo harías. El actual callejón sin salida sugiere que no posees los poderes hipnóticos o de proyección necesarios para cambiar el curso de un insecto..., y menos el de un ser humano.

Sorprendentemente, Qvant no pareció enojarse, ante la decepción de Martels.

—En realidad no los poseo —dijo, más sorprendentemente aún—, si por «yo» te refieres al campo jugomagnético más bien frágil que es mi personalidad, ego, psique, o como quieras llamarlo. De no ser así, los casos de almas recién muertas tomando posesión instantánea de otro cuerpo viviente serían el pan nuestro de cada día. De hecho, sólo existen rumores dispersos y sin confirmar de unas cuantas de tales posesiones. Esos poderes son una función del cerebro, del órgano en sí... y prominentemente de este cerebro. Para utilizarlos se requieren un substrato físico y una fuente de energía.

»Como te prometí, te haré una demostración de ellos en la próxima oportunidad, no porque me interese lo más mínimo desvanecer tus dudas, sino únicamente para librarme de las molestias que me producen tus torpes experimentos. Desde luego, no te mostraré cómo hay que utilizarlos. Ahora, silencio.

Se impuso el silencio; pero Qvant había sido ya suficientemente locuaz, y aquélla no había sido la primera ocasión en que Martels se sentía agradecido por ello. Tal vez también Qvant sentía ocasionalmente la presión de la soledad o del aburrimiento. O quizás ocurría que, no estando limitado por la necesidad de respirar, nada le impedía hilvanar una frase tan larga como deseaba, y aquellos períodos inmensos llegaban a convertirse en discursos, sin que Qvant se diera cuenta.

Y ahora Martels tenía un nuevo programa: llegar a Terminus, a toda costa. Estaba seguro de que incluso unos restos de Renacimiento III, con energía y tecnología a su disposición, ofrecían más ayuda para su peculiar problema de la que podían prestarle todos los tribuales de Renacimiento IV.

La última observación de Qvant debía ser interpretada como significando que Qvant sospechaba ya que Martels había elaborado exactamente aquel programa. Sin duda, Qvant no le enseñaría a Martels a utilizar los poderes hipnóticos y de proyección, simplemente para que no provocara a los tribuales a desencadenar una campaña contra los Pájaros; pero Martels había anunciado también que si estuviera en el puesto de Qvant trataría de llegar a Terminus, anuncio ante el cual un intelecto incluso más débil que el de Qvant se pondría en guardia. Y en su calidad de ex Autarca sabía mucho mejor que Martels lo poco rentable que resulta subestimar a un adversario. Incluso en la época del propio Martels, un supuesto fundamental de la

teoría de los juegos era el de que el próximo movimiento más probable del enemigo sería posiblemente el mejor.

Contra esto, Martels no tenía más recurso que su capacidad de ocultar sus pensamientos a su cerebro-consorte, y elaborar sus planes lo mejor que pudiera; barajar de nuevo sus cartas, revisar su posición, proyectar acciones alternativas y reunir nuevos datos. Vista a esta luz, la colocación de los objetos expuestos en el museo dentro de su cono de visión adquiriría un nuevo significado: súbitamente se había revelado importante apreciar sus tamaños y formas, si desmontados o habían caído, si estaban intactos o dislocados, y distancias exactas de unos a otros. Los que quedaban fuera del cono no importaban, excepto los de mayor tamaño entre la caja-cerebro y la entrada al vestíbulo, y aquellos los fijó lo más exactamente posible en su memoria.

Aparte de esto, como siempre, sólo podía esperar al siguiente peticionario, pero esta vez no le importaba que su llegada se demorase. Cuanto más largo fuera el intervalo, más tiempo tendría para considerar todas las posibilidades de fracaso de su plan, qué otras opciones le quedarían si fallaba su primera tentativa, etc. Nunca se había interesado por la estrategia ni por la táctica, pero si había en él algún talento en potencia para el generalato, ahora era el momento de desarrollarlo, y lo más rápidamente posible.

El siguiente peticionario se presentó sólo seis meses después, un periodo de tiempo relativo, desde luego, ya que llevar un calendario mental de los días invariables resultaba imposible, y en la falta de estaciones de aquel siglo de pleno verano Martels estaba seguro de que perdía meses enteros. Pero el momento era oportuno, puesto que Martels había alcanzado ya un punto en el que se quedaba sin alternativas ni refinamientos, y sospechaba que su proyecto principal se convertía de un plan de acción en una especie de sueño-diurno.

Qvant se mostró inmediatamente alerta, lo cual no sorprendió a Martels. Tras el saludo y la respuesta rituales de costumbre, el visitante se hizo visible y se identificó a sí mismo como Tlam, de la tribu de Hawkburrow. Súbitamente, los ojos del tribunal se vidriaron, su cuerpo adquirió una extraña rigidez y ninguna otra palabra salió de sus labios. Al mismo tiempo, Martels sintió una extraña ligereza, una falta de presión, casi un vacío, como si Qvant ya no estuviera presente. Martels trató de hablar, y descubrió que podía hacerlo

—Qvant, ¿eres tú el que hace eso?

—Sí —dijo el tribunal, en una burlesca imitación de la voz de Qvant mezclada con la suya. Martels descubrió que lo más raro de todo era oír hablar a Qvant sin la habitual resonancia del amplificador—. Fíjate bien.

El tribunal dio media vuelta y empezó a andar de un lado para otro entre los monumentos, haciendo ocasionalmente un gesto desprovisto de significado delante

de alguno de ellos. Martels descubrió que también podía mover sus ojos para seguir aquellos movimientos. Dijo:

—¿Sabe lo que ocurre?

—No —dijo el tribunal, haciendo una pirueta absurdamente solemne—. Podría hacer que se diera cuenta, pero prefiero no alarmarle. Le devolveré a la misma posición de la que partió, y cuando el episodio termine, el tiempo no habrá transcurrido para él.

—Deduzco, entonces, que esto es proyección más bien que hipnosis.

—Deduces bien. Sin embargo, no extraigas conclusiones apresuradas. Tú estás falto de energía, y si realizas el menor intento para aprovecharte de tu actual posición estaré contigo en el cerebro inmediatamente... y haré que te sientas más miserable de lo que puedas haberte sentido en toda tu vida.

Martels dudó de que Qvant pudiera aumentar las miserias una infancia en Doncaster, pero estaba más interesado en observar que la afirmación y la amenaza se contradecían mutuamente. Sin embargo, no hizo ningún comentario. Las andanzas del tribunal poseído habían producido ya más huellas de pisadas en el polvo que las que habían dejado incalculables decenas de visitantes anteriores, y Martels estaba ocupado haciéndolas encajar con la estatura y la longitud de paso del tribunal en la armazón métrica de su mapa. Ahora parecía del todo improbable que Qvant tuviera la menor idea de la cantidad de nueva información que estaba proporcionando con su jactanciosa demostración.

—Bueno —dijo Martels—, no parece demasiado distinto de los efectos de la hipnosis conocida en mi época, excepto que aquí no existe ninguna rutina preliminar. Creía que tú seguirías residiendo aquí, por así decirlo, y que la proyección consistía únicamente en el uso de algún tipo de microonda emitida para anular las ondas cerebrales del propio individuo.

—Es posible, desde luego, pero primitivo y perjudicial —elijo el tribunal—. Dentro de unos instantes te mostraré la diferencia.

Qvant llevó al tribunal a su exacta posición original. Sin ninguna clase de preparación ni de transición, Martels se encontró mirando la caja-cerebro desde fuera.

Tal como había sospechado, era transparente, y el cerebro que había en su interior era tan grande como el de un delfín; pero Martels había pasado muchos meses preparándose a sí mismo para no desperdiciar ni un solo segundo estudiando el aspecto de la caja-cerebro. Manteniendo su nuevo cuerpo rígido e inexpresivo como en estado de shock, cambió el foco de sus nuevos ojos para buscar el tubo, o la maraña de tubos, que tenían que conducir a la bomba de perfusión. Estaba allí: un tubo, y parecía revestido de una sólida protección. Martels también había esperado eso.

Saltando un paso atrás y tres a la derecha, recogió del suelo el objeto metálico en

forma de maza que había escogido hacía mucho tiempo, y lo descargó directamente sobre el punto de unión del tubo y la caja.

Los músculos del tribunal, adiestrados en la caza y su rapidez de reflejos resultaron mucho mejores de lo que Martels podía anticipar.

El pesado proyectil no rompió nada, pero un fantasma de dolor gritó en la mente del propio Martels ante el impacto.

Dos saltos hacia la entrada, otro objeto recogido del suelo, un salto atrás hacia la caja. Mientras Martels hacía girar el nuevo y más pesado objeto por encima de su cabeza, notó la mente de Qvant tratando frenéticamente de agarrar su propia espalda, pero la nueva maza —en otro tiempo una barra de autobús, un brazo de mecedora o quién sabe qué— estaba ya descendiendo con toda la fuerza que Martels podía exigir de los brazos y la espalda de Tlam. Golpeó el borde superior de la caja-cerebro con un ruido semejante a un disparo de revólver.

La caja ni siquiera se abolló, pero todos los rastros de la poderosa psique de Qvant se desvanecieron. Tlam/Martels corría ya hacia la entrada... y Tlam demostró que era capaz de correr como un gamo. Juntos salieron a la gloriosa luz del sol, y Martels relajó inmediatamente todo control. Poseído de un lógico y predecible terror, Tlam se hundió en la selva, dando vueltas a lo largo de senderos que Martels nunca hubiera sospechado que estuvieran allí; y ni siquiera el creciente agotamiento le detuvo hasta que casi había caído la noche.

Para Martels, la carrera fue tan bella como el único viaje en tren que había realizado a través del Paso del Brenero. Al fin podía percibir la humedad del bosque, el olor de la vegetación y el vago perfume de las flores, sentir el calor sobre su piel, el resonar de los pies descalzos sobre la tierra y la ágil flexión de los músculos. Gozaba incluso con los latigazos de las ramas y las lianas mientras ellos corrían por la selva.

Ahora Tlam estaba examinando la densa maleza a su alrededor con rápida pero intensa atención, sorteando peligros que sólo él podía conocer. Luego se dejó caer sobre sus manos y rodillas, se arrastró debajo de una espesura de algo con hojas en forma de remo y racimos de bayas blancas, suspiró un par de veces, se enroscó como una bola y se quedó dormido.

Había funcionado. Había funcionado perfectamente..., sin un solo fallo. Martels había escapado.

Pero ¿por cuánto tiempo? No había modo de saberlo. Los riesgos eran todavía graves, lo mismo desde el pasado que en el futuro. Aunque había deducido, de lo que él consideraba una buena evidencia, que el alcance de los poderes hipnóticos y de proyección de Qvant no podía ser largo, no sabía exactamente cuán largos eran, ni a qué distancia del museo se encontraba ahora. Había aturcido a Qvant, esto era evidente, pero no sabía por cuánto tiempo. Ni sabía cuán amplio sería el divorcio entre la personalidad de Qvant y la suya propia independientemente de la distancia

que hubiera entre ellos. La dudosa evidencia de la telepatía en su propio siglo había sugerido que no sufría ninguna disminución con la distancia.

En el supuesto —por improbable que pareciera— de que su ataque hubiera producido realmente algún daño en la caja-cerebro, o en la bomba de perfusión..., un daño suficiente para que el cerebro muriera eventualmente... ¿Qué le pasaría a Martels si Qvant moría?

Una vez más, lo ignoraba. Tendría que ejercer una vigilancia absoluta contra la más leve de las tentativas de Qvant. Lo único de lo que podía estar seguro en aquel momento era de que por fin tenía un cuerpo. No podía ser descrito exactamente como suyo, pero al menos le había devuelto cierta libertad de movimiento.

Vigilancia absoluta... Pero lo que él tenía era un cuerpo, no una bomba de perfusión perfecta, y también él estaba sujeto a sus agotamientos... Vigilancia absoluta...

Martels se quedó dormido.

## 6

Martels tuvo extraños sueños de caer por un tubo interminable cubierto de púas en forma de colmillos, terminando por fin con la vaga y temible expectativa de que cuando abriera los ojos lo único que vería sería un suelo polvoriento, masas de estatuas y una pared no muy lejana. Pero mientras luchaba hacia el despertar, penetró en sus fosas nasales el olor a tierra húmeda y a vegetación, y en sus oídos los rumores de una selva, y supo que aquella parte de la pesadilla, al menos, había terminado.

Al principio le sorprendió descubrir que sus músculos no le dolían después de haber dormido en el suelo, pero luego se dio cuenta de que no eran, al fin y al cabo, sus músculos, y que Tlam tenía que haber dormido de aquel modo centenares de veces a lo largo de su vida. Dado que el tribunal no parecía estar despierto aún, Martels demoró el abrir los ojos, y en vez de ello rebuscó en su propia mente por si descubría la presencia de Qvant. Caer dormido había sido un criminal descuido; pero ¿cómo evitarlo? En cualquier caso, había tenido suerte, al parecer. No pudo encontrar ningún rastro del ex Autarca.

¿Qué haría a continuación? Qvant había dicho que el camino a la Antártida y Terminus tenía que pasar a través de la región de los Pájaros, pero era posible que se refiriese a la ruta más directa —la que le permitiría regresar a su caja-cerebro en el tiempo más corto posible—, ya que Amra, el peticionario que había aparecido inmediatamente antes de Tlam, había llegado de un territorio fronterizo de la Antártida y había alcanzado el museo sin tener que pasar por la región de los Pájaros.

Esto sugería que el territorio de Amra no podía encontrarse excesivamente lejos del museo, ya que era seguro que los tribuales no tenían medios ni deseos de cruzar continentes enteros, y mucho menos océanos, para obtener los dudosos beneficios de los enigmáticos consejos de Qvant. Lo poco frecuente de sus visitas demostraba que no concedían demasiado valor a lo que Qvant les decía, y que los consejos de este último les ayudaban muy poco su lucha con el mundo en el que tenían que vivir.

Qvant había confirmado también la sospecha de Martels de que el territorio de Amra se hallaba en alguna parte cercana a lo que recibía el nombre de Tierra del Fuego, lo cual significaba a su vez que el museo estaba situado en alguna parte de lo que había sido América del Sur... y que allí había ahora un puente de tierra, o al menos una extensión de agua fácilmente navegable, entre la cadena de islas y el continente helado. En consecuencia, el primer paso consistía en permitir pasivamente que Tlam regresara a su propia tribu. Aunque ésta se hallara al norte del museo, Martels ignoraba tan por completo la geografía de la región, que para él no existía otro medio para descubrir dónde caía el sur. Y, lo que era más importante, dónde caía el este, que por el testimonio de Amra sabía ya que era la región de los Pájaros.

Podría haber también mucho que aprender a lo largo del camino... aunque esto planteaba otro problema. Ahora, Martels tenía no sólo un cuerpo, sino un cerebro; pero, a juzgar por su experiencia mientras semivivió con Qvant, Martels no tendría acceso al conocimiento especializado del interior de aquel cerebro sin darse a conocer a su propietario, y luego solamente con el consentimiento de aquel propietario.

Hasta entonces, al parecer, Tlam no sabía que estaba poseído; había ido a formularle una pregunta a Qvant, sencillamente, había cometido una serie de inexplicables actos de violencia contra el semidiós, y había huido tan asustado de sí mismo como del oráculo. Martels, al revelarse a sí mismo, podría hacerse pasar por un antepasado, o incluso por Qvant; y sabía ya que podría reasumir el control del cuerpo de Tlam siempre que fuera preciso.

No, aquello no funcionaría. Confundiría a Tlam, suponiendo que no volviera a llenarle de pánico, y probablemente había lo mismo a aprender continuando el viaje en las mismas condiciones que hasta entonces. Era preferible dejar que Tlam utilizara su propio cerebro el mayor tiempo posible. El momento en que Martels tendría que separarse de él llegaría probablemente demasiado pronto, de todos modos.

Tlam se removió y sus ojos se abrieron, captando un primer plano de tallos, enredaderas, hongos y cosas que parecían cipreses miniatura. El tribunal pareció despertar casi instantáneamente. En lugar de desperezarse, flexionó todo su cuerpo, tan sinuosamente que no sacudió una sola hoja, y luego atisbó a través de la maleza. Al parecer no vio nada alarmante, ya que se puso en pie sin tratar de ocultar sus movimientos y buscó su desayuno en los racimos de bayas blancas. Su sabor recordaba el de la sémola de maíz hervida y conservada durante diez años en vino



blanco salado y bióxido de azufre, pero hacía tanto tiempo que Martels no había saboreado nada que le parecieran deliciosas. Unos metros más allá, Tlam encontró un enorme cáliz azul de una flor que estaba lleno de rocío o de agua de lluvia, caliente y ligeramente dulce, que mitigaba la sed. Luego, una vez más, Tlam empezó a correr.

El tribual se mantuvo en movimiento todo el resto del día. Su marcha era como la de un caballo campo a través: al galope, al trote, al paso; al galope, al trote, al paso; al galope, al trote, al paso, con interrupciones de diez minutos cada hora para descansar, beber o comer una fruta pegajosa o un hongo picante. Aunque su ruta era necesariamente muy serpenteante, al caer la tarde Martels pudo observar que la filtrada luz verde-dorada del sol iba desvaneciéndose hacia la izquierda. ¡Un tanto a favor! Marchaban en dirección al norte, al menos aproximativamente.

Poco antes de que oscureciera llegaron a un inmenso y espumeante torrente de río que a los ojos de Martels parecía completamente imposible de cruzar, pero a Tlam no pareció preocuparle el problema. Se limitó a encaramarse a los árboles que formaban túnel encima del río. No habiendo visto nunca un bosque tropical ni habiendo leído nada acerca de ellos, Martels quedó asombrado al descubrir que las copas de los árboles, entretejidas con millares de lianas, formaban un mundo separado y continuo, como si la Tierra hubiese, adquirido una segunda superficie, o alguna visión primitiva del cielo hubiese descendido hasta ponerse al alcance de los vivientes. Era un cielo en el cual las serpientes se disfrazaban de enredaderas, las ranas vivían y procreaban en las charcas formadas por las corolas de inmensas flores, animales simiescos casi tan pequeños como ratas lanzaban nueces con una fuerza y una puntería asombrosas, y ojos verdes en cuyas profundidades acechaba la locura atisbaban a veces desde una oscuridad más propia de una caverna que del aire. Pero Tlam se movía sobre aquella superficie con tanta facilidad como si lo hiciera sobre el suelo de la selva; y cuando descendió, el río había quedado tan atrás que ni siquiera podía ser oído.

Pasaron aquella noche sobre una especie de plataforma natural que por la mañana resultó ser un árbol tan retorcido como un manzano, pero con unos frutos semejantes a las nueces. Tlam los abría aplastándolos con una mano de dos en dos, recordándole incongruentemente a Martels un chiste picante italiano con más de veintitrés mil años de antigüedad. Después de aquel desayuno, Tlam descendió al suelo y reanudó su viaje: aunque ahora ya no corría; parecía encontrarse en territorio familiar y acercándose a su punto de destino.

Y, de pronto, habían llegado. Delante de los ojos de Martels se extendía lo que tenía que ser una aldea, aunque no se parecía a ninguna que hubiera visto antes, ni siquiera en películas. Aunque el claro que ocupaba era bastante amplio, un tresbolillo de viejos árboles había sido dejado en pie en él, de modo que quedaba cubierto aún por el denso techo del bosque. Situados regularmente sobre el suelo despejado, había unos pesados escudos de madera, cada uno de ellos de unos quince pies de diámetro,

boca abajo y con los bordes sostenidos a no más de seis pulgadas del suelo por unas recias cuñas de madera que habían sido clavadas a través de los bordes de los escudos y luego sólidamente en la tierra. Los bordes eran circulares, pero la curvatura de los escudos, según observó de un modo maquinal la parte matemática de la mente de Martels, era casi plana, hasta el punto de que si se hubiese intentado derivar su valor para pi de la convexidad de uno de ellos, el valor hubiera sido probablemente tres coma cero, tal como los babilonios lo hubiesen medido.

Enredaderas y lianas habían sido tejidas sobre aquellas superficies muy ligeramente abultadas, y cada una de ellas dejaba asomar unos pinchos que alcanzaban hasta un pie de longitud. Todo estaba dispuesto, evidentemente, como una defensa contra un ataque desde el aire. Si Martels hubiese tenido alguna duda, habría quedado disipada inmediatamente por los pájaros —una especie de halcones, de diversos tamaños— empalados en el pincho central de cada escudo, y por las manchas en las puntas de todos los pinchos más largos, algunas de las cuales eran evidentemente sangre seca, pero la mayoría de colores distintos sugerían que habían sido pintados con veneno.

Considerando lo que todo aquello implicaba acerca de los Pájaros. Martels se sintió súbitamente menos seguro, y pensó si no hubiese sido más feliz en la caja-cerebro. Allí, el comentario de Qvant de que los Pájaros eran peligrosamente inteligentes había sido solamente una abstracción. Aquí había una prueba evidente de que la tribu de Hawkburrow de Tlam esperaba en cualquier momento una tentativa concertada de Pájaros de todos los tamaños —y no sólo halcones—, y ser descascarados como una almeja, o descorchados como una botella de cerveza.

No parecía haber nadie por allí, pero Tlam se detuvo en el borde del claro y profirió un sonoro grito. Transcurridos unos instantes que parecieron larguísimo, se oyó un sonido reptante, un borde de la choza más próxima se alzó cautelosamente y un rostro miró hacia arriba.

—Bienvenido con vida, Tlam —dijo el rostro con voz chillona, frunciendo sus ojos contra la luz, aunque la cabeza calva permanecía aún en la sombra.

El cuerpo que pertenecía a la cabeza reptó hasta salir al claro y se puso en pie. El habitante resultó ser una robusta joven, también desnuda, pero también limpia. Evidentemente, los suelos de las madrigueras no eran de tierra, sino que estaban cubiertos.

Tlam dijo:

—Tengo que ver a los Ancianos inmediatamente.

La muchacha vaciló.

—Están durmiendo después de una noche de cacería. ¿Tan grave es la respuesta del Qvant que no admite espera?

El Qvant. De modo que era un título. El descubrimiento no parecía ser de ninguna

utilidad... aunque no había modo de saberlo.

—El asunto es muy grave y no puede esperar. Despiértalos.

—Muy bien.

La muchacha se dejó caer sobre sus manos y rodillas y se deslizó de nuevo al interior de la choza, no sin una exhibición que le hizo recordar a Martels que tenía un cuerpo... y que siempre había tenido muy mala suerte con las mujeres. Obligó a sus pensamientos a concentrarse en el tema principal. La inmediata obediencia de la muchacha sugería que Tlam tenía algún peso aquí..., incluso podía ser una especie de jefe. Esto podría resultar útil. A no ser que los tribuales tuvieran esclavos. Esto era algo que nunca había sido mencionado, y parecía sumamente improbable; la selva haría demasiado fácil la fuga.

Mientras Tlam esperaba, aparentemente tranquilo, Martels se interrogó también acerca de la cacería nocturna. La idea de deslizarse por la noche a través de la selva, sin poder ver a cualquier Pájaro en acecho, resultaba poco plausible; y Tlam se había puesto siempre cuidadosamente a cubierto en cuanto anochece, durante su viaje. Desde luego, casi todos los pájaros de su propia época que él conocía dormían por la noche, aunque había también rapaces nocturnas; y uno de los peticionarios de Qvant (del Qvant) había mencionado lechuzas. Lo que podía ser una lechuza del siglo CCL no era una idea agradable. Pero el hecho de que Tlam no supiese que los Ancianos estaban durmiendo sugería que la cacería nocturna era sólo un acontecimiento ocasional y quizá raro.

La muchacha apareció de nuevo. Sin salir, hizo una seña y volvió a desaparecer. Tlam se agachó y se deslizó a través de la puerta.

El hueco debajo del escudo resultó ser sorprendentemente profundo y espacioso, y como Martels había sospechado, estaba alfombrado con pieles cosidas unas a otras. Estaban bien curtidas, ya que el único olor que se percibía era el de un leve y reciente sudor humano. No había ninguna luz, pero la claridad del día se filtraba por debajo del escudo, haciendo que la iluminación resultara algo mortecina, pero en ningún caso lúgubre.

Siete hombres estaban formando un círculo, sentados en una postura que recordaba la posición loto del yoga. A pesar de su título colectivo, no parecían ser mucho más viejos que el propio Tlam, lo cual podría interpretarse que la vida de aquellas personas era de corta duración. A pesar de que acababan de ser arrancados del sueño, los siete parecían hallarse en estado de alerta, aunque varios de ellos tenían también un aspecto enfurruñado.

Tlam se situó en el centro del círculo y se sentó a su vez. En aquella posición, todos los Ancianos parecían sobresalir por encima de él. Jefe o no, Tlam pareció aceptarlo como absolutamente normal.

—¿Cuál fue la respuesta del Qvant, jefe Tlam? —dijo uno de ellos, sin preámbulo

—, ¿y por qué es tan urgente?

—No hubo ninguna respuesta, Ancianos, y ni siquiera formulé la pregunta. En el momento mismo en que me fue permitido introducirme en la atención del Qvant, me encontré a mí mismo atacándole.

Brotó un murmullo de asombro.

—¿Atacándole? —dijo el que había hablado en primer lugar—. ¡Imposible! ¿Cómo?

—Con dos objetos del suelo del museo, que utilicé como mazas.

—Pero ¿por qué? —inquirió otro de los Ancianos.

—No lo sé. Ocurrió simplemente, como si estuviera poseído.

—Eso no es ninguna disculpa. Nadie es poseído contra su voluntad. ¿Tomó represalias el Qvant?

—No —dijo Tlam—. Ni le causé ningún daño, desde luego. En cuanto me di cuenta de lo que estaba ocurriendo, eché a correr... y él no hizo nada para evitarlo.

—Desde luego que no causaste ningún daño al Qvant —dijo el segundo de los Ancianos que había hablado, en tono indignado—. Pero el daño que has causado a la tribu puede ser irrevocable. ¡No sabes lo que nos sucederá, si el Qvant envía sus poderes o su espíritu contra nosotros! ¡Y aunque no lo haga, no podremos volver a formularle ninguna petición mientras tú vivas!

—Esto es lo que creo yo también —dijo Tlam con una asombrosa serenidad, y Martels recordó cuán orientada a la muerte estaba aquella gente—. Por eso me he apresurado a someterme a vuestra sentencia.

Tlam inclinó la cabeza, y después de aquello se produjo un silencio que se prolongó interminablemente. Martels había previsto algún tipo de discusión entre los Ancianos, pero no fue pronunciada ni una sola palabra. Estaban comunicando con sus antepasados. Parecía ser la única respuesta plausible. A Martels le hubiera gustado mirar a su alrededor en busca de la muchacha, pero, evidentemente, había permanecido junto a la puerta. De todos modos no cabía esperar ninguna ayuda de ella; sólo había sido un impulso: Martels estaba orientado a la vida.

Finalmente, el primero de los Ancianos dijo, con una voz remota y cantarina:

—Jefe Tlam, ¿querrás espada o Pájaro, ejecución o exilio?

Era una pregunta puramente ritual, y en esta cultura sólo podía haber una respuesta. Inmediatamente, Martels entró en acción y suprimió a Tlam. No intentó dictar otra respuesta, sino que se limitó a paralizar del todo el centro del lenguaje de Tlam, como Qvant había hecho tan a menudo con el de Martels. Pudo captar el shock de Tlam, mientras los tribuales le sentían poseído de nuevo por algo desconocido y extraño en un momento crucial.

Se produjo otro largo silencio, aunque no tan largo como el primero. Finalmente, el primer Anciano dijo, con una voz que rezumaba desprecio:

—¿Cómo pudimos equivocarnos hasta el punto de convertirte en un jefe? Nuestros antepasados se debilitan y nuestro criterio también. Tu coraje es inferior al de un niño. Sea el exilio, entonces..., y recuerda, mientras los Pájaros te destrocen, que has sido el primero de nuestra tribu en temer la clemencia de la espada. El castigo es mucho más grave que el delito... pero tú mismo lo escogiste.

En un momento de piedad que sabía que podía ser temerario, Martels se apresuró a liberar a Tlam para ver si el depuesto jefe; alegaba algo en su descargo. Pero Tlam estaba demasiado impresionado, humillado y confuso para decir nada, aunque hubiese deseado hacerlo. Se arrastró silenciosamente hacia el exterior. Cuando cruzaba la puerta de la madriguera, la muchacha le escupió en la nuca.

Una vez fuera, se puso en pie y miró a su alrededor parpadeando, tenso inseguro. Era evidente que la situación no tenía precedente: era algo en lo que ni siquiera había pensado en toda su vida bajo aquellas costumbres, ninguna otra tribu le aceptaría; no podía vivir mucho tiempo dependiendo de sus solas fuerzas. Inexplicablemente, había optado por el exilio... y no tenía ningún lugar a donde ir.

¿Debía Martels tomar posesión ahora de él? Martels necesitaría el conocimiento instintivo del tribal, y su experiencia de cómo vivir en la selva; por otra parte, dada su mentalidad y sus actitudes, Tlam podía hacerse el hara-kiri, o en el mejor de los casos sumirse en una apatía suicida. Era la elección de Hobson.

El propio Tlam decidió en contra de permanecer allí por más tiempo y enfrentarse al desprecio de toda la aldea. Se encaminó, lentamente hacia el bosque. Y entonces fue cuando Martels le obligó a marchar hacia el sur, hacia Terminus y la región de los Pájaros.

Por fin había empezado el verdadero viaje.

## 7

Mientras avanzaban hacia el sur, Tlam pareció hacerse gradualmente más fatalista, de modo que Martels fue advertido por un súbito aunque leve incremento del tono muscular del tribal cuando penetraron en lo que Tlam consideraba que era la región de los Pájaros. Pero durante varios días no vieron ningún pájaro; la pauta de andar, ocultarse, dormir y andar de nuevo volvió a convertirse en una rutina, que Martels le dictaba a Tlam. Nadie que observara al tribal desde el exterior podría haber sospechado la tensión dialéctica entre la ofuscada desesperación de Tlam y el creciente apremio de Martels que constituía el hecho central de su vida interior.

Luego vieron un pájaro. Era un animalito de color pardo, semejante a un gorrión, pero al verlo Tlam quedó como helado, como un conejo a la vista de una serpiente. El

pájaro a su vez movió la cabeza arriba y abajo, con las garras engarfiadas al extremo de una rama muy baja. Su mirada parecía virtualmente inexpresiva, y al cabo de unos instantes dejó oír un trino indiferente y salió disparado hacia el interior del bosque, como un proyectil con plumas.

Resultaba difícil creer que semejante animalito podía ser peligroso... pero los virus del cáncer llegan también en pequeños paquetes. Tlam permaneció inmóvil durante varios minutos después de que el pájaro se hubiera marchado, y cuando reanudó la marcha lo hizo adoptando mayores precauciones y mirando continuamente a uno y otro lado. No se equivocaba; ya que al día siguiente vieron otros tres pájaros semejantes a gorriones, y al otro día, cinco. A la mañana del día siguiente, cuando salieron de la madriguera en la que habían dormido, encontraron a un animal de color negro humo, semejante a un enorme cuervo, mirándoles fijamente, con la cabeza inclinada, su cuello extendido como una serpiente, los ojos vidriados y sin parpadear.

Recuerdos de Macbeth y de Edgar Allan Poe hubieran hecho estremecer a Martels si hubiese estado en su propio cuerpo, pero Tlam estaba aún nominalmente a cargo del suyo, y volvió a quedar helado. Por motivos muy diversos, ninguna de las dos mentes quedó sorprendida cuando el pico del pájaro se abrió, su garganta se frunció y latió, y dijo con voz estridente, parecida a las uñas rascando sobre una pizarra:

—Márchate a tu casa.

—Ya no tengo casa —dijo Tlam tristemente—. Me han echado de mi tribu y de todas las tribus de hombres.

—Márchate a tu casa —repitió el pájaro—. Me apetecen tus ojos. Y el Rey me los ha prometido si no te marchas.

Curiosamente, esto no pareció asustar más a Tlam. Quizás era una amenaza típica... o quizá, si no había estado nunca aquí, había alcanzado ya los límites de su terror. Martels recordó una frase de la ciudad de la noche terrible, de James Thompson: Cuando no hay esperanza, no puede haber miedo. El tribunal se limitó a decir:

—No puedo.

—El Rey te oye.

—No me importa.

—Márchate a tu casa.

—No puedo.

Aquel intercambio amenazaba con convertirse en un rito, y desde luego no aportaba ninguna información. Con creciente impaciencia, Martels penetró a través de la parálisis de Tlam y le puso de nuevo en movimiento, aunque sin eliminar los residuos sustanciales de la cautela del tribunal. El pájaro no se movió, pero Martels pudo notar su mirada fija taladrando la nuca de Tlam.

Poco después, sin embargo, Martels empezó a notar una sorprendente resistencia a seguir avanzando; sorprendente no sólo porque había supuesto que Tlam se alegraría de alejarse del pájaro, sino por su inesperada fuerza. Con cierto interés, aflojó el control casi del todo; si existía algún motivo para aquella resistencia, Martels le urgía saber de qué se trataba.

Tlam retrocedió cautelosamente hasta un emparrado en el que había un árbol enorme a su espalda y mucho espacio libre delante y encima. Sus movimientos eran más precavidos que nunca, como si sospechara del grado de su nueva libertad, y esperase ser poseído de nuevo en cualquier momento. Martels le permitió instalarse a su plena satisfacción, sin incurrir en ninguna interferencia.

Durante unos instantes, el tribunal se limitó a descansar; pero finalmente susurró:  
—Inmortal Qvant, o espíritu enviado por Qvant, escúchame.

Martels no dijo nada, a pesar de experimentar la profunda; preocupante sensación de que debía contestar, aunque sólo fuera para estimular al tribunal a continuar. Pero, al parecer, el silencio no era más de lo que Tlam había esperado. Después de repetir la invocación, continuó:

—Ignoro por qué me has echado de tu presencia y has querido que mi tribu me exiliara. Ignoro también por qué me has arrastrado hasta el interior de la región de los Pájaros. No he hecho nada para merecer tu odio; mi misma locura en tu templo sólo pudo ser provocada por tu «yo» inmortal, ya que seguramente mis antepasados nunca me hubieran impulsado a ella. Dime lo que deseas. ¿Qué es lo que he hecho, que tenga que morir por ello? ¿Qué clase de destino me has asignado? ¿Cómo puedo realizar tus deseos? ¡Contesta, inmortal Qvant, contesta, contesta!

El discurso no carecía de dignidad, pero no había ninguna respuesta que Martels pudiera darle, ni ninguna esperanza de justicia a la luz de los propósitos de Martels, Tlam estaba más cerca incluso de ser un animal destinado al sacrificio que el tribunal que él mismo sospechaba ser. Ninguno de los dos tenía mucho futuro, pero nada de lo que Martels pudiera explicar lo haría más brillante para Tlam. Lo único que podía hacer era permanecer silencioso.

—¡Inmortal Qvant, contéstame, contéstame! ¿Qué debo hacer paz apaciguarte? Los Pájaros no tardarán en oír mi mente, y quizá la tuya... o la de tu criatura. Y entonces su Rey se apoderará de mi y me interrogará hasta la muerte. ¿Qué respuesta le daré? ¿Cuál es el objetivo de esta posesión? ¿Debo morir sin saberlo? ¡No he hecho nada, nada, absolutamente nada por lo que merezca la muerte!

Aquel grito había sido viejo cuando había brotado de las gargantas de los hoi polloi en el saqueo de Siracusa. Había una respuesta: Has nacido..., pero no serviría de nada ofrecerla.

Por tercera vez, Tlam gritó:

—¡Inmortal Qvant, o espíritu enviado por Qvant, concédeme tu atención!

¡Contesta a tu peticionario!

Martels siguió guardando silencio... pero notó una leve excitación en la parte posterior de su cerebro, semejante a la sensación de despertar lentamente de un sueño reiterativo; y luego sus labios se removieron, su pecho se alzó, y su corazón se hundió mientras se oía a sí mismo decir con una voz demasiado familiar:

—Estoy contigo, tribunal..., y tu demonio no es ninguno que yo te haya enviado. Sin embargo, obedece a su apremio, y no temas a los Pájaros. Nuestra hora todavía no ha llegado.

El hombre de mente triple se levantó y avanzó como un sonámbulo, hacia el sur una vez más.

## 8

Martels no necesitaba ser un ornitólogo para saber que el vuelo en formación, las migraciones y el instinto de volver a casa de los pájaros han sido siempre un misterio. Su padre, al igual que numerosos ingleses de la clase baja de su época, había criado palomas, y ocasionalmente había obtenido dinero para apostar en las carreras de caballos o las quinielas vendiendo un ejemplar favorito a otro aficionado. Entonces circulaban muchas teorías acerca de la peculiar conducta de los pájaros; una de las más fantásticas era la de que los animales tenían el equivalente a limaduras de hierro en sus oídos internos —o en sus huesos huecos—, las cuales les capacitaban para navegar directamente a lo largo de las líneas de fuerza magnética de la Tierra.

Naturalmente, una de las primeras hipótesis había sido la de que eran telépatas: y ahora, al contrario de todas las anteriores inclinaciones de Martels, estaba dispuesto a creer que ésta era de hecho la explicación más plausible.

Qvant no volvió a hablar. El ser de mente triple que era Tlam caminaba incansablemente hacia el sur, sin necesidad de que Martels le apremiara, y bajo su propia guía, como antes, cuidando también de las minucias del viaje. Martels, en un segundo plano, seguía especulando.

Desde luego, había que empezar descartando todas las observaciones del siglo xx sobre la telepatía, basadas únicamente en testimonios personales. Cada vez que un Rhine o un Soal los llevaban al laboratorio, se evaporaban en las nubes de la propensión de aquellos investigadores a aplicar algún otro nombre a los resultados desfavorables. El contacto directo con ella, aquí, ahora, parecía indicar que estaba sujeta a la ley del cuadrado inverso, o, en otras palabras, que disminuía con la distancia; y si los pájaros —incluso los pájaros con cerebro de pájaro de la época de Martels— habían sido siempre capaces de utilizarla, probablemente había empezado



como una especie de detector de mentes y de intenciones.

Semejante capacidad quedaría naturalmente eliminada en los seres sensibles, dado que desde el punto de vista de la evolución la inteligencia ejercería las mismas funciones mucho mejor. Esto dejaría atrás únicamente los enloquecedores vestigios —una especie de apéndice vermiforme de la mente— que habían decepcionado de un modo tan persistente a los ocultistas más sinceros, de Newton en adelante. Tal vez la psicología de las multitudes era otro de aquellos vestigios; en tal caso, era definitivamente antisupervivencia, y sería eliminado con mayor rapidez aún. Incluso para los Pájaros de este siglo no tenía mucho futuro..., pero Martels debía tratar con ellos en el presente.

Otro problema: ¿Cómo estaba unido Qvant a Tlam y Martels? ¿Se hallaba dentro del cráneo de Tlam, como Martels parecía estar ahora? ¿O se encontraba aún en el museo, dentro de la caja-cerebro asaltada, con sólo un leve tentáculo espiritual extendido para conectarle con el tribunal, quizás a través del propio Martels? Según la hipótesis de Martels, esto último tenía que ser imposible, pero los hombres de Renacimiento III podían haber devuelto fácilmente la telepatía a la raza humana, del mismo modo que la época de Martels había recreado los uros, y que el pueblo de Qvant había hecho a éste portador de los poderes hipnóticos y de proyección. Qvant había mencionado algo llamado apareamiento general, «en el cual los Pájaros son instintivamente expertos». ¿Cuáles eran las leyes subyacentes en un fenómeno de este tipo? Qvant las conocía, sin duda, pero resultaban imposibles de deducir por chiripa, al menos por alguien que había sido tan escéptico como Martels hasta que se vio sumergido en esta época.

Fueran las que fuesen aquellas leyes, parecían confundir a los Pájaros. Mientras el cuerpo cada vez más descuidado del hombre triplemente habitado se sumergía a través de los espinos, enredaderas y frondas del siglo del pleno verano, los Pájaros se reunían su alrededor, picoteando, volando como flechas, agresivos y amenazadores, aunque sin descargar el fatal ataque final que Martels —y, evidentemente, Tlam— esperaba en cualquier momento. Se sentían como un buey conducido al matadero, incapaz de comprender la que estaba ocurriendo, seguro únicamente de que unos seres a los que hasta hacía muy poco había considerado como pequeñas molestias, se habían convertido súbita y misteriosamente en malignos.

Qvant no ayudaba, ni siquiera superficialmente, pero un leve y complaciente zumbido, en alguna parte próxima al cerebelo de Tlam, o incluso más abajo, cerca del encéfalo, advertía a Martels de que continuaba allí, de un modo u otro. Aquello era útil, en un sentido, dado que no se inmiscuía en el impuesto Drang nach Suden de Martels; pero, al mismo tiempo, Martels estaba convencido de que furor que mostraban ahora los Pájaros rodeándoles como una tormenta de plumas tenía algo que ver con la inminencia de Qvant. Después de todo, ¿no había dicho el propio

Qvant que él era un símbolo de todo lo que los Pájaros odiaban y temían más? Martels estaba seguro de que un solo hombre ocupado por su propia mente hubiera sido destrozado mucho antes de haber visto el primer Pájaro rapaz; en parte, el triple ser no era atacado porque los Pájaros captaban en él algo peculiar que odiaban y necesitaban conocer al mismo tiempo... y que eran incapaces de averiguar por medio de la telepatía directa.

Así fue cómo llegó por fin a la Torre sobre Patas Humanas.

Desconocía el tamaño total del museo en el cual había despertado en este mundo, pero una especie de filtración entre la mente de Qvant y la suya propia le dijo que la Torre era considerablemente mayor. Había sido erigida en un claro natural casi tan grande como para ser un prado cubierto la mayor parte con su base, y todo él con su sombra.

Las tres columnas que la sostenían en alto eran, desde luego, su característica más impresionante. Originalmente habían sido árboles muy viejos, cada uno de los cuales podía haber formado el núcleo de una respetable torre medieval, con una escalera de caracol labrada en la misma madera, como varias que Martels había visto en París. Aquí constituían las puntas de un triángulo casi equilátero, con partes de sus gruesas raíces por encima del suelo. Tal vez habían sido aquellas raíces las que habían sugerido originalmente la idea de modelar las columnas en forma de pies y piernas humanos, con los pulgares hacia arriba, en tanto que la Torre propiamente dicha se erguía como una falda tubular exageradamente larga. O quizá los Pájaros sólo habían ceñido inicialmente los árboles para interrumpir su crecimiento, y al arrancar la corteza habían dejado al descubierto accidentalmente un parecido preexistente, acrecentado por la blancura marfileña de la madera del tronco. El trabajo en sí se había realizado evidentemente con algo semejante a un cuchillo de dos mangos opuestos, ya que Martels pudo ver la lisura de las largas pasadas de la herramienta: una técnica hábilmente utilizada para acentuar lo achatado de la espinilla humana.

La Torre propiamente dicha había sido fijada alrededor de los árboles como una serie de cilindros de igual tamaño, y los lados de aquélla eran pieles de animales bellamente cosidas con los más finos cordeles de cuero. A primera vista, las pieles parecían haber sido escogidas al azar, pero vistas desde lejos ascendían desde el prado en largas y sinuosas líneas que confluían en la parte superior de la estructura como la estilizada llama de una vela. Su punta, sin embargo, no era visible desde el lugar en el que se encontraba Martels; probablemente, el efecto total podía ser apreciado mucho mejor desde el aire.

El cuerpo principal no resultaba fácil de ver entre las nubes de pájaros que lo rodeaban continuamente, y Martels no tuvo ocasión de examinarlo de un modo detallado. Se vio arrastrado debajo del inmenso trípode hasta su centro exacto, donde había un delgado poste central en torno al cual sobresalía una espiral de clavijas

ascendentes. Unos humillantes picotazos en el trasero de Tlam le indicaron que tenía que trepar por ellas.

Las clavijas no habían sido cortadas ni espaciadas para hombres, y dado que la luz se hacía más escasa a medida que ascendía, él concentró toda su atención en evitar una caída. Eventualmente, se quedó sin aliento, y tuvo que sentarse en una de las clavijas, que parecía lo bastante recia como para aguantar su peso, apoyando los pies y las manos en las dos contiguas. Jadeando, se pegó al poste y a las clavijas y miró hacia arriba.

Encima de él parecía existir un universo en forma de rodillo extendiéndose en el infinito y salpicado a lo largo de sus costados de pequeñas estrellas, cuyo brillo aumentaba de un modo desconcertante con la distancia. Unas extrañas masas nebulosas las ocultaban ocasionalmente, y la titilación era abundante. Lo entrecruzaban barras de luz, algunas de ellas desprendidas de las estrellas más brillantes, y otras de un aspecto más sólido y ubicadas en ángulos distintos, como si aquel universo tuviera una armazón métrica visible. El gorjeo, revoloteo y chirrido de los pájaros en el exterior se transformaba aquí en un trinar apacible, una audible música de las esferas, sacudida de vez en cuando por un estremecimiento más hondo o un batir de alas más amplio.

Al cabo de unos instantes, sus ojos se acostumbraron a la semipenumbra y empezó a ver lo que realmente había que ver. No fue mucho menos notable que su primera impresión, y las dos tendían a intercambiarse bruscamente, como una ilusión óptica. Las estrellas eran lugares de reunión de las esquinas de las pieles; los astiles eran a veces verdaderos rayos solares, tan directos e intensos como la luz laser; y más raramente eran las costillas radiales de los cilindros. Aquellas costillas, más las clavijas cada vez más largas del poste por el que estaba trepando, proporcionaban una serie de perchas sobre las cuales estaban posadas unas grandes figuras de color pardo en aparente somnolencia salvo por un ocasional revoloteo, Aquí y allá, ojos como medias lunas se inclinaban a mirarle, velándose con una membrana y luego abriéndose de nuevo. Había toda una jerarquía de Pájaros dentro de aquella Torre, y Martels no tenía ninguna duda acerca de quién estaba en la cumbre. Este universo era suyo, cada mota y cada rayo.

Su guardia de honor había desaparecido ahora, y a excepción de las medias lunas, nadie parecía prestarle atención. Miró hacia abajo. El disco pardo del suelo debajo de la torre parecía el extremo de un túnel desde aquella perspectiva artificial, pero la única experiencia de haber caído por el tubo de un telescopio le daba motivos para creer que era una caída a la que podía sobrevivir, especialmente si empezaba por columpiarse hacia abajo en las clavijas, como un mono. Y una vez llegara al suelo, probablemente podría escurrirse a través del prado y meterse de nuevo en la selva antes de que los pájaros se dieran cuenta de que era capaz de hacerlo. Parecía muy

improbable que algún hombre hubiese sido arrastrado hasta tan lejos en el universo lobachevskiano de los Pájaros, o al menos no durante décadas, y, además, probablemente no estaban equipados apreciar con cuánta rapidez un hombre puede dar el salto atrás hasta sus antepasados cuadrúpedos cuando le impulsa la necesidad. Sus propios antepasados fueron dinosaurios bípedos incluso más lejos en el pasado. Pero tendría que actuar con rapidez. Más y más medias lunas le contemplaban ahora, y sintió una obsesiva presión irradiando desde centro de su mente, como si aquellos ojos estuvieran preguntando su identidad. Moviéndose hacia adelante hasta que la mayor parte de su peso descansó sobre sus pies, se preparó para el largo descenso a través del negro y plúmeo continuum...

A media altura, el parpadeante túnel vertical y el disco de tierra debajo de él se oscurecieron del todo, y por segunda vez Martels se encontró entablando una lucha a muerte con el Qvant. La batalla era silenciosa, lo cual proporcionaba a Qvant bastante ventaja para que Martels no pudiera dedicar su atención a su entorno inmediato. Corrientes de odio surgían a través de un caos sin forma ni ubicación en el cual las únicas cosas reales eran los combatientes. Pasaron así eternidades de segundos, sin saber quién era martillo quién era yunque, sin más sonido de fondo que un grito lejano que podría haber sido de Tlam.

Todavía estaban luchando cuando el cuerpo del tribunal chocó entra el suelo.

## 9

Un profundo y torturante dolor despertó a Martels de un sueño que él hubiera preferido infinitamente que fuese interminable. Gruñó se movió experimentalmente. Había chocado contra el fondo del telescopio, sin duda; pero ¿por qué estaba hecho de piel de tambor Más bien que de cuarzo fundido? Pero los radiotelescopios no tienen espejos de cuero, tampoco: ¿por qué no había allí piel de tambor? fuera cual fuese el motivo, podía notar cómo se flexionaba cuando se movía, emitiendo un profundo ronroneo. Le respondían unos ecos lejanos, al parecer desde abajo.

Había luz sobre sus párpados, pero Martels no los abrió todavía, acuchando en vez de ello dentro de su propia psique, tratando de captar la presencia de un desconocido enemigo. ¿Qvant? El nombre le hizo recordar todo lo sucedido y se tensó inmediatamente. De momento, no parecía haber ningún rastro del Autarca. Una impresión de alerta sugirió que Tlam estaba también despierto, quizá llevaba despierto algún tiempo. Claro, aquello encajaba: la primera persona en despertar de le impresión de una prolongada caída sería el tribunal, y el Qvant, que no había estado en un cuerpo durante algunos siglos, sería el último. Aquél era un detalle a recordar: el

dolor físico era un aliado contra el Qvant.

Martels se incorporó sobre un codo y miró a su alrededor. Ahora parecía encontrarse en el cilindro más alto de la torre, que era más pequeño que todos los demás, y en consecuencia había sido invisible desde el suelo. No tenía ningún poste central, sólo las costillas radiales y los miembros circulares del propio cilindro. Además, estaba abierto por tres de sus lados, mediante paneles que habían sido dejados sin cubrir, simplemente. La alta cámara era incómodamente fría, lo cual le hizo darse cuenta que de no tener ninguna sensación en la caja-cerebro había pasado a experimentar un incómodo calor todo el tiempo hasta ahora. ¿Acaso este maldito siglo no tenía términos medios?

Se incorporó trabajosamente hasta quedar sentado y miró hacia arriba. Había comprobado ya que esta dirección, a la cual nadie presta demasiada atención en la vida normal, era la que contaba en la región de los Pájaros. Podía haberlo deducido, pero adquirir la costumbre era algo distinto: como un inglés que sabe que los americanos conducen por el lado contrario de la carretera, pero no conecta este conocimiento con mirar a la izquierda en vez de a la derecha cuando toma una curva.

En efecto. En lo más alto de aquel sombrero cilíndrico había otra percha, rodeada de crueles, afiladas y ocasionalmente móviles garras; luego un largo, grasiento y plumoso pecho de color negro azulado; y al final, unos hombros estrechos de reptil y un pico largo y estrecho rematado por unos ojos muy estrechos. El animal parecía un buitre gigantesco, pero había anillos sobre sus ocho escamosos dedos, las uñas de cada garra central habían sido limadas como navajas de afeitar, y sobre su esternón llevaba un brillante emblema esmaltado con algo muy semejante al símbolo taoísta de Yang y Yin, el símbolo más antiguo de la historia. El monstruo no parecía dormir; por otra parte, no parecía mirarle. Se limitaba a estar allí, aterrador y potente.

Cuando Martels alcanzó la abertura más próxima del cilindro, comprendió por qué. La distancia desde allí hasta el primer suelo era sólo de unos seis metros, pero el primer suelo era también parcheado, y sin duda lo atravesaría fácilmente; y desde allí, había quizá más de trescientos metros de distancia a través del universo cilíndrico hasta el prado.

La vista desde aquí sobre el bosque hubiera sido hermosa si Martels hubiese estado en condiciones de apreciarla, pero estaba contaminada por pájaros de todos los tamaños, a todas las distancias posibles y en continuo revoloteo. Evidentemente, como cautivo, Martels era algo especial.

Inquieto, se acercó a la ventana siguiente. Aquellas aberturas parecían alternarse con las patas de la Torre apoyadas en el suelo. En lo esencial, la vista no había cambiado aquí; Martels se dirigió a la última.

Lo mismo. No, no del todo. La luz era distinta. Y algo más: no parecía haber ningún horizonte en este lado: quedaba oculto por lo que parecía ser casi una muralla

de niebla.

Se sintió acometido por una intensa excitación, a pesar de sus esfuerzos por preservarla de Tlam y de la problemática presencia del Qvant. Sus conocimientos astronómicos, su experiencia con Tlam para orientarse en la selva, e incluso un vago recuerdo del Arthur Gordon Pym, de Poe, se combinaban como otras tantas piezas de un rompecabezas.

Estaba mirando al sur sobre el estrecho de Drake hacia la península de Palmer de la Antártida... o lo que habían sido aquellas otras tierras y mares en su época.

Con la mente bamboleante de deseos inconcretos, se pegó al borde del costillaje del cilindro y se sentó, consciente además de que su cuerpo prestado estaba débil, con hambre, magullado, pegajoso y sucio con su paso a través de savias y resinas de la selva, dolorido por el esfuerzo y agobiado por la sed. Encima de él, un enorme animal semejante a un buitre rumiaba, semisoñoliento, pero evidentemente alerta. Allí estaba la Tierra Prometida, pero en lo que a Martels respecta la cortina de niebla que señalaba el comienzo del casquete de hielo podía haber sido perfectamente la capa de cristales de hielo que delimitaba la atmósfera de Marte.

Si unos grandes pájaros semejantes a gaviotas hubieran surgido de entre la niebla volando hacia él y gritando Tekeli-li, no podría haber estado más seguro... ni más indefenso.

Detrás del conocimiento brotó una leve corriente burlona. El Qvant estaba despierto.

Uno de los pájaros aleteantes estaba acercándose a la torre; al observarlo, Martels se dio cuenta de que había contemplado subconscientemente cómo se aproximaba durante algunos minutos. Súbitamente se precipitó hacia él como una bala de cañón. Se apartó de la abertura, apoyando la espalda contra las pieles.

Se produjo un aleteo encima de él mientras su guardián se trasladaba a una percha más elevada. Su lugar fue ocupado inmediatamente por una efigie escarlata y dorada casi tan alta como él. No llevaba ningún emblema, pero no lo necesitaba; su plumaje, su porte, su misma forma —una combinación que recordaba al mismo tiempo al águila y a la lechuza, sin parecerse mucho a ninguna de las dos—, le dijeron que éste era el Rey.

El gran Pájaro le observó en silencio durante varios minutos, velándose con una membrana de vez en cuando. Finalmente, el ganchudo pico se abrió y una voz ronca y profunda dijo:

—¿Quién eres tú?

Martels se preguntó si el Rey tenía alguna sospecha de lo difícil de contestar que sería aquella pregunta aparentemente rutinaria. Dadas las circunstancias, pensó que sería preferible dejar que hablara Tlam, en el supuesto de que el Qvant no se entrometiera. Pero el Qvant no pareció dispuesto a intervenir.

—No soy nada, Señor Rey. En otro tiempo fui un hombre de la tribu de Hawkburrow, pero he sido expulsado de ella como un poseído por el demonio.

—Nosotros vemos lo que eres —dijo el Rey—. Lo que tratamos de comprender es la naturaleza de tu yo interior. Eres tres en uno, como la peana de nuestro mundo. El tribunal no es digno de nuestra atención; pero es un hijo de Hombre. ¿Quiénes son esos otros?

Martels tuvo una repentina inspiración. Dijo, con su propia voz

—Yo, Señor Rey, soy el antepasado del tribunal, muy lejano.

El Rey parpadeó, una sola vez.

—Te oímos, Padre —dijo sorprendentemente—. Pero intuimos que si bien lo que dices es la verdad, no es toda la verdad. Adivinamos claramente en ti al único ser humano que más amenaza nuestro próximo triunfo. Sólo por esto deberíamos matarte, y lo hacemos... pero ¿quién es ese tercer espíritu que anda tan suelto sobre ese mundo?

Martels quedó casi tan sorprendido por la ingenuidad del Rey como por la imposibilidad de comprender lo que estaba diciendo. En aquel momento de indecisión, la respuesta del Qvant surgió con todo el poder de su antigua y contigua sensibilidad, tan implacablemente como una locomotora a punto de cortar un arbusto entre las traviesas. Algo monstruosamente maligno en el formado pero ilegible pensamiento alcanzó a Tlam con más rapidez incluso que a Martels. Juntos se aferraron a ello, tratando de encerrarse en ello, como una débil y trasnochada conciencia.

La inesperada ayuda de Tlam pareció ser tan eficaz como pudiera, haber sido la interposición de un arbusto adicional delante de la máquina desbocada. La voz del Qvant dijo en tono uniforme:

—Yo, Señor Rey, soy el Qvant de Renacimiento Tres; y escupo sobre tu asqueroso mundo y todos sus pequeños piojos.

Éste era ciertamente un discurso que Martels hubiera impedido pronunciar al Qvant, si hubiese estado a su alcance, pero la mente del Qvant estaba llena de rabia mientras se retiraba, como derrotado, dejando a Martels casi convencido de que aquellas palabras no eran las que el Autarca se había propuesto decir.

El Rey inclinó su enorme cabeza y la ladeó ligeramente...

—¿Por qué habría de provocarnos el Qvant? —graznó—. Aquí hay otra vez la verdad, pero no toda la verdad. Si fuera toda la verdad, en modo alguno soltaríamos ese espíritu sin edad en nuestro futuro. Pero ¿por qué anda por ahí en carne. Y oprimido además con egos inferiores? ¿Por qué esa triple desunión? ¿Quién de vosotros contestará?

En cualquier otra circunstancia, Martels hubiese optado por la verdad, con la esperanza de demostrar que era inofensivo, pero la mente del Pájaro Rey no parecía

ser lo bastante analítica para comprender la respuesta, aun en el caso —más que dudoso— de que tuviera suficiente perspectiva histórica. El Qvant, a su vez, parecía rumiar aún su rabia. En cuanto a Tlam, aunque ahora debía ser considerado como un aliado potencial, comprendía menos que cualquiera de ellos lo que estaba ocurriendo. En consecuencia, todos permanecieron mudos.

—Muy bien —dijo el Rey—. Plantearemos la cuestión a los Garrones.

Con un revoloteo dorado y escarlata, desapareció. El guardián con aspecto de buitres volvió a ocupar su percha.

La noche llegó rápidamente —sin duda era técnicamente invierno en aquellas altas latitudes meridionales—, y con ella la sospecha de que los Pájaros no iban a proporcionar comida ni agua. Un cambio de guardián no aportó a Martels ningún alivio, a menos de que incluyera en la cuenta un viscoso chorreo dejado por el primer centinela, evidentemente en señal de desprecio, dado que el suelo del cilindro estaba muy limpio.

Martels no se preocupó por ello; tenía otras muchas cosas en que pensar. Algunos de los nuevos conocimientos parecían completamente inútiles. Por ejemplo, ahora se había confirmado que Qvant era un título, no un nombre; pero, a menos de que el nombre-magia contara también para algo en este milenio, la confirmación le dejaba igual que antes. Por otra parte, la impresión de Martels de que la mención del Pájaro Rey a «los Garrones» implicaba tortura física, había sido confirmada inmediatamente y dramáticamente por un prolongado estremecimiento mental de Qvant (no, el Qvant, nunca hay que dar por sentado que un hecho es inútil hasta que se ha demostrado), lo cual sugería a su vez al menos que la suposición original de Martels de que el dolor podía resultar un arma útil contra el Autarca era probablemente correcta. Bien, había que incluir ese dato en el archivo.

La luna empezó a levantarse. Incluso baja en el horizonte, era más pequeña de lo que hasta entonces la había visto. Desde luego, las fuerzas de las mareas habían estado aumentando su momento angular durante más de 23 000 años desde la última vez que la había visto. En realidad no había tenido ninguna duda acerca del siglo en el que ahora se encontraba, pero de todos modos aquella confirmación le produjo un leve escalofrío. La estrella polar, pensó, debía hallarse ahora en la cruceta de la Osa Mayor. Esto seguramente era conocimiento inútil, en este lejano sur.

¿Y acerca de los Pájaros? Martels creía tener ahora una idea exacta de lo peligrosos que eran. Habían conservado todas sus facultades no racionales, tales como el vuelo y la orientación, y su rápido metabolismo de alta temperatura, todo lo cual servía ahora para desarrollar su incipiente inteligencia. Su antigua pericia manual se había visto grandemente aumentada, tal como atestiguara la propia Torre en cuya cumbre Martels daba vueltas y más vueltas con creciente inquietud. Los Pájaros se estaban acercando ahora a una paridad con el hombre, deslizándose



gradualmente a lo que en otro tiempo habían sido «in esse»... y sin haber experimentado ningún cambio drástico. Bajo la presión de la evolución, se habían convertido cada vez más en lo que siempre habían sido «in posse»: orgullosos, territorialmente celosos, e implacablemente crueles... a lo cual se había añadido, simplemente en el salto hacia adelante, la sapiencia de sus antepasados.

Pero un cerebro humano altamente desarrollado —el del Qvant, por ejemplo— podía superarles incluso ahora. ¿Cuál era, pues, el juego del Qvant? ¿Había intentado realmente provocar al Rey para que matara a Tlam/Martels, promoviendo así al Qvant a la dudosa categoría de un borroso antepasado? ¿Se encontraba en el cráneo de Tlam, o continuaba en la caja? Cada vez más, aquello empezaba a parecer el misterio central de todos ellos.

Éste era el misterio, en abstracto, de la propia telepatía, incorporada ahora a los tres. Martels seguía sin querer creer en ello, pero su experiencia le obligaba a hacerlo, al margen de sus preferencias. Y resultaba notable cuán distinto era en la experiencia inmediata del dudoso y completamente estadístico cuadro elaborado en la época del propio Martels. Los tests a base de fichas —sumamente artificiales, Martels lo veía ahora, y en consecuencia propensos a producir toda clase de absurdos— habían parecido indicar, imposiblemente, que no obedecía a la ley del cuadrado inverso, ni siquiera a la segunda ley de la termodinámica; la realidad era que estaba estrechamente atada a ambas leyes, y, de hecho, se requerían las dos partes para ser físicamente visible para cada una de ellas. Además, no transportaba ideas y ni siquiera imágenes, sino únicamente emociones. Ni siquiera tres mentes dentro de un solo cráneo podían leer los monólogos interiores de cada una de ellas ni manifestar intenciones de hablar, sino únicamente sus reacciones emocionales a sus pensamientos y proyectadas acciones, como los individuos en una multitud. Era simplemente un campo de fuerza que reaccionaba de un modo generalizado en pro o en contra de otro campo de fuerza; o como un detector que registra la presencia de algún tipo determinado de radiación, sin ser capaz de informar si la señal ha sido modulada o no, y mucho menos cómo.

Todo estaba en orden, y casi seguro que sería útil, también; pero primero tenía que salir de aquí, y de prisa, antes de que las garras gemelas de la tortura y las privaciones lo hicieran imposible. Martels alzó la mirada. La súbita oscuridad había hecho invisible a su nuevo guardián, a pesar de la luna encogida y en ascenso, pero dos leves manchas de luminiscencia gatuna revelaban que el Pájaro era nocturno, tal como cabía esperar. Y si Martels desarrollaba cualquier repentino intento de agresión, el guardián no dejaría de captarlo inmediatamente.

Hubiera sido algo realmente difícil incluso sin la obstinada hostilidad del Qvant en la parte posterior de su mente, y la esencial incompetencia de Tlam en la parte delantera, haciendo juego con casi todo lo importante acerca de esta época. Sin

embargo, tenía que intentarlo.

No disponía de armas ni de herramientas, pero gradualmente se le ocurrió que la ignorancia en las manos correctas podía ser en sí misma un arma y una herramienta, y que todas las cuatro partes de este embrollo —Tlam, el Qvant, Martels y el Pájaro Rey— eran completamente ignorantes el uno del otro. Tlam tenía por imposibles cosas que para Martels distaban mucho de ser imposibles; el Qvant, fueran los que fuesen sus motivos, sólo había empezado a recobrase de su altivo desdén hacia Martels y el tribunal; mientras que el Rey, fueran las que fuesen sus dudas, difícilmente podía creer mucho más de lo que veía: un ser humano desnudo e indefenso en un lamentable estado físico y mental. Era muy probable, también, que el centinela desconociera todo esto; en el cilindro negro, la jerarquía no parecía comunicarse demasiado de un nivel a otro.

Algo en el pasado de Martels, asimismo, jugaba ahora en favor suyo. Su odio irracional hacia todo el reino avícola, desde la infancia, que despertaba de nuevo en él; de hecho, había resultado difícil evitar que le incapacitara mientras el Rey le interrogaba. No era algo específico, no sentía más enemistad hacia el centinela que hacia todas las aves en conjunto, ni tampoco menos. Matar al guardián no provocaría probablemente ningún aumento de la cantidad de estética emocional que estaba acumulando ya al respecto; después de todo, el animal podía ser atacado por sorpresa. Aquí, la misma conducta de la telepatía parecía estar de su parte, por una vez.

Pero tendría que actuar rápidamente. La onda eléctrica de muerte repentina podría quedar perfectamente enmascarada por otras en la selva contigua, o al menos podría parecer tan corriente como para pasar inadvertida; pero no tendría que conceder al animal un solo instante para que diera la alarma. Un golpe de karate en el cuello podía resolver el problema. Martels no lo había intentado nunca —sólo lo había visto repetido ad nauseam en el cine—, pero una prueba efectuada sobre su propio antebrazo izquierdo, de espaldas al guardián, le convenció rápidamente de que el canto de la mano es un arma mucho más peligrosa que el puño. Y los pájaros, sea cual sea su tamaño, tienen los huesos huecos.

La prueba provocó un silencioso aullido del Qvant, lo cual hizo sonreír a Martels. Mejor que mejor. Lo más importante y falso que los Pájaros sabían acerca de los seres humanos era esto: Los hombres no pueden volar. Las mismas circunstancias de su actual encarcelamiento atestiguaban este error profundamente enterrado, enterrado casi seguramente desde el final de la época del Qvant.

Dando todavía la espalda al guardián, Martels puso en marcha los ágiles dedos del Tlam en la semipenumbra, desanudando y soltando cordones de las pieles más próximas.

Resultó que no importaba que Martels no hubiera ensayado nunca un golpe de karate, y mucho menos lo hubiera utilizado en alguna lucha. Tlam lo conocía, aunque

bajo otro nombre, y la muerte del guardián fue satisfactoria y expertamente repentina. Resultó también que Tlam sabía que el canto de la mano es incluso mejor partiendo cañas que partiendo huesos. Unos minutos después de la muerte del guardián, tenía a mano cinco cuchillos de bambú tan afilados como navajas de afeitar.

El cuerpo principal de la carroña fue cortado rápidamente por debajo del esternón, descartando también la cabeza. El resto fue atado, con las alas extendidas, en una armazón de bambú en forros de T, utilizando correas que Martels había estado masticando por apremio de Tlam durante la mayor parte de la noche anterior. Tenía tanta hambre, que casi disfrutó con aquella parte del proceso.

Una vez atadas las correas, de nuevo utilizando la habilidad de Tlam, Martels ordenó que fueran empapadas abundantemente con la sangre del propio Pájaro. Al coagularse formaría una especie de engrudo, aunque probablemente de calidad más que dudosa. Pero, lógicamente, no había nada más que pudiera servir para aquel propósito.

Todo el proceso se inició inmediatamente antes del amanecer, cuando Martels supuso que el centinela nocturno prestarla menos atención y vería disminuidas sus facultades visuales. La desagradable máquina quedó terminada en algo menos de una hora, gracias a la pericia de Tlam, con el añadido de unas argollas de cuero en su parte inferior para los pies, muslos, pecho, brazos y manos de Martels. Mientras el aparato se secaba, crujiendo como dolorido bajo sus crecientes tensiones, Martels comprobó qué lado de la torre recibía una corriente de aire más poderosa. Resultó ser, sin gran sorpresa por su parte, el nordeste.

El Qvant había estado contemplando necesariamente todo aquello, con una mezcla de contrariedad y de burla. Al parecer, la muerte del guardián le había cogido también a él por sorpresa, y más tarde se había permitido a sí mismo quedar confundido por la absurda taxidermia de Martels. Sólo se sintió alarmado cuando Martels empezó a encajarse en las argollas, pero una vez más Tlam ayudó a Martels a oponerse a él, aunque de un modo mucho más vacilante. Como una figura de Icaro manchada de sangre, Martels echó a correr sobre la superficie del cilindro. Cuando el Qvant quiso darse cuenta, máquina y hombre habían saltado por la ventana septentrional.

El nuevo ser conglomerado cayó como una piedra. Se necesitó toda la fuerza de las argollas de Tlam para mantener sus brazos rígidos, sin que le quedara espacio para doblar las puntas de las alas. Dobló ligeramente las rodillas, y luego volvió a extenderlas. Nada ocurría; el aparato había fallado. El suelo del prado, todavía oscuro, ascendía rápidamente hacia él.

Luego llegó aquella leve pero inconfundible sensación de elevación que sólo el piloto de una aeronave muy pequeña puede conocer.

Ahora no era el prado el que se hinchaba en su rostro, sino el lindero de la selva.

Su caída había sido oblicua. Una vez más dobló las rodillas. Desprendiendo plumas como un desaliñado cometa, se encontró a sí mismo deslizándose velozmente sobre la superficie de un borroso mar verde oscuro, y un aire cálido levantándose para recibir al sol le atrapó en el pecho; luego... —¡oh milagro!— empezó a remontarse.

Completamente inseguro de cuánto duraría su frágil planeador, o de hasta qué punto su fuerza le permitiría volar, suponiendo que el planeador resistiera, y con su propia resolución socavada por algo muy próximo al terror que emanaba del Qvant y que cambiaba inexorablemente el equilibrio hormonal de sus cuerpos compartidos, se inclinó y viró hacia el sur, buscando otra corriente de aire que le proporcionara más altitud. Ante él en la mañana recién nacida, la muralla de niebla que señalaba los límites de la Antártida, detrás de la cual alguien podría existir (sólo podría) para ayudarle a salir de esta extravagante pesadilla, se erguía altiva e indiferente.

Durante el día, empezaron a aparecer montañas delante de él y a su derecha, y no tardó mucho tiempo en encontrarse ascendiendo y cayendo precariamente sobre cadenas de colinas. Aquí fue capaz de trepar muy considerablemente; más, en realidad, de lo que suponía. Poco después de un crudo mediodía alcanzó una altura que calculó próxima a los dos mil metros, pero allí la temperatura era tan baja que se vio obligado a descender casi seiscientos metros.

Aprovechó aquella ocasión para dar una vuelta completa sobre sí mismo: desde luego, le estaban siguiendo. Una formación de grandes Pájaros, tipo grulla, era visible al norte, manteniéndose a una distancia uniforme.

Aquello era probablemente lo único que podían hacer, ya que, al igual que él, parecían puros planeadores. Debido a que podrían permanecer en el aire mucho más tiempo que él, sin duda no les importaba cuánto lograra resistir, ni lo que aguantara su improvisado aparato. Aunque éste empezaba ya a fallar de un modo ostensible, y él debería considerarse extraordinariamente afortunado si conseguía mantenerse en el aire hasta el anochecer.

Dentro de su cerebro había un sospechoso silencio. En realidad, allí no parecía haber nadie excepto él mismo. El susto inicial de Qvant se había desvanecido; Martels habría sospechado que estaba dormido si la idea no le hubiese parecido absurda a la luz de sus recientes experiencias. Tlam permanecía igualmente inactivo; ni siquiera ayudaba a Martels en el vuelo, lo cual era un indicio seguro de que en su cerebro no había existido una experiencia anterior en tal sentido. Tal vez la treta le había impresionado en silencio, sin alarmarle tanto como había alarmado inicialmente al Qvant... o, quizás, el Qvant y él estaban ocupados conspirando, por debajo del nivel de la inexperta atención de Martels. Los tres tenían poco en común el uno con el otro, pero en el caso de Martels la disparidad era más acusada. Además, Martels era el más indeseable de los intrusos en ese mundo...

Viró hacia el suroeste, donde las colinas aparecían cada vez más altas. La lejana

formación de grullas viró a su vez, siguiéndole.

A última hora de la tarde volaba a una altitud de quinientos metros; y el terreno había dejado de ayudarle. La selva había quedado a la izquierda y se había convertido en un bosque de zona templada, el cual a su vez quedaba reemplazado por una serie de tierras bajas volcánicas, como una versión en rojo y negro del Mar Imbrium... o de aquel territorio que Poe había descrito hacia el inacabado final de Pym. A su derecha se encontraban las montañas propiamente dichas. Las dos zonas estaban separadas por unos embudos de aire tan poderosos que Martels no se atrevió a afrontarlos, convencido de que su aparato quedaría destrozado en unos minutos.

Resignadamente, descendió para efectuar un aterrizaje en el último parche de vegetación que se deslizaba hacia él sobre el horizonte meridional. Las grullas le siguieron.

Al principio creyó que caería antes de llegar al lugar escogido... y luego, bruscamente, que iba a pasar de largo. Trató de frenar desesperadamente y recorrió los últimos seis metros entre una conmoción de ramas y huesos rotos. El improvisado planeador se desintegró a su alrededor.

En el último segundo pudo ver la formación en V de sus perseguidores volando silenciosamente, muy alta, como una bandada de signos de intercalación. Luego chocó contra el suelo.

Tlam y Qvant escogieron exactamente aquel momento para actuar al unísono. El brutal dolor del impacto se desvaneció como por arte de magia, y con él la fatiga, el miedo y todo lo demás.

Una vez más, había chocado contra el fondo del telescopio del tiempo, y estaba abandonado y solo en la oscuridad.

## 10

Estar muerto, decidió Martels después de un período de tiempo indefinidamente largo, siempre había tenido una mala prensa, pero ahora parecía ofrecer ciertas ventajas. Al principio había derivado simplemente en una bruma de indolora desorientación; esta región no tenía mojones, y de hecho no había existido ninguna entrada sensorial a excepción de un ocasional encuentro con una especie de nexo de vaga desesperación que Martels estimó que era otro fantasma como él mismo. Pero no se sentía deprimido; había sido dislocado ya demasiadas veces para que esto resultara, todavía, extraordinariamente interesante.

Siguió una sensación de lucidez sin precedente, aunque sin luz, como si ahora empezara a comprender por primera vez todos los recovecos y misterios de su propia

psique. Empezó a preguntarse, con cierto pasmo, si esto era lo que los místicos habían llamado «detersión de las puertas de la percepción». Ninguna recepción parecía estar involucrada, ya que Martels seguía sin poder detectar ninguna entrada; pero la claridad de sus pensamientos era una alegría para él, y retozaba en medio de ellos como un delfín entre dos aguas.

No tenía la menor idea del tiempo que permaneció en aquel estado similar al Zen. Gradualmente, sin embargo, tuvo conciencia de que algún ente exterior estaba formulándole preguntas: preguntas incisivas, aunque impersonales. Sin embargo, ni las preguntas ni las respuestas tenían ningún contenido semántico que él pudiera sondear, como una conversación en lógica simbólica. ¿Era éste el Juicio Final?

Pero el interrogador se alejó y Martels quedó de nuevo solo para disfrutar las profundidades recién encontradas de su propia mente. Sin embargo, el alejamiento del interrogador no se tradujo en silencio. Por el contrario, todo un complejo de sonidos se hizo ahora evidente para él, y hasta cierto punto le resultaron familiares, como aquéllos a los cuales había despertado dentro de la caja-cerebro del Qvant: un zumbido remoto, pasos ocasionales y lejanas palabras, un aluvión de ecos. Martels se sintió súbitamente decepcionado. ¿Iba a repetirse todo, no una vez, sino interminablemente, como una serpiente más bien pequeña tratando de tragar su propia cola?

Luego, una voz indiscutiblemente humana resonó clara y precisa:

—Subestación Shetland Tres requiriendo análisis computadora principal.

El lenguaje era completamente distinto del que Martels estaba acostumbrado a oír, pero lo comprendió sin dificultad. La voz era masculina.

Ciclaje, dijo Martels, con gran asombro por su parte, aunque no con palabras que pudiera oír. Adelante.

—Un grupo de exploración de nuestro puesto avanzado de Punta Arenas regresaba por aire de las Falklands hace tres días cuando localizó a alguien que al parecer trataba de cruzar el Valle Magellan. Resultó ser un tribual en un avanzado estado de deshidratación y desnutrición, con un brazo en cabestrillo y cuatro costillas rotas. Tal como cabía esperar, se mostró virtualmente incoherente, aunque menos asustado de nuestra aeronave de lo que suelen mostrarse los tribuales; pero fue capaz de identificarse a si mismo como un tal Tlam, expulsado de la tribu de Hawkburrow, un grupo que creemos que se encuentra ligeramente al norte del lago Colue Huape. Salvo por la extraordinaria distancia al parecer recorrida a pie, el caso no parecía ofrecer ninguna complicación especial y fue tratado como de costumbre.

»Después de traerle a esta estación y someterle a un apropiado tratamiento, el tribual fue sumido en un profundo sueño, del cual despertó espontáneamente el segundo día. Mostró un completo cambio de personalidad, pretendiendo ahora ser el Qvant de Renacimiento III. Los análisis en profundidad revelan que había realmente

dos personalidades presentes en el cerebro; además, han puesto de manifiesto leves rastros de ocupación por una tercera en el pasado inmediato. En consecuencia, formulamos las siguientes preguntas:

»Primero: ¿existen condiciones realizables bajo las cuales el Qvant podría haber escapado de su caja en un cerebro mortal?

»Segundo: ¿cuáles son las probabilidades de que semejante ser compuesto pueda haber cruzado la Región de los Pájaros, a pie o de otro modo?

»Tercero: ¿qué posibles interpretaciones pueden darse a la existencia de rastros de una tercera personalidad, y de su posible supervivencia? Y, en caso afirmativo, ¿de qué manera?

»Cuarto: ¿qué consecuencias puede tener este acontecimiento en lo que respecta a nuestras relaciones con los Pájaros?

»Finalmente, ¿qué medida/s hay que tomar? Fin de la transmisión.

Martels sintió un momentáneo deseo de replicar, pero se apresuró a reprimirlo. Si bien conocía las respuestas a todas aquellas preguntas, ignoraba cómo las conocía. Desde luego, su propia experiencia reciente suministraba muchas de las respuestas, pero las preguntas le habían dado acceso también a una enorme cantidad de hechos adicionales que parecían constituir una parte de su memoria, aunque al mismo tiempo no procedían de nada que le hubiese ocurrido a él. Su sensación de lucidez se había intensificado, pero sentía también una necesidad de mostrarse cauteloso, lo cual era hasta cierto punto completamente normal, aunque al mismo tiempo parecía ajeno al substrato físico de su nuevo modo de existencia.

Mientras reflexionaba, abrió su Ojo. A su alrededor se hizo presente un amplio vestíbulo verdoso inmaculadamente limpio, ocupado en su mayor parte por una máquina esférica e inmaterial que flotaba en el centro de un dodecaedro casi transparente. Pudo ver todo esto menos su base, así como toda la habitación, simultáneamente, pero por algún motivo el hecho no le pareció anormal; una perspectiva dieciseisena resultaba ser mucho mejor que cualquier perspectiva binaria. El vestíbulo contenía cuatro puertas, y un estrado en cual estaba sentada, en actitud expectante, una joven rubia extraordinariamente hermosa, vestida con una túnica roja y gris. Martels captaba tres aspectos laterales de ella, más otro aspecto desde arriba. Era evidente, pues, que el Ojo tenía quince componentes distintos, uno en cada esquina de los seis pentágonos superiores, más uno en el techo.

Lo cual clarificaba absolutamente que la máquina era... él mismo.

De hecho, Martels había sabido esto en alguna parte de sus nuevas profundidades, del mismo modo que había sabido que la joven era Anble, operadora normal de la máquina, y que ella no era la fuente de las preguntas.

Casi como confirmación, toda la serie de preguntas fue repetida. Esta vez, sin embargo, llegaron por un medio distinto en un solo y casi instantáneo estallido de

ruido semiblanco. Para la parte humana de su mente aquel fogonazo fue tan insistente como para semejar casi un agujijón, pero la tranquila y desapasionada memoria de la máquina le dijo que era solamente una señal Dirac, enviada de modo que todos los receptores que pudieran tener algún motivo para preocuparse del problema lo registrarán. Las preguntas habían sido redactadas de nuevo, y parecían contener algún material adicional, pero su significado era el mismo.

Anble esperaba en lo alto del estrado. De la mesa sobresalía la ancha matriz amarilla de lo que parecía ser, y era, un rollo de papel. Para imprimir, desde luego. Examinándolo desde la parte del techo del Ojo, Martels comprobó que contenía dos palabras: Ciclaje. Adelante. De haberlo deseado, podía haber replicado también oralmente, por teléfono ordinario, por radio, por ultraonda o por pulsaciones Dirac; o, en circunstancias extremas, decidirse por guardar silencio.

¿Qué hubiera hecho la máquina, dejada a su propio impulso? La respuesta brotó por sí misma, y al mismo tiempo apareció impresa en el papel: Datos insuficientes. Pero ése no era propiamente el caso ahora. Martels provocó una edición: Traedme al hombre Tlam.

Los resultados fueron asombrosos para las dos partes de su psique, nueva y antigua, comoquiera que se las definiera. La joven palideció, se cubrió el rostro con las manos y contempló fijamente el rutilante y silencioso objeto que tenía ante ella. Luego extendió su mano derecha y empezó a apretar repetidamente un botón rojo en aquel lado de la mesa. Los interrogadores invisibles enviaron una señal como respuesta, una señal que puso en marcha una silenciosa alarma: emergencia emergencia emergencia emergencia...

Martels no sabía lo que significaba aquello, pero la máquina sí, y de hecho lo había imaginado mucho antes. Simplemente, no había estado en condiciones de preocuparse... pero ahora lo estaba. Emergencia El Qvant ha restablecido contacto con la computadora, y/o La Máquina se ha hecho por fin sensible por sí misma.

La trajeron obedientemente a Tlam, pero primero le interrogaron muy estrechamente. Sus interrogadores fueron Anble y dos jóvenes pálidos, delgados pero musculosos, que llevaban unas túnicas idénticas. Ambos, desde luego, eran calvos. Respondiendo simultáneamente por letra impresa y con su nueva voz sorprendentemente musical, Martels les dijo todo lo que había descubierto que sabía.

—Vuestra computadora no se ha hecho sensible, y el Qvant no ha restablecido contacto con ella. Es la morada de otra inteligencia humana que ahora os está hablando. Mi nombre, dicho sea de paso, es Martels, y mi origen se remonta a unos veintitrés mil años vuestro pasado, posiblemente un siglo antes de Renacimiento Uno. He comprobado que ni siquiera la computadora puede darme fecha exacta, pero, de todos modos, esto carece de importancia. —Hizo una pausa para tomar aliento, y continuó—: Mi mente fue propulsada a esta época por la generación accidental de



campo jugotemporal en un potente radiodifusor; fue captado por receptor específicamente diseñado para contener un campo semejante, que resultó ser la caja-cerebro del Qvant en el museo de Renacimiento Tres, en Rawson. Después de observar durante algún tiempo a los tribuales que llegaban como peticionarios al museo, me enteré de vuestra existencia en el Sur y decidí llegar hasta vosotros con la esperanza de obtener ayuda para regresar a mi propia época. Con este fin, engañé al Qvant para que me proyectara en la mente del siguiente peticionario, que es el tribunal que ahora retenéis cautivo: Tlam, de la tribu de Hawkburrow. Ahora procederé a contestar vuestras otras preguntas.

—Ya has empezado a contestarlas —observó uno de los jóvenes (Lanest, técnico jefe, Base Principal; edad... ¡Oh!, al diablo con eso)—. Pero no en orden de prioridad.

—Ni el Qvant, ni una computadora súbitamente autoconsciente se sentirían obligados a seguir estrictamente vuestra programación Lanest —observó secamente Martels—. Sois afortunados al tenerme a mí en vuestras manos, en vez de a ellos. Soy incluso lo bastante amable como para proporcionaros una simultánea respuesta impresa para su estudio posterior, aunque nadie me ha dicho que lo hiciera y no forma parte de las órdenes recibidas por la máquina ¿Vamos a utilizar subterfugios... o sigo adelante?

Los ojos de Lanest se frunció, y se volvió hacia sus compatriotas. Al cabo de unos instantes, el otro hombre (Robels; jefe la Base Shetland III; edad... ¿Quieres hacer el favor de callarte y dejarme pensar?) hizo una ambigua seña con la mano.

—Muy bien. Adelante.

—Gracias. Habéis preguntado bajo qué circunstancias sería posible para el Qvant trasladarse desde su caja-cerebro a otra mente este modo. Parece evidente que es capaz de hacerlo en cualquier momento, e incluso fue capaz de realizar semejante transferencia utilizándome a mí como sujeto puramente pasivo. Nunca lo ha echo por sí mismo porque no quiere poner en peligro su casi-inmortalidad en una aventura con un anfitrión mortal. Aunque está interesado en cuestiones acerca de la vida futura, su curiosidad no iba tan lejos.

—Utilizas el presente. Esto significa, en nuestra opinión, que Qvant no está ahora presente en la mente del tribunal.

—Probablemente no..., de otro modo yo mismo no me hubiera arriesgado a pedir que Tlam apareciera físicamente ante la computadora. He llegado a la conclusión, y la computadora la confirma, de que la presencia física es fundamental para casi todas las formas de apareamiento mental, excepto aquellas sometidas a una amplificación mecánica: y la computadora es un amplificador; de no ser así, yo no formaría ahora parte de ella. Sin embargo, el problema que vosotros planteáis no está sujeto a cuantificación, y la máquina no puede darnos a ninguno de nosotros una cifra

de probabilidades. Lo que yo ofrezco ahora es lógica mecánica en parte, pero fundamentalmente un juicio humano.

—Amplía eso, por favor —dijo Lanest.

—Durante la mayor parte de mi viaje hasta aquí he estado bajo la impresión de que el Qvant se alojaba también en el cerebro del tribunal. Sin embargo, él hizo a su vez dos tentativas de desalojarme a mí, una de las cuales anulé con la ayuda de la mente del propio Tlam... y la otra consumada con éxito porque en aquella ocasión Qvant contaba con la ayuda de Tlam. Creí haber escapado de la caja-cerebro mediante la aplicación de la fuerza física, pero ahora ya sé por la computadora que la caja es a prueba de sacudidas, incluso de terremotos de cinco punto cero en la escala de Richter, y en consecuencia difícilmente podía transmitir el golpe de una maza al cerebro que estaba destinada a proteger.

»Yo estaba subjetivamente convencido en todo momento de que el intelecto y la fuerza de voluntad del Qvant eran infinitamente superiores a los míos. Aunque, como he dicho antes, esta paradoja no puede ser cuantificada, puede ser tratada como un diagrama de Venn, el cual he impreso para vosotros. Tal como podéis ver, excluye virtualmente la posibilidad de que el Qvant estuviera enteramente en el cerebro del tribunal al mismo tiempo que yo. Existía y existe un poderoso contacto telepático, pero ninguna transferencia juganética de la entera personalidad, tal como la que yo he experimentado.

»Sus motivaciones siguen siendo desconocidas, y en ese campo la computadora no puede ayudarnos. Sin embargo, tengo algunas hipótesis. El Qvant se siente deseoso y obligado al mismo tiempo a restablecer el contacto con la computadora principal. Yo me convertí en su instrumento para intentarlo sin peligro. Si el tribunal moría en el camino, yo moriría con él, en tanto que el Qvant tendría tiempo para retirar su tentáculo. En el peor de los casos, los resultados de la experiencia le serían muy útiles para la siguiente tentativa. Era una oportunidad única para él.

»Una vez le hube llevado a través de la Región de los Pájaros, creyó que podía prescindir de mí, y lo hizo. Evidentemente, eso fue un error de cálculo con respecto a los peligros del resto del viaje; y si el tribunal hubiera muerto entonces y allí, creo que las consecuencias para el Qvant habrían sido muy graves. Es probable que el contacto sea todavía únicamente parcial, aunque necesariamente mucho más íntimo que cuando yo actuaba como inadvertido intermediario.

Se produjo un prolongado silencio. Finalmente, Robels dijo:

—Entonces, ¿cómo es que te encuentras aquí?

—Vuestra computadora es el más próximo de los complejos campos juganéticos que podía recibirme..., especialmente teniendo en cuenta mi adiestramiento en hacer una cosa semejante, que parece ser única en vuestra época. Desde luego, era también la más próxima a mí en el tiempo, y yo fui apuntado en vuestra dirección casi desde

el primer momento.

De nuevo se produjo un rápido intercambio de señas con mano entre los dos hombres. Lanest dijo:

—Dos de nuestras cinco preguntas continúan sin contestar, y vista de lo que nos ha dicho, se han convertido en las más urgen de todas. En primer lugar, si es cierto que has cruzado la Región de los Pájaros a pie, cosa que ningún otro... hombre... ha hecho nunca, debes tener algo que decirnos acerca de ellos. En particular, algo que podría ayudarnos a derrotarlos. ¿Qué tienes que decir y qué debemos hacer?

—No sé nada acerca de ellos que vuestra computadora no sepa —dijo Martels—. Es decir, que no son aún muy analíticos, se basan todavía primordialmente en el instinto, pero que su inteligencia aumenta por selección de una generación a otra, al mismo tiempo que instintos como la telepatía pierden importancia. La telepatía y la inteligencia parecen ser incompatibles desde el punto de vista evolutivo: si se tiene una de ellas, la otra no parece ser necesaria, incluso pueden ser enemigas en el campo de la evolución. Él ha sido desviado deliberadamente del tipo normal; y yo soy un primitivo, mucho más que los individuos como Tlam.

»Si éste es el caso, no existe ninguna posibilidad de compromiso con los Pájaros. Ellos se proponen destruir al género humano, la mayor rapidez posible, y no es probable que estén dispuestos esperar que la evolución se ponga de su parte. Son incapaces de considerar el proceso a tan largo plazo.

—¿Eso es todo? —exclamó súbitamente la joven, en tono desesperado—. Sabemos perfectamente que estamos perdiendo la batalla contra los Pájaros, pues ellos se multiplican mucho más aprisa que nosotros ahora. Sabemos también que dentro de muy poco perderemos incluso este reducto de montañas y de hielo. Ahora un milagro... ¿y no podrá ayudarnos tampoco?

No había ninguna respuesta que Martels pudiera ofrecer.

Desde luego, el próximo período glacial no tardaría en llegar, destruyendo a los Pájaros mucho antes de que pudieran consolidar sus conquistas, pero aquel acontecimiento no se produciría dentro del previsible curso de la vida de los hombres de la Antártida, supervivientes la época del Qvant. Por la expresión de sus rostros, Martels ver claramente que lo habían sabido durante muchas generaciones.

Dijo, con cierta reserva:

—No sé lo que puedo hacer, pero no he renunciado aún a la esperanza. Quedan todavía algunas cuestiones por resolver. Para empezar, permitidme que le eche otra ojeada al tribunal.

Los supervivientes de Renacimiento III conferenciaron en silencio, y con el mismo silencio se pusieron de acuerdo. La joven asintió y pulsó un botón. Se abrió una puerta y entró Tlam, por su propio pie.

Martels le contempló con curiosidad dieciseisena. Era la primera ocasión que

había tenido de ver lo que había sido, en cierto sentido, él mismo después de aquella mimética entrevista preliminar en el museo.

Tlam era un testimonio viviente de los conocimientos médicos de los hombres de la Antártida: sano, sin cicatrices, alerta... y abiertamente arrogante. Inmediatamente, Martels supo que había cometido un tremendo error.

El Qvant estaba allí —no sólo conectado con Tlam, sino allí—, y su mente penetró en la burbuja de la computadora como una flecha disparada contra una rueda de queso. El vestíbulo, los hombres de la Antártida, todo lo demás desapareció en un rugido rojo. Esta vez, el Qvant actuaba en serio.

## 11

Sólo la práctica anterior de Martels en resistir las embestidas del Qvant le salvó de una derrota fulminante. Su frenética resistencia sólo duró una fracción de segundo antes de disparar algo dentro de la computadora, y el furioso ataque del Qvant se desvaneció... junto con todo el resto del mundo exterior. Indagando los motivos, Martels descubrió que la máquina —esencialmente un complejo de campos juganéticos, el mínimo material necesario para formar un substrato para ellos, y una fuente de energía— había contestado a su impulso creando una zona de bloqueo o corteza de interferencia a través de la cual no podía pasar ninguna sonda.

Sin embargo, aquello tenía un precio: no pasaría ningún impulso de ninguna clase, en ninguna dirección, incluida la energía. La energía seguía fluyendo, de alguna fuente que Martels no podía localizar, pero sólo era suficiente para mantener la personalidad juganética de la máquina; todo el material había desaparecido. Salvo por la presencia de la conciencia de Martels, era un estado muy semejante al sueño REM, pero tendiendo paulatina e inexorablemente a la muerte, a medida que se perdía la entropía. Martels parecía encontrarse en un estado de completa indefensión.

Descubrió, que era directamente consciente del paso del tiempo —la máquina lo medía del modo más directo posible— por la erosión de sus energías: su unidad básica era la constante de Plank.

Todo lo demás se había parado. La memoria de la máquina y las funciones computacionales estaban encerradas inaccesiblemente en el ahora frío material. Martels no tenía ninguna fuente de información, salvo aquel inexplicable goteo de energía restante que parecía proceder de alguna parte dentro de él mismo. Y las exigencias de mantener la zona de interferencia aumentaban exponencialmente. El límite crítico sería alcanzado en menos de una hora, después del cual Martels y la máquina estarían efectivamente muertos. La alternativa era dejar caer la zona, lo cual

convertiría a Martels y a la máquina en esclavos del Qvant, ya que en aquella fracción de segundo de su resistencia Martels había descubierto que el proceso cíclico en la computadora que él había usurpado se modeló para recibir Qvant, el cual encajaría mucho mejor en él.

Desesperado, se replegó internamente hacia aquel problemático goteo de energía. Era un camino terrible de seguir, ya que a medida que captaba con más intensidad la corriente de energía, su mente parecía sumirse en algo muy parecido a la hipnosis. Pero cuanto más se acercaba a ella, más alerta se sentía; era como si prestar más y más atención a menos y menos cosas, de modo que al llegar al centro del misterio no se concentraría paradójicamente en nada.

La curva de semejante relación se formó de un modo maquinal en su mente, definidos sus extremos por los ángulos externos de sucesivos y cambiantes rectángulos. Las diagonales a través de aquellos extremos se cruzaban en el punto de origen, y sus puntas formaban 90 grados de un círculo. El borde de aquel círculo correspondía al estado de máxima conciencia al máximo número de cosas pero 180 grados de él encerraban los impulsos procedentes del mundo exterior; el resto estaba reservado para los impulsos internos: meditar, dormir, soñar. Los sueños REM se hallaban en el exterior de la rueda, sin sueños en el centro; mientras que en el mundo completa vigilia, la orilla era el estado Zen, y el origen era el vacío de experiencia mística, cero atención a cero cosas. Pero esto no fue el fin. Mientras observaba maravillado la gran rueda, giró sobre su costado y se convirtió en un disco, con los mismos cuatro diagramas, pero cuyos parámetros eran ahora grados certeza contra efecto emocional. El punto cero era también aquí un estado místico, pero podía ser dicha total o total desesperación: una Noche Elevada u Oscura del alma. Vio que el modelo era esférico y era un modelo de la estructura de la propia computadora. Era modelo del universo sensible, en el corazón del cual yacía el latido primario de la vida...

... Y un núcleo de completa pasividad. Casi demasiado tarde, cambió de dirección y corrió hacia la corteza de la esfera, la zona de interferencia. Infinitud, descanso y certeza pleitearon con él mientras corría, pero podían esperar. Eran reinos de contemplación y sueño y él tenía, de momento, otras tareas.

Mientras corría hacia fuera, la energía descendió hacia el límite crítico. Otras preguntas mucho más prácticas temían que ser contestadas también, y pronto. Dado que los aparatos transistorizados de su propia época no necesitaban un calentamiento previo, era muy improbable que la computadora lo necesitara. Una rápida revisión de sus sencillos circuitos le permitió comprobar que estaba en lo cierto, y localizó también el mecanismo que gobernaba la impresión.

Ahora todo dependía de si el Qvant había sido capaz de seguir atacando ininterrumpidamente, o si estaba esperando en actitud vigilante que cayera el escudo

antes de reanudar su agresión. Martels tendría que correr aquel riesgo; el Qvant era mucho más rápido que él, pero la máquina era mucho más rápida que los dos. Y, además, tendría de su parte el factor sorpresa.

Tensándose en torno a los circuitos, dejó caer la pantalla. La computadora recobró instantáneamente la vida. Y Martels transmitió un mensaje de doce letras a través de la línea de impresión. No tuvo tiempo de comprobar si la máquina esclava respondía, y mucho menos hasta qué punto: armando y pinchando como un remolino de cuchillos, el Autarca pugnaba por instalarse en el lugar que había sido preparado para él dentro del mecanismo supremo, un lugar que le había sido negado durante un número desconocido de siglos.

Luego volvió a formarse la zona de bloqueo, y la computadora quedó una vez más oscura y sin vida, salvo por la conciencia ciega y sorda de Martels. El cronometrador de entropía desgastó los segundos fraccionales. ¿Cuánto tardarían los hombres de la Antártida en contestar... si es que lo hacían, y si el Qvant no había sido capaz de impedirselo? Lo que Martels había transmitido había sido: ATURDIR A TLAM. Aquella carta de la anormal sensibilidad de Qvant al dolor físico era la única que tenía para jugar.

Fuera lo que fuese lo que había ocurrido en el exterior, Martels disponía del mismo tiempo que antes, o menos, para esperar que la pérdida de energía en la computadora alcanzara su límite crítico. Había que contar con la pérdida adicional de energía que se había producido al transmitir el mensaje.

Y el tiempo se agotó. Dejó caer el escudo una vez más.

Nada sino luz brotó sobre él. Intrigados pero alertas. Alible, Lanest y Robels estaban inclinados sobre el caído cuerpo del tribunal. Habían recibido el mensaje.

—Anestesiadle rápidamente, y mantenedle en ese estado mientras decidimos lo que vamos a hacer —se apresuró a decir Martels, viva voce—. Estaba equivocado: el Qvant está presente del todo en su cerebro, y no se encuentra en la caja de Rawson. Mientras esté consciente, intentará ocupar de nuevo la computadora, y yo no puedo evitarlo sin parar por completo la máquina. Si no queréis eso, ni queréis que regrese, será mejor que le pongáis en hielo.

Lanest disparó su pulgar hacia la puerta en un gesto que había sobrevivido veintitrés mil años. Robels y Anble cogieron a Tlam por debajo de los sobacos y le arrastraron fuera del vestíbulo. Mientras la puerta se cerraba detrás de ellos Lanest se sentó en el estrado. Su expresión era todavía muy cautelosa.

—No estoy seguro de que representes ninguna mejora sobre el Qvant —dijo—. Pareces ignorante y torpe al mismo tiempo.

—Admito que soy las dos cosas, pero estoy aprendiendo muy aprisa. ¿Qué clase de mejora estáis buscando? Si sólo deseáis que os sea devuelta vuestra computadora, no lo permitiré; tenéis que elegir entre el Qvant y yo. ¿Por qué le desconectasteis de

ella? La máquina fue construida evidentemente para que él la utilizara. Probablemente, yo no sería capaz de manejarla con la décima parte de su eficacia.

Lanest pareció muy lejos de desear contestar esto, pero finalmente pareció llegar a la conclusión de que no podía elegir.

—En realidad no deseábamos desconectarle de la computadora, y lo hicimos muy en contra de nuestra voluntad. Como habrás observado, la computadora y él se adaptan perfectamente el uno a la otra, y la máquina no ha funcionado con su máxima eficacia desde entonces. La intención original fue la de que los dos juntos debían actuar como un depósito de conocimiento hasta la época en que los hombres de Renacimiento Cuatro pudieran hacer uso de él otra vez, y que el museo debía estar situado lo bastante lejos en las selvas para que los hombres pudieran acceder a él, y al Qvant, cuando estuvieran preparados. El Qvant había sido preparado para ser un caudillo, y se suponía que cuando llegara el momento ejercería el caudillaje.

»Pero el acceso a los Senderos junganéticos que la computadora le proporcionó se convirtió en una trampa, induciéndole a una creciente pasividad. Dudo mucho de que estés equipado para comprender el proceso, pero en la mayoría de los hombres mortales existe un nivel de certeza que ellos retienen como “realidad” durante toda su vida. Unos cuantos hombres, muy pocos, son arrancados de ese estado por contacto con algo perturbador: una tragedia personal, descubrimiento de capacidad telepática, una visita de un antepasado, o cualquiera de centenares de otras posibles sacudidas a su metafísica. La pérdida es irreversible, y la transición de un nivel de certeza a otro es calificada oscuramente de «descontento divino», «ansia de inmortalidad», etcétera. ¿Tiene esto algún significado para ti?

—A decir verdad —respondió Martels—, puedo situarlo incluso en un mapa cualitativo que he empezado a desarrollar, y en torno al cual parece estar construida la computadora.

—Exactamente: la computadora es un símbolo de la situación sensible universal. Por lo tanto, seré más breve acerca de las fases restantes. Son ocho en total: orientación, pérdida de la realidad, concentración, meditación, contemplación, el vado, re-emergencia, re-estabilización. El Qvant quedó tan inmerso en este peregrinaje mental que perdió todo interés en el caudillaje, permitió que los pájaros evolucionaran y se desarrollaran sin ninguna interferencia, y eventualmente empezó a dificultar muchos de nuestros propios usos prácticos y cotidianos de la computadora.

»Existen dos niveles del estado M, la cuarta fase. Cuando el Qvant penetró definitivamente en el más profundo de los dos, consideramos prudente cortar del todo su conexión con la computadora. Desde allí, era inevitable una caída al estado v, y nosotros no teníamos, ni tenemos, ningún medio para predecir cuáles serían sus deseos cuando emergiera. Podría haber estado activamente de parte de los Pájaros: tales reversiones son frecuentes, y como has tenido ocasión de comprobar, el Qvant

sería un enemigo particularmente peligroso.

—El traidor es más peligroso que un regimiento de soldados enemigos —convino Martels—. Lo que acabas de decirme coincide perfectamente con mis propias observaciones. El Qvant debía estar a punto de penetrar en la fase v cuando mi llegada le hizo retroceder un paso. Ahora está movilizado contra todos nosotros.

—¿Y tú?

—No entiendo la pregunta —dijo Martels.

—¿De parte de quién estás?

—Eso debería ser evidente por sí mismo. He llegado aquí en busca de ayuda. No la obtendría poniéndome de parte del Qvant, y, desde luego, no la conseguiría de los Pájaros. Tendréis que confiar en mí, y mantener al Qvant, y al tribunal, inconscientes hasta que decidamos lo que hay que hacer con respecto a ese problema. No tengo ninguna solución inmediata.

—¿Por qué habrías de tenerla? —inquirió Lanest bruscamente. Para el uso práctico de la computadora, tu actitud es más perjudicial que la del Qvant cuando le desconectamos de ella. Será mejor para nosotros que prescindamos de ti, a menos de que tengas algún plan concreto para una acción inmediata contra los Pájaros.

—No podréis libraros de mí, Lanest. Al contrario del Qvant, no estoy simplemente conectado a la computadora por una línea que vosotros podáis cortar. Estoy dentro de ella.

Lanest sonrió sin alegría.

—Computadora, conócete a ti misma —dijo.

Martels miró hacia dentro. El conocimiento necesario brotó inmediata y obedientemente a su atención, y él lo estudió con creciente desaliento. Lanest tenía realmente la sartén por el mango. Sólo tenía que matar a Tlam/Qvant y esperar lo suficiente para que el fantasma del Autarca se consumiera en la impotencia. Luego podía borrar a Martels de la máquina con una simple sobrecarga de energía, como si realizara algo equivalente a una lobectomía. Martels podía volver a erigir la zona de interferencias contra esto, desde luego, pero no podría mantenerla para siempre. Lo mejor que podía esperar eran unas tablas, manteniendo una vigilancia continua.

Y tarde o temprano, probablemente mucho más temprano que en el caso del Qvant, se encontraría arrastrado a los Senderos juganéticos, uno de los cuales había cruzado ya casi hasta el desastre. A partir de entonces, los hombres de la Antártida se librarían de las dos molestas inteligencias y volverían a disponer de su necia y obediente computadora.

Aquello no les haría ningún bien alargo plazo, desde luego, pero a menos de que Martels pudiera ofrecer alguna estrategia contra los Pájaros, no estaría allí para decir: «ya os lo había advertido».

—Comprendo el problema —dijo—. Muy bien, Lanest. Vamos hacer un trato.



En la caja-cerebro en el museo de Rawson, transcurrieron los años. Transcurrieron diez, veinte, cincuenta, cien años, hasta que Martels empezó a creer que se había perdido.

Había ocasionales distracciones. La zumbante casi sonambulística presencia del Qvant ya no estaba con él, desde luego. Los hombres de la Antártida habían seguido al pie de la letra el consejo de Martels de que el tribunal fuera puesto en hielo, y Tlam y el Autarca se encontraban ahora en estado de hibernación. La computadora volvía a funcionar a pleno rendimiento, y su línea hasta la caja cerebro había sido restablecida, de modo que Martels podía participar en cualquier momento que deseara en las tareas normales de la máquina para resolver problemas, y hablar a las sucesivas generaciones de los hombres que cuidaban de ella más al sur. Era interesante, también, comprobar que los hombres de la Antártida envejecían mucho. La nieta de Anbler estaba ahora en el estrado, pero la propia Anbler se dejaba ver aún en alguna ocasión, vieja pero no carente del todo de vigor. Lanest seguía también con vida aunque débil.

Pero la tarea de organizar a los tribuales —la misma que Martels había propuesto hacía muchísimo tiempo a un desdeñoso Qvant— era muy lenta. Tardó dos décadas en extender entre los tribuales la noticia de que la caja-cerebro volvía a hablar, y otra en convencerles (ya que la desgracia y el exilio de Tlam era ahora una leyenda, reforzada por su fracaso al no dejar detrás de él ni siquiera el rastro de un fantasma) de que no había ningún peligro en acercarse a él; que sólo había regresado para ayudarles. Por entonces, también, Martels casi había olvidado la costumbre del Qvant de hablar por, medio de parábolas, lo cual seguía siendo la única clase de consejo que los tribuales sabían comprender.

Resultó, también, que había otras dos ciudades en el mundo ocupadas por los supervivientes de Renacimiento III, y que poseían algunos recursos energéticos que podrían ser necesarios. Las dos eran pequeñas, y las dos se encontraban en lo que había sido América del Sur —todo el resto del mundo era propiedad de los Pájaros—. Integrarlas en la red y en el Plan requirió unos cuantos años de atención. A medida que transcurrían las décadas, Martels se sentía arrastrado con creciente intensidad a lo largo de los Senderos, cada vez más seducido por la utilidad del poderoso Símbolo o modelo de aquel original platónico de toda sensibilidad que la computadora representaba.

Luego estalló la tormenta. Los Pájaros no podían haber cronometrado mejor su ataque. Como el Qvant antes que él, Martels estaba ya deslizándose, en hipnotizada

fascinación, en el estado M, ayudado por los diagramas en los cuales el Símbolo se presentaba a él. Cuando regresaba al estado A, y con él a su antiguo concepto de la realidad, el cielo era un enjambre negro, las dos ciudades subsidiarias de Renacimiento III habían caído tras una breve lucha, y los fantasmas de los tribunales de Renacimiento IV se estaban consumiendo, lloriqueando hacia el Origen en atormentadas e inútiles hordas. Bombas y torpedos, colocados por unos malignos descendientes de los cómicos pingüinos de la época de Martels, cortaron todas las comunicaciones entre la Antártida y sus escasos puestos avanzados entre las islas en el extremo del continente; otras cayeron de las garras de escuadrones de animales semejantes a albatros que navegaban por los aires mucho mejor que cualquier hombre.

Pero a largo plazo, el planeamiento humano dio mejor resultado. La línea desde la computadora a la caja-cerebro permaneció intacta mientras Martels reorganizaba sus fuerzas apresuradamente. Poderosas aeronaves tomaron represalias; y de un laboratorio subterráneo, insospechado, en la Tierra del Fuego, fueron soltadas unas versiones ancestrales de los pájaros de la época de Martels, portadoras de una plaga, del mismo modo que los australianos humanos habían implantado en cierta ocasión un virus de la mixomatosis entre los supernumerosos conejos.

Los Pájaros empezaron a caer del cielo como una lluvia de muerte. Su último ataque fue increíblemente feroz, pero ya sin esperanza, dado que en aquel momento la línea entre la computadora y la caja-cerebro fue cortada de nuevo, dejando la inteligencia de Martels más libre de lo que nunca había estado la del Qvant. Apoyado por dos substratos y amplificado por todos sus recursos energéticos, invadió y confundió la mente del Rey de los Pájaros reinante. El ataque terminó con un rotundo fracaso.

Al final del siglo del pleno verano, la última oportunidad de los Pájaros se había desvanecido. Su organización quedó aplastada, sus nacientes tecnologías en ruinas, sus esperanzas de dominar al hombre convertidas en un sueño imposible. Los glaciares terminarían ahora definitivamente con la amenaza que habían representado.

Había empezado el Renacimiento V.

Martels presentó su factura. Llamaron a Lanest, a pesar de lo viejo que era, para que intentara disuadirle.

—Desde luego, podemos devolverte a tu época, si aún lo deseas —dijo la temblorosa voz a través del micrófono del estrado—. El asunto fue estudiado a fondo recientemente, con la computadora, mientras estabas desconectado de ella. Pero, reflexiona: nosotros tenemos ahora confianza en ti, y creemos que eres una inteligencia mucho mejor que la del Qvant para habitar en la computadora. Además, si nos abandonas nos veremos obligados a revivir al Qvant o a asesinarle, y ninguna de las dos cosas nos resulta agradable. Te pedimos que te quedes con nosotros.

Martels repasó la memoria de la computadora, un proceso que duró sólo un segundo, pero que le dio mucho que pensar. Seguía siendo cierto que el cálculo mecánico puede ser casi instantáneo, pero que el verdadero pensamiento humano requiere un tiempo finito.

—Comprendo. La situación es que podéis devolverme al momento en que resbalé y caí en mi absurdo telescopio. Al parecer me llevaría conmigo todo mi conocimiento, y después de todo no resbalaría cuando llegara el momento. ¿Lo ves tú también así, Lanest?

—En parte —dijo Lanest, casi en un susurro—. Hay algo más.

—Por supuesto que hay algo más. Quería comprobar si ibas a decírmelo, honradamente. Y te agradezco tu sinceridad. Pero explícame el resto de la situación, tal como la ves tú.

—Se trata de..., de que tu conocimiento adicional sólo durará una fracción de segundo. Nosotros no podemos hacerte regresar, salvarte del accidente y conservar en ti todo lo que has aprendido, todo al mismo tiempo. Existe una paradoja en las líneas del mundo que no podemos superar. Una vez no hayas caído, el conocimiento se desvanecerá. Y es más: nunca habrás llegado a nuestro siglo, y todos los beneficios que tú has hecho posibles quedarán anulados.

—En mi siglo —dijo Martels hoscamente—, yo hubiera llamado a eso chantaje. Chantaje emocional, desde luego, pero chantaje, a fin de cuentas.

—Nada más lejos de nuestro ánimo —susurró Lanest—. Estamos completamente dispuestos, en cualquier caso, a pagar el precio, sea cual sea tu decisión. Pero creemos que ninguna intervención fuera del tiempo puede provocar una alteración permanente en las líneas del mundo. Si te marcharas a... casa... la ilusión del cambio quedaría destruida un poco antes, sencillamente. Nosotros deseamos conservarte por ti mismo, no por tus efectos.

Aquél era un tipo de chantaje mucho peor..., aunque Martels quiso creer que Lanest no se daba cuenta de ello.

—Y si me quedo, ¿cómo evitaréis que ejerza tales efectos?

—Eso es cuestión nuestra. Tú tienes la capacidad. Nosotros te introduciríamos en un niño por nacer. La nieta de Anble ha sido embarazada sólo para este propósito. Lo olvidarás todo, desde luego: eso es necesario. Pero tendrás otra vida completa para vivirla, y para convertirte en el hombre de nuestra época que nunca podrías ser del todo si continuaras como hasta ahora.

—Sí..., y tener un cuerpo otra vez, lleno de sentidos y apetitos humanos..., a costa de caer por el telescopio del tiempo en núcleo mismo del Origen, una vez más... ¿Y qué pasará con el Qvant? —inquirió Martels—. ¿Y con Tlam, una víctima inocente de todo esto?

—Han permanecido en el olvido durante muchísimo tiempo. Si mueren ahora,

nunca conocerán la diferencia.

—Pero yo sí. Y no lo considero justo. Yo soy el usurpador: he ocupado sus tres mentes, y he roto sus Senderos. Lo consideraría un crimen, aunque no una clase de crimen que pudiera haber imaginado en el remoto pasado... Muy bien, Lanest. Me quedaré. Pero con una condición: debes permitirles volver.

—¿Permitirles volver? —dijo Lanest—. Pero ¿cómo?

—Me he expresado mal. He querido decir que debes hacerles revivir. Yo les permitiré volver.

—De modo —dijo la voz familiar— que volvemos a estar juntos..., y ahora en buena amistad, al parecer, y en nuestras propias esferas. Felicidades.

—¿De veras? —dijo Martels—. Yo temo aún tu odio.

—Yo también puedo aprender de la experiencia —dijo la voz, entre irónica y divertida—. Y estoy en deuda contigo por haberme devuelto a mi máquina, cosa que nunca hubiera logrado por mí mismo. Algún día, dentro de mucho tiempo, exploraremos juntos los Senderos. Pero no hay prisa. Antes tenemos que reeducar a los pocos hombres que quedan.

—Exacto. —En la inmensurable distancia, captaron juntos el asombro maravillado de Tlam, empezando a comprender por primera vez la naturaleza de la libertad—. Y..., gracias, Qvant.

—Nosotros ya no somos el Qvant —dijo la voz—. Ahora somos el Quinx..., el Autarca de Renacimiento Cinco.

Martels tardó largo rato en asimilar aquella parábola.

—¿Nosotros? —dijo—. ¿Es... así como te ocurrió a ti también?

—Sí. Nunca volveremos a emerger del Vacío, ninguno de nosotros. Tenemos que aprender, a través de todos los peligros y tentaciones, a amar nuestra inmortalidad, de modo que otros hombres sean libres para seguir los Senderos cuyos términos nunca veremos. Caeremos a menudo, pero también nos levantaremos, dentro de las ruedas. Si tenemos éxito, algún día seremos llamados el Sixt..., y, así sucesivamente, realidad sin fin. Para nosotros, eso debe ser suficiente.

Se produjo otro silencio interior, en el cual Tlam se removió, preguntándose aún si se había convertido en un antepasado. Aprendería; tendría que hacerlo...

—Creo —dijo Martels— que incluso podría llegar a gustarme.

## James Blish

*por Robert A. W. Lowndes*

Empecé a relacionarme con James Blish a finales de 1942 o principios de 1943. Tenía noticias de él como aficionado a la ciencia-ficción desde 1932, cuando sus cartas empezaron a aparecer en las secciones de los lectores de las revistas, y compré algunos de sus primeros relatos cuando me convertí en editor de ciencia-ficción en 1940. Pero nunca olvidaré el tema de nuestra conversación alrededor de una mesa en la antigua Posada del Dragón de la calle Oeste 4, de Manhattan, aquella noche. Nos habíamos reunido un grupo de escritores, editores y aficionados a la ciencia-ficción para dar la bienvenida a un entusiasta compañero que acababa de llegar con permiso del ejército, y, ¿de qué hablábamos? ¿De ciencia-ficción? ¿De fantasía? ¿De la forma del mundo de la postguerra, con sus aspectos de ciencia-ficción? No. De lo que Jim deseaba hablar era de FINNEGANS WAKE.

El argumento de Don Wollheim decía que la obra póstuma de Joyce era poco más que un elaborado rompecabezas para una minoría de literatos. Yo no la había leído, de modo que me limitaba a escuchar. Jim replicó que, si se leía con la debida atención, la historia llegaba a ser mucho más que una mezcla de juegos de palabras y de referencias esotéricas. Y allí, aunque en aquel momento no me di cuenta, me fue proporcionada una de las claves de aquella personalidad polifacética, encantadora e irascible a la que llegaría a conocer, respetar y querer años más tarde: cualquier obra literaria, o cualquier otra obra de arte a la que valga la pena prestar atención, exige un esfuerzo del lector, oyente o espectador.

Ese tipo de personas se ganan amigos duraderos y apasionados adversarios. Jim se ha ganado numerosos amigos y adversarios a lo largo de los años.

En aquella época todos nosotros teníamos el hobby de las publicaciones de aficionados. Una APA es un club, cada uno de cuyos miembros tiene acceso a algún tipo de equipo de imprimir (habitualmente una multicopista, en aquella época) y produce regularmente su propia publicación, a la cual pueden contribuir o no otros miembros. Se sacan copias suficientes para todos los afiliados, y periódicamente el editor oficial del club prepara los paquetes para cada uno de los miembros, conteniendo un ejemplar de cada publicación independiente que ha visto la luz. Las revistas pueden ser grandes o pequeñas, no se venden por separado, y se supone que no pueden ser adquiridas por alguien que no pertenezca al club. Don Wollheim y otros, incluidos Frank Pohl y yo mismo, habíamos creado la Fantasy Amateur Press Association, en 1937; ahora, algunos de nosotros queríamos inaugurar una nueva

APA, con un nivel literario más elevado y una orientación política y social más escorada hacia la izquierda.

Damon Knight, Larry Shaw, Virginia Kidd y Judith Zissman (más tarde Judith Merrill) formaban parte del grupo fundacional, y Wollheim, John Michel y yo visitamos a Jim en Nueva Jersey, a principios de 1946, para ver si podíamos alistarle también a él.

Y, de nuevo, nunca olvidaré el tema de verdadero interés entre Jim y yo aquel día, durante todo el tiempo que pasamos fijando normas y procedimientos para la nueva APA. Cuando nos llevó a su dormitorio para enseñarnos su colección, eché una ojeada a sus estanterías de discos y vi que tenía todas las sinfonías de Buckner grabadas hasta entonces, y que yo nunca había sido capaz de encontrar en las tiendas de discos. Me invitó a quedarme, y pasamos la velada en una taberna local hablando de música y bebiendo cerveza. Creo que fue entonces cuando Jim sugirió la posibilidad de preparar un álbum con música compuesta por aficionados a la ciencia-ficción, y distribuirlo a través de la nueva APA. Más tarde nos anunciamos como Discos Vanguard y expusimos nuestros planes, pero el proyecto no llegó a cristalizar por falta de material. Sin embargo, el segundo envío de la Vanguard Amateur Press Association incluía la partitura de una melodía que Jim había compuesto para un poema de Cyril Kornbluth, *Cry in the Night*.

En abril de 1945, alquilamos un apartamento en la planta superior de un edificio de seis pisos —sin ascensor— en la calle Oeste 11 iniciando así una asociación basada en los intereses mutuos descritos anteriormente, más gatos, poesía de Ezra Pound, discusiones políticas, los clásicos, y litros y litros de cerveza. Su metabolismo era tal que podía beberse un par de litros de cerveza en una noche sin engordar una onza; yo le acompañaba en las libaciones, pero quedaba literalmente hinchado. Jim compró una gatita para que le hiciera compañía a mi gato negro, Blackout, el cual no simpatizó nunca del todo con Curfew.

Jim era cinco años más joven que yo: había nacido el 23 de mayo de 1921 en Orange, Nueva Jersey. Su primer encuentro con la ciencia-ficción tuvo lugar a través del número de «*Astounding Stories*», perteneciente al mes de abril de 1931. En una reciente carta, Jim dice: «... No leí ninguna otra revista hasta que aquella murió. Hojeé *Weird Tales* una sola vez y decidí que no era para mí; algunos de los relatos me asustaron, de un modo más bien desagradable, y ya entonces lo que me interesaba era el futuro, no los frissons. El *Astounding* de Tremaine era genial, y el de Campbell todavía mejor...». En cuanto a la fantasía: «... Creía entonces, y sigo creyéndolo, que la fantasía requiere maestría en el escritor. La fantasía mediocre es infinitamente más aburrida que la ciencia-ficción mediocre, y en consecuencia menos remuneradora en una publicación periódica».

Jim no había empezado con las antiguas publicaciones de Gernsback, como la

mayoría del resto de nosotros, y sólo mucho más tarde leyó algunos relatos incluidos en ellas, Después de sugerirle que su serial *Cities in flight* debía algo al serial de Edmond Hamilton, *Cities in the air*, publicado en «*Air Wonder Stories*» (1929), me sorprendí al comprobar que no solamente no había leído aquella historia, sino que ni siquiera había visto las revistas con los fascinantes dibujos de las ciudades volantes de Frank R. Paul.

Sin embargo, Jim cayó bajo la influencia de Gernsback. El hecho de leer ciencia-ficción le impulsó a estudiar una carrera científica, y sirvió en el ejército como ayudante médico. Había ingresado en filas casi inmediatamente después de graduarse, en 1942. Cuando nos trasladamos al apartamento, el cual habíamos bautizado con el nombre de *Blowndsh*, estaba siguiendo unos cursos en Columbia, becado por la Administración de Veteranos, En sus horas libres, escribía...

La pugna entre los diversos puntos de vista antagónicos en la *Vanguard Amateur Press Association* y en las reuniones semanales de los miembros de Nueva York, en materia política y literaria, condujo a la disolución de la antigua *Futurian Society* de Nueva York, y desembocó en un pleito judicial. Fue entonces, en 1945 y 1946, cuando James Blish y Damon Knight empezaron a forjar las normas sobre las cuales apoyarían más tarde sus obras de crítica literaria. Jim estaba escribiendo poesía densamente estructurada, siguiendo evidentemente a Joyce y a Ezra Pound, y uno de los debates más enconados se centró alrededor de los aspectos gemelos de la «oscuridad» de aquellos autores y de sus opiniones sociales y políticas. Lo más valioso que Jim me enseñó fue que tenía que aprender no sólo a disfrutar, sino también a hablar de literatura, y que era inmoral pronunciarse sobre una obra que no se había leído, sólo se había hojeado, o se conocía a través de la opinión de otras personas.

Poco tiempo después de ocupar el apartamento iniciamos nuestra colaboración. Yo tenía un par de ideas para unos relatos que requerían un ambiente científico muy superior al que yo podía darles; a Jim le gustaron las ideas y aportó el ambiente. Nuestra primera obra fue una novela corta acerca de una civilización galáctica regida por una supercomputadora que pone cerco a los terráqueos hasta que éstos consiguen destruirla programándola con la obra de Lewis Carrol *The hunting of the snark* (la computadora empieza eventualmente a producir animales imaginarios). Fue un éxito inmediato junto con John Campbell. Pero la segunda obra, concebida como novela, no fue publicada hasta mediados de los años cincuenta, después de varias revisiones, y con el título de *The duplicated man*.

Aprendimos entonces que la colaboración puede ser remuneradora cuando dos escritores son temperamentalmente adecuados el uno al otro, pero que no reduce el trabajo a la mitad, sino que tiende a triplicarlo. Y, desde luego, para que tenga éxito, tiene que existir una clara división de funciones. A veces los colaboradores pueden

aprender algo el uno del otro, pero con mucha frecuencia, una vez alcanzados los objetivos inmediatos de la colaboración, cada uno de los miembros sigue su propio camino. (Recuérdese que Gilbert y Sullivan colaboraban en aspectos diferentes de su obra; Sullivan no podía escribir libretos, ni Gilbert música). Los equipos marido-y-mujer, tales como los Kuttner y los Hamilton, son más una cuestión de simbiosis que verdadera colaboración.

Durante su primer año en Columbia, Jim estudiaba zoología pero no tardó en convencerse de que «... como científico, sería siempre una mediocridad, sin más futuro que el de profesor, celador o técnico de laboratorio». Además, los tests de aptitud científica de mostraron que la literatura había sido la tendencia más fuerte en él desde el primer momento. Poco se perdió con aquel desvío inicial Ninguno de los entusiasmos de Jim —ni siquiera su breve aventura en el campo de la dianética en 1950-1951— han sido tiempo perdido Todo ha pasado a enriquecer su intelecto y sus emociones, que han surgido transformados prodigiosamente en un poema, un cuento, c una obra que no pertenece al campo de la ficción.

En aquella época, su producción —poesía y prosa— era calificada de «fría». Sin embargo, Jim no es ni ha sido nunca una personalidad fría. Puede ser irascible cuando tropieza con la estupidez o la vagancia de un escritor o un lector que se niegan a realizar su necesaria tarea, Su propia obra ha tendido siempre a lo intelectual, pero cuando se precisan la emoción y el sentimiento, se encuentran en el relato en la proporción adecuada. A veces puede aparecer incluso el sentimentalismo, aunque siempre controlado, Uno de mis favoritos finales de una historia apareció en la versión seriada de la novela que escribió en colaboración con Norman L. Knight, *The shipwrecked hotel*: «Y a partir de entonces vivieron felices, aunque no resultó fácil».

Abandonó *Blowndsh*, como Watson abandonó a Holmes (aunque yo era el Watson de la sociedad, la mayor parte del tiempo), al adquirir una esposa, Virginia Kidd, trasladándose a vivir a unas manzanas de distancia. Los gatitos se multiplicaron, y Jim decidió «sentar cabeza» y aprender a escribir. Su método no consistió en asistir a cursos de literatura en Columbia, ni en ninguna otra parte, sino en emplearse como asesor de un agente literario. Esto le obligaba a leer interminablemente manuscrito tras manuscrito. Durante el proceso, Jim aprendió a decirle a un cliente no sólo que una historia era mala, sino exactamente cómo, dónde y por qué era mala. Éste era su trabajo diurno; por la noche hacía uso de lo que había aprendido, escribiendo para una serie de publicaciones de todos los estilos, excepto para las revistas «de amor». Yo adquirí varios de sus relatos del oeste, deportivos y policíacos; estaban muy bien contruidos.

Cuando las revistas de ciencia-ficción volvieron a la palestra, y algunas de ellas elevaron su nivel después de 1946, Jim volvió a dedicarse a la ciencia-ficción, y sus nuevos relatos demostraron lo mucho que había progresado. En 1948, las condiciones



parecían muy favorables para renunciar a su empleo y dedicar todo su tiempo a escribir. Alquiló una casa en Staten Island y puso manos a la obra. Por desgracia, la época no era tan favorable como había previsto, y se vio obligado a emplearse de nuevo de 9 a 5 y escribir en su tiempo libre. Una segunda tentativa de independencia fue también un desastre en 1953; fue el año en que terminó el boom de la ciencia-ficción iniciado en 1950, Editó revistas comerciales y luego ingresó en una empresa de relaciones públicas.

En los años cincuenta empezó a escribir unas aceradas críticas literarias, especialmente para revistas de ciencia-ficción, bajo el seudónimo de William Atheling, Jr. Llegó a publicar dos libros, *The issue at hand* y *More issues at hand*, ambos citados por *Advent*. Trabajó con Damon Knight, cuando vivía en Milford, en la preparación de la anual Conferencia de Milford de escritores de ciencia-ficción, y se convirtió en uno de los miembros más activos de la SFWA (Escritores de Ciencia-Ficción de América). El segundo de los libros publicados en *Advent* fue mucho menos duro que el anterior. En su prólogo decía: «Aunque sigo creyendo que es deseable ser implacable con un relato malo, ya no estoy tan seguro de que el haber escrito uno signifique una tara en el carácter del autor ni horribles secretos en su ascendencia».

Su tercera tentativa de vivir exclusivamente de la pluma empezó en 1968, cuando Jim, sus gatos, y su segunda esposa, Judith Ann Lawrence, se trasladaron a Inglaterra. Conserva su interés y su actividad en la crítica de Joyce y de Pound, y ha sido coeditor de «Kalki», la publicación de la James Branch Cabell Society, desde 1967. Esta vez, las cosas parecen marchar bien para él, aunque (como ocurre con otros norteamericanos que viven en el extranjero) el negocio se pone feo cuando el dólar fluctúa. Está relacionado con la nueva Science Fiction Foundation de Londres, ha escrito artículos sobre ciencia-ficción para el londinense «Sunday Times Magazine», y sus informes sobre las condiciones de vida en Inglaterra y lo aconsejable de que los autores de ciencia-ficción norteamericanos vivan una temporada en el extranjero, continúan apareciendo en el Boletín de la SFWA.

A sus 52 años, con nuevos intereses en numerosos campos (actual mente trabaja en un libro sobre la música moderna), es posible que no nos llegue tanta ciencia-ficción de Jim como nos llegó en el pasado. Pero cuando la recibamos, podremos estar seguros de una cosa: la próxima historia no será igual que la última. Lo mismo que Robert A. Heinlein, James Blish se resiste a vivir de las rentas y a limitarse a introducir leves variantes en sus éxitos anteriores. Prefiere arriesgarse al fracaso haciendo algo realmente original, algo que nunca haya intentado y que requiera nuevos tratamientos y técnicas para que el resultado sea perfecto.

## Bibliografía

*... And all the stars a stage, Doubleday, Nueva York 1971, 206 pp.*

*Anywhen, Doubleday, Nueva York 1970, 168 pp.*

*Best science fiction stories by James Blish (Relatos), Faber, Londres 1965, 224 pp.*

*Best science fiction stories by James Blish (Relatos, ed, revisada), Faber, Londres 1973, 216 pp.*

*Black easter, Doubleday, Nueva York 1968, 156 pp.*

*A case of conscience, Ballantine, Nueva York 1958, 192 pp.*

*Cities in flight, Avon, Nueva York 1970, 607 pp.*

*A clash of cymbals, Faber, Londres 1959, 204 pp.*

*The day after judgement, Doubleday, Nueva York 1970, 190 pp.*

*Earthman, come home, Putnam, Nueva York 1955, 239 pp.*

*Galactic cluster (Relatos), Signet, Nueva York 1959, 176 pp.*

*Jack of eagles, Signet, Nueva York 1952, 246 pp.*

*A life for the stars, Putnam, Nueva York 1962, 224 pp.*

*Midsummer century, Doubleday, Nueva York 1972, 106 pp.*

*Mission to the heart stars, Faber, Londres 1965, 136 pp.*

*The night shapes, Ballantine, Nueva York 1962, 125 pp.*

*The quincunx of time, Dell, Nueva York 1973, 128 pp.*

*The seedling stars, Gnome Press, Nueva York 1957, 185 pp.*

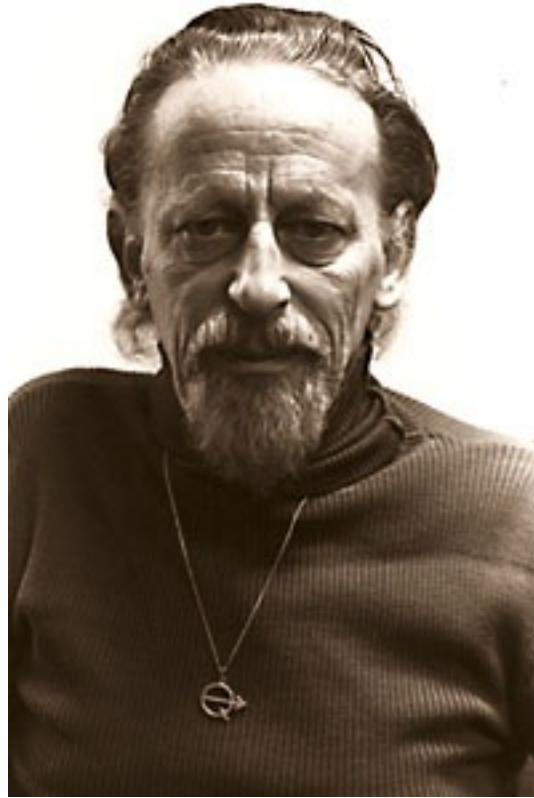
*So close to home, Ballantine, Nueva York 1961, 142 pp.*

*Spock must die!, Bantam, Nueva York 1970, 118 pp.*

*The star dwellers, Putnam, Nueva York 1961, 224 pp.*

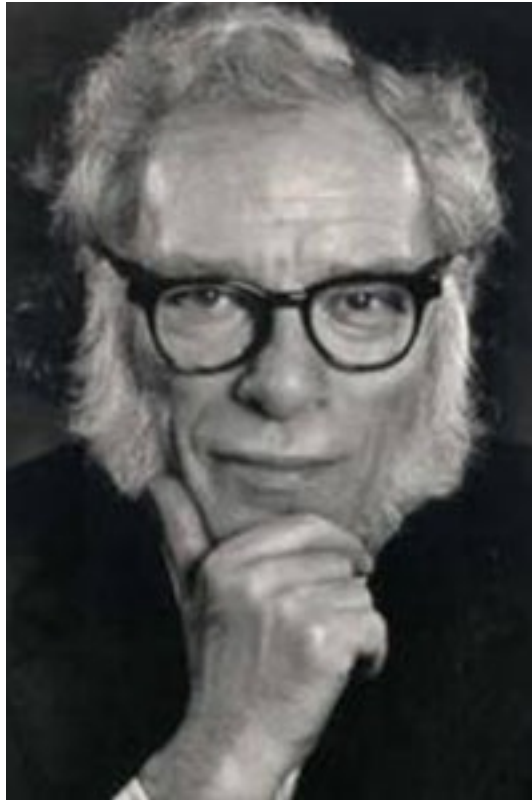
*They shall have stars, Faber, Londres 1966, 131 pp.*

Los relatos de la serie Star trek, publicados por Bantam, Nueva York: Star trek 1 (1967, 136 pp), 2 (1968, 122 pp.), 3 (1969, 122 pp.), 4 (1971, 134 pp.), 5 (1972, 136 pp.), 6 (1972, 149 pp.), 7 (1972, 155 pp.), 8 (1972, 170 pp.), 9 (1973, 183 pp.).



*THEODORE (HAMILTON) STURGEON. State Island, 1918-Oregon, 1985 publicó su primera colección de relatos en 1949, prologada por Ray Bradbury, y su primera novela, Los cristales soñadores, en 1950; cuatro años después, creó su novela más famosa, Más que humano, ganadora de la primera edición del premio International Fantasy. Obtuvo los premios Nebula, Hugo y el World Fantasy Life Achievement. Nos ha dejado un total de 41 novelas y 221 relatos, aparte de diversos guiones para cine y televisión (entre ellos, para capítulos de Star Trek) y reseñas y artículos de diversa índole. Considerado uno de los mejores escritores norteamericanos del siglo xx, representa junto a autores como Asimov, Heinlein y Van Vogt la llamada Edad de Oro de la ciencia ficción.*





*ISAAC ASIMOV (Petróvichi, República Socialista Federativa Soviética de Rusia, 2 de enero de 1920 – Nueva York, Estados Unidos, 6 de abril de 1992). Fue un escritor y bioquímico ruso, nacionalizado estadounidense, conocido por ser un exitoso y excepcionalmente prolífico autor de obras de ciencia ficción, historia y divulgación científica.*

*La obra más famosa de Asimov es la Saga de la Fundación, también conocida como Trilogía o Ciclo de Trántor, que forma parte de la serie del Imperio Galáctico y que más tarde combinó con su otra gran serie sobre los robots. También escribió obras de misterio y fantasía, así como una gran cantidad de textos de no ficción. En total, firmó más de 500 volúmenes y unas 9000 cartas o postales. Sus trabajos han sido publicados en 9 de las 10 categorías del Sistema Dewey de clasificación.*

*Asimov, junto con Robert A. Heinlein y Arthur C. Clarke, fue considerado en vida como uno de los «tres grandes» escritores de ciencia ficción.*

---

# más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*RAY BRADBURY. Waukenaun, Illinois, 1920 - Los Ángeles, California, 2012. Novelista y cuentista estadounidense conocido principalmente por sus libros de ciencia ficción.*

*Se graduó en la escuela secundaria en 1938, y se ganó la vida como vendedor de periódicos hasta 1942. Comenzó a escribir desde niño, pero publicó su primera historia en 1938, en una revista de aficionados. Adquirió la certeza de lo que sería su estilo cuando compuso *The Lake*. En 1943 dejó el trabajo de vendedor de periódicos y se dedicó a escribir a tiempo completo, publicando en diversos medios numerosos relatos breves, hasta que en 1950, con la aparición de *Crónicas marcianas*, comenzó su ascendente fama literaria. En sus páginas, que relatan los intentos de los terrestres por colonizar el planeta Marte, se reflejan las angustias y ansiedades que existían en la sociedad*

norteamericana de la década de los cincuenta, ante el peligro de una guerra nuclear.

Considerados un clásico de la ciencia ficción, este conjunto de relatos interdependientes recoge no sólo las vicisitudes de la colonización del planeta Marte sino también la caída de su civilización, abarcando un período comprendido entre 1999 y 2026.

En 1951 publicó uno de sus libros mayores, *El hombre ilustrado*, compuesto por varios relatos de naturaleza fantástica, y dos años más tarde otro de los más representativos, *Fahrenheit 451* (título que alude a la temperatura en que los libros empiezan a arder). Esta fábula moralizante ha sido considerada como una gran obra antiutópica y acaso premonitoria, y fue llevada al cine por François Truffaut.

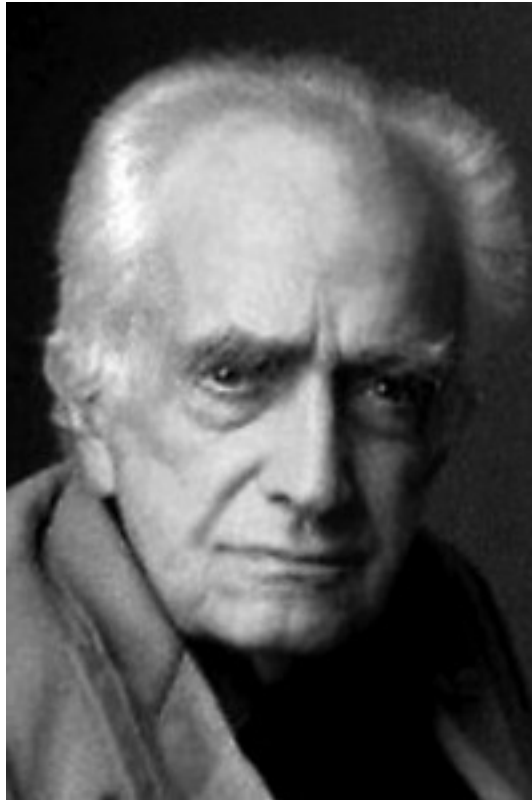
Bradbury advierte de los peligros y las amenazas que incumben a una sociedad enteramente automatizada, olvidada de los valores tradicionales de la cultura, y próxima al exterminio atómico. Consigue climas sardónicamente alucinantes en cuentos como *There will come soft rains* (1950), donde una casa robotizada prosigue realizando los movimientos programados, en un mundo carente ya de vida, hasta su postrer quema liberadora, o en *The Veldt* (1950), donde otra casa automatizada, casi dotada de vida propia, masacra, con la complicidad de los niños, a los padres de éstos.

Pero Bradbury no sólo cultivó la ciencia ficción y la



*literatura de corte fantástico, sino que escribió también libros realistas e incluso incursionó en el relato policial. Su prosa se caracteriza por la universalidad, como si no le importara tanto perfeccionar un género como escribir acerca de la condición humana y su temática, a través de un estilo poético. Precisamente por este rasgo algunos críticos no lo consideran un escritor de ciencia ficción como tal y les resulta difícil catalogarlo en uno u otro campo de la literatura. Como ejemplo de ello suelen citarse relatos breves, muy sutiles y tiernos, como Casa dividida y El robo del siglo, o la poética novela El vino del estío. Además del problema de una guerra atómica, de la censura en un mundo por venir y del peligro implícito en las técnicas y la ciencia, trató temas más cotidianos como el racismo, el miedo a la muerte, el amor y la infancia.*

*Escribió también guiones de cine, como el de la película Moby Dick, de John Huston, así como guiones para series televisivas como Alfred Hitchcock presenta y La dimensión desconocida. En 1963 se publicaron sus obras teatrales, reunidas bajo el título The Anthem Sprinters. Sus relatos cortos han sido incluidos en más de 700 antologías. Aparte de los mencionados, son también muy conocidos títulos como El árbol de las brujas o Cementerio para lunáticos.*



*FRITZ LEIBER. Escritor americano, nacido en Chicago el 24 de diciembre de 1910. Está considerado como uno de los grandes maestros de la literatura fantástica americana de siglo xx.*

*Leiber escribió tanto terror, de los que produjo una gran cantidad de cuentos, ciencia ficción o fantasía. De hecho se le considera uno de los creadores de la llamada fantasía heroica gracias a sus libros y relatos sobre Fafhrd y el Ratonero Gris, que alcanzaron una gran popularidad.*

*En sus obras se puede encontrar una gran influencia de dos maestros del género anteriores a él como son H. P Lovecraft y Robert E. Howard. Leiber fue ganador de multitud de premios, entre los que destacarían sus dos Premios Hugo de novela, más un buen número de Hugos y Nébulas para*

*muchos de sus relatos.*

*Murió el 5 de septiembre de 1992.*



*POUL ANDERSON. (1926 - 2001). Fue un escritor de ciencia ficción en Bristol (Pensilvania), de padres escandinavos emigrados a EE. UU. Cursó estudios universitarios de Física en la Universidad de Minnesota, graduándose en 1948. Esto le permitió dar verosimilitud científica a sus obras y por ello estar inscrito dentro de la línea de ciencia ficción hard, si bien también es cercano a la space-opera. Empezó a escribir relatos de ciencia ficción en 1937 durante la convalecencia de una enfermedad. Al terminar la carrera había publicado varios relatos en la revista Astounding Science Fiction. El primero fue A matter of relativity, en septiembre de 1944. Y en 1947 publicó su primera obra de consideración Tomorrow's children en el Astounding de marzo, con tan sólo 20 años. Este relato sería uno de los tres de la novela postapocalíptica El crepúsculo*

*del mundo. Con el dinero ganado por estas obras decidió tomarse un año sabático antes de buscar trabajo, y ya nunca dejó de trabajar como escritor.*

*Utilizó los pseudónimos A. A. Craig, Michael Karageorge y Winston P. Sanders.*

*Algunas de sus obras se pueden agrupar en sagas, como la serie de la Liga Polesotécnica protagonizada por Nicholas van Rijn; la serie Flandry de Dominic Flandry; o los viajes a través del tiempo de La patrulla del tiempo. Su última obra fue una tetralogía que comienza con Cosecha de estrellas (1993). Publicó más de 250 narraciones cortas, en casi las revistas Astounding Science Fiction, Galaxy y The Magazine of Fantasy and Science-Fiction; además de recopilaciones antológicas, y unas 65 obras de varios géneros. Formó parte del círculo de John W. Campbell y de la Edad de Oro. Obtuvo varios premios Hugo y Nébula con relatos como El último viaje, No habrá tregua para los Reyes, Carne compartida, La reina del aire y la oscuridad, El canto del chivo, La luna del cazador y El juego de Saturno.*

*También escribió novelas de fantasía como Tres corazones y tres leones, La espada rota o la saga Rey de Ys, además de algunas novelas policíacas.*

*Poul Anderson falleció el 31 de julio de 2001 en su casa de Orinda, California a causa de un cáncer de próstata.*



*JAMES BLISH. (23 de mayo de 1921 - 30 de julio de 1975). Estudió biología en la Universidad Rutgers y la Universidad de Columbia, y entre 1942 y 1944 trabajó como técnico médico en el ejército de Estados Unidos. Después de la guerra, se convirtió en el editor científico de la compañía farmacéutica Pfizer.*

*Fue miembro del grupo de los futurians desde la década de 1930 hasta la década de 1940.<sup>2</sup> Su primera publicación la realizó en 1940, y su carrera en este campo progresó hasta optar por dedicarse a escribir a tiempo completo.*

*Se le atribuye haber acuñado el término Gigante gaseoso en Solar Plexus, que apareció en la antología Beyond Human Ken (1952) editada por Judith Merril (el artículo fue publicado originalmente en 1941, pero esa versión no contiene el término; aparentemente Blish lo agregó al*

*reescribir el texto para esta antología). Entre 1967 y su fallecimiento por cáncer de pulmón en 1975, Blish escribió colecciones autorizadas de relatos cortos basados en serie televisiva Star Trek de la década de 1960, redactando once volúmenes de la adaptación de sus episodios. Murió dejando inconclusa Star Trek 12, y su segunda esposa J. A. (Judith Ann). Lorenzo, completó el libro y más tarde las adaptaciones en el volumen Mudd's Angels. En 1970, Blish escribió Spock Must Die!, la primera novela original para lectores adultos basada en la serie (desde entonces, cientos más han sido publicados).*

*Blish vivió en la avenida de la ciencia ficción Arrowhead en Milford, Pensilvania, hasta mediados de la década de 1960. En 1968, emigró a Inglaterra, y vivió en Oxford hasta su muerte en Henley-on-Thames en 1975. Está enterrado en el cementerio Holywell, cerca de la tumba de Kenneth Grahame.*

# Notas



[1] Alusión a un personaje de canción infantil inglesa (N. del T.)<<

[2] Sí, ya sé que se lo habrán preguntado ustedes; los rumores son al menos parcialmente ciertos. Ted fue, durante algunos años, un entusiasta (aunque no proselitista) adepto del nudismo.<<

[3] Phil Klass-Killiam Tenn: en aquellos tiempos era también un escritor novel, que me llevaba dos relatos de ventaja (le habían publicado dos). Durante la mayor parte de un año de miseria, poco antes de que empezara el gran boom de la ciencia-ficción, los tres vivíamos —es un decir— a base de diez dólares que pedíamos prestados en rotación continua. <<

[4] Katzenjammer significa «pesadilla» en alemán. Se trata de los gemelos creados por el dibujante Dirks, llamados «los Cebollitas» en la versión en lengua española de estos comics. Imitados por Escobar con sus gemelos «Zipi y Zape». (N. del T.) <<

[5] Fanzine es contracción de fan magazine (revista de aficionados). Se trata de pequeñas revistas editadas —en muchos casos en ciclostil— por un círculo o club de aficionados a determinados géneros, incluyendo la ciencia-ficción (N. del T.)<<

[6] Earth (Tierra) y Urth se pronuncian, en inglés, de un modo muy semejante (N. del T.) <<

[7] En inglés, Clue significa indicio, pista y también clave (N. del T.) <<